

DUBLINETA EIRE

Enamorado  
por los  
pelos

DUBLINETA EIRE

*Enamorada  
por los  
pelos*



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Enamorada por los pelos.

©Dublineta Eire, 2018.

Diseño de portada: Marien F. Sabariego

Maquetación: Marien F. Sabariego.

Corrección: Textualis correcciones

Esta novela fue registrada en safecreative con el código 1704111691810.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en julio de 2018.

*Al marido de siempre y a los mismos hijos.*

*Aunque escriba no me olvido de vosotros.*

# Índice de contenido

<a href="#"><u>Prólogo</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 1</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 2</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 3</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 4</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 5</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 6</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 7</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 8</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 9</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 10</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 11</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 12</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 13</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 14</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 15</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 16</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 17</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 18</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 19</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 20</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 21</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 22</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 23</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 24</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 25</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 26</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 27</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 28</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 29</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 30</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 31</u></a>

## Prólogo

Todos hemos escuchado alguna vez aquello de «la realidad siempre supera la ficción».

Pues bien, con *Dublineta*, esta frase da un giro de ciento ochenta grados, regresa al punto de partida y se vuelve del revés.

Quienes ya han tenido ocasión de leer otras de sus novelas, sabrán muy bien a qué me refiero. Sus narraciones te sumergen en un mundo casi distópico, donde lo cotidiano convive con una visión surrealista, imposible, pero entrañable y tan cercana como la propia autora. Cuando me pidió que hiciera este prólogo, tuve la seguridad de dos cosas. La primera, que iba a disfrutar de una lectura divertida y a la vez con corazón. La segunda, que este no iba a influirme por el aprecio que le tengo, ya que mi *Dubli*, nuestra *Dubli*, ha vuelto a poner un trocito del suyo, ese que no le cabe en el pecho, en esta nueva historia y en todos sus personajes.

Y es que Mari Puri, la protagonista, podría parecer a simple vista una chica normal y corriente, pero a la que le ha tocado vivir una situación opresiva que ya no está dispuesta a soportar. Tendrá que valerse por sí misma y enfrentarse a las consecuencias de no querer seguir los dictados de su familia, en medio de una serie de enredos y circunstancias que podrían pasar por inverosímiles, si no fuera porque, como decía al principio, son más reales de lo que nos podemos imaginar.

La búsqueda de la felicidad es un derecho al que estamos obligados. En *Enamorada por los pelos*, se convierte en una persecución, alocada, emotiva y sensible.

Gracias, *Dubli*, por poner ese punto de cordura disparatada desde el

principio hasta el fin. *Rosamari*, en el fondo, es una sentimental, igual que tú.

Rossalyn Callum.

# Capítulo 1

Hola, me llamo Mari Puri, sí, sí, así, tal cual. Cosas de mi padre en honor a una abuela suya que no conocí y que, por lo que cuenta, él tampoco. Pero mira, es lo que tiene ser la pequeña de dos hermanos varones y tener cuatro tíos con dos dedos de frente que, teniendo tres hijas cada uno, se negaron a seguir con la absurda tradición familiar de conservar el maravilloso nombre de la bisabuela; el único inconsciente, mi querido padre. Y aún me dice que dé gracias por no ponerme el de su abuelo. Eso ya sí que habría sido suficiente para que, cuando tuviera uso de razón, hubiese solicitado al juez la emancipación o el traslado a una casa de acogida con cambio de identidad amparándome en el programa de protección de testigos, en este caso, solo para ocultarme de mis progenitores.

Y cada vez que me lamento, mi madre sale diciendo: «Mari Puri, no te quejes, que bien podrías haber sido Robustiana». En fin, pero ¿yo qué les hice antes de nacer? ¿Será cierta la reencarnación y fui una asesina en serie en mi otra vida y este es el precio que debía pagar?, porque no me lo explico. Habría preferido reencarnarme en cucaracha.

Su abuelo se llamaba Robustiano. Un nombre con fuerza, potente y ridículo. Sinceramente, me parecen todo excusas por parte de mis padres. Si de verdad era en su honor y por honrar la memoria del buen hombre al igual que el de la abuela Pura, y de ahí toda esta explicación, ¿por qué ninguno de mis hermanos se llama así? Además, ni mi abuelo ni mi padre se preocuparon de honrar a su descendencia con el nombrecito, así que, menudo lío. Mis hermanos fueron bautizados, uno como David y el otro como Iván, ambos por sendos cantantes de la época de mi querida y amada madre.

Ya desde que era un cigoto, estaba predestinada a lo que me sucede ahora.

No sería realista si le echara toda la culpa de mi mala suerte a un nombre, a algo mentalmente abstracto y que no te condiciona en el momento de llegar al mundo.

Por eso, aunque me hubiese llamado... Patricia, por decir un nombre al

azar, seguiría siendo yo, con mi cara, mis ojos y con este cuerpo que la naturaleza se olvidó de moldear y que, por mucho que lo intente, no logro encontrarle la forma. Formilla tengo, pero no una hecha con ganas...

Y como buena Mari Puri, sigo pura y casta con veintitrés inviernos, sin haber catado varón, aunque eso se encargan de remediarlo mis dos amigas del alma. Yo creo que tan entregadas a la causa están, que no ha quedado género para el resto.

Recordando un libro que leí no hace mucho, a su protagonista le pasaba algo parecido, y cuando encontró al varón que la desfloró, dejó de ser mocita. Aquella frase se me grabó a fuego y, cada sábado por la noche, cuando salgo de fiesta con mis amigas, me repito mentalmente: «yo también quiero dejar de ser mocita». Pero *nandai* de la China, como dice mi madre cuando quiero algo y, según su criterio de madre abnegada, no lo considera oportuno.

He de recalcar que, el hecho de perder la virginidad, no me lleva la vida en ello, aunque lo más cerca que he estado de perderla, haya sido introducirme un tampón superplus de la madre de mi amiga un verano que habíamos quedado para ir a la piscina. Y mi regla, que va por libre, apareció sin avisar y sí o sí necesité pedir uno. Pues eso es lo único que he podido sentir en lo más profundo de mi interior tras mi despertar sexual.

Fea no soy, no es por presumir o por ser creída, soy realista, al igual que critico mi nombre, digo verdades como puños. La cara creo que es lo que me hicieron con más cariño en mi anatomía;, de altura estoy en la media y, en el peso, ahí sí que fueron generosos. Me habría conformado con un par de tallas menos, ya sé que hoy en día no es impedimento para atraer a alguien del sexo opuesto, pero es que ni atraigo a las del mismo.

Acepto no ser fascinante ni atractiva, pero de ahí a que me traten como a un orco dista mucho. Así que, algo debo de estar haciendo mal. Insisto, sospecho que el nombre de la bisabuela tiene muchas papeletas...

He decidido que de este verano no pasa averiguar lo que es rozar el cielo con la punta del dedo meñique del pie. Creo que debe ser lo más parecido a un sufrir un orgasmo. Digo sufrir y no otra palabra, porque nunca lo he vivido en mis propias carnes ni de lejos. Miedo me da pensar que, encima de todo, pueda ser frígida.

La alternativa de autoexplorarme no me llama lo que se dice mucho, también soy vaga y no tengo sed de rastreadora. Y me han criado con esa estúpida creencia de que es pecado. Yo me inclino más a la vagancia, que al miedo de ser condenada al fuego eterno.

A partir de este fin de semana, he decidido que el primero que se me ponga a tiro va a caer, no voy a hacer criba ni desperdiciar la menor oportunidad. Estoy harta de ser «la Pura», y ya he programado la salida del sábado por la noche.

Dentro de media hora, tengo cita en una cadena de depilación para que me quiten más de medio kilo en pelos.

He estado revisando su oferta y la láser. Si realmente es definitiva, me vendrá genial, y no me resultará cara siendo como soy, de pelo grueso, espeso y bien negro. Mis piernas de adolescentes eran opacas, el Hombre Lobo y yo, primos hermanos.

Quiero hacerme las ingles brasileñas, nunca le he visto «la cosa» a ninguna oriunda de la zona, pero con esas braguitas minúsculas que me llevan y he visto en la tele cuando es el Carnaval de Río, aparte de que no dejan nada para la imaginación..., ese espacio es bien reducido y no se aprecia ni un solo pelillo, ni despistado ni rebelde, por lo que, yo quiero mis ingles a la brasileña.

—¡Buenas! —Acabo de entrar en el salón de belleza.

—Buenas tardes, ¿tenía cita? —me pregunta una chica que está sentada detrás de un mostrador.

—Sí, a las cuatro. Soy Mari Puri Roldán —me presento.

—Perfecto, mientras espera, necesitaría que me rellene la ficha y firme el consentimiento informado. —Me alarga un cartón rosa con preguntas y un bolígrafo *mordisqueadillo*.

Me pongo en una esquinita del mostrador a leer y a rellenar lo que sé sin necesidad de consultar. Voy marcando con una cruz el tipo de pelo que creo tener, pero no encuentro la casilla, el mío es negro y gordo. Por vergüenza, señalo una de ellas al azar. Con el tono de piel me sucede lo mismo, no logro encontrar el «verde aceituna», me entra el miedo y sufro pensando que, por no

querer molestar a la señora de amplia sonrisa que me recibió en el mostrador, este tipo de depilación, no me va a resultar efectiva. Mi presupuesto, sin ser escaso, no es eterno, y no puedo andarme con remilgos.

Sigo leyendo y marcando hasta el final de la encuesta y, cuando llego al consentimiento informado y plasmo mi rúbrica, me asaltan nuevamente los celos. «¿Qué he firmado?». Si a mí nadie me ha dado información... A no ser que se refieran al hecho de leer, descifrar y elegir al azar una de las múltiples respuestas, entonces sí, me doy por informada. «Mira, que sea lo que Dios quiera».

Me dirijo al mostrador un poco acongojada para que me explique con más detalle en qué va a consistir mi despedida del pelo y, antes de abrir la boca, aparecen dos empleados presentándose como los técnicos. Un vuelco en el estómago me avisa que, con mi suerte, me asignarán al «maromo» mulato, y que a la señora que espera felizmente en la silla de la salita, le tocará ser atendida por la dulce y angelical chica de la bata rosa con cabellos violáceos.

Mis sospechas se confirman en el instante que pronuncia mi nombre. «Por Dios, que sea gay», me repito mentalmente sin encontrar mucho sentido a mi plegaria.

Alarga el brazo cogiendo el cartón dónde plantifiqué mi autorización y me pide que le siga.

Entramos en una cabina, es pequeña, está muy bien iluminada y huele genial. En el centro hay una camilla cubierta por un trozo de papel, a modo protección, entiendo. Al lado, observo una especie de encimera rosita con botes, y en el otro, una máquina que parece una nave espacial con muchos botoncitos.

—Bueno, Mari Puri, en nada comenzamos —me explica mientras me ofrece un paquetito blanco.

—Perfecto —le respondo algo tímida y le cojo eso que me da.

Comienzo a notar cómo me va cayendo el sudor por la espalda y empiezan a asomar gotillas por mi frente. Qué mal rato estoy pasando...

—Serán ingles brasileñas, ¿verdad? Desvístete de cintura para abajo... — ¿Qué?, ¿que me despelote?, pero ¿así, sin más?, ¿bragas y todo?

—En cinco minutos vuelvo y estudiamos tu caso.

—Gracias. —He sido escueta, porque no tenía fuerzas para continuar la frase.

Mi caso, dice... ¿Qué me ha visto? ¿Tipo mono de laboratorio o cómo?

Sudo, escupo todo el líquido que posee mi organismo, temo deshidratarme. Y no miento ni pretendo sonar exagerada, pero en mi vida recuerdo haber sudado de esta manera ni haciendo un esfuerzo deportivo extremo, entended mi preocupación, que estoy en reposo...

A ver si con la tontería me voy a electrocutar. En el consentimiento informado no aparecía nada sobre sufrir un cortocircuito, quemaduras de primer grado ni de cualquier otro tipo en el supuesto caso de sudoración exagerada. Intento relajarme mientras visualizo qué ocurriría si sudase como una maldita condenada y deduzco que no será peligroso.

Acabo de colgar mis bragas en el perchero que hay detrás de la puerta. Las observo atenta; quedan fatal ahí a la vista de todos, bueno, a la mía y, en breve, a las del que me va a depilar. Me lo pienso mejor y las oculto bajo los pantalones que me acabo de quitar.

Es la primera vez en toda mi puritana vida que le voy a enseñar el «potorrillo» a alguien, y tenía que ser aquí, en lo de la depilación y a un guaperas color chocolate con leche.

Me siento casi desnuda, cosa lógica por otro lado, y sigo pensando que esto ha sido una malísima idea. No sé para qué escucho a mis amigas, pero, sobre todo, por qué narices les he hecho caso. Además, qué probabilidades podría tener este fin de semana por la noche de ligar y conseguir que alguien me hiciera mujer... ¡Y de lograrlo, claro! Qué más dará si voy cubierta de pelos... La naturaleza es sabia, y todos ellos habrán sido colocados en determinadas partes del cuerpo para algo. He de suponer que tendrán su función biológica, y aquí estoy yo, luchando contra natura para darle gusto a un desconocido al que quiero entregarle mi «flor». ¡Qué antigua acabo de sonar...!

Me siento en el borde de la camilla, temo resbalarme y meto más el culo. Echo un vistazo global a la sala, toqueteo nerviosa el paquetito blanco que mi

técnico «chocolate» me ha dado. Escucho la puerta y me giro. Sonrío forzada.

—Bueno, Mari Puri, relájate y veamos qué clase de pelo tienes.

¿Es necesario? Me estoy muriendo de vergüenza, pero de manera literal. Intento disimular.

Me tumba de un toquecillo en el hombro. Tan fuerte me dejó caer que reboto. Le sonrío para ocultar lo imbécil que me siento ahora mismo.

—Me dijeron por teléfono que no me depilara —respondo casi para mis adentros intentando justificar el *maremagnum* piloso de ahí abajo.

—¿No te venían bien las braguitas? —Me mira la entrepierna.

«¿¡Cómo!? ¿Braguitas? ¿De qué narices está hablando este buen hombre?».

—¿Eh? —pregunto mientras subo las cejas hasta la nuca.

—Nada, mujer, el paquetito que te di, ahí dentro estaban las braguitas desechables. Ahora es cuando literalmente me quiero morir. «Dios mío, si fuera posible un cortocircuito indoloro, llévame contigo en el primer pistoletazo», ruego al Altísimo.

—¿Es tu primera vez?

—A... *já*. —respondo incapaz de unir más de dos fonemas seguidos.

—Pues sin bragas —me suelta haciéndose el simpático.

Entiendo que ha dicho eso para tapar mi malentendido, pero ni con esas me siento mejor, ya podría haberme cubierto yo la zona con algo tangible y opaco.

Se gira hacia la encimera, y juraría que se está riendo de mí para sus adentros, soy capaz de escuchar telepáticamente sus carcajadas interiores.

Yo continuo queriéndome morir, aunque sigo viva, lo estoy más que nunca. Escucho mi respiración, es acelerada. Los latidos me retumban desde la garganta hasta más abajo del chichi... Y sudo, cada vez más y más rápido.

Me ofrece unas gafas gigantes, me incorporo un poco para cogerlas, con la otra mano, me tapo «la flor» con el borde de la camiseta.

—¿Te ayudo? —Se me acerca tanto que casi meto la cabeza en su entrepierna.

Cierro los ojos y pienso que ya no es posible hacer más el ridículo. Debe de estar pasándose genial.

Me coloca las gafas, y después se acerca a la «nave espacial», donde engancha con su gigantesca mano un cabezal con un cable muy largo. La enciende, de reojo veo que toquetea y escucho los pitiditos que hacen los botones al presionarlos. Sigo sudando la gota gorda.

De lo que transpiro, se me han empañado las gafas. Me mira y sonrío abriéndome las piernas. Pego un bote.

—Tranquila, vamos a empezar.

«Tú ni caso a mis convulsiones, en cuanto veas que dejo de respirar, avisa a mis padres. No, mejor a mis amigas. Si..., si mi padre me ve en estas condiciones, puede que me haga alguna maniobra para resucitarme y así poder matarme con sus propias manos después».

—A... *já*. —Es lo único que consigo emitir. Así, todo el rato.

—Empezamos. Disparo y vemos cómo lo sientes, si es muy fuerte, bajamos la intensidad, ¿vale? —me comenta mientras sostiene el mango que se supone pondrá sobre mis vergüenzas para aniquilar a todo pelo visible.

Él también se coloca unas gafas, me ha recordado a un herrero en su taller, fundiendo lo que más tarde sería una verja. Dispara.

Ha sido un todo en uno.

Escucho *clack*, grito, huelo a pollo quemado y, a la vez que me retuerzo, continúo gritando.

Creo que, con esto de la intensidad, se le ha ido un tanto la manita.

«Chico guapo, no te dejes engañar por la frondosidad, igual, de haber sido precavida y traerlo retocado, no creerías que poseo la Selva Negra y que soy inmune al dolor».

—¡Qué susto! —me dice entre risas. Yo me agarro bien fuerte a los bordes de la camilla y arrugo y rompo el papel protector que había puesto.

A la mierda la higiene, estoy tocando el cuero.

—¡Ay!, perdona, no me lo esperaba. —Disimulo mis ganas de partirle la

cara.

—Pero si te avisé... —Se pasa la mano libre por los labios.

«Sí, me avistaste, pero se te olvidó decir que dolía».

—Perdona, en serio —me lamento a punto de llorar.

Me vuelve a abrir las piernas, yo ya me dejo hacer, de perdidos al río y la vergüenza se ha disipado con el sofocón doloroso de los disparos. Qué sensible tengo la zona... No me quiero ni imaginar el día que le dé uso útil.

Creo que ha sido el momento más humillante de mi existencia. Él disparaba, yo saltaba, sudaba y arrancaba con las manos el papel que iba quedando sobre la camilla; hacía verdaderos esfuerzos por no morirme. Me abría las piernas y con fuerza me sujetaba uno de mis muslos presionando hacia abajo para que no las cerrara, pero vamos, que no era queriendo. No sé si echarle la culpa al láser de diodo ese que me ha inyectado una fuerza sobrenatural y ha conseguido que pudiera derribar de una patada al joven, o que ya poseía y desconocía esta cualidad de mis extremidades.

Qué mal rato he pasado cuando he visto cómo salía despedido hacia la pared dejando caer sobre mis tobillos el cabezal del láser.

Después de varios improperios, los más bestias que podáis imaginar, que han salido sin poder evitarlo por mi boca, más seca que el papel de lija, y de intentar aguantar las lágrimas —aunque creo que se ha debido más a la deshidratación que me he provocado a mí misma que el hecho de impedir que salieran de forma voluntaria—, se ha retirado del todo.

—Mari Puri, en serio, así no hay forma de trabajar. Yo creo que deberías descartar la posibilidad de hacerte las brasileñas. En tu caso, sería más razonable que optaras por la línea del bikini solo.

¿Solo?, pero ¿qué he pedido yo? A ver, que alguien me explique qué significa brasileña, aparte de ser la persona que tiene esa nacionalidad ya sea por nacimiento o por otras circunstancias de la vida. Qué tamaño de ingles tienen las buenas mozas...

—Sí, creo que será lo mejor, o directamente, aceptar que moriré con toda esa melena salvaje, y listo —le digo incorporándome de la camilla que parece

que la ha descuartizado un gato montés.

—No, mujer, no sufras. Ahora mismo te digo una cremita que te puedes poner por ahí abajo una media horita antes de la siguiente sesión y verás como ni tú ni yo sufrimos tanto —me dice consolándome mientras me toquetea el hombro.

Quiero salir de aquí ya, pero claro, no me voy a poner en pie y ahora enseñarle también el culo. Llevo negándome desde hace años a ir por primera vez al ginecólogo, porque sabía que no me sentiría cómoda mostrándole mi interior y ahora, sin venir a cuento, me emociono y voy a deleitar a este buen hombre con todo mi ser.

Me parece que se ha percatado de que necesito levantarme. Me mira, me sonrío, se rasca la cabeza y se acerca hasta la camilla, o lo que he dejado de ella...

—Mari Puri, me marcho, cuando quieras te puedes ir vistiendo. Mi compañera te dará tu próxima cita. Recuerda, nada de sol, y no te metas otra cosa que no sea cuchilla.

¿Cómo que no me meta...? ¡Ah!, calla, que está hablando de la depilación. El láser me ha dejado revuelta.

## Capítulo 2

Esta noche salimos, hemos quedado las tres para darlo todo. Yo no sé si lo lograré, lo de las otras dos, lo tengo más que claro; triunfarán, pase lo que pase. Últimamente, no discriminan.

Cuando hago alusión a las otras, me refiero a Rosamari y a Sonia, mis dos fieles e inseparables amigas desde que tengo uso de razón. Crecimos juntas y asistíamos al mismo colegio desde los tres años hasta que fuimos a la universidad.

Lo de la depilación láser me da que no ha sido tan buena ida, al menos, hacerlo un par de días antes del día «D». Si al final logro mi objetivo, no creo que deba permitir que nadie hurgue ahí abajo, me da cosa ser tan explícita, pero se me ha hinchado y está rojo, rojo; incluso me molesta la ropa interior.

Estoy bastante preocupada y, como soy un tanto reservada para estos temas, no he querido contárselo a nadie y tampoco me apetecía llamar a lo de los «pelos», así que, me he dado un agüita fresquita y he decidido que me pondré un vestido vaporoso y todo al aire; esta noche no llevaré ropa interior. Si alcanzo mi propósito, más fácil se lo pondré al chico en cuestión y, si no lo logro, al menos, se me irá regenerando la epidermis poco a poco. El mulato casi me necrosa mi preciado monte de Venus.

Mientras, intento combinar el calzado con la ropa, al ser principio de primavera, las sandalias como que no pegan todavía, y un vestido con zapatos de tacón, lo veo demasiado elegante. Desisto.

Me sigue escociendo el *chochillo* de una manera estrepitosa, miedo me da meterme en el fin de semana de lleno y que me haga una combustión espontánea, así, a las bravas, y termine en urgencias. Debo de tener unos

cuarenta grados en la zona.

Mi mayor miedo es que mi padre se entere y, como penitencia, me obligue a asistir al club de jóvenes «decentes» los trescientos sesenta y cinco días del año, truncando mi plan y obligarme a posponer la idea hasta mi matrimonio con algún pazguato de allí.

Salgo al salón, me ha entrado hambre de tanto pensar.

—¡Hola, Mari Puri! ¿Es que vas a salir? —me pregunta mi padre apartándose el periódico y regresando al planeta Tierra.

—Un ratito —le digo poniendo carita de niña buena, fingiendo que todo es maravilloso, pero como me invite a sentarme a su lado, tendré que hacerlo con las piernas de par en par.

—Deberías estudiar, estás a nada de los exámenes. Todo sacrificio tiene su recompensa. ¿Cómo lo llevas? ¿De verdad que no crees conveniente que el hijo de César te ayude? —me dice sonriendo.

Ese que me recomienda para las clases, lo que quiere es que me despose a la antigua usanza y, aparte de que el chico no es para nada agraciado, no tiene conversación, me aburre y me abrumba su manera de dirigirse a mí, encima, me cae mal.

—Lázaro, deja a la niña que salga a merendar un ratito con sus amiguitas. —Odio cuando mamá me trata como si tuviera cuatro años o como si tuviera un retraso, ya no sé qué me molesta más.

—Gracias, mami —ahora le respondo yo como si fuera esa niña pequeña o la del retraso, sigo sin saber qué papel acabo de interpretar. ¡Que decida mi madre!

Entro en la cocina, abro la nevera y echo un vistazo rápido, no sé qué cogerme, pero quiero llenar el estómago. Sí, pretendo beber, y además, lo necesito..., pues no me creo capaz de entrar a matar sin haber ingerido ni una gota de alcohol. Me escucho y no doy crédito.

—Nena, ¿te hago algo? Últimamente, comes mal y poco. —Me toca la barriga. Qué manía con cebar al personal.

—Tranquila, en cuanto vengan las chicas nos vamos a merendar por ahí —

necesito mentir—. Esta noche dormimos en casa de Sonia, vamos a aprovechar para estudiar juntas.

—¡Di que sí! Qué orgullosa me siento de ti.

¡Ay! ¡Qué inocente! Sí tú supieras... Si lo averiguas, te mueres, así que, quédate con que lo hago por ti. El mentir, no lo de la virginidad, que eso está claro que es únicamente por mí.

Como no me gusta engañar en la cara a nadie y menos a mi madre, cojo una manzana para desviar su atención, mientras, la limpio con mi camiseta; parece que estoy frotando la lámpara esperando que salga el Genio. Si consiguiera hacerlo salir de esta fruta, tengo claro el único deseo que le pediría... Suspiro. Me despido de ella.

En un ratito se marcharán a misa y podré entrar en mi cuarto tranquila y echarle un ojo a alguna página *web* para conseguir algunos datos técnicos que necesitaré tener presentes por lo que pudiera suceder esta noche.

Realmente, es increíble la falta de información que tenemos los jóvenes de hoy en día, bueno, de mi entorno. Voy totalmente perdida al respecto. Todo lo que sé es por boca de mis dos amigas, que disfrutaban de su juventud con total impunidad, según la mente antigua de mi querido padre; me encantaría ser una de ellas. No consigo entender cómo hay tantas cosas que ni siquiera podía imaginar. De no ser por ellas, no habría sabido que fueran posibles de realizar.

Sé que lo que me dispongo a hacer es casi pecado mortal, pero necesito instruirme.

Acabo de entrar en el Google y por poco no caigo muerta. He puesto: «¿Cómo ponerse un preservativo?». Han salido varias opciones, las dos primeras las he descartado inmediatamente, tras comprobar que se trataba de un vídeo. Una es liberal, pero hasta ese punto..., me da que no. Es más el miedo de que mi padre se llegara a enterar de mi nueva afición y me mande a un internado a Suiza, que del hecho en sí.

Elijo la de: «Cómo usar un preservativo en veintisiete pasos». Yo de estas cosas no entiendo, eso lo tenemos claro todos, pero ¿tantos pasos hay que seguir antes de comenzar con el sexo? Igual los cuentan desde el momento en que el hombre acude a una farmacia, lo pide, se lo dan, lo paga, se lo guarda,

entra en casa y... ya llevamos seis. Con mucho respeto, pincho, se me carga la página. Visualizo la pantalla y me quedo alucinada. Cuántas cosas se me han ocultado, cuánta información me ha sido negada...

*Toc, toc...*

*Toc, toc...*

Cierro de un golpe la tapa del ordenador, lo hago con tanto ímpetu, que casi lo lanzo al suelo. Mi hermano ha entrado en mi cuarto, me mira serio, ahora sonríe. ¿Qué querrá este? ¿Me habrá estado espiando mientras investigaba las artes del correcto uso del preservativo en tan «solo» veintisiete pasos?

—¿Qué hacías? —me pregunta, entiendo que para comenzar una conversación.

—Nada, estudiando un poco —miento como una bellaca, pero es que no me ha quedado otra, temo que lea mis pensamientos y me pongo a enumerar los elementos químicos; voy por el rubidio.

—¿Y por qué te has asustado cuando he tocado?

¡Ay, qué pesado se pone cuando se cree que sabe algo y piensa que le estoy mintiendo! Odio que haga de hermano mayor, porque legalmente no es el primero, sino el mediano.

—Mira, Iván, estaba estudiando, o me dices a qué has venido a mi cuarto o te vas por donde has entrado, pronto vendrán las chicas y estoy sin vestir.

Me empiezo a poner nerviosa, solo me ha dado tiempo a leer hasta el paso once y encima ni sé dónde conseguir uno, además, al ojear la página, me he quedado pasmada cuando he leído que hay preservativos de mujer. Si se enterara mi madre...

Consigo echar al pesado de mi hermano, que se ha marchado intrigado. Dime tú dónde ve la intriga a decirle que estaba estudiando, si soy la «opositora universal» de la familia. Desde que terminé la carrera de magisterio, no he dejado de hacerlo, en nada serán los exámenes y he de decir que estoy satisfecha con mis conocimientos. También, me he ido preparando mentalmente de que, aunque apruebe, no tendré plaza; hay gente que, tan solo

con sus puntos acumulados, ya sacará más nota que yo. Sé que no es excusa para no seguir estudiando esta noche, pero creo que me merezco esta salida nocturna.

Suena el móvil, miro rápidamente la hora. «¡Mierda! estoy sin vestir», me digo mentalmente. Me quito el pijama, elijo un sujetador negro y mientras me lo abrocho me pongo las medias. Había decidido ir sin bragas y sigo con esa idea para evitar sufrimiento y fricción, así que las descarto.

—Dime, me estaba arreglando —le respondo a Sonia.

—Nada, que nos retrasamos una hora, Rosamari tiene que quedarse con el perro de su padre. Es que han ido a misa —me comunica que quedamos más tarde. Y yo casi me mato intentando ponerme las medias a la vez que me abrochaba el sujetador.

Al comprobar que ahora me sobra tiempo, he decidido seguir con mis investigaciones pornográficas.

Abro el portátil, busco cómo colocar un preservativo, porque claro, la parte teórica la he medio aprendido, pero ahora viene lo difícil, esto es como una oposición o peor, yo creo.

En una de las entradas recomendaban probar con un plátano. Sí, así, tal cual.

Corro a la cocina, voy al frutero y engancho los tres últimos que quedan, con estos serán suficientes, espero... Regreso rápidamente a mi cuarto. Entro, cierro la puerta, me siento en el borde de la cama, temblorosa, comienzo a pelarlo, creo que jamás volveré a ver con los mismos ojos esta fruta. Me siento ridícula.

Le voy quitando la piel y noto que estoy poniendo cara de pava, tengo la boca abierta, solo me faltaba comenzar a babear.

Ya lo tengo. Acabo de recordar que también leí cómo ponerlo con la boca, pero ahí... entiendo que habrá que subir de nivel para aventurarse en algo así.

Olvido ese pensamiento y abro de nuevo el ordenador, cargo la página y me doy cuenta de que me va a ser imposible la clase práctica. ¿Cómo narices aprendo a poner un condón si no tengo ninguno?, de hecho, en mi vida he visto

uno. Mi gozo en un pozo. Supongo que no servirá con un globo, tengo unos cuantos que sobraron de la fiesta sorpresa que le hicimos a Iván en su cumpleaños.

Me ilumino pensando que igual mis hermanos se han pasado por alto, como yo ahora, las creencias inculcadas por nuestros padres y ya no son vírgenes, uno rondando los treinta... y el otro con veintiocho recién cumplidos, y no es porque sean mis hermanos, pero están de muy buen ver.

Salgo al pasillo, miro a un lado, luego al otro, no sé qué miro, porque sé a ciencia cierta que mis padres no están. Escucho la música en el cuarto de Iván, me queda saber si David está en el suyo.

Toco a la puerta, nadie contesta, espero, echo un vistazo al techo, giro la cabeza porque me ha parecido escuchar un ruido, vuelvo a tocar, espero, cuento hasta tres y bajo el pomo, la puerta se abre y me cuelo. Mi hermano no está en casa, habrá ido a misa también.

Me dirijo a su mesilla de noche con la esperanza de que tenga al menos uno. Nada, no ha habido suerte, intento dejarlo todo como me lo he encontrado. No es que sea un maniático del orden, pero no quiero dejar ninguna pista de haber husmeado entre sus cosas; la privacidad la respetamos mucho en esta casa, aunque últimamente todas las normas de convivencia y de educación recibidas me las estoy pasando por todo el Arco del Triunfo, ese que tengo dañado por los mil pistoletazos de diodo.

Regreso a mi cuarto, entro un tanto desilusionada, me siento en la cama y llamo a Rosamari, creo que se lo tengo que contar a las chicas, preferiría no hacerlo por teléfono, pero así me resultará más sencillo, estoy convencida de que si se lo digo a la cara se reirán de mí. Ellas son conscientes de «mi problema», y también somos amigas, hay confianza.

—Rosamari —le digo cuando escucho su voz al otro lado de la línea.

—Seguimos esperando a que llegue mi padre —me responde antes de que le diga yo nada más.

—Va, no te preocupes, no te llamaba por eso. —Se calla.

—No me llamarás para decirme que no sales, ¿verdad?

—Tampoco. Mira, te quiero consultar una cosa, y te pido por favor que no te rías.

Ahora se ríe. Empezamos bien.

—Suéltalo.

—Venga —empiezo—. Estoy investigando cómo colocar un preservativo.

Escucho su risa casi por la ventana, y eso que vive a diez minutos de mi casa.

—Rosamari, que hablo en serio. Prometiste no reírte —me quejo.

—Pero tú, ¿para qué quieres saber eso?

—No pretenderás que salgamos esta noche sin que yo sepa al menos tan siquiera cómo es un preservativo. Además, si consigo encontrar a alguien, qué menos que sepa ponerlo, ¿no? —Silencio.

—Pero a ver, eso normalmente lo hace el tío. Ahora va a resultar que en tu primera vez vas a ir de experta.

—Pues por eso, no querrás que salga y me coloque un letrero en el que diga: «Virgen inexperta». Una tiene su dignidad —le explico.

—Mari Puri, pero por mucho que veas cómo es y lo manosees, te aseguro que cuando estés ahí metida en harina, no sabrás hacerlo.

«Tú sí que eres una amiga, eso, anímame».

—¿Tú no tendrás?

—¡Estás loca! ¿quieres que mi padre me mate?

—No, la verdad, es que no. Bueno, ¿y qué hago para saber algo más sobre prácticas, aunque no manosee? —nos reímos—. Al menos, que tenga unas nociones básicas. Había leído que se puede ensayar con un plátano, pero claro, sin el preservativo, poco puedo hacer.

—Tía, estás desatada. «Con un plátano», dice... Mira, una cosa que puedes hacer es chuparlo. —Casi me caigo de la cama.

—¡Pero qué asco! ¿Por qué me va a servir para algo el hecho de chupar un plátano...? —No hago relación.

—¡Joder! Entra en Google y pon: «Sexo oral a un plátano». —Me muero. Noto que me estoy muriendo lenta y dolorosamente.

—No sé para qué te llamo. Estás loca y me vas a crear un trauma.

Se sigue riendo, le ha entrado un ataque de risa. ¡Joder con Rosamari! En realidad, si ella es mi amiga y quiere lo mejor para mí, debería dejar a un lado los prejuicios y hacerle caso, aunque ahora me resulte asqueroso, insiste mucho en que esto me será útil in situ.

Nos despedimos y me pongo a ello.

Sigo los pasos que me dice el tutorial, me siento ridícula. Estoy avergonzada, y eso que no tengo público.

Pelo uno de los dos plátanos que me quedan, le dejo la cáscara a los lados y sujeto firmemente con la mano la base, me caen por los lados las pieles.

Con la punta de la lengua rodeo la del plátano, me río. ¡Esto es ridículo! Me voy emocionando y sin forzar la lengua comienzo a pasarla por los lados, subo, abro la boca y me introduzco la punta. No le encuentro sentido, la verdad.

Intento otra cosa que he leído y que no he logrado comprender del todo, pero decía que si conseguía hacerlo dejaría a mi chico boquiabierto de placer. Yo sí que tengo que estar abriendo de par en par la boca para esta práctica. «Garganta profunda» decía el titular.

Procuro coordinar mano, boca y plátano, es difícil, para qué decir otra cosa. Soy torpe, no he nacido para dar placer con esta cavidad...

Recuerdo que tenía un paquete de plastilina sin usar, de cuando acudo al club de monitora de los niños pequeños y de la programación de la *opo*. Dejo el plátano sobre la mesa de mi escritorio y saco de uno de los cajones la *plastilina*. Le quito el envoltorio y hago una especie de montaña, la pego a la mesa. Cojo el plátano e intento clavarlo dentro, para que no pierda estabilidad le coloco detrás un estuche con lápices dejando libre de mitad hacia arriba, y comienzo las indicaciones.

Abro bien la boca, cojo aire, intento ahuecar la lengua, me incorporo y arqueando la espalda, echo la cabeza hacia delante intentando tocarme con la

barbilla el pecho, pero colocando bien la boca, sujeto el borde de la mesa con las dos manos. Empiezo a meterme el plátano y me viene la primera arcada; algo debo de estar haciendo mal fijo. Repito la operación, ahora creo que vamos bien, ya que de momento no noto angustia, respiro por la nariz y casi, casi lo tengo dentro del todo.

Escucho la puerta, tropiezo y caigo al suelo con el plátano partido dentro de la boca, quedando la piel en la base en la plastilina.

—¡Mari Puuuri! ¿Estás bien? —Mierda, que no entre.

No puedo moverme, es más, no quiero hacerlo. Me echo las manos a la boca para tapar el trozo de fruta que me sobresale. Mi hermano me mira partiéndose de risa. Solo pienso en ser capaz de desaparecer. Intento meterme el trozo entero en la boca y comienzo a masticar.

—Sí, sí, tranquilo. Me asusté y caí. Estoy esperando a las chicas —le respondo con la boca llena.

—¿Te sucede algo? Te comportas de manera extraña. ¿Qué comes?

«¡Ay!, si tú supieras... Iván».

Me ayuda a levantarme del todo, me sacudo el vestido. De espaldas a él intento tapar el resto del cuerpo del delito, pongo una mano detrás y lo despego de la mesa como puedo.

Se acerca, me da un beso en la frente, me toca la barbilla y sale riéndose.

Menudo mal rato he pasado. Definitivamente, esto de aprender va a ser más difícil de lo que pensaba.

## Capítulo 3

Esta semana dejo de tener vida propia. De lleno sumergida en el estudio, que empiezan las oposiciones y si quiero salir de casa para independizarme de una manera disimulada, mi única opción es aprobar.

No es que en casa me traten mal ni nada parecido, son buena gente y me quieren, pero yo creo que en exceso y, ya sabéis, los excesos de cualquier tipo siempre son malos. ¡Vaya que si lo son!

Ser la pequeña de tres hermanos y que los dos mayores sean varones, no ayuda tampoco. Mis padres son muy conservadores y creyentes hasta la médula, que no digo yo que eso sea negativo tampoco, pero los tiempos han cambiado y aunque me hayan criado —como siempre insiste mi padre—, en la templanza y la sobriedad, llega un momento en que una debe tomar sus propias decisiones, y yo he decidido que quiero dejar de ser virgen porque quiero vivir la vida, enamorarme y disfrutar de los placeres que mi juventud me ofrece, sin necesidad de sentirme mal por tener estos pensamientos impuros que tanto molan. Pero mientras viva bajo el mismo techo que ellos, mi objetivo será inviable.

No sé qué se ha despertado en mí, pero entre tema y tema me distraigo imaginando cómo sería mi primera vez. Desde mi despertar sexual, no he conseguido mi propósito y ando un tanto desesperada. Siempre salgo dispuesta y decidida, me digo a mí misma que ha llegado mi momento, tan solo quiero gustarle a un chico, no pido tanto: que alguien se fije en mí y poder conocer de cerca, en mis propias carnes, el sexo.

La otra noche me fue imposible alcanzar mi propósito. Salimos las tres bien animadas y comentando mi experiencia *platanil*. Todo eran risas hasta que al entrar en el primer *pub* necesité ir al baño. Me ardía la flor dañada y

desierta, aunque ese no fue el motivo por el que tuve que regresar a casa. Una indigestión por abusar de fruta sin madurar fue el diagnóstico del médico de urgencias. La culpa se la echo a mi padre, que siempre me ha insistido en que es pecado mortal tirar alimentos. «Mari Puri, cómetelo todo. ¿Tú sabes la de niños que mueren en el mundo porque no tienen tu suerte?», de ahí que me comiera los tres plátanos tras mi experimento. Ya que pequé de pensamiento, al menos con el tema de la comida no fui capaz de hacerlo...

Sigo mareando a mis ideas con mi obsesión actual.

Recuerdo un verano, tendría unos dieciséis años. Al no tener clases, acudíamos cada mañana al club; allí todos los niños hemos sido criados en la famosa «templanza y sobriedad» que tanto nos inculcó mi padre. Pero había un niño —no tan niño, que era monitor—, y bueno, de vernos a diario, de compartir la mañana entera, pues me ofreció convertirme en monitora de los más pequeños. De resultas, hicimos un lazo de unión muy bonito y sano.

Y entiendo yo, que al estar en plena adolescencia, con las hormonas revolucionadas, influyó en el hecho de que el último día de vacaciones de verano, al recoger las piezas de Lego, nos chocamos, nos miramos y, antes de que pudiera siquiera imaginar que estaba a una milésima de segundo de recibir mi primer beso incestuoso, Jacobo lo hizo. Me rozó los labios, un beso fugaz, pero en el que yo me estremecí. Me hizo sentir tanto..., que estuve dos años acordándome de él, pero como había venido de voluntario, vivía en otra ciudad y asistía a una universidad del Norte, jamás lo volví a ver y también es cierto que me sentía mal por querer saber y no poder preguntar por él. No quería que se hicieran una idea equivocada de mí, que a ver, ahora que nadie puede entrar en mi mente, yo lo que quería era saber de Jacobo para que continuara lo que había empezado y había dejado a medias, ni me planteaba un noviazgo, y mucho menos un matrimonio.

No sé cuánto tiempo me estuve sintiendo mal conmigo misma, no me confesé ni nada, pero lo llevaba ahí, *claváito* en todo mi ser. Había pecado, era pecadora, pero mis amigas me hicieron ver que eso era una tontería, y que ellas se habían liado ya con dos y que si surgía el hecho de tener sexo con algún mozo, pues lo tendrían.

Al principio, yo no quería ni escucharlas, pero en seguida quise oír hablar

del tema. Tristemente, nunca llegó ese chico que se fijara en mí y quisiera un *rollete* de fin de semana. Era decir mi nombre... y chico espantado.

Me planteo si mi padre me puso con toda la idea el nombrecito...

Intento olvidar todo este lío de la mala conciencia por querer tener sexo sin estar casada, por querer perder la virginidad por encima de todas las cosas antes de cumplir los veinticuatro años y nuevamente me centro en los apuntes.

—¿Qué tal? —respondo al teléfono. Me llama Rosamari.

—¿Cómo lo llevas?

—Parece que bien, pero nunca se sabe... Qué ganas tengo de acabar y que sea lo que Dios quiera. Dime.

—Quería saber si te apetece que vayamos a comer juntas el viernes, ya habrás terminado los exámenes y creo que te vendrá bien despejarte.

—Había pensado dormir. —Bostezo.

—Pues duermes luego, venga, quedamos a las dos en la puerta del chino.

—¿Y Sonia no puede?

—No, ella no, está con la maestría, pero ha prometido que nos buscará un hueco la próxima semana para salir las tres. A ver si consigues liarte con uno.

—No te lo tomes a mal, pero ese tema prefiero olvidarlo. Me está creando un complejo... Que sea virgen a los veintitrés no creo que sea tan grave, tengo que asumir la realidad, pero te reconozco que desde que vi aquel vídeo e intenté engullir un plátano de golpe, he decidido tomármelo con calma, sé que no estoy preparada para hacer una felación —nos reímos—. En serio, quedamos otro día.

—No te preocupes, muchas practicamos sexo y no lo hacemos. Definitivamente, debemos quedar y hablar largo y tendido del tema. Nos vemos el viernes y no admito excusas.

—Rosita, desde que te has liberado das miedo. —Cuelgo y vuelvo a mis apuntes.

Salgo al salón, es la hora de cenar, y antes de que mi madre venga con la bandeja a mi cuarto, he preferido salir yo y así evito que se me sienta en la

cama y me interrogue, en familia parece que se corta un poco más la mujer.

—¡Ven a ayudarme, cariño! —me dice mamá desde la cocina.

—Voy. —Miro a mi padre y hermanos que están sentados en el sofá atentos a la tele. Para qué van ellos a ayudar a mi madre...

Voy poniendo la mesa y siguen discutiendo sobre fútbol. Comienzo a sacar los platos y los llamo para que se sienten. O yo soy invisible o ellos sordos...

Mi madre los vuelve a llamar con su voz angelical y consigue que vuelvan en sí, nos sentamos los cinco alrededor de la mesa.

—Bueno, Mari Puri, mañana empiezan las oposiciones. ¿Estás nerviosa? —me pregunta mi padre.

—Pregúntamelo mañana —le respondo con una sonrisa.

—Nena, han llamado por teléfono para retrasarte la cita de la depilación. —Me atraganto y miro al suelo.

—¿Te depilas? —me pregunta el imbécil de mi hermano.

—Sí, me depilo y tengo la regla. Me he hecho mayor. ¿Algún problema? —Mi «adorado» padre escupe el vino que estaba bebiendo.

—Purificación, un respeto, no se hablan de estos temas en público y menos, en la mesa, comiendo... Anda, ya se me han quitado las ganas de cenar —se queja el hombre. Sujeta la servilleta de tela que cosió a mano mi madre cuando hacía su ajuar, se limpia la boca, se pone en pie, da unos cuantos pasos y termina por sentarse en el sofá refunfuñando.

—No veo qué hay de malo en lo que he dicho: «La regla». ¿Habrías preferido la menstruación? —le respondo toda digna.

—¡Hala, qué asco! Ya se me han quitado también a mí las ganas —comenta mi hermano David, que es el típico «culo veo, culo quiero», y claro, si mi padre lo ha hecho, pues él también.

—¡Qué manera de exagerar! —me vuelvo a quejar.

—Hija, es que tu padre tiene razón, de esas cosas... —me riñe mi madre.

—De esas cosas, ¿qué? —le pregunto. Antes de seguir hablando,

interviene «el indignado» de nuevo.

—Purificación, a tu cuarto. —Se levanta y, con su dedo índice bien tieso, me señala el pasillo.

—¡Ay, Señor! —grito con los brazos apuntando al techo—. ¡Dios mío!, sabes que nunca te pido nada, pero por favor, que sí o sí, apruebe la maldita oposición y me pueda largar de esta casa gobernada por el alma errante de un soberano prehistórico de la Edad Media... —recito una plegaria en voz bajita. Estoy poseída por el espíritu de la Chulería, pero no tan loca como para decirlo en un tono en el que mi padre alcance a escucharme.

...

No he podido pegar ojo en toda la noche, dándole vueltas y vueltas a la discusión tan ridícula de ayer. Pero es que, mi madre, antes de acostarse, aún entró en mi cuarto a decirme que debía disculparme con mi padre y mis hermanos. «¿Pero estamos locos?». Dice que estoy muy suelta últimamente. Si ella supiera... Aclaro que ella llama «suelta» a dar mi opinión, siempre desde el respeto, eso sí, que la educación ante todo, y ¿qué hay de malo en hablar de que tengo la regla o de que me pica una teta...?

Luego, encima, no contenta con su petición, me reprende diciéndome que no ve lo de la depilación. «¿Qué no ve?», me pregunto yo. Menos mal que ella sigue en su mundo de luz y color y entiende poco de alejandritas y diodo. Ganas me han dado de confesarle que en la primera cita, ya le enseñé todo lo mío al técnico. Cada vez que lo recuerdo..., me muero. De habérselo contado, me habría quedado huérfana de madre, y mi padre habría acabado en prisión por intento de asesinato, del mío y del pobre empleado de la depilación, que ya ves tú, qué culpa tiene el hombre.

No sé por qué intuyo que es gay, aunque no me ha dado ninguna muestra. En honor a la verdad, tengo que decir que se comportó de manera muy profesional, podría ser tanto hetero, gay o una piedra inerte. Después de mi exhibición nudista, solo he vuelto otra vez, pero bien tapada la entrepierna y no me atendió él.

Mientras me incorporo de la cama, miro el móvil y veo que tengo un mensaje de Sonia deseándome toda la suerte del mundo, también, otro de Rosamari animándome y recordándome que mañana cuando termine el último examen, hemos quedado a las dos en punto en el chino.

Entro en la ducha, necesito despejarme antes de llegar al instituto para comenzar la oposición. Empiezo a notarme nerviosa, espero que la primera prueba se me dé bien. Es la primera vez que voy a hacer algo así, y preciso un trabajo, quiero ejercer de maestra, lo necesito como el respirar. No os voy a engañar, no es por vocación, que a estas alturas creo que ya no la tengo, tantos meses dedicada al estudio han hecho mella en mi carácter y estoy amargada, sí, aunque no lo parezca. He dejado de tener vida, y me he dedicado en cuerpo y alma al estudio diario para aprobar y marcharme de aquí. Este es realmente mi objetivo, tengo vocación de independizada.

Saco todos los escapularios de mi joyero y la estampita que con tanto fervor me regaló mi madre de pequeña; hoy cualquier ayuda externa será necesaria.

Cojo el bolso y salgo por la puerta, agradezco que no hubiese nadie en casa, seguramente, habríamos vuelto a discutir.

## Capítulo 4

Creía que nunca llegaría este día. Por fin he terminado los exámenes, menos mal, creo que mi mente no podría soportar más horas de estudio, en alguna ocasión, he temido que me estallara el cerebro.

He salido muy satisfecha, el tribunal me ha sonreído mientras desarrollaba correctamente mi programación, y parece que les ha gustado. Estoy feliz.

Me siento en un banco del parque, he pensado que sería conveniente telefonar a mi madre, desde la otra noche no nos hemos vuelto a hablar, y la mujer estará esperando que le diga algo. Aunque no sepa mi nota todavía, el simple hecho de comunicarle que ya he terminado le gustará y así, también evitaré un incendio en casa; tiene la «bonita» costumbre de encender velitas para cada cosa que hacemos. Se sienta en el salón y comienza a rezar. Parece la mujer de un torero en plena corrida, que hasta que no le avisan de que todo está correcto, no para con sus plegarias. Pues mi madre es exactamente igual.

—Mamá, que ya he salido.

—¿Y cómo te ha ido? ¿Quieres que vaya a buscarte David? ¿Te lo has sabido todo? Me bombardea a preguntas sin dejarme responder.

—Creo que me ha ido bien. No hace falta que venga David y sí, me lo he sabido todo. Estoy muy contenta —respondo a sus preguntas en el mismo orden.

—Pero si tu hermano está encantado, de hecho, ha salido de clase antes y está esperando en el salón de casa para ir a buscarte. Estarás cansada, cariño, ¿tú sabes lo qué has estudiado y lo poco que has dormido? —¿Estará de coña? Claro que lo sé y por eso mismo quiero distraerme y hacer cosas que hace la gente normal.

—No te preocupes, dale las gracias. He quedado con Rosamari para comer. No sufras, estoy y estaré bien —me despido con la intención de ir hasta donde mi amiga me espera.

Me levanto del banco con tanto ímpetu que termino espantando a las palomas que me hacían compañía. Guardo el móvil en el bolso y cruzo por el paso de peatones, absorta en los pensamientos pecaminosos que se han vuelto a apoderar de mi mente, imaginando lo que le haría al chico de mis sueños, que aún no he descubierto de quién se trata, porque llevo nueve meses estudiando la maldita oposición y he dormido bien poco, así que, nadie ha venido a visitarme durante mi fase *rem* en ningún momento.

Inconscientemente, voy sonriendo por la calle como si fuera una pirada, lo sé porque la gente no me quita ojo. Llego a la tienda de Rosamari, ya me está esperando con la persiana echada. Preferí pasar a por ella y así poder llegar juntas al restaurante, nunca me ha gustado entrar sola en los sitios.

Nos damos dos besos y un abrazo, me observa, se me queda mirando y, como no podía ser de otra manera, me suelta:

—Tía, tú acabas de echar un polvo o ibas camino de... —Me sujeta por los hombros.

—¡¿Qué dices, loca?! Continúo intacta, tal cual me trajo mi madre al mundo. A este paso, me veo ingresando en un convento —nos reímos mientras vamos paseando hacia el restaurante.

Entramos en el chino, acabamos de pedir una mesa para dos. Por suerte, está casi vacío, menos mal que hemos venido pronto; este sitio tiene muy buena fama y se forman unas colas espectaculares en hora punta.

Nos sentamos y mientras ojeamos la carta, nos vamos poniendo al día. Ella me cuenta que ha estado con un chico, y bueno..., la cosa no ha ido como se esperaba, y vuelve a estar en el «mercado». Me fascina la manera que tiene de ser, le importa todo un pimiento. Además, lo más curioso es que no hay día que no hablemos, y le pone tal dramatismo y lo representa de una forma que da la sensación de que hiciera meses que no supiéramos la una de la otra. Igual, todo esto sucedió ayer... Me encanta Rosamari.

Le confieso que paso de tíos, en plan de que no quiero obsesionarme,

porque si me llega la hora, la recibiré con los brazos abiertos, o con las piernas. Me río sola a carcajadas. Ya no pienso salir en busca de amor ni de sexo, los dos se han olvidado por completo de mi cuerpo y una no es de piedra..., pero necesito no pensar a todas horas sobre el tema, invierto demasiado tiempo y encima, para nada.

—¿Me vas a contar? —me dice a bocajarro poniéndome caritas.

—Nada, es una tontería, pero no me lo quito de la cabeza. —Bebo de mi copa.

—Pues suéltalo.

—A ver, esta mañana, nada más despertarme, ha sido solo un segundo, ¿eh?, pero me he acordado del tipo de la depilación. —Me río.

—¿Y? —pregunta curiosa.

—Y, nada, eso, que no me lo saco de mis pensamientos.

—¿Seguro que era gay? Porque si no...

—Anda, calla, no se te puede contar nada, en seguida vas a lo de siempre. —Le doy en el hombro.

Nos empiezan a traer los platos y entre bocado y bocado, vamos emocionándonos con la idea de organizar un viaje las tres juntas. Solo son ilusiones, porque sabemos perfectamente que eso no va a suceder, pero soñar es gratis. Recordamos nuestro último año en el instituto cuando hicimos el viaje del fin de curso al Vaticano y nos ponemos nostálgicas rememorando batallitas. ¡Qué tiempos!

Levanto el brazo para llamar la atención del chino, queremos que nos traiga la cuenta.

Se acerca sonriente, nos ofrece un chupito de no sé qué, he preferido no preguntarle, estoy segura de que se trata del lagarto ese que en más de una ocasión hemos visto cómo lo bebían en las mesas de otros comensales, y ya, sabiéndolo de entrada, sería incapaz de tomármelo.

Nos coloca los vasitos en un plato blanco, los llena, mientras lo hace, me parece ver un cuerpo extraño en su interior, algo así como un bulto sospechoso marrón verdoso. Evito fijar la vista para cerciorarme, no creo que sea

necesario ver al saurio macerado dentro, aparto los ojos del objetivo y miro al centro del restaurante.

Estoy viendo alucinaciones, y eso que aún ni he dado un sorbo al bicho.

Pestaño con una celeridad asombrosa, el chino se retira, cojo el chupito y, sin pensármelo dos veces, choco contra el de mi amiga llevándomelo a toda velocidad a la boca, tanta, que me echo la mitad en los ojos. Os podéis imaginar lo que me está sucediendo en este preciso instante. Me palpo las piernas en busca de la servilleta, la agarro fuerte y me la acerco a la cara con la intención de limpiarme los restos de los ojos y así evitar perder visión; me lo llego a echar entero... y me quemo las córneas. Rosamari está en pleno ataque de risa sonoro y no me es útil.

Consigo ponerme en pie, mi única intención es ir directa a los baños, pero en mitad de mi torpe recorrido, choco contra alguien, le he metido el hombro derecho en el estómago, escucho un «¡ay!» y a continuación, un golpe seco. Creo que lo he tirado al suelo. Sé que antes de esto, se ha estado tambaleando unos segunditos, porque aún no soy invidente, tan solo me cuesta abrirlos por miedo a que me piquen más.

Cojo la copa de agua que tienen los de la mesa en la que estoy apoyada y me la vuelco en la cara. Soy consciente de que estoy dando el espectáculo, me disculpo con ellos, mientras intento, sin éxito, ayudar a levantarse del suelo al pobre muchacho que he derribado.

Ahora sí que sí. Imaginemos que logro superar mi ceguera transitoria, dará igual todo, pues me quedaré traumatizada hasta mis últimos días en este mundo que tantas trabas me pone para pasar inadvertida cuando más lo necesito. Si se trata de atraer a alguien, me convierto en un átomo, pero ahora, soy un blanco perfecto. Me encuentro frente al «mulatón gay» de los pelos.

Me mira, me sonrío, creo que me ha reconocido. «¡Qué mono!». «¡Vaya pedazo de ojos que se gasta el muchacho!».

—Perdona, es que... en mitad de una crisis pensando que me quedaría ciega para siempre, por culpa del lagarto chino, he salido despavorida hacia los servicios y ni te vi. En mi defensa diré que iba con los ojos cerrados, así que, era bastante probable que me llevara por delante a cualquiera. Doy gracias que haya sido a ti y no a un chino con el *kubac* ese *chisporroteante*

ardiendo. Que no digo yo que me alegre de haberte tirado al suelo, que no me refería a eso —comienzo a tartamudear sintiéndome la más estúpida, ahora mismo soy la Diosa de la Estupidez—. Hablo, que de haberse tratado de comida..., pues, eso, que me habría calcinado.

—Tranquila, son cosas que pasan —me dice aguantándose la risa. Las pequeñas convulsiones acompañadas de incipientes y alegres lágrimas en sus espectaculares ojos, me hacen intuirlo.

«¿En serio? ¿Cuántas veces en la vida te ha pasado esto a ti? Me dejas loca», pienso para mis adentros.

Mientras se arregla la chaqueta, yo intento secarme un poco el agua de la copa que tomé prestada para rociarme. Me disculpo de nuevo con la señora a la que se la robé y huyo al baño, que es donde debía de haber acabado antes de este estropicio.

Una vez recompuesta, me aproximo a nuestra mesa y allí, junto a Rosamari, está «mi» guapo de ojos espectaculares que hace nada he redescubierto.

Es mulato clarillo, pero con unos ojazos impresionantemente azules que resaltan con su rostro moreno. Insisto tanto en esos ojos porque hay que verlos. Tienen vida propia, es algo así como que te obligan a disfrutarlos y admirarlos sin importarte nada más en el mundo. Te sumerges en ellos deseando hacerlo con su boca, con su cuello... ¡Madre mía! He desatado con el golpe a la bestia en celo que hibernaba en mi interior.

Me alegra saber que no le he roto nada, porque con esa altura, el porrazo ha tenido que ser de órdago, como si lo hubiesen lanzado al vacío desde un ático...

Lo miro y lo remiro, principalmente, lo admiro. Es guapo, guapísimo, y está muy bueno, pocas veces tengo la suerte de deleitar a mis ojos con estas vistas. Y lo más sorprendente es que parece que le intereso, al menos, no ha huido, yo me habría ido...

Estoy hiperventilando, mi despertar sexual ha hecho acto de presencia a lo grande, sin avisar. Vale que llevo un par de meses tontorrón, pero es que lo que estoy sintiendo en este preciso instante jamás lo había sentido, ni siquiera

cuando de adolescente pensaba en Jacobo, que es lo más próximo a un novio que he tenido en la vida.

Cojo aire y me acerco hasta la mesa.

—Disculpa de nuevo —le sonrío.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Me llamo Torres. —Se acerca para darme dos besos y una descarga eléctrica me recorre el cuerpo entero. Afortunadamente, no convulsiono. Habría pensado que soy epiléptica...

—¿Torres? —preguntamos las dos a la vez y le clavamos la mirada. Ni idea de por qué lo hemos hecho.

—Sí, Torres, de Torres, vaya —nos confirma lo que ha dicho antes.

—Yo soy Rosamari, y ella es... —Yo no logro emitir sonido alguno y se ve que, recordando la maldición de mi nombre, mi amiga ha decidido no pronunciarlo.

Un *déjà vu* se hace realidad, y me vienen los recuerdos de mi adolescencia a trompicones. Tengo la sensación de haber vivido esto antes.

No entiendo el porqué, nunca en la vida había tirado al suelo a un hombre y, en honor a la verdad, tampoco a una mujer. Me vuelve a la mente Jacobo. «¿Qué habrá sido de ese chico?».

Estuve semanas recordando sus besos, sus caricias y esos ojos... Ese chico me dejó trastornada. Tanto, como que es mentira que me diera caricias y, sobre todo, besos, y sus ojos eran como los de un topo, así que, igual estoy mezclando cosas, debe de tratarse de la escena de alguna película.

Película la que me estoy montando en este preciso instante.

Mis amigas y yo estuvimos meses buscándolo sin dar con él, y sus amigos no supieron decirme nada, porque por lo visto, era un amigo de un amigo que había venido ese verano de voluntario al club, y no sé qué rollo más nos soltaron. De haberle preguntado a la directora del centro lo habría sabido, pero mi educación de «señorita decente» me impedía interesarme abiertamente.

—¡Madre mía! —suelta Rosamari.

—¿Qué os pasa? —Torres nos dedica media sonrisa.

—¡Uy! Pasar, nada, pero es que... A ver, es una chorrada, pero mira, creo que nos conocemos de hace mil años. Quién dice mil, dice doce años y nueve meses, por ser más concreta... —¿Qué narices está diciendo Rosamari?

—No comprendo. —Chico, yo tampoco, pero piensa dónde estabas en el reparto de memoria, porque en el de belleza creo que eras de los primeros... Si Rosamari dice que te conoce desde hace doce años y nueve meses, es porque será cierto. Ella es única para las fechas y las caras. Pero... ¿por qué no sabía yo de tu existencia?

—¿Y a mí no me recuerdas? —pregunto sin pensar, porque esta pregunta no tiene sentido alguno en este instante. Ha debido ser envidia cochina convertida en pregunta.

—¿Debería? —Estoy por enseñarle el chocho a ver si por esa parte de mi anatomía me pone nombre... ¡Qué ordinaria me estoy volviendo...!

Me siento un pelín ofendida, vale que no soy *Miss* Universo, pero tampoco un *orcazo*. Que no me recuerde, me duele y hiere mi orgullo a partes iguales, aunque no le voy a reprochar nada, no sea que lo espante, que para estas cosas tengo el título oficial.

Nos comenta si preferimos tomarnos algo en una cafetería y salir del chino, nosotras nos volvemos a mirar y, entre risas, aceptamos. Yo estoy flipando.

Por una parte, me encantaría que Rosamari se hiciera la ocupada y se tuviera que marchar, pero por otro lado... en fin, que no le digo nada porque me da miedo que Torres, al saber que ella no viene, decida cambiar de planes.

No me quito de la cabeza por qué mi amiga dice conocerlo. Si me confirma que se han liado, sabré a ciencia cierta que no es gay..., aunque vaya la gracia que se conozcan íntimamente. Pero a ver, ¿Rosamari cuándo dejó de ser «buena niña»? si dice que hace doce años, casi para trece..., en esa época debería de tener... ¿¿Diez años?? ¡Qué engañados nos ha tenido todo este tiempo la maldita! Estoy deseando quedarme a solas con ella para que me cuente... Mi parte cotilla intenta salir a flote, pero la sexual gana, y prefiero recrearme con las vistas y la compañía de «mi» técnico. Por lo que no me

queda otra que tener paciencia y esperar a que nos quedemos solas, que deseo sea dentro de mucho...

Encontramos una terraza muy tranquila, nos sentamos los tres y cuando se acerca el camarero para preguntarnos, «la Mari» se levanta y dice que la disculpemos, pues debe marcharse; en menos de diez minutos tiene que abrir la tienda.

Me emociono con la bondad de mi querida Rosamari, quiero abrazarla, pero solo alcanzo a echarle un beso, y yo, que soy rápida mentalmente, sé que está mintiendo, cosa que le agradezco enormemente, no el mentir, pero sí hacerlo para dejarme sola con este Dios del... del Pecado.

## Capítulo 5

No dejo de acordarme de mi encuentro fortuito con Torres. Para mí, ya no es el técnico de los pelos, ahora, se ha convertido en Torres a secas, el chico de los ojos espectaculares y culito respingón.

Tal es mi emoción, que el fin de semana se me ha pasado volando y solo me he acordado de que estoy pendiente de que me informen de la nota de la oposición, cuando mi madre me preguntaba si aún no sabía nada. ¡Qué santa paciencia hay que tener con esta mujer! Si el viernes por la tarde ya le dije que no lo sabría hasta más allá del martes. ¿Qué le hace pensar que el sábado a las ocho de la mañana ya me lo han comunicado?, pero no contenta con ello, me vuelve a preguntar a las once, a las tres... Vamos, que parecía un reloj de cuco saliendo a piar cada cuatro horas. Y el domingo, otro tanto de lo mismo.

Aunque no es la única que está obsesionada con los resultados, que yo eso lo valoro, una madre es una madre, y saber cómo ha quedado su hija debe de ser emocionante y más, porque dejé de ser persona para convertirme en un ratón de biblioteca durante casi un año, y sería una bonita recompensa a mi grandísimo esfuerzo.

Mi padre ha tenido todo el sábado y parte del domingo a mi hermano David sentado delante del ordenador, actualizando cada hora la página de *Conselleria* con mi nombre y apellidos. Sí, suena increíble, pero así ha sido, y cualquiera le lleva la contraria a Lázaro Roldán, mi señor padre. Más increíble es porque le he insistido en que las notas, hayas aprobado o no, se colocan en unas listas de papel, a la antigua usanza, en el instituto donde nos examinamos. Pero él dice que no sé nada de la vida y que, con los avances tecnológicos, está seguro de que salen los nombres en un listado en internet. De ahí su empeño en tener a David dándole al *enter*.

—¡Mari *Puuuri!* —Escucho a mi hermano Iván dándome un berrido.

—¡*Voooy!* —le respondo en el mismo tono.

Salgo de mi cuarto y me encuentro a los cuatro listos para marcharse a la calle. «¿Se van de boda?». Por un momento me asusto, será domingo y se ha detenido el tiempo y mi vida no es mi vida... Las oposiciones me han trastornado más de lo que pensaba.

—¿Quién se casa? —pregunto tímida.

—Venga, Mari Puri, no tenemos toda la mañana, tus hermanos se han pedido unas horas por asuntos propios. —¿¿Perdona??

—Pero ¿adónde se supone que vamos? Y vestidos así. —Los miro alucinada y luego a mí misma. Voy con vaqueros y camiseta de manga corta.

—Al instituto, ¿dónde si no? —responde mi padre.

Definitivamente, mis oposiciones a quienes han trastornado ha sido a mi familia.

—¡Ah! No. Iré yo sola, de hecho, me iba ya —digo indignada. No pienso aparecer allí rodeada de mi familia, y menos con esas pintas. A mi madre solo le falta la mantilla con la peineta clavada en el cráneo, a modo de penitente.

—Deja de decir tonterías y vamos —sentencia mi «querido y adorable» padre.

—Pero mamá, dile algo —le imploro clemencia a ver si lo hace entrar en razón.

—¡Ay! Mari Puri, hija —responde—. ¿Tú sabes lo bonito que es esto para vivirlo en familia...?

—No es necesario, creedme. Yo voy, miro si ha salido la lista y en ese momento, juro que lo primero que haré será llamaros. De verdad. —Me muero de la vergüenza solo de imaginarme a mi padre entrando en el vestíbulo apartando a la gente para que le dejen ver el listado.

Resignada, camino hacia el instituto. No ha habido forma de deshacerme de ellos.

Aparca el coche a casi quince manzanas, que se dice pronto, todo por no querer parar en doble fila y dejarme bajar a mí solita. Cómo me recuerda cuando hicimos lo mismo para selectividad.

Encogida de hombros, voy dos pasos por detrás de ellos. Mi hermano Iván se gira, me mira y, con disimulo, me pasa el brazo por el hombro.

—¿Estás nerviosa? Si no has aprobado, no pasa nada, la vida sigue, estaremos a tu lado. Quería que lo supieras. —Vaya confianza que tienen puesta en mí.

—Sí, tú no sufras. Ya está todo hablado. Tu padre llamó a César y en septiembre, empezarás en el colegio. —¿Eh? ¿Cómo? ¿Pero qué está diciendo esta mujer?

Me niego a impartir clases en un colegio privado, y menos, religioso. No he estado nueve meses dedicando ocho largas horas con todos sus minutos y segundos a estudiar para terminar de maestra en un colegio de la familia. Ni loca. Antes, me voy a las misiones.

Entramos en el instituto. Mi padre, que le mola esto de dárse las de importante, se acerca al conserje para pedirle información al respecto, primero se identifica adecuadamente y después, le cuenta mi vida, que ya ves tú qué le interesará al pobre señor. Mi madre y hermanos le siguen, yo, que sin dárme las de superdotada, intento localizar el sitio visualmente, me acerco al mogollón que está agolpado contra una pared donde cuelga un gran marco de corcho con hojas clavadas.

¡Viva! ¡Viva! y ¡viva! No me beso porque no llego. Soy la mejor, sí, sí y sí. Olé yo y olé mi mente. No me he marcado un baile porque mi padre me habría dado un capón. He aprobado, cuatro veces he mirado la lista, y ahí estaba mi nombre: María de la Purificación Roldán. Sí, señor.

Mi madre ha roto a llorar, mis hermanos la han abrazado, y mi padre ha cogido el teléfono y se ha puesto a llamar a alguien. Tanto rollo con acompañarme y que no pasara el trance sola y se han olvidado por completo de mí.

Marco el número de Rosamari, le comunico que he aprobado. Ha llorado conmigo, de alegría y de pena, por si en el supuesto caso de que haya sacado

uno de los primeros puestos, me tuviera que marchar fuera. Pero me parece que, al contrario que mi familia, ella cree demasiado en mí, cosa que me alegra. Cuelgo y llamo a Sonia, le anuncio mi apto, se comporta igual que «la Mari». Cómo las quiero. Hemos quedado para celebrarlo.

—Y ahora, ¿qué? —¿Cómo que «y ahora qué»? ¿De qué habla mi madre?

—Pues ahora, tengo que traer los méritos y esperar que saquen las puntuaciones, y eso tarda casi dos meses —miento.

Si les digo que en un par de semanas, a lo sumo tres, sabré si tengo plaza o no, volveremos a repetir esta ridícula situación, que continúo sin entender para qué han venido todos. ¿Por qué mis hermanos se han pedido dos horas para asuntos propios, si ninguno me ha dado la enhorabuena y han consolado a mi madre? Si parecía que había sido ella la que se había presentado a las *opos* y la hubieran suspendido. O yendo más a allá, conforme han reaccionado, podría haber sido que hemos venido a un juzgado a ver si me habían condenado o no. Qué manera de llorar, cómo le gusta el drama a esta señora...

Sigo esperando que me feliciten, pero aquí van discutiendo los cuatro que si mi madre hace carne o pescado. Yo voy mirando por la ventanilla del coche resignada, debería estar acostumbrada, no sé de qué me sorprende.

## Capítulo 6

Oficialmente, ya es verano. Y también, es oficial que soy funcionaria.

Al final aprobé la oposición con nota, y no me preguntéis qué ha pasado, pero he conseguido plaza, la última, sí, pero he metido la cabeza.

Mi familia no deja de llorar y de pedirle a todo el santoral que me den una plaza en mi pueblo, pero no entienden que eso es imposible. Yo les insisto en que por muy mal que se me dé, estaré máximo a tres horas, eso contando con que me dieran el último pueblecito de arriba del todo de nuestra Comunidad. Pero nada, que mi madre ahora va a un psicólogo porque, por mi culpa, ha entrado en una espiral de pena que la ha llevado de cabeza a una depresión profunda. Yo es que no me tiro por el balcón porque con mi mala suerte, caería y no me haría nada, tan solo perdería todos los dientes y me partiría la nariz.

*Toc, toc.*

—Pasa. —Alguien ha tocado a la puerta de mi cuarto.

—Mari Puri, no hay ninguna posibilidad de que te quedes y des clases en el colegio con nosotros, ¿no? —me pregunta mi hermano David, acompañado por el otro—. Papá lo ha arreglado todo con César, y le ha ofrecido que seas tutora del primer ciclo. Eso es una pasada.

—¡Dejadme ya! A ver, acepto que no me felicitéis aunque me haya costado la vida estudiar y estudiar, pero de ahí a querer seguir controlando mi vida, dista mucho. Jamás os digo nada, nunca os llevo la contraria, acepto lo que me decís porque os respeto y sois mis hermanos mayores, pero me voy a marchar, aún no sé adónde, pero si seguís así, pediré el culo del mundo. ¡Que lo tengáis clarito!

—¿Qué egoísta eres! Tú has visto cómo está mamá, ¿te da lo mismo?

—¿Pero hay alguien normal en esta familia? ¿Para qué narices veíais que estaba estudiando?, ¿qué pensabais que iba a suceder si aprobaba?

—Es que nadie confiaba en eso —se le escapa la clave de todo a mi hermano. Nunca me he alegrado más de que sea un bocazas consagrado como en este instante.

Me levanto, sin decir ni una sola palabra, saco del altillo de mi armario una maleta, la dejo sobre la cama y la abro para empezar a meter todas mis cosas sin fijarme en lo que echo. Empiezo a llorar, de rabia, de desilusión, de decepción..., por no poder plantarles dos tortas a cada uno y por no decirles a mis padres todo lo que pienso de ellos y de su estúpido concepto de familia ejemplar...

—¿Qué haces, inconsciente? —Iván me aparta.

—¡Que me dejes! —Ahora, le aparto yo.

—¿Queréis parar ya? —nos pide David.

—Parad vosotros. ¡Qué harta me tenéis! Me voy a largar y no me vais a volver a ver nunca más —les grito llorando cuando escuchamos la puerta de la calle.

Iván, que aparte de bocazas no piensa, engancha la maleta y la lanza por la ventana. A cuadros nos hemos quedado David y yo. Será imbécil...

—¿Qué os pasa? ¿Qué ha sido ese ruido? —pregunta mi padre apoyado en el marco de mi puerta, acompañado por mi madre que sigue llorando. Digo «sigue», porque no ha dejado de hacerlo desde el día que fuimos al instituto a ver si era apta.

No puedo controlar el estado de nerviosismo al que me ha sometido el acto de Iván, miro a mis padres, pero de reojo observo la ventana rota. El muy lerdo la ha lanzado sin comprobar si estaba abierta, así que, ahora, está toda mi ropa esparcida llena de cristales debajo del «no» ventanal. Los tres estamos en fila tapando el estropicio para que mis padres no lo vean.

—Nada —dice David acercándose a ellos para darle un beso a mi madre.

Iván hace lo mismo. Yo no me muevo, la rabia y el impacto de la maleta

me han dejado petrificada.

Se marchan los cuatro y me dejan sola. Comienzo a llorar, no sé qué hacer.

Me planteo la propuesta de David y la descarto inmediatamente. No he perdido tanto tiempo de mi vida para ahora, que he conseguido mi objetivo, tener que rechazar la plaza fija de por vida para que mi madre deje de llorar y no se quede en estado permanente de depresión. Yo quería aprobar, precisamente, para marcharme e independizarme. Necesito volar sola, me ahogo aquí siendo controlada las veinticuatro horas del día por mi familia. Cómo envidio a los *hippies*.

He quedado con las chicas, necesito desconectar. Recojo la cristalera hecha añicos, sacudo mi ropa, guardo la maleta donde la encontré y me preparo. Hemos quedado en la playa.

—¡Qué mala cara traes! —me dice Sonia.

—Ahora os cuento —les digo mientras abrazo a Rosamari.

Nos sentamos en una terraza del paseo, aún me quedan un par de días para poder tomar el sol según las recomendaciones de los de la depilación. En realidad, me da un poco igual, no me gusta la arena y darme o no un baño es lo de menos, necesitaba estar con mis amigas y contarles qué ha pasado en casa.

Sonia me dice que pase de todo, que viva la vida, que me olvide de lo que ha sucedido con mi familia, que a partir de septiembre, seré libre y comenzaré una nueva etapa. Cómo se nota que no convive con ellos.

Se nos acerca un chico en pantaloncito de licra todo pegado, marcando paquetón, ahora me fijo en estas cosas, y sin camiseta ni nada, con todos los pectorales al fresco, bueno..., al calorcito veraniego, porque cómo pega Lorenzo. Está brillante, ha debido de embadurnarse con aceite de coco, porque, aparte de brillar, huele. Va en patines.

Nos saluda a la vez que nos alarga la mano con unos cartoncitos, Rosamari se los coge, le sonrío y las tres le damos las gracias. Observamos como bobas, cómo sale por patines. «¡Pedazo culo!». Estoy desatada.

—¿Vamos? —pregunta Sonia sujetando lo que nos ha dado el *brillante patinador*.

—*Uff*, no tengo yo el cuerpo para fiestas... —respondo con cara de pena.

—Precisamente por eso, así, te distraes y salimos juntas, que con tus *opos*, mis exámenes y Rosamari con sus rebajas... Venga, lo pasaremos genial —insiste Sonia.

Por no saber decir que no, ahora mismo, me encuentro eligiendo qué vestido ponerme para ir a una fiesta nocturna en una cala, a la que hemos sido invitadas por un patinador desconocido.

Quiero pensar que lo vamos a pasar fenomenal, pero, por otro lado, me entra el miedo, iremos a una cala, de noche, alejada de la civilización con universitarios con ganas de jarana y habrá alcohol y sexo... *Uff*, ya se me había pasado la obsesión de lo de la virginidad, igual... Este pensamiento me anima a terminar de arreglarme.

—¿Vas a salir de fiesta? —me pregunta mi padre levantando la vista por encima de las gafas que reposan en su nariz.

—No —miento—. He quedado con Rosamari, iremos al cine de verano y después, lo más seguro, es que durmamos en casa de Sonia.

—Sabes que no nos gusta que duermas fuera de casa. Pásame el teléfono de sus padres y hablo con ellos. —No cambiará nunca este señor...

—Anda, papá, pero si me he quedado un millón de veces. Luego os llamo. —Me acerco y le doy un beso.

—¡Mari *Puuuriii!* —me grita, pero me hago la sorda saliendo por la puerta de casa.

•••

Camino de la cala.

Estoy nerviosa y ansiosa. Nunca he ido a una fiesta de este tipo, supongo

que serán igual que todas, pero una como esta, al aire libre y junto al mar, es la primera vez.

Llegamos, aparca el coche; la única que tiene uno es Sonia y como ella no bebe, pues se lo ha traído. Mi padre no quiere que me saque el carnet, dice que si necesito algo, mis hermanos me llevarán, yo creo que es para no darme libertad. Vamos, estoy más que convencida.

Se escucha la música y el jaleo de la gente desde arriba, hay que descender por un caminito. A los lados, con mucho gusto, han colocado antorchas de esas de queroseno para iluminarlo, y la verdad es que le dan un toque muy interesante.

Antes casi de poner el primer pie en la arena, se nos acercan un grupo de chicos, se presentan y, sin esperarlo, al menos yo, nos dan dos besos a cada una. Nos invitan a acompañarlos a la barra improvisada que han puesto casi al principio; un cubo gigante con bloques de hielo. ¡Qué originales!

—¿Cervezas? —nos pregunta uno mientras nos lanza por los aires una lata a cada una.

¿No pretenderán que ahora las abramos, no? Igual esa era la idea...

Imito a mis amigas, ellas tienen más mundo que yo y, efectivamente, sale espuma sin parar de dentro de la lata. He sido la única que me he calado entera. Menuda he liado. Con la emoción no me he fijado que se la han separado del cuerpo antes de tirar de la anilla. Bueno, todos nos hemos reído.

«Pero ¿Sonia no decía que ella no bebía?». Me olvido, hemos venido a pasarlo bien.

Rosamari se marcha con un tal Álvaro, la sigo con la mirada, me guiña un ojo, y veo que se sientan alrededor de una hoguera, hay varias, pero ella se pone en la más próxima a la orilla.

Sonia está hablando de motores con otros dos de los que nos han entrado nada más bajar. Yo me quedo con el que nadie quería, fijo que me ha tocado el tímido inexperto, porque solo me mira, me sonríe y no dice nada. También es el más feo, porque es feo y muy bajito, está lleno de granos. Intento romper el hielo.

—¿Cómo te llamas? —acierto a decir.

—Santi, ¿y tú? —Ya hemos llegado a la parte de las presentaciones y encima, por mi culpa.

—María, me llamo María. —La mejor opción que se me ha ocurrido para no decir mi nombre de verdad.

—¿Quieres bailar? —Pues no. Sinceramente, no es por no querer, es que el ritmo no corre por mis venas, yo soy más de coloquio, pero como no sé decir que no, asiento con timidez.

No conozco la música que suena, pero son ritmos latinos, miro a mi alrededor, y nuevamente, imito lo que hacen los que me rodean, espero tener más suerte que antes con las latas.

Comienzo a mover las caderas dejándome llevar por la música sin sentido que sale por esa torre que han puesto a modo *bafle*.

Santi se me arrima, pero yo, con un disimulo acompasado, me separo y él vuelve al ataque. Creo que lo de tímido era una pose, porque es más bien un descarado.

Me coge de la mano, y sin soltármela, la eleva, me hace girar sobre mí misma. A la derecha, a la izquierda, creo que no he nacido para este paso de baile, pues me estoy empezando a marear, sin embargo, Santi no desiste en su empeño. Igual es lo que pretende. Si me mareo y pierdo el conocimiento podrá abusar de mí sin problema. *Uff*, ahora parezco mi madre, siempre pensando mal de todo el mundo...

Dejo la mente en blanco y sigo bailando, me contoneo, me río, estoy disfrutando como una enana. Qué ganas de esparcimiento tenía.

Se vuelve a arrimar, pero yo, con disimulo, de un salto con el culo hacia atrás, me separo. Mueve su pelvis de una manera sospechosamente peligrosa, unido a la cara de enfermo sexual que acaba de poner. Me empiezo a arrepentir de haber aceptado su invitación de baile. Me hace ojitos, se pasa la lengua por el labio y sube y baja las cejas de manera sincronizada con la boca que, de forma intermitente, alterna lengua con dedo. Ya no quiero bailar más con este tipo.

—¿Puedo? —Escucho una voz masculina que le pide permiso a mi pareja de baile. Me giro y... Alucino.

—¿Torres? —Me lanzo a su cuello. ¡Ay! Dios mío que estoy desatada, bajo los efectos del alcohol me desinhibo totalmente. Encima, ha sido mi salvador.

—¡Mari Puri! —Qué bien suena mi nombre cuando sale por su boca...

—¿Mari Puri? —pregunta Santi abriendo mucho los ojos.

—Es una larga historia —le explico girando la cabeza mientras sigo colgada del cuello de Torres—. Sácame de aquí, por favor —le susurro al oído.

—¿Quieres dar un paseo? —¿Que si quiero?... Me muero por estar a solas contigo. Aléjame de Santi. No hay forma de quitarme esta perpetua sonrisa.

Me pasa el brazo por la cintura, y a mí me recorre un escalofrío poniéndome la carne de gallina. ¡Qué sensación más bonita!

Según caminamos, echo la vista atrás y veo a Santi mirándome con cara de pocos amigos, pero yo le sonrío y le digo adiós meneando los dedillos de mi mano derecha. Si estuviera más bebida, le habría dedicado una «peineta».

Hemos llegado al final de la cala, aquí se acaba, estamos bastante apartados de la fiesta. La playa no es muy grande, pero lo suficiente para que casi no nos moleste la música. Podemos hablar tranquilamente sin necesidad de pegar berridos.

No puedo dejar de mirarlo, es guapo, está bueno, y me encanta. No es obsesión ni falta de experiencia, es que, aunque fuera una entendida y me hubiera ligado a más de cien tíos, seguiría pensando lo mismo.

Se sienta y me invita a hacerlo junto a él. Da unos toquecitos a su derecha para que le acompañe.

Me estoy poniendo muy, pero que muy nerviosa, se me está acelerando el pulso más que si hubiera corrido la San Silvestre. Me cuesta tragar, pero aun así, le obedezco. Está claro que he nacido para acatar órdenes y, en este caso, me encanta.

—¿Cómo te fueron los exámenes? —Se acuerda de mi vida... Es que me

vuelve loca.

—Genial, he aprobado, y lo mejor es que tengo plaza. Aún no sé destino, pero oficialmente soy funcionaria —le sonrío—. Estoy pendiente de que me confirmen cuál de los dos que puse me adjudicarán.

—¡Enhorabuena, esto hay que celebrarlo! —dice eso y a mí se me llenan los ojos de lágrimas. Me he emocionado.

Que un desconocido —porque quiera o no, Torres se aproxima más a un extraño que a alguien de mi círculo de amistades—, me haya dado la enhorabuena y se alegre, pues me llega. Y que aún siga esperando que mi familia me felicite... Una, que tiene su corazoncito, no puede evitar sentirse así y por eso ahora mismo me empiezan a caer las lágrimas por mis mejillas.

Me mira fijamente, noto cómo mi corazón se acelera más. Me sujeta la cara con una mano, con la otra me limpia las lágrimas. Yo me deshago. En breve, habrá un montoncito de arena entre las piedras de la cala y será mi cuerpo desintegrado por la emoción.

—¿Por qué lloras? ¿No estás contenta? Si era lo que querías. Además, aprobar una oposición es algo muy duro y es digno de admiración, y encima, que hayas conseguido plaza. Es increíble que lo lograras. —¿Me está llamando tonta? Me aparto de su mano—. No me mires así, tú sabes la de gente que lleva años y años intentándolo y, estando preparadísimos, no lo consiguen. Deberías de estar superorgullosa de ti. Yo lo estoy.

«¿Tú lo estás? ¿De mí? O es que tú también eres funcionario y en tus ratos libres te dedicas a chamuscar pelos de mujeres desesperadas como yo...». No entiendo nada.

—Gracias —solo soy capaz de decir eso.

Me sujeta del hombro y me acerca a su costado. Yo cierro los ojos. Estoy en la gloria bendita.

## Capítulo 7

Tengo miedo, ahora que todo se ha hecho real, reconozco que estoy muy asustada. En breve, estaré sola, en una ciudad diferente a la que me vio nacer, donde me crié y donde tengo mi famosa zona de confort. Comenzaré prácticamente de cero. Me pongo a llorar al pensarlo.

—Pero, Mari Puri... —Torres me abraza y me siento segura.

—*Uff*, es que me he puesto a pensar que en menos de mes y medio estaré lejos de aquí... Tengo que buscar una casa que esté cerca del colegio. No conozco el sitio, no tendré a mis amigas... Pero lo que más miedo me da es tener que decírselo a mi familia. Ya sabes que en esto no me apoyan —digo secándome las lágrimas.

—Lo tendrán que aceptar.

—Tú no conoces a mi padre ni a mis hermanos. Capaces son de encerrarme en el trastero con tal de que no les abandone —le digo apenada.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Como dices que no sabes cuál de los dos destinos que has solicitado te darán, si quieres, echa un vistazo a las casas que hay por la zona de cada uno de los lugares, y luego, ya podemos buscar la definitiva. —Pero, pero, pero... ¡Ay!, por un momento pensé que me decía de buscar una casa los dos juntos. Qué manera de flipar. Pensar en hablar de esto con mis padres, me desestabiliza y me hace alucinar pepinillos—. Venga, vamos a mi casa y desde el ordenador miramos el sitio y te haces una idea de las casas y de los alquileres.

Me está proponiendo ir a su casa, ¿los dos solos? Bueno, no tengo ni idea de si vive solo o con sus padres o su mujer... Ostras, jamás me planteé que pudiera estar casado, al fin y al cabo, entre nosotros no ha sucedido nada, él

me mira como a una niña pequeña, echará en falta la figura de una hermana menor a la que proteger, se le ve muy protector y delicado... De ahí que me imaginara que fuera gay.

Regresamos a la zona de la fiesta. La gente está sentada alrededor de las hogueras, y por la parte más alejada de la orilla, se pueden distinguir las siluetas de parejitas amándose. Qué cursi he sonado. Bueno, básicamente, que se están liando.

Hago una búsqueda rápida visual, necesito encontrar a las chicas. Si todo ha ido como suele ir, Rosamari estará retozando con... creo que era Álvaro. Y Sonia, dudo mucho que continúe con esos charlando de motores o de coches; entiendo que se habrá mezclado con la gente o con alguno que le haya gustado, es lo que suele pasar cuando salimos de fiesta.

Saco mi móvil del bolso con la intención de enviarles un mensaje para avisarlas de que me voy con Torres a su casa. Sé que en cuanto lo lean, me bombardearán a preguntas o me dirán barbaridades.

El corazón me da un vuelco.

—¡Mierda! —digo muy alto.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi acompañante.

—Tengo más de diez llamadas perdidas de casa —digo con la respiración entrecortada.

—Llama a ver qué sucede —me aconseja.

—¿A las once de la noche? ¿Tú estás loco? Necesito encontrarlas antes. —Me pongo muy nerviosa y voy corriendo de hoguera en hoguera con la esperanza de dar con ellas. Torres me sigue.

Cambio de dirección y decido ir a buscarlas a la parte alejada, será más acertada la búsqueda.

—Mari Puri, vamos a separarnos —me comunica—. Tú ve por allí, en cinco minutos nos encontramos en la entrada.

Me tiemblan hasta las piernas, me falta el aliento, tengo la garganta seca y cada segundo que pasa estoy más asustada por si de nuevo me vuelve a sonar el teléfono, ya sea para darme malas noticias, o simplemente, para decirme

que me han descubierto.

—Rosamari, ¿dónde estás? —Al final he pensado que sería más rápido localizarla con una llamada.

—Mari Puri, ¿qué te pasa? Estoy en la zona del aparcamiento. —La escucho muy bajito, con mucho ruido de fondo.

—Voy. Espérame arriba. —Cuelgo sin darle explicaciones.

Subo corriendo la cuesta de piedrecitas, la gente me mira, algunos me animan para que no me detenga, otros me gritan, pero yo no me paro, aunque amenace con echar hasta el hígado. Me cruzo con Torres, va por detrás, mientras, me pregunta si sé algo más.

—Mi pa..., mi padre, Rosamari. —Solo digo eso jadeando por la falta de aire debida al esfuerzo físico.

—¿Le ha pasado algo? ¡Ay!, no me asustes, Mari Puri —me pregunta mi amiga.

—Es que no lo sé, no me atrevo a llamar. Tengo doce llamadas perdidas, diez de casa y dos de mis hermanos —le digo muy asustada.

Me coge del brazo y me lleva aparte. Me obliga a respirar hondo exigiéndome que me serene.

—Ven, vamos a ponernos aquí y llamas, dile que habías silenciado el móvil en el cine. Diles eso. —Sigo nerviosa y soy incapaz de entender qué me dice—. Mari Puri, reacciona, mujer.

Me tiembla la mano, casi no atino a darle a la pantalla del teléfono, marco y espero.

—Mamá, ¿qué pasa? —le pregunto muy nerviosa.

—Mari Puri, ¿qué estás sorda? —me responde mi madre.

—¿Sorda? Lo que estoy es con un susto de muerte.

—¿Te ha pasado algo? ¿Necesitas que vaya tu hermano a buscarte? —ahora me grita.

—Mamá, ¿por qué me habéis llamado doce veces?

—Como dijiste que luego llamabas y eran las diez y media de la noche y seguíamos sin saber de ti, pues tu padre me pedía que siguiera insistiendo. Nos estábamos vistiendo para salir a buscarte. —¡Venga ya!

—Mamá, estamos bien, silencié el teléfono para entrar en el cine — consigo mentirle.

—¿En el de verano?

—¿En cuál sino?

—Pero... ¿estás bien?

—Sí, mamá, estoy bien, nadie me ha secuestrado.

—¿Cómo hablas de manera agitada?... —No sé cómo hablaría si estuviera secuestrada, es más, supongo que no podría llamar.

—Es que intento reanimarme. Me habéis dado un susto de muerte. Pensé que había pasado algo en casa.

—¿Qué iba a pasar? —Pues eso digo yo...

—Nada, mamá, no pasa nada, cuando llegue a casa de Sonia te mando un mensaje. No creo que tardemos en irnos.

—¿Y por qué no os venís a casa? Pongo unos colchones en tu cuarto y dormís aquí.

—No, dormiremos donde Sonia, en serio. Estoy bien, no te preocupes. — Miro a Rosamari que me arranca el teléfono.

—Señora Roldán, soy Rosamari, buenas noches. Disculpe que no le haya atendido las llamadas. —Qué educada puede ser cuando se lo propone, quién diría que es tan alocada...—. Nos marchábamos ya a casa de Sonia, de hecho, estamos las dos en el aparcamiento esperando a que nos recoja con el coche. No sufra, en cuanto lleguemos, Mari Puri le avisa con un mensajito, estese tranquila. Muy buenas noches y salude al señor Roldán de nuestra parte —se despide, cuelga y me entrega el teléfono.

Instintivamente, compruebo que el móvil está apagado, solo faltaría que mi madre siguiera en línea.

Cuando reacciono, le explico a Rosamari que Torres me ha pedido que lo

acompañe a su casa, vamos a ver la zona donde he solicitado mi puesto de maestra. Ella se ríe, sé por dónde va, pero yo solo voy a buscar un sitio tranquilo para alojarme.

Hemos acordado que cuando se vayan a casa de Sonia, me avisarán y pasarán a recogerme, eso sí, me insiste en que no sabe la hora. Torres, que está muy atento a lo que me está diciendo mi amiga, interviene y apunta que le diga la dirección de Sonia, se ofrece a llevarme a casa de mi amiga a la hora que le indiquen.

## Capítulo 8

Estamos entrando en casa de Torres, estoy nerviosa, me siento rara, jamás he hecho algo así.

No quiero montarme ninguna película, pero aunque sé que no sucederá, en el fondo, deseo que pase, quiero que me bese, me acaricie... y ¿por qué no?, si ha llegado mi momento, quiero que sea con él. Ya conoce mi anatomía. ¡Qué vergüenza me da recordarlo!, pero es lo que hay. Si sin conocernos me espantaría ante él y me vio como mi madre me trajo al mundo, toda llena de pelos, con él ya he perdido el pudor.

Me invita a sentarme, creo que vive solo, o al menos, no hay rastro de compañeros de piso, ni esposa ni padres, lo cual es un alivio.

Es un estudio, bueno, un salón con cocina americana, un baño y un dormitorio, lo sé porque tiene las puertas abiertas y puedo ver el interior desde donde me encuentro.

—¿Quieres tomar algo? —me dice con la puerta de la nevera abierta.

—¿Tienes cerveza? —Si tengo que aguantar a tu lado, prefiero que sea con alcohol.

—Ponte cómoda.

Lo miro sentada desde el sofá, la verdad es que me encanta, cada segundo que pasa me gusta más, yo creo que estoy obsesionada y un tanto encendida de cintura para abajo.

¿Sentirá algo por mí? Las dudas me asaltan y me noto agitada; excitada llevo toda la noche desde que me rescató del Billy Elliot.

Deja dos Coronitas sobre la mesa auxiliar del salón y entra en su

dormitorio, segundos más tarde, sale con el portátil, se sienta junto a mí y lo abre.

Me inclino para coger mi botella y le rozo el brazo, casi de un trago me la bebo, estoy muy suelta. Esta noche marcará un antes y un después en mi vida.

He salido de casa a una fiesta en la playa donde había más alcohol que arena, he bailado con un sobón, he contemplado el horizonte y la luna junto a mi amor secreto, he mentido descaradamente a mis padres para fugarme a casa de un chico que no conozco de nada, pero al que le enseñé el chocho a los tres minutos de conocerlo, y voy camino de emborracharme a altas horas de la madrugada los dos solos en su domicilio. Me tatuaré este día en mi tobillo.

—¿Y dónde quieres buscar piso? —me pregunta con una sonrisa.

—Creo que me tocará en El Campello, si no, el pueblo de al lado. —Veo que teclea el nombre en el buscador.

—¿Qué presupuesto tenías pensado?

—Pues ninguno, la verdad. A ver qué sale y ya vamos descartando.

Llevamos casi una hora buscando «mi casa ideal», pero no me terminan de convencer. Me ha comentado que lo mejor será ir a verlas. «¿Se ha vuelto loco?». No puedo irme allí sin que mis padres lo sepan, además, de enterarse, querrán acompañarme, bueno, miento, me prohibirán ir. Sé que, en cuanto averigüen que me tengo que cambiar de localidad, pondrán el grito en el cielo y harán lo imposible para que no los abandone, porque lo verán así y no como un logro en mi carrera.

Resoplo.

—¿Cuándo quieres ir? Yo ahora estoy de vacaciones. —Me mira sonriente.

—Deja que piense. Tengo que hablar con las chicas —le digo feliz.

—¿Quieres que te acompañe?

—Me sabe mal, la verdad, pero sí, me haría ilusión. ¿Tienes novia? —he dicho eso en voz alta. Ahora es cuando me muero, ¿no?

—Y tú, ¿tienes? —Levanta las cejas. Pero qué guapo es.

—¿Estás de coña? ¿Cómo voy a tener novio?

—Pues no entiendo por qué no lo ibas a tener.

—Venga, vale. No me has respondido. —Qué insistente resulto ebria.

—No tengo novia. —¡Toma ya! No hago la ola porque no lo entendería y paso de dar explicaciones.

—Me parece raro. —Vuelvo a pensar en voz alta. Espero que esto no se convierta en una costumbre, porque es un tanto bochornoso.

Saca dos Coronitas más, lo mío ya se está transformando en adicción.

Suena mi teléfono y del susto me caigo al suelo, o de la sobredosis de alcohol que llevo correteando por mis venas. No sabría confirmar por qué motivo me he estampado.

Torres me intenta incorporar y al estirarme del brazo, lo atraigo hacia mí. Noto su paquete en mi flor. «Hoy estoy poética».

El teléfono sigue sonando, pero ya no me importa, suena y suena y nuestras miradas se cruzan. Dejamos de reír a la vez, nos quedamos en silencio y le planto un beso. ¡Madre mía! Ya estoy perdida.

Me ayuda a levantarme del suelo, miro el teléfono, compruebo que se trata de mi amiga, me disculpo con Torres, rompiendo así el momento más romántico de mi vida. Respondo.

—¡¡Rosamari!! —exclamo su nombre de la excitación contenida.

—Nosotras nos marchamos a casa. ¿Cómo vas, te lo has tirado ya?

Instintivamente, bajo con el dedo el volumen del aparato y me ruborizo. Miro a Torres que hace lo mismo conmigo.

—Calla, loca. Pues en un rato iré yo, seguimos buscando casa —le digo entre risas.

—Quédate, aprovecha, no seas tonta... Está muy bueno. —Me giro hacia la ventana que da al balcón, no quiero que vea mi cara de flipada al escuchar las cosas que me dice Rosamari—. Recuerda los veintisiete pasos y que la fruta es sana.

Ahí me ha *matao*. Ni me acordaba, ahora, tengo la imagen grabada en mi retina y me estoy muriendo de la vergüenza. Cuelgo.

—¿Quieres que te lleve, o prefieres quedarte? —¿Cómo? ¿Quedarme de quedarme un rato más?, ¿o quedarme de quedarme a dormir y quien dice a dormir, dice a hacer marranadas de mayores...? *Pumb, pumb*, esto es el bombeo de mi *cuore* excitado.

—Quedarte —le respondo. Él me sonrío y yo me acelero más—. Perdón, quedarme, que ya no sé lo que digo. ¿Estás seguro? —Me mira sorprendido.

—Mari Puri, lo que tú quieras, me gustaría que te quedaras, pero si no lo tienes claro, te acerco a casa de Sonia, y tan amigos. Según me dijo, no vive lejos de aquí. —Se le nota apenando. Venga, me quedo, me muero por hacerlo.

Rosamari me ha contado todo lo rápido que nos ha permitido la llamada, de qué conocía a Torres, fue *noviete* de una amiga suya, queda descartada su tendencia sexual gay, al menos, en plena efervescencia adolescente. Es posible que haya cambiado de gustos o que al ser tan joven en aquel entonces, quisiera experimentar con chicas. Menudas tonterías me planteo. Igual es que quiero creer que es gay para justificar que no se haya interesado en mí de la manera que quiero que lo haga, sería menos duro aceptar que no le gusto porque no soy su tipo. Es evidente que, siendo mujer, yo no podría competir con un macho cabrío si es que es eso lo que busca Torres.

Aunque ahora, empiezo a interpretar las señales que el pobre chico ha estado toda la noche enviándome.

No sé dónde colocar mis manos, llevo un baile de dedos espontáneo, tengo las piernas bien cerradas, me noto agarrotada. Él ha entrado en el baño, me preocupa pensar que ha entrado para coger preservativos. No sé por qué siempre quiero tener controlada la situación, y es que esta se me va de las manos, nunca me he visto en ninguna igual.

Mientras intento calmarme, me viene la imagen de mi práctica platanera y me empiezo a reír sola. «¿¡Tendré la oportunidad de hacerlo esta noche!?!». Resoplo y niego.

Habrá ido a descargar, llevamos bebiendo toda la noche y no recuerdo haberle visto ir al baño, eso me recuerda que me estoy meando viva, si me

levanto me desmayaré y cuando despierte lo haré mojada, seguro.

—¿Quieres comer algo? —A ti... «Nenita, autocontrol, al final lo vas a espantar».

—¿Qué tienes?

—Pues..., deja que mire. Hoy no he ido a comprar, pero normalmente, por la noche, suelo comer fruta. —Mira, esto ya sí que es una señal. Como me venga con un plátano, salto por el balcón con los brazos abiertos haciendo el ángel.

—Cualquier cosa me vendría genial. Me muero por llevarme algo a la boca. —Me mira, levanta las cejas y abre muchísimo esos ojazos que le asignaron en el reparto de guapos.

—¿Cualquier cosa? —rompe a reír.

Vuelve de la cocina con una fuente llena de fruta, ha tenido el detalle de trocearla, así no caeré en la tentación de practicar delante de él mis avances «profundos» ni nada que se le parezca. La verdad es que a estas horas entra genial la fruta, está fresquita y muy dulce.

Deja la bandeja y se sienta en el suelo, entre el sofá y la mesita auxiliar. Va cogiendo trocitos y me mira, se los introduce en la boca y mientras mastica, sonrío. ¿Qué estará pensando? ¿Como piense lo mismo que yo, acabamos en pelotas!

Respiro hondo y me acuerdo de mi madre, bonito momento para hacerlo. Cojo el teléfono y le envío un mensaje para decirle que ya estamos en casa de Sonia, que mañana cuando nos levantemos la llamaré, estamos muy cansadas y nos vamos a acostar ya. Le doy a enviar y me pongo nerviosa, capaz de llamarme y pedirme hablar con los padres de mi amiga. Parece mentira que tenga la edad que tengo...

—Te controlan mucho, ¿no?

—No lo sabes tú bien... Si se enteraran que ahora mismo estoy en casa de un chico que apenas conozco, sola, medio borracha —me río—, y comiendo trocitos de fruta, vendrían con la policía.

—No será para tanto.

—Y para más.

Coge el último trozo de fresa, se lo acerca a la boca y antes de que pueda comérselo, se lo arranco de la mano y me lo como yo. Se ríe, parece que le ha hecho gracia.

Repito la misma operación con uno de plátano, si supiera lo que practico con esta fruta, no lo habría troceado, lo habría traído sin pelar. Se arrodilla y me lo arrima a la boca, me quedo parada, lo acerca a mis labios, ¿será capaz de leer mis pensamientos? Me estoy asustando.

Tengo el trozo ahí en el centro de mi boca, la entreabro y comienza a acariciar mis labios con el trocito. Instintivamente, la abro del todo y apreso el plátano. Mastico.

Se pone en pie, me hace señales con su dedo para que me acerque a él. Tiemblo, me estoy poniendo supernerviosa, mi estómago se agita y mi corazón se acelera. Le obedezco y me levanto, me alarga el brazo, se lo cojo y me pega a su pecho. No sé si mis piernas serán capaces de sostenerme. Tengo miedo.

He entrado en un mundo totalmente desconocido para mí. No sé cómo actuar.

Me coge la barbilla y me la levanta, me mira fijamente. Me va a besar. ¡Ay!, necesito a Rosamari. ¿Cómo lo hago? Beso inocente o apasionado...

—Me gustas mucho, ¿sabes? —me susurra en los labios.

—Tú a mí también. —Nos besamos.

Me da que no es un beso casto, está abriendo la boca, yo lo imito, me introduce la lengua. ¡Qué sensación más extraña! Busca la mía y se pone a jugar. Está caliente y sabe bien.

Sigo imitándole, creo que esto se me da de coña. Sigo con los ojos cerrados, aunque de vez en cuando, los entreabro un poco para ver qué hace él.

Se separa, «a ver si no le ha gustado». Me preocupo. Vuelve de nuevo, querrá probar besos diferentes.

Me sujeta de la nuca y me masajea con las yemas de sus dedos el pelo. ¡Qué sensación! Parezco un erizo, no hay parte de mi anatomía que no esté de

punta...

Baja una mano y la acerca a uno de mis pechos, que instintivamente, meto para adentro curvándome hacia atrás. Lo nota y vuelve a subir la mano donde la tenía antes del intento de ataque a mi teta.

Comienza a caminar despacio, obedezco a sus deseos, creo que pretende dirigirme hacia su cuarto, voy de espaldas y con los ojos cerrados, pero sé que está ahí. Dejo de ser obediente y clavo la cadera bien fuerte; a su cuarto, no. Comienzo a caminar de espaldas, pero me dirijo al sofá, tropiezo con la mesa, deja de besarme y sin separarse me pregunta:

—¿Quieres parar? —No sé qué le ha hecho pensar eso...

—No. Pero creo que debes saber algo antes. —Qué mal ha sonado eso. Sé que dudas de que antes fuera «Manolo», no tendrá, porque me lo ha visto bien visto.

Espero que sea inteligente e interprete mis palabras. No creo que se me dé bien comunicarle que es mi primera vez para todo.

—Dime. —Se separa poco a poco y me mira. Ahora vengo yo a cortarle el rollo, fijo.

—Quiero quedarme, no quiero parar, pero no tengo mucha experiencia.

—Esto no es un examen, tú déjate llevar y pararemos cuando me digas si es eso lo que quieres. —Muy comprensivo me ha salido el muchacho.

Ya veremos si ha entendido lo de que tengo poca experiencia. Podría haberle dicho que es mi primera vez con humanos, pero podría haber interpretado que me dedicaba a las prácticas con animales; hay mucho enfermo por ahí y nos conocemos poco. Seguro que se habría asustado pensando eso y no me habría dado tiempo para aclararle que me refería a vegetales. Lo dejaré estar, mejor intento no explicarme, los nervios me impiden expresarme con coherencia.

## Capítulo 9

Ya han pasado dos semanas y hoy conoceré dónde me tocará dar clases. Seré maestra, por fin.

Estoy ansiosa por saber, una parte de mí quiere que me manden lo más lejos posible de mi casa, que me alejen de mi familia. Los quiero mucho, pero me anulan como persona y controlan todos y cada uno de mis movimientos.

Creo que mis padres no han aceptado que me he hecho mayor y, su forma antigua de pensar, tampoco les ayuda, porque estoy convencida de que mi padre solo aceptaría que me marchara de casa pasando antes por el altar con una boda por todo lo alto y que me mudara al piso de arriba de ellos.

No les he dicho que hoy es el gran día, paso de mosqueos y de sentirme ridícula yendo acompañada de la tropa.

He quedado con Torres, sí, con mi amor exsecreto. Lo era solo secreto para él y mi familia, porque mis amigas sabían perfectamente cuáles eran mis sentimientos hacia el chico, pero ahora, creo que él debe de sospechar algo ya, si es un poco espabilado, y la corta en la pareja soy yo. «¿Pareja?». Me parto...

Rosamari me anima a que me declare, y Sonia, simplemente, me dice que me líe con él, pero yo estoy convencida de que no seré capaz de ninguna de las dos cosas. Llamadme tonta, pero nunca lo he hecho y habiendo amor de por medio, porque por mi parte lo hay, me resulta más complicado, sobre todo después del intento fallido de la noche en la fiesta de la cala.

De pensarlo, ahora me río, imagino la escena con el plátano y me hace gracia. ¿Adónde quería ir yo? Pero si la idea de visualizarme dando un beso me ruboriza..., no quiero ni pensar cómo lograría llegar a ese punto en la que

me introdujera el miembro de un hombre en la boca. Qué imagen... Me quedaré con la escena del beso apasionado de la otra noche.

Podéis llamarme *Surfera celestial*, porque desde que pasé la noche con Torres, vivo y me desplazo en una nube.

Me importa todo un pimiento y, literalmente, me resbala la vida que me rodea.

Aquella noche no sucedió nada, solo esos besos que me sirvieron como iniciación en el mundo del adulto con actividad sexual.

Estaba tan nerviosa que Torres lo notó, y estuvimos hablando largo y tendido sobre el tema, no quiso que me sintiera presionada y terminamos dormidos en su cama; amanecí abrazada a él.

Aunque le pareció increíble que a mi edad siguiera «entera», no se rio, pero lo que más le sorprendió no fue que no hubiera perdido la virginidad, si no que jamás de los jamases hubiese tenido novio, y que mi primer beso de verdad, hubiera sido con él aquella noche.

Lo amo, me paso las horas pensando en él, me vuelve loca.

Según Sonia, he idealizado al chico, al ser el primero que se ha interesado en mí y que aun siendo hombre, se pueda mantener una conversación sobre el tema sin sentir que en cualquier momento te va a hacer «el favor» de tu vida ayudándote a alcanzar tu objetivo. Y encima, el físico le acompaña, pues por eso dice que creo que es más de lo que realmente es.

A mí me da igual el motivo, solo sé que me encanta.

Este hombre me vuelve loca, no puedo negarlo, y creo que se me nota. No solo percibo las famosas mariposas en el estómago cuando lo tengo a pocos centímetros, sino que también, siento palpitaciones más abajo. Madre mía del Señor... Nuevamente sufro otro ataque sexual. Espero poder controlarme. Se me ha olvidado por completo que hoy sabré mi nuevo destino.

Ya estoy lista, he cogido la bolsa de la piscina para despistar a mis padres, si me ven salir con bolso y arreglada, se mosquearán de qué hago en mitad de julio a las diez de la mañana vestida tan formal.

—Mamá, me marchó con las chicas, volveré por la tarde. —Me acerco a

darle un beso. Cada vez miento mejor y lo increíble es que ya no me siento mal.

—Lleva cuidado, cuando estés con ellas, mándame aunque sea un mensaje y ya me quedo tranquila —me dice secándose las manos con el paño de la cocina.

—Vale... —le respondo y me dirijo a la puerta de la calle.

Al final, me ha tocado ir a mí sola a ver en qué colegio trabajaré como maestra; en el último momento le ha surgido un imprevisto a Torres y me ha llamado para disculparse. Me ha dado tanta pena...

•••

No nos hemos vuelto a ver desde aquel día, no ha sido porque lo haya espantado, al ser verano y estar de vacaciones, porque es temporada baja en depilaciones láser, se marchó a Londres a visitar a su familia, su madre reside allí.

Solemos hablar por el WhatsApp y en una ocasión por el Skype ese, pero la mala conexión a internet que le vendieron a mi padre como banda ancha es una caca de la vaca, y mi Torres se pasaba más tiempo congelado que hablando, así que, mensajitos y listo.

Solo somos amigos, aunque me habría encantado haber comenzado una relación, supongo que esta idea me viene por el tipo de educación que he recibido. Si pensara como mis padres, aquí estaría yendo a misa a diario, pidiéndole a Dios que me concediera la oportunidad de casarme con él, y me estaría reservando para el gran día de mi noche de bodas. Que siga siendo virgen no es por eso, pero ahora, tampoco me obsesiona el tema tanto. Si tiene que llegar, llegará, pero si es con él, mejor que mejor.

Mañana me marcho, comienza mi nueva vida lejos de aquí, y el lunes empiezo en mi nuevo trabajo como maestra de segundo de primaria en un colegio de pueblo.

Si digo que no estoy nerviosa, miento, pero creo que mis nervios se deben

más a que oficialmente estaré independizada, que al hecho de enfrentarme a más de veinte niños de siete años con ganas de saber de todo.

Mi familia no deja de llorar, mi padre me ha retirado la palabra, unos meses atrás para mí habría sido un drama, pero desde que surfeo en nubes, paso de su comportamiento infantil y antiguo.

Mis hermanos me hacen creer que soy lo peor de lo peor y mi madre solo llora y finge no comer, pero sé que lo hace a escondidas, porque desde que les di la noticia, de eso hace más de un mes, la mujer ya estaría en los huesos y he de decir que la señora está de buen año, vamos, como siempre. Su silueta no se ha visto alterada.

Ahora mismo estoy empaquetando mis cosas. Sonia ha pedido prestada una furgoneta para poder cargarlas y así, de un viaje, llevarlo todo a mi casa. «Mi Casa», si es que lo digo y no me lo creo, por fin voy a tener mi propia casa yo sola, sin necesidad de compartirla con un marido impuesto por mi padre. Mi casa, mi casa... Sueno a E.T. y, aunque mi familia me vea un poco como el famoso extraterrestre, a mí hasta me hace gracia. Mi *caasaa*.

Salgo al salón, menudo panorama, parece que estén de luto.

Mi madre sentada con su improvisado altar, con un innumerable grupo de velitas encendidas, frotando creo que una estampita, y reza que te reza.

Mi padre, como de costumbre, sentado en su sillón orejero, leyendo el periódico, finge, no sé lo que finge, pero no es sincero.

Y mis dos hermanos, aprovechando la situación para pelotear, haciendo ver que están muy apenados de mi pobre madre, por mi culpa.

—Voy a salir —les informo y no sé para qué, porque ni me miran. Intentan hacerme «*bullying* familiar».

—Eso, vete, ya te avisaremos cuando alguno de los presentes falte, aunque no te importe... —Escucho cuchichear al plasta de David.

—¿¡Pero qué problema tenéis!? No creo que esté haciendo nada malo. Me marchó, pero por trabajo, en lugar de alegraros y querer participar en esta nueva etapa de mi vida con alegría e ilusión, intentáis hacerme la vida imposible. ¿De verdad pensáis que me haréis cambiar de opinión? —Me giro

para responderle a mi hermano, pero para que me escuchen todos—. Me hacéis daño, y mucho, pero mañana me marcharé con la cabeza bien alta y si seguís así, lo único que vais a conseguir es que no vuelva nunca más.

—¡Que te calles! ¿Pero la mañaca esta qué se ha creído? —dice David mirando a mi padre. ¿Qué espera, una palmadita en la espalda? Ven aquí, que te voy a dar yo, pero una patada ahí en toda tu entrepierna.

—Yo ya no puedo más. No sabéis el dolor que me causa todo esto. — Regreso a mi cuarto llorando.

Me siento en el borde de la cama y me quedo observando las paredes, sigo teniendo dibujos de cuando era pequeña pegados por todas partes, fotos con mis amigas y los diplomas que poco a poco he ido consiguiendo con tanto esfuerzo y que mi familia no valora nada de nada.

Me levanto y comienzo a descolgarlos, los voy metiendo en una bolsa, me los voy a llevar; ahora mismo no puedo pensar nada más que en desaparecer de aquí, no quiero esperar a mañana. No sé dónde voy a pasar la noche, si pudiera, me iría ya mismo a mi nuevo piso.

—Rosamari, ¿habría algún problema en que vaya ahora a tu casa?

—Me sabe mal, pero mis padres no creo que lo vean bien, tu madre se encontró en misa a la mía el otro día y le contó lo «mala» gente que eras... — Eso, aireando a los cuatro vientos mi intimidad.

—No te preocupes, ya me las apaño —le digo con un tono muy triste, porque es así como estoy y no puedo ocultarlo.

Decido llamar a Sonia a ver si es posible adelantar la salida, me fastidia un montón tener que cambiarle los planes a la gente, y más, si es para pedirles un favor.

—¡Hola!, estoy mal, triste y me siento abandonada. ¿Habría mucho problema en adelantar la salida a hoy?

—Deja que mire la agenda. —Cualquiera diría que eres superdotada, hija. ¿Eres incapaz de memorizar lo que tienes que hacer hoy?

—Si cargo la *furgo* ya, ¿te importaría venir conduciendo mañana sola? Yo me marcharía hoy, es que no aguanto ni un segundo más en esta casa —le digo

llorando.

—¡Claro que no! Lo único es que no sé cómo vas a traer hasta aquí todas tus cosas si están tus padres en casa; y son muchas cajas. —Ahí sí que se ha notado su inteligencia, no había pensado yo en eso...

—Cogeré lo imprescindible. O igual me espero a que se vayan esta tarde a misa. Dime lo de la agenda, aunque no te vengas hoy, pero así cargamos todo.

Nos despedimos, queda en decirme algo al respecto. No es que quiera marcharme de esta forma, pero es la única manera que se me ocurre para evitar caras largas o que me digan de todo. Mi madre sería capaz de colgarse de la barandilla del balcón con tal de que me quedara. ¿Nadie le ha explicado que el chantaje emocional también podría ser considerado pecado? Aunque seguro que dirá que para eso existe la confesión. Si es que tiene salida cristiana para todo.

Abro las cajas, miro qué es lo más importante y necesario, el resto de cosas son recuerdos, de dejarlos aquí, confío en que mi padre, a modo venganza, no se deshaga de ellos.

Ya he guardado la ropa en una maleta, al ser de verano, he podido meterla toda a la vez; en otra más pequeña, he puesto el calzado y algunos libros muy importantes para mí. Creo que lo tengo todo listo.

Espero a que llegue la hora de misa, estos, con tal de fastidiar, sería la primera vez en su vida que se la saltaran.

No veo el momento, estoy asustada, me estoy fugando de casa, luego sé que me sentiré fatal, pero peor de lo que me han hecho sentir en estos meses, no creo que lo consigan.

Escucho la puerta, miro el reloj, si es que no falla. Se han marchado ya, aunque mis hermanos estuvieran en casa, como tienen por costumbre encerrarse en sus cuartos, no me verán huir.

Qué triste que tenga que comportarme de esta manera con la edad que tengo, es ridículo.

Como una fugitiva, voy sacando al descansillo de la escalera, sin hacer ruido, mis cosas. Creo que no me dejo nada. Pulso al botón del ascensor y

comienzo a meter de una en una las cajas. Al final, he logrado llevarme casi todo, hasta más de la mitad de la ropa de invierno.

Sonia me va ayudando. Con la maleta, hemos atrancado la puerta de la calle, mientras, le voy poniendo las cajas en la acera que después, va metiendo en la parte trasera del furgón.

Siento muchísima rabia, sin embargo, lo que más me duele, es que no puedo decir lo que siento a la gente que más quiero, lo considerarían una falta de respeto.

Estoy parada frente a la puerta de casa, aprieto los puños con rabia, quiero gritar y me liaría a patadas contra el ascensor. Si tuviera fuerzas ahora mismo, subiría a casa y entraría en el cuarto de mis hermanos sin llamar, les diría todo lo que pienso, no me guardaría nada dentro. Me vendría genial.

Salgo a la calle llorando, me pongo las gafas de sol para evitar que la gente que pasa, me vea haciéndolo; me da vergüenza mostrarme tan débil.

Subo a la furgoneta que está parada en doble fila, Sonia me espera dentro. Arranca, me giro y veo cómo nos vamos alejando de mi casa, no digo mi hogar, pues nunca lo he sentido como tal. Sin quererlo, me han hecho sentirme inferior, despreciada e incomprendida.

—¿Estás bien? —me pregunta Sonia mientras conduce colocando su mano derecha sobre mi muslo.

—Sí, bueno..., no. Pero siento alivio, sé que he hecho lo mejor, si no me quieren, no tiene sentido quedarme —le respondo aguantando las ganas de llorar a lágrima viva.

—Se les pasará y si no, pues siempre nos tendrás a Rosamari y a mí —le sonrío entre lágrimas.

—Gracias por estar a mi lado. Nos vemos mañana.

Me deja en la estación, nos fundimos en un abrazo, no quiero separarme de ella. Cojo las maletas que me voy a llevar conmigo y le digo adiós. Entro a moco tendido, me dirijo al mostrador de información, necesito un billete, es la primera vez en la vida que viajo sola y no es que me desenvuelva muy allá.

Me dicen dónde conseguirlo, pero yo no la entiendo. Finalmente, lo logro.

Tras dar más vueltas que un tonto encuentro el andén. Las puertas de mi vagón están abiertas, entro, coloco mis maletas en la entrada y busco mi asiento.

Mi teléfono no deja de sonar, no quiero mirar quién es, si fuera mi madre, posiblemente, me haría sentirme tan mal que, después de haber dado el paso, me bajaría del tren y regresaría a casa, y está más que claro que mañana no me marcharía, así que, ya que he andado lo más duro, me niego a comprobar de quién se trata y tener la tentación de flaquear.

Pienso lo que pienso y no se me ocurre otra cosa que escribirles una carta, estoy convencida de que si lo hago y la envío, ahí podrán comprenderme, nadie me interrumpirá y me haré entender, se podrán poner en mi lugar y, al menos, no llegarán a repudiarme del todo o darme por muerta.

*«Querida familia, porque para mí lo seguís siendo.*

*Siento mucho que las cosas hayan terminado de esta manera, pero me he visto desbordada por la situación, y la única forma que se me ha ocurrido para manejarla ha sido esta.*

*Es cierto que no me he comportado de la mejor forma en estos últimos meses, aunque vosotros tampoco.*

*Ya me dijeron que si me dedicaba a estudiar oposiciones me convertiría en una amargada sin vida propia, y que mi única vida serían los libros y los apuntes. Que me preparara mentalmente para el suspenso o para el aprobado sin plaza, que mucha gente entra en una depresión.*

*Quiero deciros que no he sentido el apoyo de mi familia en todo este tiempo, porque decirme que cómo lo llevaba, y machacarme a diario para que aceptara que el hijo de un amigo vuestro me diera clases, cuando ni tan siquiera tiene una carrera..., me da que pensar. No me buscabais profesor, tengo la pequeña sensación que me buscabais marido, más que nada, hago este apunte, porque es lo que lleváis haciendo desde que cumplí los diecisiete y, una que no es por presumir, no es tonta, pues ya está curada de espanto y se las sabe todas.*

*Todavía estoy esperando que me deis la enhorabuena por haber aprobado, por haber sacado la plaza, ¡qué menos! Aunque no fuera lo que quisierais para mí, no os pido que me felicitéis porque me he ido de*

*trapecista con el Circo del Sol, que me voy de profesora a ciento cincuenta kilómetros de casa.*

*Prometo llamaros a diario, al igual que ir a misa; será por iglesias...*

*Viviré sola y bendeciré los alimentos, pensaré en vosotros y os incluiré en mis oraciones y, en menos de dos años, en cuanto quede una plaza libre cerca de casa, tengo intención de regresar.*

*Esto está siendo más duro para mí que para vosotros. Comienzo una nueva vida, lejos de mi ciudad, de mis amigos, pero sobre todo, de mi familia, que aunque sé que no os lo creéis, os quiero mucho, y por eso me duele la manera que tenéis de comportaros conmigo.*

*Mamá, no sabes cómo siento que te pases el día entero llorando y que finjas que has perdido el apetito, porque te escucho comer en tu cuarto, veo cómo entras los platos y los bocadillos, pero aun así, te pido perdón.*

*Papá, si te he defraudado, y esto no era lo que querías para tu única hija, también te pido disculpas, pero es mi vida, y no creo que sea ninguna deshonra tener una hija funcionaria que a la primera se haya sacado una oposición. Creo que, al igual que yo me siento orgullosa de vosotros, lo deberíais estar de mí. No pido tanto.*

*Y para los dos cafres de mis hermanos. Solo deciros que porque seáis mayores que yo y varones, no tenéis ningún derecho a controlar mi vida, que amenacéis a cualquier chico que se interese por mí y, sobre todo y principal, os recuerdo que soy la única que ha estudiado, que ha terminado una carrera, que ahora tengo un trabajo que me he ganado solo con el sudor de mi frente y que nadie, repito, nadie me ha ENCHUFADO. Y con esto no pretendo decir que me avergüence de vosotros, así que, no lo hagáis de mí.*

*Y ya termino.*

*Me he marchado hoy sin avisar, porque no quería dramas, ni sentimientos de culpabilidad y mucho menos, secuestros.*

*Si me perdonáis, las puertas de mi casa estarán abiertas para vosotros, mi familia.*

*Mari Puri».*

Acabo la carta, le hago fotos por partes y las numero, abro un grupo en el WhatsApp incluyendo a los cuatro, selecciono las fotos y se las envío. Listo, ahora a ver por dónde sale el sol.

Acabo de llegar a Alicante.

## Capítulo 10

Llevo más de dos semanas dando clase, la verdad, estoy encantada.

Tengo unos compañeros maravillosos y aunque al principio me chocaba tener un director y varios compañeros varones, ahora me he acostumbrado. Las compañeras son estupendas, nuevas somos dos, el resto, o lleva prácticamente toda la vida de docente en este centro o al menos, más de dos años. Me ayudan en todo, y estoy empezando a sentirme como en casa.

Con Rosamari y Sonia hablo a diario, seguimos usando nuestro grupo de WhatsApp «No estamos *lokas*», y son mi mayor apoyo.

De Torres, sé poca cosa, la noche que me marché de casa, le envié un mensaje, necesitaba hablar con él, pero solo me dijo que lo pillaba ocupado y que ya hablaríamos. Al día siguiente, me comentó que los próximos seis meses estaría trabajando en el extranjero, que era una gran oportunidad y no podía rechazarla. Lo pasé mal, para qué decir otra cosa, aunque ya me he acostumbrado a su ausencia física, pues solemos hablar un par de veces a la semana.

Con mi familia no hablo, sé que leyeron la carta a trocitos que les mandé al móvil. Mi padre y mi hermano David se salieron del grupo, no van a dar su brazo a torcer y mi madre, por no llevarles la contraria, hizo lo mismo y ni me habla.

Iván fue el único que me mandó un mensaje de apoyo el mismo día que empezaba las clases, a las ocho de la mañana. Lloré, cómo lloré, me dolió muchísimo saber que me escribía a escondidas del resto, pero también, me sentí arropada.

—Pura. —Aquí me llaman así, ya no sé si prefiero el Mari Puri o el Pura a

secas. Me recuerda a la difunta abuela de mi padre—. Nos vamos a comer por ahí, ¿te apuntas?

—Gracias, pero tengo cosas que hacer en casa. A la próxima contad conmigo.

—Que te sea leve —mi compañera se despide de mí y me marcho a casa.

Nada más entrar en el portal, me llevo el susto de mi vida, Torres está sentado en el primer escalón, me sonrío y yo lo miro con cara de pánico.

No sé cómo reaccionar; si pegarle o lanzarme a sus brazos y comérmelo a besos. Opto por la segunda opción. Intento no parecer desesperada, que lo estoy, aunque prefiero disimularlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? Pero... —le digo mientras le doy manotazos con la mano libre que me queda, la otra la tengo pasada por su cuello.

—Veo que te ha hecho ilusión. —Achina los ojos.

—Pensé que ya no querías saber nada de mí. —Pongo carita de pena—. ¿Quién te dio mi dirección?

—Sonia. Aún conservaba la suya del día que te quedaste en casa. —Me tapo la cara al recordarlo—. Le supliqué que me diera tus datos y por supuesto, que me guardara el secreto.

—*Puff*, la voy a matar —miento. En el fondo, le pondría un monumento.

Lo invito a pasar. Antes de girar la llave, recuerdo que la casa no es el mejor ejemplo de orden ni de limpieza. Adaptarme en mi vida social, me ha llevado a pasar del hogar. Sé que no es excusa, pero es más un acto de rebeldía el que me ha conducido a comportarme de esta manera.

—Ponte cómodo, estás en tu casa —le digo mientras corro al baño, he recordado que tengo todas las bragas para lavar en el bidé.

Salgo con un cubo de ropa sucia, disimuladamente, paso por el arco del salón casi sin hacer ruido, me pilla, me sonrío, le respondo con un beso al aire y entro en la galería. Dejo el montón de ropa dentro de la lavadora y regreso como si nada.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto sonriendo.

—¿Te apetece ir a un sitio que me han recomendado? —Instintivamente, miro el reloj, serán casi las dos. Asiento—. Cámbiate.

—¿No voy bien? —Me señalo la ropa.

—Es una calita cerca de aquí, en cuanto me lo dijeron, recordé nuestra primera noche juntos. —¡*Oooh!* ¿No es adorable? Haría el pino puente ahora mismo si no quedara un poco fuera de lugar. Solo alcanzo a sonreír con una emoción contenida.

Me disculpo y me dirijo a mi dormitorio dando saltitos silenciosos por el pasillo.

No sé la de veces que me he cambiado de ropa, hasta pareo me he puesto. Me coloco delante del espejo y me hago un par de *fotillos* para saber realmente cómo me va a ver él y me vuelvo a cambiar. No me veo de ninguna de las maneras.

Intento no darle más vueltas. Tengo que dejarme de tonterías, la primera vez que me vio fue en paños menores, aunque tampoco me había imaginado que la siguiente vez que nos veríamos después de aquella noche extraña, sería en bikini.

Cuando logro ponerme de acuerdo con mi mente y mis ojos, salgo al salón.

—Lista. —Hasta pamea me he puesto.

—Vamos. —Se levanta del sofá, me mira y se ríe. Salimos a la calle.

Subimos al coche, arranca y se incorpora a la carretera. Vamos todo el camino hablando, parece que nunca hayamos dejado de hacerlo. El viaje se me ha hecho supercorto.

Aparca y bajamos.

Me coge la bolsa de la playa, me dice que lo siga.

Comenzamos a descender por un camino de tierra empedrado y un tanto empinado, lo mejor para ir con chanclas; me sorprende que él lleve unas deportivas, bueno, sabiendo dónde veníamos, le sorprenderá a él mi calzado, aunque no, a la playa se va con chanclas, salvo que conociera el sitio y ya

hubiera estado aquí antes y supiese que esto más que un camino, es un campo de minas. Esta cuesta es muy similar a la de la fiesta de aquella noche. Las botas de montaña habrían sido la mejor opción.

Mi naturaleza torpe se empieza a ver comprometida, con una mano me sostengo la pabela playera que llevo, con la otra, intento equilibrar el cuerpo casi sin lograrlo. Me patina una chancla, me patina la otra. ¡Oh! He empezado a descender como si estuviera en una pista de esquí, pero de las negras.

Se me está yendo hacia atrás la cabeza, ahora los hombros, comienzo a chillar, no quería, pero me sale solo.

Se gira, me mira con una sonrisa, ¿cómo puede sonreír en un momento así? ¿Será un tic nervioso y yo he creído siempre que es un chico muy risueño? No, debe de verlo divertido. Si pudiera frenaría en seco y le arrearía en toda la cabeza.

Lo he pasado, la velocidad que llevo, ha hecho que lo adelante en el descenso.

Ya no hay quien me detenga.

Suelto la mano que sujeta mi pabela, de manera sincronizada, mis brazos comienzan a agitarse y van haciendo círculos arriba y abajo mientras mi cabeza se va meneando por los saltos. Yo sigo gritando. He perdido la pabela, habría sido más práctico llevar un casco, y ya puestos, coderas y rodilleras. Esto es deporte de alto riesgo...

Torres suelta las bolsas y empieza a gritarme. Por fin se ha dado cuenta de que no estaba intentando llegar la primera por gusto.

—¡¡Mari *Puurii*!! ¡Pon el culo en el *sueelo*! —pretende darme instrucciones de cómo pararme. Pero debe de ser tonto, si pudiera, no estaría aquí haciendo el mayor de los ridículos...

—¡Ay! ¡Ay! —es lo único que consigo decir.

Intento hacer lo que me grita, pero mis extremidades inferiores van por libre, al igual que las superiores, lo que vienen siendo las piernas y los brazos de toda la vida.

En un renuncio, logro ponerme con los pies mirando al lado, me ha salido

una especie de trompo, pero me falla el tobillo, creo que me lo he torcido. ¡La rodilla!

¡Ay! Me desplomo.

Menuda leche me acabo de meter, pero es que estoy rodando mientras caigo. Definitivamente, no he comenzado con buen pie nuestra cita.

Torres está a mi lado, la caída se me ha hecho eterna.

Quiere tocarme, pero yo continúo quejándome, es que me duele todo. Me sangran las rodillas, no en plan «¡Socorro, me desangro!», pero sí que me he levantado la piel y en las palmas de las manos se puede ver un montoncito de piedrecillas incrustadas.

—¿Estás bien? —Entiendo que la pregunta es de cortesía, porque si no...

—No sé —le respondo mientras me voy examinando poco a poco el cuerpo.

Creo que tengo todo en mi sitio, y salvo las magulladuras, no hay nada roto, la ropa tapando lo que tiene que tapar... Aparte de la sensación de querer morirme, estoy bien.

—Deja que te ayude, dos pasitos y estamos en la cala. —Señala al horizonte.

Le extiendo mi brazo entre *quejíos*, y al tirar de mí, suena un *crack*. No, no, no puede ser posible, esto ya sí que no, acabo de reventarme el pantalón corto.

—Torres, no me puedo mover, lo siento. —Intento fingir que es por el dolor y no porque debo de llevar medio culo al aire.

Sin pensárselo dos veces, mete la cabeza por mi axila y con su brazo izquierdo me sujeta del trasero. ¿Por qué tiene que ser tan impulsivo? En un vaivén, me carga a hombros como si fuera un saco de patatas y casi sin inmutarse, me traslada hasta la orilla de la cala. Está siendo todo muy romántico...

¡Qué vergüenza! Esto no se lo puedo contar a nadie. De hecho, creo que cada segundo junto a Torres, debería de ser secreto de sumario o expediente clasificado...

Consigo reconstruirme disimulando todo lo que soy capaz, cuando me giro y compruebo que Torres se está aguantando la risa, reconozco que ha tenido que ser gracioso. Si la que se hubiera despeñado hubiese sido una desconocida o incluso amiga..., yo me estaría tragando las carcajadas de una en una, evitando atragantarme con alguna.

—¿En serio qué estás bien? —me vuelve a preguntar apretando los labios.

—Sí, tranquilo, tienes mi consentimiento para reírte, sé que te estás reprimiendo las ganas —le digo resoplando.

Se desternilla en mi cara sujetándose con los brazos la barriga. «Chico, una cosa es que esté bien, no te pases tampoco, que el dolor físico me va a durar días, pero el emocional no seré capaz de olvidarlo jamás».

Si lo nuestro funciona y dura, seguiré recordando este momento de por vida y el de la depilación, ese es para venderle los derechos a cualquier serie de televisión.

Saca una especie de mantel de su mochila, sujetándolo con las dos manos lo sacude y lo extiende en el suelo sobre la arena; una vez extendido, deja en una esquina mi bolso, y en la opuesta, su mochila. Vuelve a escarbar en las cosas que ha traído y coge una especie de esterilla que coloca justo donde me encuentro invitándome a sentarme encima. A continuación, abre una cajita y parece que pretende curarme las heridas. Quiero pensar que es muy precavido y suele llevar su maletín de primeros auxilios siempre, y no porque sabe que soy un pato.

—¿No pretenderás hacer lo que creo que vas a hacer, verdad? —le digo sujetándome las rodillas para ocultarlas de su vista.

—No me seas cría, ven aquí, no te dolerá —pone vocecilla de niño chico.

—Dime que siempre llevas eso por lo que pueda pasar... —pregunto quejosa.

—No suelo, pero desde que te conozco lo he creído conveniente —rompe a reír sujetándome por las muñecas para que deje visibles las rodillas.

Yo grito y me retuerzo entre risas, la verdad es que ya no me duele, pero me gusta echarle teatro.

Comenzamos a forcejear, lo aparto, me sujeta, me suelto, me vuelve a coger, hago aspavientos con grititos de niña tonta entremedias, se coloca con sus rodillas encima de mí para inmovilizarme, y... logra su objetivo.

Hemos dejado de reírnos de repente.

Subo la vista y me topo con sus maravillosos ojos azules, hoy, como el mar, los tiene vidriosos, me sonrío, sigue sujetándome de las muñecas con tan solo una mano, con la otra, me pasa los nudillos por la mejilla, me sujeta la patilla de las gafas de sol y las levanta, tengo que entornarlos porque me molesta tanta claridad de golpe.

Me retira un mechón de pelo que la brisa no deja de ponerme en los labios, me lo coloca detrás de la oreja con mucha suavidad. Nos quedamos mirando fijamente y... creo que me va a besar.

Noto cómo se me empieza a acelerar el corazón, tanto es así, que estoy convencida que lo habrá notado también él. Lentamente, se va acercando a mi boca que está ansiosa por recibir la suya. Se me ha erizado todo el cuerpo y, finalmente, nos besamos.

Va despacito y muy suave, me está poniendo nerviosa, no es que quiera que sea brusco, pero mi objetivo es abrir la boca y juntarla de verdad con la suya.

El beso que le robé aquella noche me viene a la mente. Cuando realmente se decide a buscar mi lengua, compruebo que besa muchísimo mejor de lo que recordaba.

Me muero por sus besos, no quiero que esto acabe.

Muy despacio, va deslizándose la mano que me sujetaba la nuca dejándola al aire, y ahora, me acaricia por el cuello, va descendiendo hacia el pecho... Tiemblo, me estoy poniendo muy nerviosa, aunque la excitación me impide pensar con claridad.

Se separa, abro los ojos y nos miramos de nuevo.

—Lo estaba deseando, Mari Puri —me susurra mientras apoya su frente en la mía.

—Necesitaba que volvieras a hacerlo —se me escapa un pensamiento en voz alta.

Me mira sonriendo, me sujeta con las dos manos la cara para volver a besarme; esta vez apasionadamente y sin miedo a resultar brusco.

Me coge de la mano, tira de mí y me arrastra hasta la orilla.

El agua está fría, ya no es tiempo de darse un baño, y menos yo, que soy una friolera de narices. Sigue tirando de mí, intento clavar los pies en la arena, se me ha puesto toda la carne de gallina. ¿No pretenderá que nos metamos? Y con ropa... y con un agujero atrás, perdón, en el pantalón, que estaré enseñando el culo. Este tío está fatal.

—Para, no, no —le digo dando un paso atrás—. Como me metas en el agua, puedes morir.

Me mira, se ríe y me empuja. Me ha tumbado, el agua me cubre el cuerpo. Está congelada.

—¡Estás loco! —le grito.

—Por ti, Mari Puri. —Cómo me corta el rollo escuchar este nombre.

Me empieza a salpicar la cara de agua mezclada con espuma, arena y algas.

Me doy impulso, me levanto y voy como una flecha hacia él, quiero que se caiga y se moje. Adivina mis claras intenciones. Ahora mismo soy como un libro abierto, me sujeta de las muñecas echándose hacia atrás. Con los pies lo voy salpicando, grita, me mira, se ríe y se abalanza sobre mí cayéndonos en la orilla.

Lo tengo encima, nos volvemos a besar, me giro y rodamos, logro que pegue su espalda en la arena, las olas nos van cubriendo, hace un movimiento repentino, supongo que de lo fría que está el agua.

Este día está siendo maravilloso, ya casi no me duelen las rodillas de la caída, no quiero que se termine.

Me encanta esta cala, y lo mejor de todo, es que es para nosotros solos.

Ha llegado la hora de recoger y de regresar a casa. Dudo en invitarlo, no quiero parecer posesiva, pero si aceptara venirse a casa, esto sería la culminación de un día increíble.

Ahora me sale la «loba» Mari Puri que llevo dentro. ¡Viva la imaginación portentosa que Dios me ha dado!

Igual es lo que pretende, no que le invite, si no quedarse, entiendo por la manera en la que ha aparecido, sin avisar, sentado como si nada en uno de los escalones del zaguán de mi casa...

Creo que no necesito más pistas.

# Capítulo 11

Volvemos a casa. Tengo frío, voy chorreando. Intento taparme con la toalla, además, llevo el mantel de picnic improvisado como manta.

Sin titubear, me lanzo a la piscina, mejor a los leones, que por hoy he tenido suficiente agua:

—¿Quieres venir a mi apartamento? —he conseguido soltarlo.

—Estaría encantado —sonríe—. Me muero por tenerte entre mis brazos horas y horas y del cansancio, dormirnos bien abrazaditos hasta que amanezca. —¡Joder! Y yo dudando si proponérselo, y no solo quiere, si no que me recita esto.

Me palpita el cuerpo entero con triplete de tambor en la entrepierna. La aprieto y le sonrío.

Creo que estoy en la mejor época de mi vida, al menos, que yo recuerde. Definitivamente, es la única buena época de mi vida.

Estamos entrando en casa. Le ofrezco ducharse, vamos llenos de arena y sal hasta las cejas. Le muestro dónde se encuentra el baño, le dejo un par de toallas limpias y me salgo. Permanezco apoyada en la puerta suspirando, me habría encantado quedarme, tener el suficiente valor de decirle que me moría de ganas por ducharme con él, pero algo en mi interior me lo ha impedido.

Mientras espero a que sea mi turno, preparo algo rápido para cenar, lo dejo todo colocado en la bandeja y, al escuchar la puerta del baño, me acerco.

«¡Qué bien huele! ¡Qué guapo!». Me deshago.

Me ducho sin perder tiempo, me pongo una camiseta con los hombros al aire y un pantaloncito de licra; en casa aún hace calor por la noche.

—Mira a ver qué peli te apetece. ¿Coca-cola? —le pregunto desde la cocina.

—Ahora cuando vengas lo vemos. Sí, con mucho hielo, por favor —me responde asomando la cabeza por el marco de la puerta para poder verme.

Regreso con la bebida, me quedo observándolo, no me cansaré de hacerlo nunca, es tan guapo..., lo quiero tanto... «Ostras, ¿he dicho lo quiero?». Jamás me había planteado esto. Sé que me encanta estar con él, que fue mi obsesión primaveral y me deshago cuando me besa, pero de ahí a confirmarme a mí misma que lo quiero, es otra cosa.

Que al principio pensara que lo amara, más bien eran esas ansias irracionales que te entran cuando quieres ver al chico que te gusta, pero ahora, creo que tengo la certeza de que en realidad, estoy enamorada de él. ¡Qué fuerte!

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —me pregunta sonriendo mientras yo dejo la bandeja en la mesa de centro.

—*Mmm...* —dudo en reproducir en voz alta mis pensamientos—. Nada, me gusta mirarte. Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo. Ven aquí. —Me abraza apoyando su barbilla en mi cabeza. Qué alto es mi Torres—. Vendré a verte los fines de semana.

Nos sentamos en el sofá, yo cruzo las piernas y me giro hacia él, que ya se ha colocado recostado mirando a la tele con el mando en la mano. Le sonrío, me mira de reojo, se gira y se abalanza sobre mí. Me empieza a dar besos por el cuello, yo me retuerzo de gusto, me tenso, me río, me dejo hacer.

Intenta quitarme la camiseta sin éxito, es de esas que se anudan al cuello dejando al aire la espalda y todo lo que tiene de guapo, lo tiene de torpe, «habló la experta». Me incorporo para agilizar lo que está por venir, cuando tocan al timbre de la puerta. «¡Mierda!».

—¿Esperas a alguien? —me susurra al oído.

—No —le digo dando un salto y poniéndome en pie.

Me recoloco el sujetador y me acerco a la puerta de la calle acojonada de miedo, siento sonar vulgar, pero en el estado que me encuentro ahora mismo,

ya no soy la chica remilgada y educada. Qué manera de tirar el dinero en un colegio de pago...

Me asomo a la mirilla, detrás de la puerta están mis amigas, las veo discutir, pero hablan tan bajito que no logro descifrar qué dicen. Mientras Rosamari hace aspavientos con las manos, Sonia se coloca el dedo índice en los labios indicando silencio. Dejan de mirarse y clavan la mirada en la mirilla. «¿Qué narices están haciendo aquí?», se me agolpan una mezcla de sentimientos; miedo, alegría... «¿Habrá pasado algo?».

—Son las chicas —le digo lo más bajo que puedo para que se ponga los pantalones.

—No abras —me responde juntando las manos a modo de plegaria.

—*Neeenaaa*, sabemos que estás detrás de la puerta, abre, es importante — me dicen las dos a la vez.

No me va a quedar más remedio que abrirlas, de lo contrario, conociéndolas, serían capaces de derribarme la puerta, por mi parte estaría feo ignorarlas.

Le hago un gesto con la cabeza a Torres para que se meta en el dormitorio, estoy obligada a abrirlas y también, si no es nada de vida o muerte, que espero que no, pretendo despacharlas rápidamente.

Nadie me va a fastidiar la noche de sexo salvaje junto a mi adorable novio. La caída por la cuesta me hace alucinar.

¡Qué bien suena! y ¡qué enferma estoy!, nadie ha hablado de sexo aquí, bueno... tampoco íbamos a firmar un acuerdo antes de empezar a besarnos, digo yo, que esas cosas surgen, y me da... que tiene toda la pinta.

—¡*Vaaa!* —Hago como que estoy llegando a la puerta. Abro.

—¿Por qué no abrías? —me pregunta Rosamari dándome dos besos.

—Me estaba vistiendo. —Me señalo al cuerpo.

—A ver, es muy fuerte lo que te vamos a contar.

—¿Qué ha pasado? —digo con cara de preocupación.

—Es que es muy fuerte, tía, en serio.

—Bien, eso ya lo has dicho antes, ve al grano y no me asustes.

—Asustada me ha dejado esta cuando me lo ha contado. —Señala a Rosamari.

—Siéntate, lo primero que queremos decirte es que pase lo que pase, vamos a estar a tu lado. Tienes que ser fuerte. —Me sujeta de los hombros y yo abro los ojos de par en par. Se me acelera el corazón

—Soltadlo ya, ¡por Dios! Me estáis poniendo de los nervios —le digo escapando de sus manos.

En este preciso instante aparece Torres, la discreción no debe de formar parte de sus genes. Ellas se giran a la vez. Lo miran, se miran y me miran. Él las mira y también me miran, los tres me están mirando. Miro, mira, miran... ¡¡Qué indecisión!! Parece un concurso de ojos.

—¿Tú sabes algo? —logro preguntarle a Torres.

—¿Saber qué? —me responde subiendo los hombros.

Sonia levanta las cejas y le hace un gesto raro. Ya han conseguido ponerme nerviosa, me están empezando a preocupar y mucho.

—¿Me vais a decir de una vez? En serio, esto no tiene ninguna gracia —digo elevando la voz y poniéndome en pie.

—Ni caso, es que somos únicas para gastar bromas —dice Sonia, mirando a Rosamari—. Es que queríamos ver qué cara ponías.

—Sois idiotas, ¿lo sabéis? Decidme qué era eso tan importante. No soy tonta, y sé que sí que hay algo, no veníais con cara de gastar bromas, la teníais desencajada, la cara, sí que nos conocemos desde hace muchos años. Entre otras cosas, ¿habéis estado casi dos horas en carretera para ver qué cara ponía? Si es porque está Torres, ni caso, luego se lo iba a contar igualmente, nosotros ya no tenemos secretos... —Le pongo ojitos.

Me cabreo más, estas saben algo y ahora, han decidido que no me lo quieren contar. Me asaltan las dudas, y necesito saber.

—Tu padre... —¡Ay, que le ha pasado algo! Y yo sin hablarme con él.

—¿Qué pasa? No me asustéis. —Me tiembla la voz.

—Tu madre. —¡Ay, mi madre también! ¿Qué habrá sucedido?

—¿Queréis decirlo ya?! —exijo.

—Tu madre ha hablado con la mía, tienen pensando venir a verte con tus hermanos y tu padre... —Noto un vuelco en el corazón.

—Rosamari. ¿Venir? ¿Dónde? ¿A verme a mí? ¿A mi casa? ¿Al trabajo?... Pero ¿cuándo? Y eso no me lo podíais haber dicho por teléfono, ¿no? ¿Hay algo más? —las asalto a preguntas.

—Tranquila, Mari Puri —ahora me piden tranquilidad, pero si son ellas las que me están amargando y asustando...

Nos sentamos en el sofá, Rosamari me coge de la mano. ¡Uy!, mala señal.

Sonia, que es la más sensata cuando hay histeria de por medio, me comienza a contar: por lo visto, la madre de Rosamari se encontró el otro día en el mercado a la mía, le preguntó por mí y le confesó la pena tan grande que tenía, pero lo mejor es que mi hermano David se casa. Me quedo muerta. «¿Desde cuándo tiene novia?». Ahora resulta que, para lavar sus conciencias, quieren que asista, pero mi padre dice que salvo que regrese a casa, no me invitarán, porque ahora mismo estoy en el destierro. Quieren venir a convencerme de que lo que he hecho está muy mal, y que aún tengo una oportunidad.

Sí, de no quemarme en el Infierno, no te fastidia...

Así que en breve tendré la visita de mi familia, dudo mucho que venga mi padre, cuando toma una decisión la lleva a cabo caiga quien caiga. Este hombre, como nunca se equivoca y es «Don Perfecto», no tiene necesidad de recular y de admitir que se ha equivocado, diría que en toda su vida jamás de los jamases se ha disculpado con nadie.

Me resulta difícil respirar, creo que de un momento a otro voy a tener un ataque de pánico, aunque nos separen cientos de kilómetros, le sigo temiendo. Es increíble el poder que ejerce sobre mí.

Comienzo a llorar, Torres me abraza, las chicas me dicen que todo se va a solucionar. Y yo no sé cómo hacer para sentirme mejor.

—¿Pero cuándo vienen? —pregunto preocupada.

—El domingo, después de misa. —Me congeló.

—¿Es una broma?

—Mari Puri, no te preocupes. Si lo que quieren es arreglarlo, vendrán de buenas, nadie viaja para echar la bronca a otra persona si ya no se hablan. — Torres intenta calmarme.

—Tú no conoces a su familia. —Eso, Sonia, tú anima, que está la cosa sosita...

—¿Os quedáis a dormir? —Acabo de caer en que es casi de noche.

Se miran, entiendo que venían decididas a pasar una noche conmigo, cada día estoy más solicitada... Creo que empiezo a fallar a la gente; con el despertar sexual, no me centro.

—No queremos molestar —me dicen las dos a la vez.

—No molestáis, no digáis tonterías. —Yo también he dado por hecho que Torres se iba a quedar a pasar la noche. Ni le he preguntado.

—A ver, yo tengo una habitación en el hotel de la playa.

—¿Nos la cederías? —Ahí han estado rápidas.

Sigo sin poder procesar los pensamientos. Torres ha reservado una habitación en el hotel, se ha presentado sin avisar, tendría miedo de que no le invitara a casa, entiendo. Las chicas aparecen como salidas de la nada para advertirme que mis padres llegarán el domingo a llevarme de regreso y al ser tarde, necesitan un sitio donde dormir, y él les está intentando decir que se marcha y ellas se pueden quedar, pero ellas quieren que se quede él aquí y ocupar su habitación en el hotel, ¿o pretenden dormir los tres allí y dejarme sola a mí aquí? Qué lío, Señor.

Me despido de mis amigas, Torres les ha dado su tarjeta y el número de habitación. No me creo que vaya a pasar la noche con él, en mi casa.

Vuelvo al salón.

Intentamos retomar la cosa... donde lo habíamos dejado segundos antes de que nos interrumpieran.

De nuevo besos, una cosa lleva a la otra, y me encuentro camino de mi

cuarto.

No nos detenemos, no podemos, mientras caminamos nos intentamos desvestir, la verdad, es un poco complicado.

—Te quiero. —¿Qué ha sido eso?, ¿qué le acabo de confesar? No ha debido de escucharme porque me ignora, sigue besándome haciendo oídos sordos a mi momento «moñas profundo» mientras, con la mano libre que le queda, deshace la cama.

Me tumba en ella y continuamos haciendo lo mismo, pero ya en posición horizontal. Disimuladamente, tiro de una punta de la sábana y consigo cubrirnos. Así me siento menos desnuda.

—Debería marcharme, esto tiene pinta de que va a terminar muy mal. —Se separa de mí—. Si seguimos..., esta vez no sé si seré capaz de controlarme.

—Es que quiero que pierdas el control —le digo destapándonos con la sábana y dejando ver nuestros cuerpos desnudos.

Siento una punzada en el pecho, algo raro en el estómago, acabo de verlo completamente en acción. Me *atabalo* y no sé cómo actuar. Me tumbo boca abajo en la cama.

—¿Estás bien? —me pregunta colocando su mano sobre mi espalda.

—Perdóname, de verdad, no puedo seguir...

—¿He hecho o dicho algo que te haya molestado? —Si aún le haré sentirse culpable por mi frigidez mental.

—Soy yo, no puedo seguir, no sé cómo comportarme, me da pánico esta situación. Soy incapaz de pasar a mayores, me bloqueo, de verdad que yo no quiero, vamos que no quiero bloquearme porque me muero por seguir —ya no sé ni lo que digo—. Y..., y es la primera vez que veo a alguien desnudo, así, aquí, a mi lado. —Le debo de parecer la mujer más tonta que jamás haya conocido.

—Pero ¿tú eres tonta? —Eso, insúltame que me lo merezco. Pero tengo toda la pinta.

—Explícate antes de que me enfade.

—No hay problema, no estás preparada aún, pues ya lo estarás —me dice muy comprensivo él, colocándose a duras penas los calzoncillos. Agradezco ese pequeño detalle, el de cubrirse sus vergüenzas, porque si no, no podré concentrarme en la conversación. Continúa ahí el bulto y le sobresale. Hundo mi cabeza en el colchón.

—¿Enserio que no te importa? —le pregunto sacando la cara que tenía escondida.

—No tengo prisa. —Pues debes de ser el único. Prisa tengo y mucha, pero chico, ha sido verte ahí, dispuesto a entrar a matar, y me han entrado los siete males.

Se tumba junto a mí, me mira mientras me acaricia el pelo, me da un beso, se gira, apaga la luz y se acuesta del todo.

Nos dormimos abrazados.

## Capítulo 12

Hoy he quedado para comer con las chicas. Muy temprano, Torres se ha despedido de mí, he llorado, no he podido evitarlo. Se tenía que marchar, su avión salía a las doce y estará hasta primavera en el extranjero. Le voy a echar mucho de menos.

Me siento mal, no puedo dejar de darle vueltas, se ha cruzado medio mundo para estar junto a mí, bueno, digamos que ha hecho un viajecito en avión de dos horas, tampoco hay que exagerar. Y yo he sido incapaz de intimar con él.

Mi educación me ha debido de crear un trauma, debieron de hacerme hipnosis o algo similar, con la única intención de que cuando estuviera delante de un «pito contento» quisiera salir huyendo. Me debieron de programar para recular y venirme abajo.

Tengo la imagen erecta clavada en mi retina, eso era muy grande, me entró miedo y, bueno, reaccioné así.

Voy camino del paseo, allí me esperan mis amigas, tomaremos el aperitivo, y mientras, intentaré contarles mi supernoche catastrófica del pene tieso.

—¿Qué tal? —me pregunta ansiosa Sonia con una sonrisita de cachondeo.

—¡*Puff!* Fatal, mejor no preguntes.

—*Puff*, nada, mejor nos cuentas.

Nos sentamos en una terraza, el camarero nos toma nota de las bebidas y nos deja solas.

Me recoloco en la silla e intento narrar el desastre nocturno.

—No hicimos nada. Más allá de muchos besos y de acabar desnudos en mi cama, no pasó nada. —Me ruborizo al recordarlo.

—¿Es impotente? —investiga Rosamari.

—¡Impotente, dice...! Ese ha sido el problema. Parecía que tuviera un misil.

—Sí, un *Tomahawk*, no te fastidia... —aclara Sonia.

—¡Claro! Los negros tienen fama de venir bien dotados —apunta Rosamari.

—No es negro, solo morenillo.

—Tía, es negro, no negro noche, pero si chocolate. Debe de tener un pollón importante.

—¡*Sooonia!* —le gritamos las dos. Nos reímos.

—Yo creo que me han hecho un conjuro y es ver una... y paralizarme.

—Vamos, que se ha ido con un dolor de huevos del quince.

—Estará en pleno vuelo —les indico.

—Pues como no haya descargado, con la despresurización, capaz que le estallan los dos allí arriba. Luego ponemos las noticias.

No dejamos de reírnos y de decir tonterías, al menos, me lo tomo con humor. La gente nos mira del escándalo que tenemos, pero es que Sonia no deja de decir burradas al respecto. Hasta me ha aconsejado que contrate los servicios de un *gigoló*, y esto ya ha sido la bomba.

—Pero ¿tú estás tonta?

—Que sí, tú lo que necesitas es a un «puto», a alguien con experiencia, que te sepa tratar como hay que tratar a una virgen.

—Hablas de mí como si fuera un bicho raro. ¡Que estoy delante!

—Si por lo que cuenta, Torres la trata genial, es supercomprensivo. El chico la respeta y la comprende —dice Rosamari.

—Pues ya podría haberle metido un poco más de caña, porque seguimos

teniendo el problema y los *gigoló*..., efectivos son, pero cuestan una pasta.

—¡Joder, Sonia! Parece que hables con conocimiento de causa.

—Anda, no digáis tonterías, solo sé el funcionamiento. Un verano conocí a uno, no porque contratara sus servicios, pero sí me contó que estaba en una agencia y ganaba una pasta. Hacen de todo, desde acompañarte a una cena, a un viaje, hasta elevarte al séptimo cielo dale que te pego. —No podemos evitar volver a reír.

—Estás fatal. Además, si me muero de vergüenza solo al recordar el pito de anoche, como para meterme en la cama con uno que sé que se ha cepillado a más de una incauta por dinero. Paso.

—Oye, bien pensando, te puede servir de gran ayuda —apunta Rosamari.

—Explícate.

—Que Sonia localice a su amigo. ¿Estaba bueno? —La mira.

—Sí, muy bueno, pero es caro. —Levanta las cejas.

—Localízalo, hablas con él, le cuentas qué necesitamos y si se prestaría a hacerse pasar por el novio formal de Mari Puri delante de sus padres. Vienen mañana, ¿no?

—¡¿Qué?! ¿Tú estás bien de la cabeza? ¡¿Cómo voy a presentarles a mis padres un novio?! Encima, llevo sin hablarme con ellos más de un mes, vienen, y para romper el hielo les digo: os presento a mi novio, es prostituto. ¿Cómo se llama? —Miro a Sonia.

—Los putos se llaman como tú quieras que se llamen, hasta lo puedes vestir como quieras. *Repeinao*, raya al lado, camisa y polito de niño pijo —enumera los infinitos *looks* que podría lucir mi chico de compañía.

—Venga ya, para que sepan a qué se dedica.

—Mira, si nada más verlo saben a qué se dedica, yo me plantearía por qué tu madre lo conoce..., porque entiendo que sería ella la que lo diría, porque si fuera tu padre, ahí me caigo muerta. Aquí lo dejo. —Las carcajadas se deben de escuchar desde casa de mis padres.

Sonia saca su *tablet*, entra en una página de *gigolós*, como la de su amigo,

y me enseña fotos, casi me muero siete veces. Rosamari no deja de dar gritos tapándose la boca y riéndose como una desequilibrada.

Yo los miro, los remiro y me ruborizo. ¿Cómo me voy a meter en la cama con un señor de ese tipo? Qué manera de tirar el dinero.

Lo llama. ¡Lo está llamando! Esta tía está loca. Le doy manotazos para que cuelgue, pero ella va a lo suyo sin preocuparse de que le estoy dando una paliza.

Se levanta y mientras camina, le va contando mi problema. El pobre debe de estar alucinando y frotándose las manos pensando que me va a desplumar.

—Ya está. —Se sienta de nuevo—. Mañana lo tienes aquí, le he pasado una foto tuya y tu biografía. No hace falta que me des las gracias...

—¿Estarás de coña? —acierto a decir.

—De eso nada. Te hará precio, ya sabe lo que tiene que decir.

—Esto es una locura. No me pienso acostar con él. Va a ser el polvo más caro de la historia. Tía, que no, llámalo y aborta misión.

—Mari Puri, si vienen tus padres, lo presentas como tu novio, les dices que venís de misa y contará batallitas, del... ejército, por ejemplo. Verás que te mirarán con otros ojos y, sobre todo, a tu padre se le quitará la brillante idea del secuestro.

—Insisto, no va a salir bien. Me pillarán y me mandarán a encerrar en un torreón en el caso de que sigan queriendo ser mi familia. Conociendo a mi padre, le pedirá al juez que me quite sus apellidos. Tía, que no. No me pienso acostar con él.

—Vale, si no te quieres acostar con él, no lo hagas, pero finge que sois pareja, muchas mujeres los contratan solo para estas cosas.

—Claro... y cada vez que vengan mis padres, me tocará llamarlo y pagarle más de mil euros para que siempre sea el mismo.

Sé que la «operación puto» va a ser un auténtico desastre. No sé mentir, y no lo conozco de nada.

Me despido de las chicas, se tienen que marchar. Sonia me ha dejado

encargada de inventarme la historia con su amigo. Debo de escribir cómo y cuándo nos conocimos, qué sitios frecuentamos y a qué se dedica. Dice que antes de comer se excusará con que tiene que marcharse de viaje y me besará la mano para que sea el único contacto físico que vean mis padres y confirmen de esta manera, que me respeta. Cuando me quede sola, regresará a rematar la faena. Yo sigo sin verlo. Esto me parece una locura, una tontería y que las mentiras tienen las patas muy cortas. De esta, mi familia me repudia para los restos y con toda la razón.

## Capítulo 13

Me he levantado ansiosa y con unas ojeras espeluznantes que no habrá maquillaje, por muy caro que sea, capaz de ocultarlas.

He llegado a la conclusión de que, seguramente, mis padres no van a venir, habrá sido una estrategia de mi madre para lavar su imagen cara a sus amigas.

Con respecto al puto, sigo pensando que es una locura, que no tendré valor ni tan siquiera de tomarme un café con él. «¿Adónde he ido a parar...?».

Me ducho, salgo y me quedo mirando como una pava con las puertas de mi armario de par en par la ropa que cuelga de las perchas.

Creo que lo más razonable será elegir unos pantalones de algodón hasta los tobillos y una camiseta. Dudo.

Si se supone que vengo de misa, debería de ir vestida de una manera más decente; esto es lo que me diría mi madre. Dejo sobre la cama la primera opción y me decanto por un vestido floreado de manga francesa, elijo una rebeca azul marino, que para mi gusto es muy *monjil*, así que, será la elección correcta, y me coloco unas bailarinas, también azules.

Estoy lista. No sé qué hacer ahora, me sobra tiempo y me falta el aire.

Llamo a Sonia, necesito saber dónde he quedado con mi chico de compañía. Me confirma que me esperará en el portal de mi casa, me aconseja que vaya bajando, que estará al caer.

Antes de poner el primer pie en la acera, me topo con mi cita. No me lo he llevado por delante porque Dios no ha querido, o Satanás, porque dudo mucho que el Altísimo tenga previsto visitarme en los años que me resten de vida.

—Perdón —le digo cogiendo mi bolso del suelo.

—Tranquila, la culpa ha sido mía —me responde agachándose para ayudarme a recogerlo.

Vamos subiendo lentamente sosteniéndonos la mirada; tipo película. Nos ponemos de pie.

Al menos, es atento, porque guapo, lo que se dice guapo..., más bien es... Qué difícil, no sé describirlo. Si es cierto que se gana la vida como *gigoló*, debe de desempeñar de manera magistral su trabajo en posición horizontal. Bueno, al menos, no parece un portero de discoteca al que no le entran las mangas de la camisa, que, por otro lado, lleva planchada a la perfección. Sonia lo ha debido de amenazar para que aparezca vestido de esta forma, *repeinaito* a lo Mario Conde de antaño, con su suéter colgando por los hombros y su pantaloncito de pinzas a juego con sus náuticos o es que, realmente, se toma muy en serio su personaje. Yo me habría vestido de lagarterana por cien euros, y ya, ni opino de lo que habría sido capaz de hacer por mil doscientos. ¡Qué dolor de corazón! Le voy a regalar mis ahorros...

Salgo del todo, me quedo mirándolo fijamente, intento tragarme la vergüenza y, antes de que le diga nada, escucho:

—Mari Puri, ¡qué casualidad! —Hombre, casualidad que saliera en este preciso instante..., porque hasta donde sé, este encuentro había sido pactado.

—¿Llevas mucho esperando? —le pregunto para romper el hielo, porque claramente se ha adelantado más de quince minutos.

—Estaba buscando el portal. Disculpa, soy José María. —Ostras, ya le vale a Sonia, no había otro nombre.

—Encantada.

No sé cómo reaccionar, me lío y alargo la mano, pero a mitad de camino, pienso lo que pienso y le planto dos besos. Si el objetivo es acostarnos, mejor que empecemos a intimar sin andarnos por las ramas. Que no se piense que soy una mojigata y también, que soy de las que necesito entrar en calor poco a poco, y el contador ha debido de empezar a correr...

—La verdad es que no sé si te habían avisado de que me presentaría en tu casa.

—Tranquilo, solo me dijo que vendrías sobre esta hora.

—¿Qué quieres hacer? —Ahora mismo, prefiero morirme. No me gustas nada, lo siento. Menos mal que no me oye.

—Pues..., en realidad, no sé a qué hora llegará mi familia. No he sido informada por ellos de que iba a ser honrada con su visita. —Me mira raro—. Tranquilo, tú sígueme el rollo.

Antes de que podamos hablar un poco de cómo lo vamos a hacer, aparece de la nada el Mercedes de mi padre. Estoy sufriendo una bajada de tensión. Me tengo que apoyar contra la pared del edificio. Hiperventilo, ha sido verlo al volante y por poco pierdo las bragas del susto. ¡Qué burra me estoy volviendo! Cómo se nota que ya no vivo bajo el mismo techo de mis padres...

Casualidades de la vida, hay un hueco para aparcar donde nos encontramos. La conversación entre nosotros tendrá que esperar. Mi madre me mira seria, observa a José María de arriba abajo, pero no pone mala cara, igual, la idea de Sonia va a resultar. La de presentar a un novio, no la de perder la virginidad con un *putillo* de tres al cuarto.

Coche aparcado. Mi corazón cada vez late más deprisa. Me tiemblan las piernas y comienzo a sudar, la rebequita me va sobrando, pero no atino y me empiezo a tirar de la manga.

Baja primero mi madre, se coloca el bolso en el antebrazo, me mira, yo hago lo mismo muy seria, pero es que no puedo articular palabra, mientras, mi padre baja, se pone la chaqueta, lleva corbata. De un portazo me saca de mi mundo.

—Mari Puri, ¿te vas a quedar parada ahí? ¿No vas a venir a darnos un beso? —Yo es que alucino con esta mujer, se comporta como si nada...

—Purificación... —cuando dice casi completo mi nombre no es buena señal. Me trata como a una perfecta desconocida—, ¿cómo te va desde que no tienes familia? Te veo bastante desmejorada desde la última vez que te vimos, y eso que era cuando no dormías preparando las malditas oposiciones. —Mi padre tan..., tan él—. Y... ¿este joven?

—Lázaro, papá se llama como tú. —Por un momento me he iluminado y he pensado que lo aceptará con más ganas o menos desgana si se llamase como

él.

—¿Lázaro? —El puto me mira extrañado.

—Sí, pero le llamamos *Lazarín*. —Creo que con esto me he pasado.

—¿Le llamamos? Tú y cuántos más lo llaman de esa ridícula forma — pregunta mi padre tan sincero como siempre.

Mientras le intento explicar la «mierda excusa» que se me ha ocurrido en cuanto al nombre de mi acompañante, vamos caminando hacia el paseo; quieren tomar el aperitivo en un sitio neutral.

Sé que van a intentar convencerme por encima de todas las cosas para que renuncie a mi plaza de funcionaria y vuelva a casa, convirtiéndome en una profesora decente que impartirá clases en el colegio de la mujer de César, el amigo insoportable de mi padre con un hijo más insoportable si cabe que su propio progenitor.

—¿Y mis hermanos? —Intento desviar la atención.

—Se han quedado en casa, hay muchas cosas que preparar, ahora te contamos —me dice mi madre que va cogida a mi brazo.

—Sí, Iván me dijo que estaría ocupado.

—¿Conoces a Iván? —pregunta curiosa mi madre y a mí me empiezan a temblar las piernas.

—Sí, somos pareja. —Escupo instintivamente—. De pádel, claro.

—Eres deportista, eso está bien.

—Me encanta, creo que debería ser obligatorio hacer un par de horas semanales de cualquier deporte, al igual que ir a misa. —Feo es un rato, pero interpreta su papel que da gusto.

—Cambiando de tema, parece que nos estuvieras esperando. Me atrevería a decir que te has quedado igual.

—No, papá, me ha sorprendido veros y, sobre todo, me ha hecho mucha ilusión. Sabéis que os echo de menos.

—Si nos echaras de menos no te habrías escapado de casa para alistarte en

la plantilla de un colegio público.

—¿Te has escapado de casa? —me pregunta asombrado José María *Lazarín*.

—Luego te explico. No es exactamente como dice —le susurro.

Estamos ya en el paseo, mi padre elige una terraza después de haber descartado casi diez, ninguna era adecuada. Nos sentamos y el camarero se acerca a tomarnos nota. Pedimos la bebida y unos mejillones a la marinera que se le han antojado a mi madre.

—¿Y por qué estaba *Lazarín*...? Hijo, perdona, pero preferiría llamarte Lázaro, me es menos violento.

—Claro, me puede llamar como guste, señor Roldán.

—Pues eso, ¿qué hacías con mi hija? Disculpa la pregunta, pero quiero saberlo.

—Veníamos de misa, papá. —Me adelanto a José María *Lazarín*, he considerado mejor contestar yo, aunque está claro que se ha metido de lleno en el papel.

—¿Sois novios?

—No —responde rápidamente el puto.

—Nos estamos conociendo, papá. —Vuelvo a adelantarme.

—Espero que vayas con buenas intenciones, es mi única hija, la pequeña, y aunque estemos en una etapa..., digamos que... estamos intentando limar asperezas, no voy a consentir que nadie se ría de ella. —Y a ver por qué se va a querer reír nadie de mí. Si es que dice unas tonterías... Me pone de los nervios. Aunque bien pensado, como se entere que no se ríe de mí porque cobra mil doscientos euros por estar aquí soportando a mi familia... Arde Troya.

—Sí, papá, tranquilo, es buen chico. Tan solo hemos quedado un par de veces, nos conocimos en el coro de la parroquia.

—¿Sí? —responde el pobre, creo que se ha salido un poco del papel, aunque sobre la marcha voy modificando el guión. Soy buena en esto y me lo

estoy creyendo que da gusto.

—Sígueme el rollo, luego te explico de nuevo —le digo susurrando.

Mi teléfono no deja de sonar dentro del bolso. Mi padre no me quita ojo, sé que le pone de muy mal humor que estemos con el móvil cuando estamos comiendo o manteniendo una conversación, así que decido meter la mano y, disimuladamente, lo silencio.

—¿Y qué era eso que me tenías que contar, mamá?

—David se casa —dice dejando escapar por todos los poros de su piel el orgullo de madre contenido, que jamás ha sentido por mí.

—¿Qué me dices? —Me hago la sorprendida.

—Pues sí, le ha llegado la hora.

—Mamá, lo dices como si se hubiera muerto. —Me río.

—Purificación, hija, un poco de respeto. Tu hermano ha decidido dar el paso y pedir la mano de Cayetana.

—¿Cayetana? Me quedo loca.

—Pues no deberías, es muy buena chica, sabe tres idiomas.

Claro, que sea políglota es imprescindible para enamorarse. *Puff*, qué ganas de que llegue la hora de que se marchen. Me pongo nerviosa de nuevo, sé que en cuanto se vayan, seguramente me toque dar el paso con José María y es que no me atrae lo más mínimo. Me tocará pensar en Torres para hidratarme...

—¿Y de dónde eres? —le pregunta a mi acompañante.

—De Madrid, pero me vine a hacer las prácticas hace apenas un año y creo que me voy a quedar.

—¿Dónde?

—En una notaría, me estoy preparando la oposición. —Ostras, ha dicho la palabra maldita.

—¡Eso está muy bien! Una profesión de futuro y con un buen puesto. Purificación, este chico me gusta. —No me lo puedo creer... Le sonrío falsa a

mi padre.

—Me alegro, papá —respondo resignada.

Mi madre ya me está lanzando indirectas de que debería regresar, que si ya tengo novio, que no necesito trabajar. Esto ya es increíble, tanto me estoy cabreando que he decidido que esta noche me lo tiro, vamos que si me lo tiro, y le brindo la faena a mi padre; orejas..., rabo..., todo. ¡Vaya burrada acabo de pensar!, pero es que sacan lo peor de mí. ¿En qué siglo viven? Parece mentira que sean mis padres.

—Disculpad, vuelvo enseguida. —Mi madre se levanta, creo que va a los servicios.

Aprovechando que le suena el teléfono a mi padre, y él, como es especial, sí puede atenderlo, aunque estemos sentados en la mesa no se considera una falta de respeto, así que me pongo a hablar con mi novio de pago.

—Oye, mira, te comento rápido antes de que vuelvan mis padres, no sé si ya te habrán puesto al día, soy virgen, pero no una virgen convencida, solo una... traumatizada. —Me acaba de escupir en toda la cara su agüita con gas.

—Disculpa —me dice limpiándose con la servilleta la comisura de sus labios, y yo hago lo mismo con mis ojos.

—Pues eso, que no sé yo si con ocho horas tendremos suficiente. A ver, que yo lo voy a intentar, pero te pido paciencia. La otra opción es pagarte sin más, es que no dejo de pensar cómo será verte desnudo. Lo llevo intentando todo el día y solo de imaginarlo, me bloqueo.

—Pero, Mari Puri... —Me coge de la muñeca y lo únio que siento es indiferencia. Esto no va a salir bien.

—Josemari, o como quiera que realmente te llames, no me pones, de verdad que lo siento, más, cuando me vas a costar una pasta. Hala, ya lo he dicho, ya que pago me siento en mi derecho de pensar en voz alta, te pido que me perdones. Yo entiendo que sea tu trabajo, que muy posiblemente, folles como Dios, no podré comparar, porque como ya te he dicho, sería mi primera vez, y ya metida en faena, no querré que te detengas, pero en serio, no me siento preparada. —Saco el fajo de billetes que llevo ocultando todo el día en mi bolso y se lo meto en el bolsillito delantero de su camisa pija y lo cubro

con los puños que lleva colgando por los hombros anudados en el pecho.

—Bueno, ¿de qué hablabais? —Acaba de llegar de nuevo mi madre, decido no responderle, estoy segura que no le gustaría saberlo.

—No sabría decirle, señora Roldán. —Sí, mejor, si quieres que sigamos con vida, hablemos de la cría del lenguado.

—Concha, ve terminando. A las siete tengo una partida de mus y no quiero ir con prisas por la carretera. Niña, la semana que viene os espero en casa. Lázaro, tú también estás invitado si es que de verdad estás interesado en mantener una relación formal con mi hija.

—Pero..., papá. La semana que viene no va a ser posible.

—No admito un no por respuesta, será la pedida de mano de Cayetana y debemos, aunque solo sean un par de horas, fingir que somos la familia ideal. Y vete reservando el día de la boda. Ya hablaremos de qué vamos a hacer con tu trabajo. Si te piensas quedar aquí, sabiendo que Lázaro cuidará de ti, me marcho más tranquilo. —Mi padre se pone en pie y deja un billete de cincuenta euros sobre la mesa—. Lázaro, respétala.

—Papá, hablaremos, no te preocupes, y dale la enhorabuena a David de mi parte.

Me acerco temerosa a darle dos besos.

Mi madre también se levanta, me da un abrazo y me dice que le encanta el chico. Le ha parecido muy educado y que se nota que nos gustamos. ¡Ay, Señor! Consérvale otra cualidad, porque la vista está claro que la tiene dañada.

Se marchan, veo cómo se alejan por el paseo y cuando doblan la esquina, Josemari intenta hablar conmigo, pero nos encontramos con Coral, mi compañera de trabajo y tras las presentaciones, vamos caminando amigablemente charlando las dos hacia mi casa, él nos sigue en silencio.

Me despido de ella y le pido por favor que suba, arriba hablaremos.

Metó la llave, lo invito a pasar y lo dejo en el salón.

Entro corriendo en el baño, me quito el atuendo *monjil* y me coloco una camiseta de tirantes a juego con unos *shorts* y sin bragas, ya de perdidos al río

y siento que necesito una copa; el alcohol me ayudará a dar el paso, estoy convencida.

—¡Josemaaariiii! —le grito desde mi cuarto—. Ponte cómodo y saca unas cervezas de la nevera.

No me responde, al menos, no lo escucho. Acabo, me perfumo y salgo dispuesta a darlo todo.

—Mari Puri..., qué fresquita te has puesto.

—Sí, el vestido me molestaba, así... estaré más cómoda. Si te molesta la ropa, haz lo mismo, estás en tu casa. —Levanta las cejas como alucinado.

—Me sorprende tanto... que seas así..., tan, tan directa y un pelín fresca... —Vaya, si me habrá tocado el puto conservador.

—A ver, quiero hacerlo, no sé si seré capaz, pero ya que estás aquí y has cobrado, al menos, habrá que intentarlo —le digo bebiéndome de un trago la cerveza.

—¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Y de qué hablas? Voy perdido contigo desde que he llegado esta mañana.

—Tú dirás...

—Mejor, dilo tú, estoy un poco fuera de juego. Entiéndeme.

—Pero a ver, ahora va a resultar que tengo que ser yo la que dé el paso. Si se trata de eso, pues nada, allá voy. —No me lo pienso y me lanzo a sus brazos plantándole un intento de morreo, en el que no soy correspondida.

—¡Mari Puri! Nadie me habló de esto. —Se pone en pie sacudiendo sus pantalones para evitar las arrugas y se recoloca el polo en los hombros.

—Ahora, la que no entiende nada soy yo. Si no te parecen suficientes mil doscientos euros..., esta cita ha terminado, pero devuélveme la mitad. Un trato es un trato —le digo indignada.

—No me extraña que tus padres te repudiaran, ya entiendo por qué Iván me pidió el favor.

—¿Iván? ¿Qué tiene que ver mi hermano aquí? —Noto cómo me bombea la sangre por las sienes—, confirmame que vienes de parte de Sonia, aunque

sea mentira. ¡¡Dímelo, dime que eres el puto de Sonia!! —le grito fuera de sí—. De lo contrario, verás cómo salto por la ventana.

—Estás loca, pero loca, loca. Y encima, afirmas que eres virgen..., eso no se lo cree nadie, pero si se ve a la legua que eres una ninfómana. Venga, guapa, ahí te quedas.

Se levanta, abre la puerta y antes de que salga y cierre, le grito.

—¡Pues devuélveme mi dinero! Enfermo, que has tenido el día entero para decirme que venías de parte de mi hermano, pero *nooo*, tú ahí calladito como una puta. Nunca mejor dicho. —Me lanza los billetes y cierra de un portazo.

Me siento en el suelo, me está entrando un ataque de risa y a la vez, estoy intentando no morirme de la vergüenza.

## Capítulo 14

Aunque parezca increíble, he tardado como una hora en reaccionar, ahí tirada en el suelo del salón como una colilla, soltando carcajadas y llantos a partes iguales, lanzando por los aires los billetes que iban destinados a la eliminación de mi himen. Informo que sigo intacta.

He conseguido lavarme la cara, continúo sin creerme lo que ha sucedido esta mañana. Si es que tengo un imán para situaciones surrealistas que no lo sabe nadie...

Acabo de resolver el entuerto, y ahora es cuando definitivamente me quiero tirar de cabeza desde la azotea para asegurarme que no fallaré.

Tengo tan mala suerte, que para una vez que los astros se han debido de alinear para echarme un cablecillo con mis padres, debieron de chocar con un agujero negro en el intento y se han unido tanto que la han liado de lo lindo.

Al sacar mi móvil del bolso, he visto que tenía cincuenta y cuatro llamadas, ni una más ni una menos.

Cuando lo silencié por el pánico que le tengo a mi padre, y así, evitar la tentación de ojearlo cada vez que sonaba, conseguí olvidarme de que era usuaria de nuevas tecnologías todo el día; para que veáis el poder que ejerce sobre mí.

Las llamadas eran de un número desconocido, dieciséis concretamente, veinte de Sonia, dos de Rosamari y el resto de mi hermano Iván. A eso, sumándole un porrón de mensajes escritos. Con una rayita de batería me han dejado.

Después de una larga conversación con Sonia y, posteriormente, con mi hermano, y de nuevo haber sufrido un ataque de risa histérica, lo he logrado entender.

El chico que he lucido durante horas a mi lado, y he presentado como mi... novio, aunque dijera que nos estábamos conociendo, mi padre ya lo habrá visualizado arriba del altar esperándome para desposarme como su virginal esposa. A ver quién tiene cojones de decirle lo que ha sucedido de verdad, porque yo, no.

Mi conversación con Sonia ha sido para morir, casi ni podía hablar del ataque de risa que le ha entrado cuando le he dicho que la «Operación Puto» había sido un éxito en parte.

Reproduzco exactamente nuestra conversación:

«—Dime, no te lo vas a creer, pero silencié el móvil cuando nos sentamos a tomar el aperitivo y hasta ahora. El resultado han sido cincuenta y cuatro llamadas y miles de mensajes que aún no he tenido tiempo de leer —le dije a Sonia.

—No, la que no te lo vas a creer eres tú, «pedazo incauta».

—No te pases, no he tenido un buen día. En realidad, el día comenzó bien, pero cuando ha llegado el momento de dar el paso, tu puto me ha mandado a tomar viento fresco y ha debido contagiarse del saber estar de mis padres y me ha negado. Tía... me ha negado un puto. Le pagué antes, ¿eh?, que no es que hubiera dudas de que quería hacerle *un sin pa*, para nada —le comenté indignada y cargada de razón.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—¿Ahora tengo un problema?

—¿Lo ves? ¿Ves de qué te hablo?

—No entiendo nada de nada.

—Entenderías si dejaras hablar a la gente. Cierra la boca y escucha.

—Me callo.

—Mari Puri, atiende. Mira, si cuando llegó ese supuesto puto, que ni

idea de dónde había salido hasta que ha contactado Iván conmigo.

—¿Mi hermano te ha llamado?

—No tienes remedio. Calla, en serio te lo pido. —Le hice caso y guardé silencio—. Él envió a un amigo suyo, un tal José María, porque tus padres iban decididos a traerte de vuelta, y pensó que con alguien desconocido se cortarían, y creo que eso ha resultado, afortunadamente, y se debió de cruzar con mi amigo. Y tú, que no piensas, directamente, te marchaste con el falso.

—¡Madre mía! Ahora comienzo a entender. Por eso cuando le dije —me empecé a reír a carcajada limpia—, que era virgen y le di el dinero... Tía, yo de esta no me recupero. Y nombraba a Iván, y yo no entendía... ¡Ay, Dios! ¿Y cómo le explico a mi hermano la terrible confusión?

—Pues chica, yo es que contigo ya no sé cómo actuar. La cuestión es que tendrás llamadas de mi amigo porque él se retrasó y no te localizaba, me llamó y no dábamos contigo. Y tu hermano también me llamó porque quería decirte que había enviado a su amigo, pero tampoco lo consiguió. Veo que ha sido un desastre, pero no una catástrofe, se llega a enterar tu padre... y nos mata a todos de uno en uno. Mari Puri, tiene pinta de que morirás virgen, *jamía*».

Tras nuestra conversación, la conclusión es esta:

El chico al que bauticé como *Lazarín*, se llama realmente José María. Sí, él entero era así de verdad, no había ni trampa ni cartón, todavía queda gente de su especie. Por eso se manejaba tan bien con el suéter colgando por los hombros, el llevar siete kilos de gomina a modo «me ha lamido una vaca», también era innato en él, y bueno..., además, es verdad que es la pareja de pádel de Iván, si es que...

¿De dónde me iba a imaginar yo que me lo mandaba mi hermano?

Lleva ignorándome años, diría que casi veinticuatro, que aún no los tengo, y decide hoy, por primera vez en su vida, mandarme a un amigo suyo, por su cuenta y riesgo y sin avisarme, para que me hiciera compañía y mis padres no me intentaran secuestrar, así, literalmente me lo ha explicado Sonia. A saber de qué hablaron en casa para que él, que

nunca piensa, dedujera eso y que el otro se prestara sin ser capaz de explicarme que venía de parte de Iván.

Se habrá llevado una impresión sobre mi persona, que dudo mucho, quiera volver a verme en siglos. No querrá saber nada de «Las Mari Puris». A mí, me habría creado trauma, todo sea dicho de paso.

Él le explicó que tenía una pobre hermana a la que sus padres, o sea los nuestros, la habían repudiado por haber solicitado plaza en un colegio público, le insistió en que eso era temporal, digo yo que para que José María no pensara lo mismo que mi padre, porque está cortado con el mismo patrón. ¡Ay, y tonta de mí pensando que era un puto que bordaba su papel!

No me quedan uñas. Los nervios me están matando, debo de llamar a Iván, le debo una explicación, pero no sé por dónde empezar.

Me siento en el sofá, cojo el móvil, lo desbloqueo y busco su número, lo tengo ahí en rojo con todas esas llamadas perdidas. Me pica la curiosidad y abro el WhatsApp.

Mensaje de Sonia:

*Tía, ¿dónde te metes? Tengo a Saúl debajo de tu casa esperándote. Se va a socarrar con la tontería.*

Mensaje de..., entiendo que Saúl, el amigo *gigoló* de Sonia:

*Mari Puri, soy Saúl, no logro localizarte. Me retrasé diez minutos. Cuando leas mi mensaje o veas mis llamadas perdidas, ponte en contacto conmigo. Envíame tu ubicación y me acerco.*

Mensaje de Iván:

*Nenita, me fue imposible avisarte antes. Va de camino mi amigo Josemari, el del pádel, no encontré a otro, espero que esté a la altura. Tus padres van a visitarte decididos a traerte de vuelta. Cuando puedas, me llamas y te cuento rápido. Pensé que si tenías compañía, a papá le entrarían las dudas y te dejaría seguir con tu vida, por ahora, eso sí. Sabes que te apoyo y que admiro los «huevacos» que tienes.*

Mensaje de Torres:

*¿Qué tal ha ido la visita con tu familia? Espero que todo esté en orden. Llámame cuando estés sola, me apetece una charla de las nuestras.*

Mensaje de Rosamari:

*¡Tíííaaa!, que el putillo está buscándote como un loco. En cuanto cumplas tu objetivo, cuéntame con pelos y señales. No te llamo para no cortar el rollo, je, je. Ánimo, tú puedes.*

Y sigo leyendo. Para una vez que hago caso a mi padre... Ya podía haber sacado el teléfono y haberle echado un ojo antes de silenciarlo o haberle preguntado a *Lazarín* si era el amigo de Sonia.

Mi amiga tiene razón, moriré virgen, ahora, solo me queda aceptarlo. Qué triste, pero debo de asumirlo.

Me pongo el pijama y me meto en la cama, iba a llamar a Torres, pero sinceramente, creo que es mejor que hoy ya no me relacione con nadie más. Tengo que pensar cómo hago para que mis padres se olviden de *Lazarín*, y habrá que rezar para que no se presente en su casa con mi hermano.

## Capítulo 15

Camino del pueblo que vio crecer a esta que viaja. Ha sido imposible inventarme una excusa para no asistir a la pedida de mano de Cayetana.

Llevo un *planning* cerebral, que supongo, mi padre querrá tirar por tierra, pero voy empeñada en cumplirlo.

En cuanto llegue, iré directa a ver a Rosamari, dejaré mi maleta, con la muda que he metido dentro, en su casa, después, ambas dos iremos a visitar a mis padres. Desde que me contó Iván el firme propósito de ellos acerca de mi secuestro, he decidido que no permaneceré sola en ningún momento de lo que me quede de vida; ¿exagerado?, creo que no.

De allí, iremos al restaurante donde está programada la pedida de mano, que no me quiero ni imaginar cómo será el día de la boda... y tras el intercambio de regalitos, babas y abrazos, las chicas y yo saldremos de marcha. Lo necesitamos y mucho.

—¡Hola, Iván! —saludo a mi querido hermano en el andén de la estación.

—Buenas... —Le es imposible disimular la risa contenida al verme.

—No me digas nada, ¿eh? —Le doy un manotazo y me abraza.

¡Qué bien sienta un gesto de cariño de alguien de tu familia! Y encima, sé que el suyo es sincero.

—Ya me contarás por qué pensabas que Josemari era un *gigoló*. ¿Con qué gente te juntas desde que estás independizada? —me pregunta mientras me pasa el brazo por el hombro y arrastra con la otra mi maleta de fin de semana.

—Nada, olvídalo. Tonterías de las chicas que me meten unas cosas en la cabeza... Y yo, pues les hago caso —le respondo poniendo los ojos en blanco.

—Por Josemari no te preocupes, le he explicado y se ha ofrecido a acompañarte a la comida. —Me paro en seco.

—¿Estarás de broma? No pienso enrollarme con ese, que quede claro.

—Él no busca eso, tan solo, hacerme un favor. En realidad... Déjalo, no importa. Es algo mutuo. —Esto no lo he pillado.

Salimos a la calle, buscamos su coche y nos dirigimos a casa, he dejado mis cosas en su maletero, no quiero llevarlas conmigo para no tentar a la suerte. Ha quedado en acercarme después de la comida para verme con Rosamari.

Estamos entrando en casa. Ya me he puesto nerviosa sin quererlo.

—¡Mari Puri! Venga, cámbiate de ropa, ¿no pretenderás ir así a la pedida, verdad? —me pregunta mi madre con cara de... ¿asco?

—Va muy bien así, ¿o es que quieres que le robe protagonismo a la novia en uno de sus días...? —No entiendo por qué Iván se posiciona tan descaradamente de mi lado. Tengo que averiguar qué ha sucedido en mi ausencia.

—Felicidades, David —saludo a mi hermano mayor. Nos damos un beso.

—Igualmente. —Levanto instintivamente las cejas casi hasta la nuca.

—¿Perdona?

—Ya me contó mamá que tienes un pretendiente... Y que hoy lo conoceremos. Menos mal que Iván en esta ocasión me ha informado de que «Lazarín» viene de acompañante mío y gratis, cosa que se agradece.

Recuerdo la escena del otro día y me sigue entrando la risa nerviosa.

—¿Y papá? —me adelanto a preguntar por él antes de que salga de su cuarto a quejarse de por qué no lo he hecho. Son tantos años ya...

—Ha ido a lavar el coche. —Nunca entenderé por qué siempre que vamos a comer fuera de casa, le da por lavarlo. Tengo entendido que iremos caminando.

Cuando todos están preparados, yo ya venía lista desde Campello, bajamos a la calle. Papá acaba de llegar, me mira serio de arriba abajo, yo comienzo a temblar, se acerca y me da un abrazo. ¡Qué raritos están todos! Lo siento, pero este comportamiento me da que pensar.

—¡Hola, papá! ¿Qué tal todo?

—Muy bien, hija, pero podría ir mejor si recapacitaras y regresaras al lado de tu familia.

—No empieces, os dije que es algo temporal, tan solo dos años, en cuanto pueda, pediré el traslado y me quedaré con esa plaza para siempre —miento descaradamente, aunque es cierto que lo de ahora es provisional, en dos años, cuando pida la plaza definitiva, la solicitaré lo más lejos posible de ellos, pero no es momento de tener un arrebató de sinceridad.

—¡Qué manera de alargar lo inevitable! Si quieres, ahora mismo, llamo a César y el lunes te incorporas con plaza fija en el colegio de su mujer.

—Papá, vamos a dejarlo, en serio. Te agradezco el ofrecimiento, pero quiero sentir que esto me lo he ganado por mí misma, si al final veo que no funciona, seré yo quien llame a César y me arrodillaré si fuera necesario para que me dé esa plaza que tanto comentas.

Por fin hemos llegado al restaurante, a lo lejos, diviso un *pamelón* barroco muy sombrilla dominguera de playa, que oculta, afortunadamente, el rostro de la futura suegra de mi hermano, y al lado, aunque mi cerebro emita señales para que mis ojos visualicen paisajes bucólicos y pueda evadirme del momento trágico que vamos a vivir, estos se niegan, mostrándome la cruda realidad. Soy capaz de distinguir a Cayetana Dolores de Mendoza no sé qué, en todo su «esplendor»...

La conozco desde siempre, jamás hemos congeniado, pero no es porque yo sea diferente, que ahí no entro, mis amigas tampoco la

soportan. Nadie en este planeta lo hace, así que, necesito que alguien me confirme que mi hermano estando amenazado de muerte hizo una promesa y esto es el resultado de una especie de penitencia redentora y por eso se haya comprometido con la vieja moza. Eso, o que ha sufrido un tipo de derrame cerebral por el que no distingue la realidad de la ficción. «¿Pensará que se va a casar con Cat Woman?».

Esta chica se cree superior al resto y hace lo que le viene en gana, además, como es fea, pues la gente siempre le ha concedido lo que quería por el rollito de que no se sintiera diferente. Dirige un grupo de jóvenes en el club.

Mientras entramos al salón donde tenemos el reservado, rememoro para mis adentros el día en que ella y yo nos alejamos para siempre. Me entra la risa.

Recuerdo que estábamos en una comunión, no me viene de quién, pero sí lo que sucedió.

Yo tendría unos diez años y estaba jugando con Rosamari con el botecillo ese de *blandiblú*; el moco verde viscoso que todas hemos tenido en algún momento de nuestra niñez.

Cayetana iba vestida de muñeca de porcelana rococó, y aún sigue haciéndolo hoy en día, en aquel entonces, solo lucía modelo *vintage* los fines de semana.

La niña no paraba de pasar cerca de nosotras, nos miraba con esa carita de asco que Dios le dio, y venía, iba, volvía y nos levantaba el labio dejando ver su colmillo *brackeado* por una ortodoncia eterna. Rosamari se estaba poniendo nerviosa y como estamos interconectadas desde siempre, me lo transmitía a mí.

—Este verano me marchó un mes a San Sebastián con mis abuelos — nos informaba, y nosotras sin prestarle atención continuábamos con nuestro juego.

—Felicidades, Cayetana. ¿Y no puede ser para siempre?

—¿Vosotras os quedáis en el pueblo?

Seguíamos pasándonos el moco podrido mientras soltábamos carcajadas ignorándola. *Blandiblu p'arriba, blandiblu p'abajo.*

Vuelta a rondarnos.

—No sé qué sería de mí si tuviera vuestro pelo... —decía alborotándose sus artificiales tirabuzones dorados de peluquería total.

—Pues... que no serías tan fea —nos partíamos de risa.

—Niñata, ¿tú qué te has creído? Si mi padre tiene muchas más medallas que el tuyo —aclaro que nuestros padres son militares, no es que fueran atletas olímpicos.

—Pero porque tu padre es más viejo. —Salió de la nada Sonia soltándole aquello.

—Eso no me lo repites delante de mi papá, verás cuando se lo diga al tuyo —amenazaba entre lloriqueos agitándose y dándole vida a ese pelo de muñeca.

—Eso se lo digo al tuyo, al mío y hasta hago un bando y que lo sepa todo el pueblo —respondió muy firme y segura ella.

Yo que me sentí más grande y fuerte que nunca, atrapé el *blandiblu* y, sin pensármelo dos veces, se lo plantifiqué en mitad de su cogote. Podía masticar mi propia adrenalina.

Rosamari y Sonia se quedaron paralizadas, Cayetana, aparte de casi hacerse invisible, porque no sé dónde se le colocó toda la sangre de sus habituales sonrosadas mejillas..., en aquel momento, era casi transparente y se convirtió en estatua.

Subió lentamente la mano hasta su cabeza, sin todavía creerse que lo que estaba rozando con las yemas de sus dedos era mi moco, y con unos lagrimones que se instalaron en sus ojos inmediatamente después del suceso, estiró los brazos hacia abajo a una velocidad alarmante, apretó puños y ojos al mismo tiempo, dejando libres las lágrimas contenidas y empezó a emitir un sonido muy... animal. Hasta zapateaba con ritmo; todo sea dicho de paso.

Comenzaron a salir invitados de la comunión a la terracita donde

jugábamos inocentemente hacía apenas media hora, antes de que Cayetana nos tocara las narices, y fueron a atender a la niña poseída, nosotras salimos huyendo.

Todavía me duelen los guantazos a dos manos de mi padre. Y aún debe de durarle el moco verde a ella en el pelo. Me parto.

Es cierto que aquel verano se marchó a San Sebastián, sí, pero con el pelo más corto que mi hermano. Creo que fue el castigo que más he disfrutado en mi vida. Y después de tantos años, ahora, se convertirá en mi cuñada, si no obra el milagro antes con algún suceso que impida el enlace, me erizo entera de pensarlo.

Vuelvo en sí cuando escucho la voz estridente y distorsionadora de vocales de mi futura *cuñadísima*.

—¡*Maeri Pari!* No sabes la *superolegría* que me da comprobar que has regresado de nuevo —me dice mientras lanza *superbesos* al aire.

—Bueno..., no te alegres tanto, he venido solo a la pedida, esta noche me marchó.

No nos hemos terminado de sentar, cuando aparece *mi Lazarín*. Qué poco me atrae el pobre.

—Señor Roldán, encantado de nuevo. —Se estrechan la mano y papá le sujeta del hombro. Por un segundo he temido que quisiera derribarlo y lo atrae hacia él para darle un abrazo. Casi se me salen los ojos del sitio.

—Aprovecho este momento para presentaros a mi futuro yerno —dice muy orgulloso y a mí me invade la pena.

Iván me mira y se cruza con mi mirada que iba buscando la suya. Le medio sonrío y él hace lo mismo, me guiña un ojo. Me siento intentando disimular el inevitable desvanecimiento que me ha provocado la noticia.

—Creo que esto no está siendo una buena idea —le susurro a mi hermano que está sentado a mi izquierda.

—Tranquila, todo va a salir bien. —Me aprieta la mano.

—¡Hola, Mari Puri! —me saluda «mi prometido».

—Buenas, Josemari, quería pedirte disculpas por lo del otro día, sé que Iván te ha explicado, pero me gustaría hacerlo a mí, en cuanto podamos escaparnos te digo.

—Todo olvidado, no hace falta, no insistas.

Yo creo que teme que intente violarlo o algo, después del bochornoso espectáculo en el salón de mi casa... Es normal, está preocupado.

Comienzan a traer los aperitivos, unos hablan con otros, David junto a Cayetana, qué mala pareja hacen, a ella se le ha puesto una cara de estreñida que no es normal y él..., parece triste. Espero que no se case porque la ha dejado preñada. ¡Madre mía! Esto sí que sería un bombazo. Si no fuera la prometida de mi hermano, lo desearía con toda mi alma. Qué mala me estoy volviendo y qué bien me siento.

La comida se ha desarrollado sin nada importante que reseñar, mucho peloteo, eso sí, y demasiada parafernalia para mi gusto. Se han intercambiado los regalitos y hemos brindado.

Ya está. La boda será en seis meses, así que, entiendo que no hay bebé en camino. Cayetana y yo, creo que tenemos algo en común, nuestra flor sigue intacta, espero que la mía no sea por mucho tiempo.

## Capítulo 16

Llevo casi dos meses la mar de tranquila. Trabajo, casa y, de vez en cuando, salgo a comer con dos de mis compañeras del cole, Coral y Alba. Me encanta pasar tiempo con ellas, y son muy amigables. Locas están, para qué decir lo contrario, y qué diferentes son a mis chicas de toda la vida, pero sé que cuando haga las presentaciones, se llevarán genial. Rosamari y Sonia pueden ser camaleónicas.

Hoy hemos quedado, no sé dónde vamos a ir, no me lo quieren decir, bueno, en realidad, vamos a casa de una amiga de Alba, solo sé que se llama Helena y que en sus ratos libres organiza reuniones.

Después de nuestra última conversación en el recreo, cuando les expliqué que nunca me había acostado con nadie y que continuaba virgen, y ellas se echaban las manos a la cabeza, me dijeron que había que solucionarlo, que no podía continuar así, que debía cambiar mi forma de vestir y que me maquillara. No creo que esas cosas influyan en que mi virginidad siga intacta, pero viéndolas tan resueltas, creo que lo mejor será hacerles caso.

Sigo las instrucciones de Alba, ropa cómoda y dinero.

Me estoy temiendo que vamos a una reunión de esas donde te enseñan a maquillarte y te venden cremas, no sé yo si eso irá conmigo, pero si quiero dar un giro a mi vida, entiendo que esto también forma parte del proceso. Ya estoy abierta a todo, después de ver cómo me ha ido en los últimos meses por aventurarme a hacerlo por mi cuenta y riesgo, me irá mejor siguiendo los consejos de dos expertas.

—¿Queda mucho? —les pregunto un poco cansada de caminar sin

saber adónde.

—Ya hemos llegado. Verás, te va a encantar, pero, sobre todo, lo vamos a pasar genial. Tú, mente abierta, es lo importante —me dice Alba sujetándome por los hombros.

—Sí, mente abierta, tranquila —le respondo sin entender a qué se está refiriendo.

Tocamos al timbre, es una planta baja, y desde la puerta se escuchan voces y risas. Igual venimos a una fiesta.

—Adelante, guapas, estáis en vuestra casa. —Creo que nos ha abierto Helena, una chica muy mona con el pelo rosa.

Paso temerosa, alerta de qué es con lo que me voy a encontrar, los pelos de la anfitriona me han asustado, no por nada, he de reconocer que a la chica le quedan genial, pero yo no me veo, prefiero dar el giro más lentamente, igual unas mechitas...

Entramos a su salón, hay una mesa delante del sofá y a los lados, sillas, todas ellas ocupadas por chicas.

Saludo tímidamente, localizo un sitio libre y me siento en un sofá pequeño de dos plazas junto a Coral, aunque estamos apretaditas. Estoy nerviosa, pero me pongo más cuando veo que entra otra chica con el pelo violeta que porta un maletín rojo. Nos mira, sonrío, se coloca detrás de la mesa y nos saluda. Espero que traiga algún tinte con un color más discreto para mi gusto. Por un momento, ilusa de mí, imagino que serán peluqueras.

—¡Buenas a todas!, veo caras ya conocidas y alguna que otra nueva, pero supongo que después de la charla de hoy, volveré a ver nuevamente. Todas repetís, ¡malditas! —¿De qué va todo esto?—. Pues para las que no me conocáis aún, me llamo Noni y voy a ser vuestra asesora de *TupperSex*.

Todas le aplauden, incluso yo, pero de manera automática. Mis nervios me han dejado paralizada, he oído bien, no hay lugar a dudas, me han traído a una reunión de esas tan famosas en la que se venden juguetitos sexuales, famosas en los círculos que lo sean, porque en el mío, nadie ha

nombrado tan siquiera que esto existiera de verdad, yo pensé que solo pasaba en Estados Unidos.

—¡Tía! ¿Yo qué pinto aquí? —le susurro a Coral, que la tengo a mi izquierda.

—Lo mismo que todas.

—Ya, ¿pero es obligatorio comprar algo? —pregunto asustada.

—Obligatorio, no, pero divertido, sí —me responde dándose con las palmas de sus manos en los muslos.

—Pero si no tengo novio, ya os dije.

—Por eso precisamente, ya que no tienes novio, tendrás que darte alguna alegría de vez en cuando.

—Tú te tocas, ¿verdad? —Alba no ha podido contenerse al escucharme hablando con Coral.

—¿Cómo qué si me toco? Anda, calla. —Le doy un manotazo.

—Cambia el chip... A partir de esta noche, verás la vida de otra manera, te lo digo yo que tengo la colección completa. —Me guiña un ojo y me saca la lengua. Coral la mira y se parte.

Definitivamente, estoy en el mundo porque tiene que haber de todo.

Consigo guardar silencio y escuchar atenta a los consejos de Noni, que de manera muy divertida y amable nos está contando. Intento disimular mi sorpresa al ver el tamaño colosal del último modelo de vibrador doble, color rosa chicle, como el pelo de Helena, la anfitriona.

Se me acerca, me sonrío y sujetándolo con la palma de su mano, con la otra lo acaricia suavemente y me lo ofrece. La miro, me giro hacia Coral que se está aguantando la risa, hago lo mismo para el otro lado, con Alba, que me da un empujón en el hombro para que no le haga el feo a la cosa supersónica y logro estirar la mano.

Ya es mía, pesa y mucho. Me medio río avergonzada, soy el blanco de todas las miradas de las asistentes.

—Te presento a Elvis. —Si ahora los bautizarán y todo.

—Dale un besito... —Escucho a la *pedazo bruta* de Alba.

—No habrás visto muchas de ese tamaño, ¿a qué no, Pura? —Ni de este ni de otros, la única que tuve el placer o el susto de conocer fue a la de Torres y salí huyendo, llega a enseñarme algo así y de la parálisis que hubiera sufrido seguiría tumbada hoy en día en el lecho del delito.

Me la quita de las manos y se vuelve a la mesa. Sigue explicando cómo funcionan el resto de aparatos que ha traído. La gente no deja de gritar y de reírse, aplauden, se ponen en pie haciendo la ola mientras se lo van pasando de unas a otras. Ahora mismo, me han tocado unas bragas comestibles. «Hasta este momento, ¿en qué parte del mundo estaba yo?».

Casi finalizando la reunión, saca un bote blanco, desde donde estoy no consigo leer la etiqueta, pero logro identificar «*Bloom*».

—Y hoy os traigo el último grito de *New York* —dice mientras agita de un lado al otro el botecillo—. *Blanqueante vaginal*.

Parpadeo como cien veces en un segundo, soy como un Ferrari. «¡¿Cómo?!».

Ahora, resulta que, aparte de ir depilada pulcramente, también me tengo que dedicar a echar en mis partes íntimas «lejía cosmética». Lo que me podía faltar.

Todas están muy interesadas en el bote mágico. «Que quita las arrugas y alisa desde el interior...», nos informa. Yo sigo parpadeando, me atrevería a decir que a más velocidad que antes. «Y que, usándolo frecuentemente te aclara la piel de la zona y te la rejuvenece». Jamás pensé que me pudiera preocupar por las arrugas de ahí abajo, si aún ni me planteo en echarme contorno de ojos en mis inexistentes patas de gallo, como para pensar que en el de más abajo tuviera...

¡Ay, Dios! Estas chicas van a acabar conmigo, aunque he de reconocer que diversión con ellas no me va a faltar. Cuando les cuente a Sonia y a Rosamari que he comprado crema antiarrugas para el «potorro», van a morir del ataque de risa que les va a dar, y fijo que no me van a creer.

Y yo me pregunto, así como el que no quiere la cosa... Llegas a un

bar, saludas a tus amigas, te sientas y les dices: «Hola, chicas, os voy a recomendar un gel *blanqueante* —o blanqueador, ya no sé cómo lo ha denominado Noni—. Desde que lo uso tengo el chichi más terso y tan blanco como la pared de cal de la casa de campo de mis padres». ¿Y qué haces para que se lo crean, confían ciegamente en tus palabras? Porque por muy amigas mías que sean y por mucho que nos contemos todos nuestros secretos íntimos, no me veo ni enseñándoselo ni haciéndome fotos para que luego comprueben que es cierto.

Acabo de caer en una cosa. Torres habrá blanqueado alguno, este tratamiento lo harán allí, aunque él ya no trabaje en lo del láser, igual lo ha usado con alguna clienta. ¡Ay, qué imagen me acaba de llegar! Quitaa, quita, prefiero no ir a la moda neoyorkina, total, no es algo para lucir abiertamente.

Concluye su exposición y nos pasa unos papelitos para que marquemos con una cruz qué es lo que queremos encargarle. Ahora es cuando toca soltar los billetitos para que las noches no sean tan largas, como dice Coral.

—Yo paso, no quiero pagar dinero por esto. De momento, no siento la necesidad de darle uso —le digo a Alba.

—Que digas tú eso... —me responde agitando su dedo índice sobre mi nariz.

—¿Cómo? —pregunto asombrada.

—Que no quieres pagar dinero... Pero si contrataste los servicios de un puto desconocido para que te desvirgara. —Ella tan fina y clara—. Anda y marca la casilla de Elvis, hazme caso, sé de lo que hablo.

—Estoy más por decantarme por el patito de goma acuático. —Entorno los ojos.

—¡Qué patito, ni qué *patoto*! Tú, el vibrador doble con distintas velocidades que hace caso a la voz. —Coral se parte.

Me arranca de las manos la hoja de pedido y veo que, de manera compulsiva, va poniendo cruces. Va a parecer una quiniela con pleno al quince.

Se acerca a Noni y se la entrega, ella sonríe;  no te digo?, conmigo va a hacer el agosto, de esta se retira y va a lucir *potorrete* por los *Niuyores*.

Noni se despide de todas nosotras, la verdad, es una mujer encantadora, un amor toda ella. Nos ha dado su tarjeta y unas invitaciones para un *pub* que tiene en el pueblo de al lado, el sábado habrá una fiesta y quiere que vaya gente joven.

Casi se ha marchado todo el mundo, Helena nos invita a una última copa mientras le ayudamos a recolocar los muebles de su casa.

—Pura, entonces  te lo has pasado bien? —me pregunta ofreciéndome una cerveza.

—Ha estado genial, me he reído mucho —le respondo alargando el brazo para coger el botell n.

—Ya verás, a partir de ahora, no se va a perder ni una —apunta Coral con cara de *demonia*.

—Pues el sábado vamos todas al *pub* de Noni,  no? —dice Alba dando saltitos y palmitas.

—Por mí no hay inconveniente, lo único que yo no tengo coche —respondo con una amplia sonrisa.

—Solemos salir de marcha en taxi, por eso no sufras, nunca se sabe en qué condiciones acabamos y mejor prevenir —me informa Helena.

Por fin nos sentamos, saca unas pizzas y cenamos, se ha hecho demasiado tarde con lo de la reunión.

Me lo estoy pasando fenomenal, tanto que ni me he dado cuenta que son más de las dos de la madrugada, y mañana toca trabajar. Nos despedimos de Helena y nos marchamos.

Jamás pens  que podría pasar una tarde-noche tan entretenida solo de chicas. Si se enteraran mis padres del tipo de reuniones a las que acudo hoy en día....

## Capítulo 17

La semana que viene es mi cumpleaños, veinticuatro añitos ya, y sí, continúo virgen. Entiendo que parecerá una obsesión y el único motivo por el que aún sigo viva es la esperanza de perderla.

Ya no me lo tomo como una cuestión personal, eso ha quedado en un segundo plano, desde que he comenzado mi nueva vida, es algo que ya no me quita tanto el sueño, cuando llegue, llegará, aunque solo pido que no se demore mucho.

Con Torres sigo hablando por Skype. Le conté lo del blanqueador vaginal y se moría de la risa. Tenemos una amistad un poco especial, me encanta, porque con él, me siento tan a gusto que puedo hablar de casi cualquier tema. Dice que se troncha conmigo, que soy única y que le fascina mi manera de ser; a mí sí que me encanta él.

En cinco minutos tenemos vídeo conferencia. Siempre solemos hablar una vez a la semana de esta forma, es como más cercana. Termino de prepararme un bocadillo de Nocilla, me siento sobre la cama, abro el portátil, lo enciendo y me atuso el pelo, quiero salir decente.

—¡Hola, guapísima! —Ahí está, bien grande en la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué tal? —le sonrío. Si es que cada vez que escucho su voz o lo veo, aunque sea cibernéticamente, me deshago.

—Bien, aquí con el té de las cinco. —Levanta una cerveza y yo me río.

—El sábado he quedado con las compañeras del cole, iremos al *pub*

de la chica esa que nos hizo la reunión del *Tupper*.

—Eso es lo que tienes que hacer, salir y distraerte.

—La verdad es que me lo paso genial con ellas. Me encantaría que las conocieras.

—Me gustaría ir en Navidades, ¿crees que estarán?

—Supongo, la verdad es que no hemos hablado de eso, quedan más de veinte días para las vacaciones.

—¡Oye! ¿Te llegó ya el pedido? —suelta una carcajada.

—No, supongo que estará al caer, me dijeron que me lo enviarían a casa en una caja muy discreta —vuelve a reír.

Seguimos hablando, cuando escucho el timbre de casa. Me disculpo y salgo a abrir.

—Señora Roldán, un paquete. —Pulso el botón y la puerta de la calle se abre.

—Buenas. —Me alarga una caja.

—Firme aquí. —Le dejo mi autógrafo, cojo el paquete, que pesa lo suyo y cierro.

Regreso a mi cuarto, Torres me sigue esperando.

—Ya estoy, hablando del rey de Roma... —Le muestro la caja cerrada.

—¿No la vas a abrir? —me pregunta con esa sonrisa picarona que tan bien sabe poner.

—Calla, venga, ¿por dónde íbamos? —intento cambiar de tema.

—Ábrelo, tonta, ¿no te pica la curiosidad?

—Creo que te pica más a ti que a mí. —Sinceramente me da un poco de cosa abrir y ver qué hay dentro, ni idea de qué marcó la loca de Alba.

Mientras seguimos hablando y me cuenta que tiene pensado dejarse caer por aquí unos días a finales de diciembre, yo voy quitando el

precinto de la caja, lo consigo y saco el albarán, de reojo veo una caja enorme, ese debe de ser Elvis, no sé si sacarlo y enseñárselo, me moriré de vergüenza. Vale que no sé qué somos, tengo claro que novios, no, pero sí que sé que somos algo más que amigos, al menos, así lo considero yo, después de haber sido la persona con la que más he intimado en mi vida, no debería de darme reparo sacar de la caja lo que Noni me ha enviado. Creo que aunque no estuviera al otro lado de la pantalla, sentiría la misma vergüenza ajena en la más estricta soledad.

—¡Dios! ¿Has visto? Esta Alba está fatal. Pues no me elige el bicho este... Qué manera de tirar el dinero —le digo tapándome la cara con una mano y con la otra luzco a Elvis en el interior de su caja.

—Nena... —me dice levantando las cejas una y otra vez.

—Mira, este sí que es mono. —Le enseño el patito de goma acuático que se supone, vibra bajo del agua.

—Ya me contarás cuando lo estrenes. Si quieres, voy y lo probamos juntos —se parte de risa.

—¡¡Torres!! —le grito.

—Estoy aquí imaginando y estoy todo... —se calla.

—Bueno, creo que debería guardarlo de nuevo en la caja y ya si eso... cambiamos de tema. —Siento cómo me suben los colores a la cara.

—No seas tonta, sabes que estoy de broma. Pero me alegra comprobar que estás cambiando y ves las cosas de otra manera. Todavía me acuerdo del primer día que nos conocimos. —Creo que la vecina del ático de enfrente ha escuchado sus carcajadas.

—De verdad, no se puede ser más tonto. Cada vez que me acuerdo, me muero.

Terminamos de hablar y nos despedimos hasta la próxima semana a la misma hora.

Cierro el ordenador y me quedo en mitad de mi cuarto sosteniendo el paquete que me ha traído el repartidor. Lo cierto es que me ha picado la curiosidad después de haberlo sacado para enseñárselo a Torres.

La dejo en los pies de la cama y saco la enorme caja donde está guardado el famoso Elvis. Me cuesta separarlo del plástico en el que viene incrustado, sin darme cuenta, pulso el botón y eso se pone en marcha, grito y comienza a aumentar la velocidad, me vibra hasta el hombro.

Me río, aquí estoy sola en casa muerta de risa. Consigo descubrir la forma de apagarlo y lo dejo encima de la cómoda.

Les envió un mensaje a las chicas y paso a la ducha.

Qué bien me ha sentado el agua calentita, he estado tentada de darle uso al patito acuático, pero me ha dado cosilla llenar la bañera; realmente, lo que ha sucedido es que me he cortado, no me veo con un pato dándome placer. Si es que hasta suena fatal.

Lo he dejado al lado de los jabones. Igual, si lo pongo ahí y acostumbro la vista, el día que menos me lo espere, lo estreno.

Qué poderosa me siento pensando de esta manera, me queda muchísimo para alcanzar a mis compis de trabajo, pero ahora, ya no me santiguo cada vez que tengo un pensamiento de este tipo, soy casi como Rosamari y Sonia. Cómo las echo de menos. Y lo más importante es que comienzo a sonreír, atrás dejé a la amargada opositora que vivía atemorizada por lo que la gente que me rodeaba pudiera pensar de mí y de mi comportamiento inadecuado.

Suena el teléfono. Es Iván.

—Dime, guapo. —Ahora también me comporto de una manera más abierta con mi hermano.

—¿Cómo vas, preciosa? —Y él también está más amable, abierto y, sobre todo, cariñoso conmigo. Lo que tiene vivir alejada de la familia, que incluso, te echan de en falta, bueno..., mi señor padre creo que no piensa igual, al menos, no lo demuestra.

—Genial, el sábado he quedado con las profes del trabajo, iremos al *pub* de una chica que conocí hace unos días y es majísima —le comento

entusiasmada sin dar muchos detalles de cómo conocí a Noni.

—Pues el sábado, tus padres, que son los míos, pretenden ir a visitarte —me informa en un tono de voz serio.

—¿Pero por qué les ha dado ahora por verme cada dos semanas? —pregunto sorprendida.

—Ni idea, lo único que se me ocurre pensar es que es una estrategia de papá para traerte de vuelta.

—¡Qué manía! ¡Que no voy a volver! Aquí soy feliz.

—Lo sé y te envidio —me dice apenado.

—Iván, ¿estás bien?

—Sí, no tengo motivos para estar mal. Vivo con mis padres todavía, tengo un trabajo que no me gusta y no puedo comportarme como pienso realmente. Aparte de estas minucias, mi vida es maravillosa.

—¡Joder, Iván! ¿Qué tienes? Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, ya no soy la pazguata de hace unos meses —intento darle confianza.

—Ya veo. Bueno, el sábado nos veremos, igual, también se unen a la causa David y Cayetana.

—¿Es necesario? ¿Pero qué ha visto en ella?

—Ni lo sé ni me importa, estoy de la puñetera boda hasta más allá de Zaragoza...

Me despido de él y les mando un mensaje a las chicas invitándolas a pasar el fin de semana en casa. Se supone que no sé oficialmente que seré honrada por la visita de mi familia, si están ellas aquí conmigo, me sentiré arropada y no le daré pie a mi padre a ejecutar su siniestro plan.

## Capítulo 18

Deseando que lleguen las chicas, les he preparado el cuarto de invitados, aunque doy por hecho que nos quedaremos hasta las tantas en el salón de casa hablando sin parar, poniéndonos al día y acabaremos durmiendo tiradas por ahí.

Para mañana, aunque sé que vienen mis padres con mi hermano, he hecho mis planes. Esa odiosa manía que tienen de no avisarme y presentarse en mi casa, dando por hecho que solo salgo para ir a misa, me pone de los nervios. Digo yo que no costaría tanto levantar el teléfono y preguntarme si estoy viva y si me viene bien que me hagan una visita.

•••

—Mari Puri, qué ganas tenía. —Me abraza Rosamari.

—Cómo se te echa de menos, Mari. —Sonia me da un superabrazo de los suyos.

—Pasad, no os quedéis ahí, que ya va haciendo frío. —Las invito a entrar y cierro la puerta.

Pasamos al salón, les digo que si quieren dejar sus cosas en el cuarto de invitados e inmediatamente después, nos sentamos para ponernos al día, que ya ves tú qué tontería más grande, si creo que hablamos una media de cuatro horas diarias por el WhatsApp. Bendito el inventor de esta aplicación.

Menuda noche hemos pasado, ha sido increíble, cuántas confianzas y recuerdos vividos las tres juntas en estos años. Toda la noche recordando, hasta hemos llorado.

Tanto reír, llorar y dormir poco es lo que tiene ahora mismo, parecemos almas en pena, ojeras y sin energía, pero al nombrarles a mi padre, de un bote se han puesto en pie.

En menos de media hora, nos hemos duchado, vestido y hasta desayunado. Salón recogido. Tocaban al timbre, nos cuadraron. Qué poder de acojone el de mi padre. Nos miramos las tres sin saber qué hacer.

Sin atreverme a preguntar, le doy al botón para abrir la puerta, la dejo entornada y hago revisión rápida por si ha quedado alguna lata de cerveza vacía, mi padre pondría el grito en el cielo, sinceramente, creo que lo pondrá igualmente, algo encontrará indecoroso y por ello me criticará cargado de razón sin tenerla.

—Mari Puri... —Escucho susurrar a Sonia. Rosamari levanta las cejas.

Las miro sorprendidas desde la cocina, estoy atando la bolsa de basura, no quiero dar oportunidad a que alguien la abra y vea el botín vacío de alcohol del que nos hemos desecho.

Consigo anudarla y veo cómo Sonia viene hacia mí dando saltitos y frotándose las manos en silencio.

A como más la cabeza desde la galería al escuchar que se cierra la puerta de la calle y ahí, creo morir.

No sabría valorar en qué punto de mi anatomía he sentido más grande la punzada, corazón, estómago... o ahí abajo con tembleque de piernas incluido.

Torres, es él, está ahí, en mitad de mi salón, tan guapo, tan sonriente, tan...

Dejo caer la bolsa, aparto a Sonia y salgo corriendo hacia él, de un salto me engancha con los brazos a su cuello y con las piernas anudo su

cintura, hundo mi cara en su cuello y me impregno de su olor. *Mmm*, me pasaría la vida aquí metida.

Siento cómo me aprieta fuerte contra él y me susurra cosas al oído.

—Veo que te ha hecho ilusión —me dice muy despacito.

—¡Loco! Pero ¿cuándo has llegado? —le digo mientras me separo para mirarle a los ojos fijamente.

Me suelto y bajo al suelo.

—¿Vosotras lo sabíais? —me giro a las chicas.

—No —responden levantando los hombros.

—De dos veces que venís, las dos coincidís. ¡Mierda! —Por un segundo me vienen mis padres a la mente. Y no es nada buena la sensación que siento al visualizar a mi Torres con ellos.

—¿Qué sucede? —me pregunta él.

—¡Ostras! —dice Rosamari.

—¡La leche! —suelta Sonia.

—¿Alguien me va a decir qué pasa? ¿O es un concurso de decir barbaridades pijas?, porque me apunto —vuelve a preguntar.

—¡Mis padres!

—¡Sus padres!

—¿Dónde? —responde mirando a los lados.

Consigo explicarle la situación, sin encontrar la manera de resolverlo. Sonia da con la solución.

Dejamos la bolsa de Torres en mi cuarto y nos marchamos. Hemos decidido que lo mejor será ir a misa por si luego mi padre me pregunta de qué han hablado.

Antes de que el cura diga que nos podemos dar la paz, salimos fuera de la iglesia, meto la mano dentro del bolso para sacar mi móvil y volver a ponerle el volumen, cuando escucho a mi espalda:

—¡Mari Puri, nena! —Me quedo helada, bueno, frío hace, que estamos en diciembre, pero hablo de ese frío que te deja inmóvil por el miedo y notas que emanas calor de dentro, te arden las mejillas y sientes cómo te bombea el corazón perfectamente.

—¡Rosamari! —Creo que ellas también están congeladas. Esto parece la Era Glacial.

Lentamente, nos giramos las tres sonriendo tímidamente, Torres aún no se ha percatado de la que se nos viene encima.

—¡Mamá! —logro decir—. ¡Papá!

Me acerco para saludarlos, vamos las tres en fila, no sé quién de todas tiene más miedo, y eso que son mis padres, parece que nos han cogido pillando drogas, que seamos unas *yonquies* y Torres, nuestro camello.

Aún no me he separado de mi padre cuando de reojo me llega la imagen de Josemari, alias *Lazarín*. Esto es lo más. Capaces que vienen a pedir mi mano.

—Purificación, hija, qué mal te sienta este sitio... No me cansaré de decirlo, qué ojeras. ¿Has visto, Concha? Esta niña se nos va, además, delgada. Quién la ha visto y quién la ve, en breve, no se te distinguirá, eres el espíritu de la golosina. —¡Ay..., si tú supieras! Estas ojeras saben a gloria bendita, hijo mío.

—¡Papá! Estoy bien, no empieces. ¿Y eso que estáis aquí? —pregunto asombrada. No habría imaginado encontrármelos en la puerta de la iglesia, bueno, en misa sí, pero ¿en mi pueblo? Esto me huele muy requetemal.

—Quería saber si de verdad sigues con las costumbres que te hemos inculcado, hija, sabes que lo único importante es no alejarte del camino en el que te hemos educado tu madre y yo... —Antes de que siga divagando, le interrumpo.

—Mirad, las chicas han venido a pasar el fin de semana conmigo. ¡Qué casualidad! ¿Y pensáis quedaros?

—La diplomacia no es lo tuyo —me dice Iván. Lo abrazo.

Miro de arriba abajo a Josemari, que me sonrío, se aproxima lenta y tímidamente hasta donde me encuentro, me da un «dulce» beso en la mejilla y yo no le quito ojo a mi padre.

—Hijo, no te cortes, si estáis enamorados, pero, sobre todo, prometidos, venga, saludala como Dios manda. —Este hombre cada día está peor, quien lo escuche pensará que se refiere a que me dé un morreo, pero no, él habla de un beso en la mejilla con más..., digamos que, menos fraternal, pero insisto, nada de pasión ni lujuria. Me parto.

Rosamari está saludando a mi madre y Sonia permanece junto a Torres que me mira con cara de pocos amigos. No sé si está así porque no lo he presentado todavía o por lo que acaba de soltar por su boca mi «querido y adorable» padre.

—Señora Roldán, le presento a mi novio. —¡Ole y ole! Esa Sonia se merece una ola...

—¿Un negro? —le dice por lo bajini a mi hermano, pero que lo ha escuchado toda la plaza de la iglesia.

—¡Por favor, papá! —le digo con un tono un poco molesto—. Es moreno, solo eso.

Se acercan a mi padre y hacen las presentaciones. Mi padre lo mira de pies a cabeza, este hombre no se corta, y luego Iván me habla de diplomacia a mí...

—Encantado, señor Roldán. —Torres le alarga la mano.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? —le pregunta sorprendido.

—Ha venido de las misiones —acierta a decir *Doña Sonia* «tengo salida para todo en momentos de extrema necesidad».

—¿Misionero? —pregunta mi madre que acaba de quedarse patidifusa.

Sonia le suelta la bola más grande del universo jamás contada a unos padres, y decidimos ir dando un paseo para entrar en calor y tomar el aperitivo en un restaurante con terraza cubierta. Mi padre para qué va a

cambiar...

Sé que esto va a terminar muy mal, Torres acompañado de Sonia, su falsa novia, no deja de mirar con cara de asco a Josemari, mi ilegítimo prometido, mi madre le está haciendo un examen visual al «misionero» y mi padre camina hablando solo.

Detrás, a modo peregrinación, les seguimos Iván, Rosamari y yo.

—Al final, David y la «guapa» no han venido o ¿es que piensan aparecer más tarde para compartir una dulce y agradable comida familiar? —le pregunto.

—Tenían reunión con la familia de ella, mejor así —me responde.

—¿Y qué narices pinta *el* Josemari aquí? Que no me gusta, ¿eh? Si venías tú, ¿para qué viene él? Si la excusa de la otra vez era para que hubiese alguien que impidiera mi secuestro con papá, hoy estás tú. Iván, no quiero nada con él —le digo bien bajito, pero claro.

—Insistió papá, le gusta.

—Pues que se case con él, yo paso de novios de este tipo. —Me mira serio. ¿Qué he dicho? ¿Por qué me está mirando de esta manera?

—¡Papá!, ahora venimos, nos acercamos un momento a casa de Mari Puri, que no recuerda si se dejó encendida la plancha. —Todos se giran hacia mí.

Pero ¿este chico de qué va, para qué me pone de excusa, y qué pretende?

—Nena..., un día saldrás en el telediario. ¡Qué miedo me da saber que vives sola! —dice mi madre llevándose las manos a la cabeza.

Mi hermano me coge del brazo y echa a andar, miro a Torres y le hago un gesto como que no sé de qué va todo esto, pero me voy tranquila sabiendo que Sonia sigue a su lado.

—Iván. —Paro en seco cuando ya hemos doblado la esquina—. ¿Qué está pasando aquí?

—Nada, a ver, ¿cómo te digo sin que te vuelvas loca?

—Prueba a decirlo sin más.

—Papá piensa que te vas a casa con Josemari. Está feliz pensando que una vez que deis el paso volverás a casa, bueno, a la tuya, pero que dejarás esto y empezarás con la vida que ellos siempre han querido para ti.

—¡Dios! ¡Dios! —no dejo de decir esto levantando las manos al cielo. Mi padre me saca de mis casillas.

—Tranquila, te he pedido que no te volvieras loca.

—Pero..., a ver. ¡Ay, Iván! Que yo no me quiero casar con ese. Que será tu amigo, pero es que yo... —no logro terminar la frase.

—Tranquila. —Y dale con que me tranquilice—. Josemari tampoco se quiere casar contigo.

Llegados a este punto, ahora sí que ya no entiendo nada de nada. ¿Para qué narices se presta a fingir que es mi novio? No hemos hablado nunca más de cinco minutos, y en la conversación más larga que tuvimos le ofrecí mil doscientos euros para que se acostara conmigo.

—Pues explícame para qué viene y hace el paripé. Chico, la gente está fatal.

—Se lo he pedido yo, es un buen amigo, no quiero que papá te joda la vida que tú has elegido y que con tanto esfuerzo has logrado —me dice mientras me abraza. Qué sensible está últimamente. ¿Estará enfermo?

Seguimos caminando mientras charlamos, no me he atrevido a decirle quién es de verdad Torres, debería serle sincera, pero es que no me sale. Llegamos al restaurante, los vemos a lo lejos, solo espero que no se haya destapado el pastel y ahora, lleguemos y alguien quiera matarme.

Torres está superserio, necesito hablar con él, quiero explicarle quién es Josemari. No entenderá nada de nada.

—¿Pedimos que nos hagan una paella, ya que estamos? —Sí, ya que estamos... me podría desenmascarar a mí misma y nos ahorraríamos la espera y el gasto.

La comida se me está haciendo eterna, he perdido el apetito, estamos

todos de lo más solemne, somos una panda de falsos. Creo que ni la confesión nos salva de ir de cabeza juntos al Infierno.

—Josemari, entonces, nos quedamos esta noche en casa de mi hermana, ¿no? Casi muero atragantada con el agua.

—¿Cómo? —pregunto sorprendida entre toses.

—Eso digo yo, ¿cómo os vais a quedar en casa de tu hermana? No me parece correcto —dice mi madre que ya podía seguir calladita.

—Mamá, estos pobres se ven bien poco. —Nos señala a Josemari y a mí.

—Si tu hermana fuera mejor persona y una novia como Dios manda, se vendría de regreso a casa y se podrían ver todas las tardes para ir a misa. —Y dale con la misa...

—¿Os parecería más correcto que nos quedáramos a dormir en un hotel? —pregunta mi hermano, que por encima de todas las cosas se quiere quedar a pasar la noche en mi casa.

—Pero los tres —apunta mi padre.

—¿Qué tres?! —pregunta descolocada mi madre—. ¿La niña?

—¡Concha, no digas tonterías! El chico de color...

—¡Papá! —llamo su atención.

—Bueno, el misionero, así dormirá en una cama limpia y cómoda.

—¡Papá! —le vuelvo a llamar la atención, a la siguiente, va a sacar la mano a pasear y me la voy a comer de lleno.

—Si me dejaras terminar, hija mía, me podría explicar. Que digo que al hotel se van tu hermano, tu novio y el de tu amiga. —Por fin suelto todo el aire contenido en los pulmones con la incertidumbre.

—¡Vale!

—Por mí no se preocupe, en cuanto nos traigan los postres, yo me marcho. —Torres ha sonado dolido.

—Como quieras. ¿Regresas a las misiones? —pregunta curioso mi

padre.

—No, solo tengo unos pequeños asuntos que solucionar. Me marcho mañana por la mañana. Esto ha sido un viaje relámpago.

—Bueno, pues que tengas un buen regreso. —Mi madre ya lo está despidiendo.

Me disculpo y disimuladamente, cojo mi móvil, me lo escondo en el bolsillo y me dirijo a los aseos. Envío un mensaje al teléfono de Torres. Necesito hablar con él, sé que le sucede algo.

Mensaje mío:

*Torres, necesito hablar contigo.*

Enviar.

Recibido.

Leído.

Escribiendo.

Yo histérica.

Mensaje de Torres:

*No hay nada de que hablar. Ha venido «Tu prometido». Creo que sobro, no quiero interferir en tu vida.*

Este chico es tonto. Ahora histérica y cabreada.

Mensaje mío:

*Por favor, créeme, entre él y yo no hay nada de nada. Mi hermano, que está más raro que un perro verde, ha decidido que hay que fingir que somos pareja para que mi padre me deje en paz. En serio, no te marches, quiero pasar la noche contigo.*

Enviar.

Recibido.

Leído.

Escribiendo.

Me estoy agobiando y comienzo a sudar.

Mensaje de Torres:

*Luego hablamos, en cuanto traigan el postre, me marcho. Te espero en tu casa y hablamos.*

Resoplo, me seco el sudor y salgo.

Regreso a la mesa, me disculpo por haber tardado y me siento. Acabamos de comer, pedimos el postre y los cafés.

—Sintiéndolo mucho, tengo que marcharme, ha sido un placer. — Torres se pone en pie y se despide dándole la mano a mis padres y hermano, aprovecha para echarle una mirada asesina a Josemari y... ¡Cómo se pasa! Le está dando un beso a Sonia mientras me mira. Levanta la mano y se marcha.

Creo que los dos acabamos de sufrir nuestro primer ataque de cuernos.

Traen los cafés y mi madre no para de decir tonterías, una detrás de otra y venga «Perico al torno». Qué le importará a mi novio ficticio cuántos juegos de sábanas tengo y si me han comprado una cubertería de colección exclusiva y que nos dan el piso de la abuela.

De lo que pestañeo, en breve salgo despedida. Si me caso con Josemari, me regalan el piso de la abuela que está en el acantilado... No me lo creo, me estoy encendiendo por momentos.

Por fin nos traen la cuenta. Mi padre paga, está espléndido y nos ha invitado.

Nos despedimos y deciden adelantarse dando un paseo hacia donde aparcaron el coche antes de ir a misa, para bajar la comida.

Las chicas y yo, junto a mi hermano y el *Relamio*, hacemos lo mismo, pero a mi casa. Estoy deseando llegar para hablar con Torres. Como no conozco la paciencia, lo llamo por teléfono.

## Capítulo 19

Torres estaba decidido a marcharse, he logrado convencerlo y aquí estamos los dos intentando aclarar lo que ha sucedido esta mañana. Para mí también esto está siendo bastante surrealista.

—Te juro que no tengo nada con el amigo de mi hermano. Pero si... —casi le cuento que lo confundí con el puto que habíamos contratado. Esta información, precisamente ahora, es innecesaria, en mitad de un ataque de cuernos no es lo más conveniente, no tengo experiencia en relaciones, es evidente, pero creo que al escuchar la historia me embestiría con la cornamenta.

—No me debes explicaciones, me siento ridículo. Tú y yo no somos nada, tan solo amigos, pero creía que éramos amigos de verdad y que me lo habrías contado —me dice todo ofendido.

—¿Pero qué querías que te contara? Si no tenía ni idea de que fuera a venir. De hecho, nadie me dice que viene, aquí os habéis presentado todos sin avisar, ¿tan difícil es coger el teléfono y enviar un mensaje?, ya no digo llamar, simplemente, una frasecita tipo... «Mañana voy a tu casa». Ya. No creo que esté pidiendo tanto —le suelto indignada—. Pero no, mejor: «*Sorpreesa*», venga, que Mari Puri puede con todo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? *El* Josemari ese no es nada mío, mi padre se ha montado una película en la cabeza que no logro comprender. Vinieron un día y mi hermano lo mandó a mi casa, sin yo conocerlo, porque mis padres querían llevarme de vuelta con ellos y esa fue la primera vez que lo vi. Le tuve que decir a mis padres que era un amigo y, para mi padre,

esa palabra es como decirle que le he jurado amor eterno. Pero ¿tú lo has visto? ¿Cómo puedes pensar que alguien así me puede atraer lo más mínimo? Es feo, parado y tiene algo raro —yo sigo gritando enfadadísima—. ¡Si no habremos cruzado más de cuatro palabras!

—Mari Puri, no me gusta que jueguen conmigo. Cálmate, así no se puede hablar. Creo que te he demostrado que soy buena persona. Me gustas, para qué negarlo. Y poco a poco... —Coge aire y se lleva las manos a la cara, se la tapa, expulsa el aire y me mira. Miedo me da lo siguiente que diga—. Creo que me he enamorado. Al principio, solo quería un rollo contigo, porque me atraías, pero mira, no dejo de pensar en ti, a todas horas, no puedo seguir así. Estoy que no vivo, pensaba que apareciendo de repente te daría una sorpresa. Lo hice porque lo necesitaba, ¿sabes?, intento no mostrar lo que siento por ti, porque temo que te asustes y salgas corriendo. Antes, no lo tenía claro, pero ahora, sé perfectamente lo que quiero y necesito. Quiero estar contigo. Quiero que seas mi novia.

—Y me la has dado, vaya que si me la has dado. ¿Y ahora qué te digo yo?

—Esto no es normal —dice con las manos en la cabeza tocándose el pelo—. Después de confesarte mis sentimientos, de declararme, me sales con una pregunta insulsa. ¡Eres la polla!

—Torres, hace tiempo te dije que te quería, pero no me hiciste caso.

—¿Cuándo? Me estoy volviendo loco. ¿Cuándo me has dicho que me querías?

—La noche que intentamos..., la noche que te dije que no podía. Bueno, en realidad, cada vez que hemos estado juntos, nunca te he dejado seguir. Una noche te dije que te quería. Y tú no me respondiste.

—¿Y me sigues queriendo?

—Sí. —Agacho la cabeza y respondo casi muda.

Se acerca hasta donde estoy, me sujeta de las muñecas y me atrae hacia él. Suelta una de sus manos para levantarme la barbilla, nuestras miradas se cruzan, empieza a aproximarse y me besa, yo le correspondo.

Una cosa lleva a la otra y ahora mismo me encuentro desnuda y tumbada en mi cama, antes ha tenido la buena idea de echar el pestillo, últimamente, tenemos demasiada afluencia de gente, aunque todos están tomando un café abajo de casa.

Empieza a besarme de una manera que jamás antes lo había hecho, no es brusco, pero sí muy apasionado. Me está acariciando la cadera mientras se mueve rítmicamente encima de mí. Estoy temblando, espero que no lo note y deje de hacerlo con tanto ahínco.

Estoy hechizada, me encanta que me bese con fuerza, que me recorra el cuerpo entero con sus manos gigantescas, suaves y...

Me acaba de embestir, pretende entrar dentro, pero creo que debo de tener algo por los bajos fondos que impide que alcance su objetivo. Me contraigo, intento relajarme sin lograrlo. Él no pierde entusiasmo, mi muslo da fe, puedo notar lo alegre y animado que está en estos momentos.

Apoya sus puños cerrados contra el colchón a ambos lados de mi cabeza, se eleva, me mira fijamente y se detiene.

—Nena, ¿estás bien? Si quieres que pare, solo tienes que pedirlo — me dice con la respiración entrecortada.

Muda, me he quedado muda y no sé si volveré a poder darle uso a mis cuerdas vocales. Intento volver a concentrarme y no distraerme, me acaba de venir a la mente la escena con el plátano y el intento de convertirme en «Garganta Profunda», deshecho rápidamente la idea de ponerlo en práctica, vayamos por pasos. Primero, solucionar el problema de acceso a mi preciada flor y luego, ya pasaremos a otros juegucillos. Hoy no creo que pueda con todo.

No le respondo, pero lo agarro con fuerza contra mí, necesito sentirlo cerca, más es imposible, salvo que mi organismo lo absorba y se quede en mi interior todo él.

¡Ay!, he notado una pequeña punzada, escucho cómo me pide que me relaje, me acaricia la cara, la otra mano la noto por ahí entre su cosa y la mía. Creo que la está recolocando y reconduciendo de nuevo.

Me dejo hacer. No sé cuánto tiempo ha pasado, solo sé que lo he

conseguido, creo que...

Ya.

Si digo que ha sido la mejor experiencia de mi vida..., posiblemente, esté mintiendo, pero sí ha sido el mejor momento que he pasado junto a él.

Percibo una presión en el pecho de esas que no te dejan respirar. Me siento nerviosa sin saber qué está sucediendo, noto una euforia increíble y, ahora mismo, me asomaría a la ventana y gritaría su nombre una y otra vez, hasta quedarme afónica, y también que lo quiero y que deseo pasar el resto de mi vida junto a él. He recuperado la voz, de ahí lo de gritar.

¡Qué subidón esto del amor con sexo! Estoy pletórica.

Aún no hemos terminado de vestirnos cuando escucho la puerta de la calle, deben de ser las chicas que son las únicas a las que les he dado llave, bueno, y a Torres, pero está aquí conmigo.

Lo miro con cara de boba, no puedo hacerlo de otra forma. Me noto distinta, diferente. Sé que es una tontería, pero es como me siento. Me cubro con la sábana y paso al baño que está dentro de mi habitación, aunque acabe de tener un momento íntimo y mágico con él, no estoy cómoda caminando felizmente como mi señora madre me trajo al mundo. ¡Ay, si ella supiera...!

Termino de ducharme, me coloco la ropa y salgo flotando de nuevo a la habitación, ahora es el turno de Torres. No puedo dejar de mirarlo.

Tocan a la puerta, escucho la voz susurrante de Rosamari. Descorro el pestillo, entreabro, y ahí está como una viejecilla hablándole al marco.

—Mari Puri, tu hermano ha ido a aparcar el coche con su amigo el «Relamío». —Término elegido por la sagaz de Sonia para Josemari, porque eso no es ponerse gomina, es embalsamarse con ella y eliminar de paso la visibilidad de los pelos; es como una capa de silicona negra.

—Enseguida salimos... —le digo con una amplia sonrisa. Ella sabe a qué se debe, ni ha tenido que preguntar.

—Estate pendiente de la puerta, Sonia y yo vamos a cambiarnos. ¿A qué hora hemos quedado con tus compañeras del cole?

—Pues... ya mismo. No tardo, venga, id, salgo ya por si tocan.

Tengo la extraña sensación de estar desplazándome a un palmo del suelo, siento cómo todo mi ser flota. Soy feliz, feliz, feliz, feliz...

Suena el timbre, pregunto, espero y abro. Es mi hermano con su amiguito, esta noche tendremos compañía, y yo con esta cara de haber practicado sexo...

Ya estamos todos listos, llamo a Coral y le digo de vernos directamente en el *pub*, le adelanto quiénes vamos por si hubiera algún problema.

Está encantada, dice que quiere conocer a mi hermano, que se lo pide; esta no sabe lo que dice, yo lo quiero, pero no lo veo muy de dejarse querer por una desconocida de las características de mi Coralina. Dejemos que el destino decida.

Vamos los seis en el coche de Josemari, es un siete plazas de su padre. Si es que hasta el coche le pega. Yo ya no sé si es que le he cogido manía, pero todo él y lo que le rodea, me parece mal.

Conduce El Relamío, porque dice que no puede dejarle a nadie el mando. Me parto. En el asiento del copiloto está sentado Iván y, detrás, como dos tontas, Rosamari y yo. Y por supuesto, como era evidente, a Sonia y Torres, la pareja de tortolitos falsos, los han puesto detrás de todo. Espero que mi hermano se beba un par de copas y se olvide de mí por hoy.

—Creo que ya hemos llegado —digo con unas ganas locas de bajar del coche.

—No, todavía no, el GPS aún no me dice nada —responde el repelente de Josemari.

—Vale, entonces, el cartel ese luminoso que tenemos encima y puedo ver a través del techo transparente que le has colocado al coche, no sé qué será... —Efectivamente, se puede leer «*Pub No Ni Ná*», pero él, con

tal de llevarme la contraria, negaría que el agua moja.

Iván le convence para que no aparque en la misma puerta, igual, si la gente sale a fumar se le apoyarán en la carrocería y luego vendrán los lamentos; parece que mi hermano lo conoce bien. Espero que en la próxima visita que me haga mi familia, él no pueda asistir por indigestión y cagaleras. Hablo del «Relamío». Cada vez me gusta más el nombre.

Hemos aparcado casi en la misma puerta, se ha empeñado el chico. Bajamos y me acerco a Torres con disimulo, que sé que me estaba mirando desde hace rato. Me encantaría saber qué le ronda en la cabeza. Yo no dejo de recordar lo que ha sucedido esta tarde en mi cama. Intentaré pensar en otra cosa... que me emociono.

Entramos al *pub*, se está genial, hay gente, pero no está masificado, desde la puerta vemos a Noni. Ella también nos ve y nos saluda con la mano. Seguimos andando y llegamos hasta el final donde están las mesas.

La música no está excesivamente alta, así que, podemos hablar sin necesidad de pegarnos berridos. Se acerca una camarera que le guiña el ojo a Torres y yo me mosqueo, pero no puedo montar una escenita de celos. Si pudiera, le ponía un cartel en la frente que dijera: «Este chico ya tiene novia y soy yo». Novia, me ha dicho que quiere que sea su novia. Qué tontería más grande me está entrando.

Acaban de llegar Alba y Coral, hago las presentaciones y se sientan entre mi hermano y Sonia, yo no me he movido del lado de Torres.

—¿Y es la primera vez que venís a Campello? —dice Alba. Supongo que para romper el hielo.

—No, en alguna otra ocasión hemos venido a ver a mi hermana.

—¿Y tenéis novia? —Ya estaba tardando Albita.

—No —responde el seco de Josemari.

—Normal —digo en voz baja.

—¡Tíííaa, tú has follado! —me grita Alba justo cuando la música se para.

—Calla, loca. —Le pego un manotazo y me giro hacia Torres.

Mi hermano me mira serio, por un momento, pienso que me va a echar la bronca, pero parece que no se ha enterado bien, porque actúa como si nada, está hablando amigablemente con Coral que le está dando conversación.

Noni se acerca con una bandeja, desde donde estoy sentada, solo puedo ver el cuello de una botella. Sonríe y nos pide que apartemos las copas, deja nueve chupitos de color amarillo y la botella que creo es de Limoncello.

—Invitación de la casa —dice guiñándonos el ojo.

Le damos las gracias y cada uno coge su chupito, yo los imito, levantamos el brazo hacia arriba para brindar y nos los llevamos a la boca con rapidez. ¡Ostras!, me sabe a limpiacristales con aroma a limón. Entra bien, pero quema, *puff*. Instintivamente, achino los ojos y un escalofrío me recorre el cuerpo haciendo que me agite con pequeñas convulsiones. Miro al resto, que ni se ha inmutado.

Coral coge la botella que continúa en la mesa y vuelve a llenarlos, yo me excuso diciendo que con el primero he tenido suficiente y que no quiero mezclar, todavía me tengo que terminar la cerveza, pero ni caso me hace.

Repetimos la operación de antes, cada uno coge su chupito, lo levanta y *padentro*.

Noto de nuevo el escalofrío, pero ya no es tan exagerado. El primero ha debido de anestesiar-me la tráquea.

Esta chica no conoce límites, ahí sigue: llena que te llena y todos coge que te coge, bebe que te bebe y *repetiimoss*.

He empezado a marearme un poquillo y me está entrando la risa floja. Mis ojos se han empeñado en no dejar de mirar a Torres. Me está subiendo una especie de fuego a las mejillas.

—Creo que no debería beber más, todo me está empezando a dar vueltas —le digo a Alba.

—Pero ¡¿qué dices?! Ahora es cuando viene lo mejor. —Se pone en

pie, le hace una seña a Noni y se vuelve a sentar.

—Espero que no le hayas pedido más bebida, de verdad, que no me entra nada más.

—Tranquila, le he pedido nuestra canción.

—¿Vuestra canción?

Aún no me ha respondido cuando empieza a sonar la canción de *La Mayonesa*, incluso Noni sale de la barra, viene corriendo hasta donde estamos y se ponen en fila. ¡Venga! a mover las caderas.

Coral se desmarca y viene a por nosotras tres, yo me resisto, sé que soy arrítmica, pero lo ignoro en este instante. El Limoncello creo que está haciendo su trabajo y me olvido de mis nulas habilidades bailarinas. La sigo.

Aquí vamos las seis al ritmo, Torres no deja de mirarme de una manera muy seductora, aunque estemos haciendo las pavas —y aseguro que jamás me ha visto en estas condiciones—, parece que se esté divirtiendo tanto casi como yo. Disfruta observándome.

Con mi dedo índice comienzo a indicarle que venga conmigo, sonrío y me dice que no, yo continúo insistiendo y el sigue negándose. Alba se da cuenta de lo que pretendo y va a por él, no ha habido tiempo de reacción.

Aquí estamos los dos, dale que te pego a la *Mayonesa*:

*... no sé ni cómo me llamo,  
ni dónde vivo (ni dónde vivo),  
ni me intereeesaaa  
Ma-yo-ne-sa...*

Si es que baila como si fuera un profesional, lo tiene todo, bueno, la canción no es que sea muy adecuada para lucirse, pero tiene ritmo, y mucho. Ese movimiento de caderas que posee, me hace...

Seguimos baila que te baila, termina la canción, aunque continúan poniendo otras del mismo tipo chorra y con ritmos latinos. Llego a la conclusión de que soy la novia de un dios del merengue.

Se me va la cabeza del todo y me arrimo bien, me lanzo a su boca y comenzamos a besarnos lenta y apasionadamente mientras me restriega su «cosilla» en el muslo con movimientos muy calientes al son de la música y a mí me recorren miles de mariposas por el estómago.

Me acabo de volver loca y ahora, soy yo la que poco a poco me voy rozando con él, esto me empieza a gustar.

—Mari Puri —me dice al oído—. Tu hermano nos está mirando.

—A la mierda mi hermano —le digo echando la cabeza hacia atrás.

—Nos está mirando, más bien me está mirando y se ríe.

—Tú alucinas, ¡chaval! —Me giro.

Pues es verdad, lo mira mientras se ríe, no sé qué es lo que encontrará tan gracioso, ahora me mira a mí y, como moviendo los dedos con la mano para afuera, me da a entender que siga con lo que estoy haciendo tan afanosamente.

Coral está haciendo lo mismo que yo, sí, besándose con un chico con un chaleco, parece motero. Me doy la vuelta y creo que me he vuelto loca, no puede ser, imposible, hay dos chicos bailando y besándose, y en una de las mesas, dos chicas.

Mal, lo que se dice mal, no me parece, pero sí que me llama mucho la atención, es la primera vez que veo a dos personas del mismo sexo besándose.

—Mari Puri, córtate, parece que sea la primera vez en tu vida que lo hayas visto —me dice Coral.

—Tía, sí. —Elevo las cejas mientras asiento.

Para la música y volvemos a la mesa donde siguen bebiendo mi hermano y su amigo. A Iván se le ve un poco perjudicado, pero en plan *gracioso*, y a Josemari lo veo como diferente, el alcohol le ha sentado bien, la gomina ha debido de disiparse con los vapores etílicos. Ese *look*

despeinado de malote le queda bastante acertado.

Ha llegado la hora de irse. Estamos agotados y, al menos yo, no puedo con mi alma. Me despido de mis amigas.

—Mari Puri, nos han invitado a un sitio que está en la playa, ¿os venís? —me preguntan todas.

—Nosotros nos vamos, no puedo más, me arden los pies y Torres mañana se marcha, me apetece estar con él a solas —digo poniendo los ojos en blanco.

—Disfruta, que te lo mereces. Métele caña... —dice Alba gritando—. Y preséntale a Elvis.

Torres se despide también de ellas, me pasa el brazo por la cintura y noto cómo se me eriza todo el cuerpo. Me acerco a Iván.

—Nene, nosotros nos marchamos. Josemari y tú, ¿qué vais a hacer?

—Me parece que ninguno de los dos estáis en condiciones de conducir. Dile a tu amigo que me dé las llaves del coche. —Torres le alarga la mano.

—Toma, conduce tú. —Josemari le lanza su llavero a mi chico.

Qué situación más extraña. Lo cuatro vamos en el coche, conduce mi novio, de copiloto se ha puesto el *Relamío*, que ahora mismo no lo es, porque todo el pelo que tenía acartonado desde la frente hasta la nuca, en estos momentos lo tiene al revés. Se le ha quedado la raya en medio, le cae a los lados y por la boca, está gracioso, aunque sigue con su polo colgando por los hombros y anudado al pecho a modo capa. Bien visto, o es su *look* informal o se trata del alcohol que recorre mis venas, pero ya no es tan feo, y dice unas tonterías que hace que los tres no dejemos de reírnos.

—Salimos, cruce, dobla a la derecha, nos incorporamos a una avenida —Josemaría comienza a hablar superrápido como si fuera un copiloto de *rally*, no indica el camino como tal, pero hace como que se lo sabe sujetándose con la mano en la manilla que hay arriba de la puerta.

Torres me va mirando por el retrovisor y me guiña el ojo, yo me

emociono.

—¿Y tú qué tienes con este chico? Porque no me trago que sea el novio de Sonia, a menos que seáis dos locas que os intercambiáis los hombres —me pregunta mi hermano.

—Iván, es mi novio, pero... deja que te explique. —Me pongo nerviosa. Él me sujeta la mano.

—¿Novio, novio...? ¿O lo llamas así porque suena mejor?

—Lo somos, pero para disimular se nos ocurrió decir que era la pareja de Sonia. ¿Se lo vas a contar a papá? —pregunto asustada. Creo que todo el alcohol se ha evaporado y vuelvo a ser consciente de la realidad.

—Tranquila, te has hecho mayor, tienes tu vida, y yo no me voy a meter en ella. —El alcohol que ha ingerido mi hermano debe de estar en su momento más álgido, porque parece encantado con mi confesión.

Hemos llegado a mi portal, Torres aparca bajo las directrices ridículas de Josemari.

Estamos subiendo a mi casa. Pasamos los cuatro al salón y, aunque le he confesado que Torres es mi novio, no me atrevo a entrar con él en mi cuarto. Iván parece comprensivo, pero no lo veo liberal hasta este punto.

—Yo me voy a la cama —me despido dándole un beso a Torres y otro a mi hermano, Josemari me mira y se empieza a reír.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunta Iván.

—Nada, recuerdos —no deja de reírse mirando a mi sofá.

—Tú eres tonto. —Me acerco para darle un manotazo. Sé por qué lo hace.

—Reconoce que todo fue muy gracioso —responde.

—¿De qué se ríe? —me pregunta Torres.

—Ni caso, mañana te cuento.

—Nosotros nos acostamos ya —me dice Iván llevándose a rastras al

bocazas de su amigo.

Espero y, al escuchar la puerta del cuarto de invitados, Torres y yo nos metemos en el mío.

## Capítulo 20

Hoy es mi cumpleaños.

Siento una extraña sensación desde que dejé de ser virgen que no soy capaz de explicar.

Es posible que sea debida a la ausencia de Torres y a la reactivación de mi despertar sexual maravilloso, porque tengo ganas de sexo a todas horas. Lo echo de menos, y cada vez que tengo la oportunidad de hablar con él, lo llamo, las videoconferencias han pasado a ser diarias, y los mensajes van y vienen en cada cambio de hora mientras trabajo.

Nuestra primera noche juntos como novios oficiales fue maravillosa, estuvimos hablando casi toda la noche los dos desnudos en mi cama, piel con piel. Hubo de todo, sexo, amor, confesiones y también hablamos de cómo lo íbamos hacer a partir de ahora.

Mi mayor miedo siempre ha sido mi familia, aunque cuente con el apoyo incondicional de mi hermano, sé que no será suficiente a los ojos de mis padres. Esto me da miedo, lo reconozco.

Cuando se hizo de día, los cuatro desayunamos tranquilamente en mi casa. Trazamos un plan, quedamos en que Josemari y yo seguiríamos fingiendo, después de la salida nocturna de aquel sábado lo veo con otros ojos, no de deseo, porque no me atrae lo más mínimo, pero sí he descubierto su lado humano y divertido debajo de toda esa gominas. Veo que es una buena persona y no le importó aceptar fingir delante de mi familia. Como las muestras de afecto de una pareja normal de este siglo en mi casa son inviábiles, con que de vez en cuando me diga «cariño» o se siente a mi lado en las comidas familiares, que serán de uvas a peras, no

habrá contacto físico; con todo esto será más que suficiente para que se crean esta gran y ridícula mentira.

Torres no estaba muy convencido y sigue sin estarlo. Aunque sabe que lo hace por mí y para que tenga cierta libertad, no termina de gustarle la idea.

Mi hermano le explicó que papá jamás lo aceptará como uno más de la familia, es triste, pero es así. Mi padre, en alguna parte de su esencia, debe de ser buena gente, a ver, es buena persona, pero solo si cumples con lo que él considera correcto. Nada de chicos. Si tengo novio, tiene que ser formal, que él lo conozca y que haya dado su visto bueno a la relación. El sexo no lo contempla, eso por supuesto —pero ni él ni mi madre, incluso me atrevería a decir que tampoco mis dos hermanos—, sin recibir la bendición en la iglesia, de ahí que no sean necesarios ni besos ni roces cuando estemos todos juntos.

Y claro, Torres no entra dentro del canon de yerno de los Roldán. Sé que es racista, según dice papá: «quiero lo mejor para ti, hija», como si el color de piel influyera en los sentimientos y en la manera de ser de alguien. Y mi chico, aunque no es negro y... no es lo que sería un mulato, mulato, su madre sí que lo es, su padre casi albino, pelo rubio tirando a blanco y los ojos azul cielo, esto lo ha heredado su hijo, y de ahí le viene ese toque exótico que tanto me gustó el primer día que lo vi en la cabina de depilación láser. ¡Benditos pelos míos!

Ahora mismo estoy haciendo la maleta, he creído conveniente que debería pasar las vacaciones de Navidad en casa de mi familia. Si vamos a fingir para que la idea de mi padre se vaya disipando, la del secuestro y reconducirme por «su» buen camino, he de hacerlo bien, de hecho, hemos de hacerlo bien todos. Somos un gran equipo.

Sonia seguirá aparentando que tiene una relación con Torres. Él vendrá a finales de diciembre hasta el día de Reyes a mi pueblo, se alojará en casa, como amigo de mi hermano, aquí tendremos que ser fuertes y no sucumbir a la tentación, pues corremos peligro de muerte si mi padre ve el más mínimo gesto de cariño por parte de alguno de los dos. Pero estoy feliz al saber que dormirá en la habitación contigua a la

mía.

Josemari ya es mi novio oficial, según mi padre, mi prometido, esta parte aún nos falta pulirla un poco. Vendrá a recogerme todas las tardes para ir a misa y, después, cada uno por su parte.

Me he pasado todo el viaje en el tren al teléfono hablando con Torres, me ha felicitado, me han emocionado sus palabras, pero le es imposible viajar hasta mi pueblo estos días. En una semana, volveremos a estar juntos.

El tren se detiene, es mi parada. Me levanto, cojo mi equipaje y bajo al andén. A los lejos veo a Iván, a su lado, Josemari, hoy está guapo, no va *relamío* y lleva puesto el chándal; deben de venir de pádel.

—¡Muchísimas felicidades, hermanita! —Me da un beso.

Subimos al coche y nos dirigimos a casa de mis padres. Estoy nerviosa, voy a estar todas las vacaciones de Navidad allí, demasiados días bajo el mismo techo.

—¿Qué tal todo? ¿Ha dicho algo papá? —le pregunto a mi hermano.

—No, bueno..., en realidad, a mí no, ha organizado una cena en tu honor por tu cumpleaños, vendrá también Cayetana. He avisado a tus amigas, cuanta más gente de fuera haya, más tranquilos pasaremos la velada —me informa de los planes de esta noche.

—¿Cuándo llega Torres? ¿Hay que ir a recogerlo a la estación? —pregunta Josemari.

—Aún no me ha dicho.

—Ya he avisado en casa que se quedará a dormir unos días.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—Al principio, no les ha hecho mucha gracia, para qué te voy a engañar, ya sabes cómo es papá, pero me he camelado a mamá, el rollo del misionero le ha ablandado el corazón. —Nos reímos.

Ya hemos llegado, estamos subiendo en el ascensor, estoy temblando, siempre que sé que me voy a poner delante de mi padre me entran estos

temblores; no puedo evitarlo. A ver por dónde me sale. Afortunadamente, desde hace tiempo, cuento con el apoyo de mi hermano.

—¡Mari Puri, hija! Feliz cumpleaños. Veinticuatro ya, cómo pasa el tiempo, aún recuerdo cuando la hermana Alegría te puso en mis brazos. —Mi madre me abraza bien fuerte.

—Hija, siéntate —me pide mi padre dándole toquecitos con la mano al sofá, junto a él—. Tú también, Josemari.

Mejor, porque con el tembleque de piernas que llevo será lo más acertado, y así evitaré caerme y la incertidumbre de saber a santo de qué se lo dice a él también. Me van a estallar los ojos, sus palabras me han puesto del revés el corazón, porque decir que va acelerado es quedarse corta.

Miro a Josemari, temerosa, mientras tomo asiento, y él hace lo mismo.

—Hijos, ¿habéis pensado ya en la fecha de la boda? —En breve sufriré un infarto, o dos. «¿Se pueden tener dos infartos seguidos si el primero te ha matado?».

—Papá. —Agacho la cabeza.

—Ya tienes una edad, no es por presionar, pero ¿cuándo pensáis darme nietos? Definitivamente, esto se nos ha ido de las manos. Me siento fatal.

—Papá, déjalos, no agobies a la niña, hoy es su cumpleaños, ya hablaréis de eso en otro momento. —Iván nos salva de este mal trago.

—Lo que deberías hacer tú es buscarte una novia. ¿Quién me lo iba a decir a mí, verdad, Concha? —Mira a mi madre dejando ver la emoción en sus ojos convertida en lágrimas, y a mí se me empieza a caer el mundo encima. Soy mala gente, pero no me han dado otra opción.

—Lázaro, deja a los chicos. Mari Puri no tardará mucho en darnos la noticia. —Mamá se acerca a mí—. Bueno, Josemari y sus padres pedirán tu mano.

—Sí, sí, bueno, que nos vamos, tengo ganas de ver a las chicas. —Me

levanto nerviosa, miro a mi hermano y está tenso.

Me da la sensación de que la hemos fastidiado, pero bien. Ninguno habíamos pensado en que mis padres se lo tomarían tan en serio y querrían que me casara ya. Vueltas al tema le había dado pensando esto, sin embargo, al estar de por medio la boda de David, pensaba que, al menos, me daría tiempo a cumplir mis dos años como funcionaria en el colegio y elegir otro destino ya definitivo, pero todo está yendo demasiado rápido. Me viene a la mente Torres.

Dejo la maleta en mi cuarto, sigue intacto, igualito que lo dejé el día que me escapé de casa. El día que vine a la pedida de mano no aparecí por aquí.

*Toc, toc*

—Adelante. —Entra Iván.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurro.

—No te preocupes, algo pensaremos.

—Yo no me caso con Josemari, y él tampoco querrá, ¿verdad? —le pregunto asustada; la pequeña posibilidad de estar equivocada me ha sobrecogido.

—Él qué va a querer...

—No te pases. —Me río.

—Venga, voy a ducharme. ¿Quieres que luego recojamos a tus amigas y vamos a tomar algo? Cenaremos sobre las nueve.

—Genial, me cambio de ropa y las aviso. —Me lo pienso mejor y me preparo para ducharme, no recordaba la cena en honor a mi cumpleaños.

Estamos listos, nos despedimos de mis padres y nos marchamos.

Hemos quedado en una cafetería al lado del restaurante donde cenaremos, así, tendremos más tiempo para hablar antes de ir allí.

—Menudas vacaciones vamos a pasar —me dice Sonia.

—Habla por ti, que ya sabes que estas fiestas en la tienda no tengo

tiempo ni de respirar —se queja Rosamari.

—Bueno, como no tendré muchas cosas que hacer, iré por las mañanas a estar contigo. Lo pasaremos genial —le digo esto para que se anime y porque, realmente, me apetece.

—Venga, yo también iré. —Se une Sonia—. ¿Y cuándo se supone que viene «mi novio»?

—Tengo que hablar con él, pero calculo que el treinta ya estará aquí —le informo.

Las chicas piden unas cervezas para brindar como la ocasión se merece y pasarlo todo lo bien que podamos antes de ir a la cena de mi cumpleaños.

El brindis nos ha hecho venirnos arriba y llevamos cinco rondas, yo ya empiezo a decir tonterías, bueno, las tres, Iván que es más grande en edad y tamaño, parece que no le afecta tanto, pero se ríe sin parar.

—Espera que nos vea el General, vamos a flipar —nos partimos de risa.

—No, va a flipar él —añado yo.

—Sí, sí, veréis qué risa como nos haga el control de alcoholemia —dice Rosamari levantando su botellín.

—¡Por el General! —gritamos los cuatro.

Ahora, parece que no tengamos miedo a nada y podamos con todo, pero el General, como llamamos «cariñosamente» a mi querido padre, primero porque lo es y segundo, porque así le damos un tono más disciplinado a lo que decimos. No me entiendo ni yo...

Bueno, que mi padre es General del ejército de Tierra, aunque ya está retirado y afincado en casa.

Acaba de llegar Josemari a por nosotros, habíamos quedado en el bar para así llegar todos juntos. Esto del disimulo nos lo hemos tomado muy a pecho.

—¡Madre mía! ¿Pensáis entrar así?

—No sufras tanto, «amado mío» —le digo mientras me parto de risa. Llevo así toda la tarde.

—Mari Puri, sufriremos todos las consecuencias, lo estoy viendo.

—¡¡Mi novio es vidente!!

—¿Me echas las cartas? —pregunta Sonia siguiendo la coña.

—¡Joder! Iván, tío, pero ¿es que no las puedes controlar? Me parece increíble que esté yo aquí todo agobiado pensando en cómo va a reaccionar tu padre y tú... ahí bebe que te bebe. —Josemari le echa la bronca a mi hermano.

—«Amado mío», siéntate y disfruta, aún queda media hora. —Iván intenta imitarme poniendo vocecita de niña.

—De esta, tu padre nos crucifica a todos —dice el pobre chico todo pasándose las manos por la cabeza.

—Relájate, anda, pídete una cerveza y brinda por mi cumple.

—Si alguien ve esto, pensará que somos unos enfermos.

—Sí, de la vida. Josemari, en serio, que eres muy majo cuando bebes —le digo a la vez que le ofrezco mi botella.

Se sienta resoplando, no sé por qué lo está pasando tan mal él y nosotros todo lo contrario. Si hasta la hora de la cena no hay problema, mis padres son muy puntuales, estarán clavados a la hora acordada y mi otro hermano vendrá más tarde, porque Cayetana habrá tenido que cambiarse cincuenta millones de veces de modelito. Total, seguirá igual de tiesa que siempre.

Iván se levanta haciendo unas pequeñas eses que bien podrían pasar desapercibidas por cualquiera, pero yo sé por qué las hace. ¡Porque va contentillo! Olé mi hermano guapo, que desde que está de mi lado lo quiero con toda mi alma. Creo que Josemari tiene razón y nos hemos pasado un poco con la bebida.

Mi hermano se sienta de nuevo, ha traído un cubo de esos de latón o de metal, no sé identificar muy bien el material, la cuestión es que es un cubo lleno de quintos de cerveza.

Comenzamos de nuevo con los brindis.

—¡Brindo por mis amigos que son los mejores! —Me pongo en pie alzando mi botella, mirándolos.

—¡Brindo por mi amiga, porque hoy es su cumpleaños y porque la quiero mucho! —Ahora es el turno de Sonia.

—Venga, ahora voy yo —dice mi hermano—. ¡Brindo por el amor!

—Precioso. —Escuchamos la voz de mi otro hermano mientras aplaude—. ¿No sois ya mayorcitos para estar dando este espectáculo?

—Exactamente, veinticuatro años hoy. ¿Es que no me piensas felicitar...?

—Ven aquí, como te vea tu padre, él sí que te va a saludar, pero bien.

Parece que David está de buen humor, no recuerdo que se comportara conmigo de esta manera desde que tenía..., *uff*, creo que nunca. Cayetana está sacando lo mejor de él. Si aún me tocará darle las gracias a la estirada esa.

—¿Nos acompañas? —pregunto un pelín perjudicada.

—Trae tu cerveza, por muchos años que cumplas, siempre serás mi hermana pequeña, y delante de mí, no voy a permitir que te emborraches. —Y va y me quita la cerveza de la mano.

—Si mi prometido me lo permite, beberé sin freno. —Yo miro a Josemari y empiezo a carcajear.

—Tu prometido creo que no está en su mejor momento. Menudo grupo —responde mirando a mis amigas—. Por cierto, Sonia, ya me dijo mi madre que tienes novio, que es un misionero.

—Veo que las noticias vuelan. Sí, estoy superfeliz, la semana que viene te lo presentaré —le responde ella muy seria.

Y ahora es cuando me viene nuevamente a mis pensamientos mi querido novio, el verdadero. Debería llamarlo, pero si me escucha en estas condiciones, seguramente, no creerá que lo echo tanto de menos. Mejor será que le envíe un mensaje.



## Capítulo 21

Conseguimos sobrevivir a la celebración de mi cumpleaños, la cena discurrió sin nada importante que resaltar. Estuvimos toda enterita escuchando a Cayetana cómo iban los preparativos de la boda, hasta me sé el nombre de la mitad de los invitados que asistirán al gran día, de tantas veces que los nombró.

Mis padres me regalaron una batería de cocina, sí, es raro, pero se han empeñado en acondicionarme la casa de la abuela, la del acantilado, para cuando fijemos fecha Josemari y yo para nuestro enlace. Dicen que así lo tendré todo listo.

Conseguí convencerlos de que no era momento para hablar de boda, que había que dejar a los novios actuales, David y Cayetana, seguir siendo los protagonistas del momento. Mi futura cuñada me agradeció con una mirada de las suyas, no sabría describirla, pero primero me miró como intentando fulminarme y al escuchar mi propuesta, bajó las cejas, endulzó la mirada y hasta me lanzó un gracias silencioso.

Después de la cena, nos despedimos de mis padres y nos marchamos a seguir con la celebración a un barecito de un amigo de Rosamari, nada que ver con el *No ni ná*, pero estuvimos bien.

Cayetana se marchó la primera, le pidió a David que la acercara a su casa, se sentía indispuesta, demasiada fiesta para una mujer decente, esto lo pienso yo, bueno, Rosamari y Sonia también. Como insistí tanto en que no se marcharan, la verdad que David estaba de lo más espléndido, y he de reconocer que me sentía muy a gusto con mis dos hermanos a mi lado, ella le dijo que la acercara y que él, si quería, podía volver a unirse.

A él no le hemos hablado abiertamente de nuestros falsos planes, está simpático y lo siento más cercano que nunca, pero no sé si será una estrategia para sacarme información o es algo pasajero. Está convencido de que Josemari es mi novio, futuro prometido y *futurísimo* marido, y de Torres solo le hemos contado que es el novio de Sonia. Creo que será lo mejor.

Cuando llegó la hora de irnos, se ofreció a llevar a mis amigas a su casa y yo me marché con Iván y Josemari.

Y ahora mismo, me encuentro esperando a que Torres me confirme si puede venir o no, le ha surgido un pequeño problema con el trabajo, un compañero suyo se ha puesto enfermo y lo han operado de urgencia, así que, hasta dentro de dos horas no sabrá si han encontrado a otro que haga su turno y será él quien tenga que quedarse.

Me encuentro triste, yo quería despedir este año tan maravilloso junto a mi chico, pero parece que no va a ser posible, al menos, no esta Nochevieja.

Iremos a una fiesta que celebra un amigo de Josemari en la playa, sus padres se han marchado de viaje y le han dejado la casa para él solo. Desde que mis hermanos y yo nos llevamos bien y parecemos unos hermanos de verdad, salimos juntos a todas partes, la única que desentona es Cayetana, que por mucho que me esfuerce, no logro pillarle el punto, y tampoco entiendo qué ha visto mi hermano en ella, porque una cosa tengo clara, por dinero no es.

Necesito ir a buscar un vestido para mañana, el que tenía preparado se me ha olvidado en casa —en la de mujer independizada—, y aquí no tengo nada que se acerque a lo que había imaginado.

*Toc, toc*

Mi madre.

—Mari Puri, acaba de venir tu novio. —La miro sorprendida.

—Dile que en seguida salgo —le respondo y veo que cierra la puerta.

No entiendo qué hace aquí, hoy no habíamos quedado. Cojo mi bolso

y salgo al salón. Ahí, junto a mi padre, está sentado mi falso prometido, de nuevo re peinado, no entiendo por qué se hace eso que tan mal le queda.

Le saludo, me despido de mis padres y nos marchamos.

—¿Pasa algo? —le pregunto mientras subimos a su coche de siete plazas de señor mayor.

—Nada, en realidad, había venido buscando a Iván, y tu madre, que no deja hablar, me dijo que estabas arreglándote y que en seguida salías, así que, imaginé que les habías dicho que habíamos quedado —me responde incorporándose a la carretera.

—Mi hermano creo que ha tenido que ir al colegio a solucionar una cosa urgente del coro de los niños. Si te apetece, me puedes acercar al centro comercial, necesito encontrar algo que ponerme mañana.

—Por supuesto.

No sé qué habrá cambiado en él, pero le veo diferente, como más feliz y abierto al mundo, bueno... eso ya es mucho decir.

—Josemari, me gustaría que habláramos, ahora que nos conocemos y hasta me caes bien —me río—, querría aclararte lo que sucedió en mi casa el día que nos conocimos, pero por favor, que no salga de aquí, mejor dicho, que no llegue a los oídos de Torres.

—No hace falta que me expliques nada, de verdad. Creo que empezamos con mal pie, nunca fue mi intención molestarte ni tan siquiera que pensaras que hacía esto por querer sacar algo de ti, lo hice porque... —se calla y aparca el coche—. No estuve a la altura y lo siento.

—Pero Josemari, no hables así, que no soy una desconocida, si hasta te pagué para que me desvirgaras. —Intento bromear con la intención de hacerle ver que conmigo puede hablar de cualquier cosa—. Vale, que no lo hiciste, pero no importa.

—Jamás te hubiese tocado un pelo.

—No te pases, que no soy un cranco.

—No es eso, el respeto, ante todo.

—Y dale, que no hables como si fueras un caballero de la Edad Media, no están mis padres delante, no tenemos que guardar las apariencias.

—Harto estoy de guardarlas. —Aquí me asusto. Por un momento he pensado que me iba besar.

Salvada por la campana, mi móvil suena. Torres al aparato.

—Dime, corazón —le respondo—. Alégame diciéndome que vienes.

—¡Hola, guapísima mía! Aún no lo sé. Haré lo posible por estar ahí mañana, no sufras, si no puedo, el día cuatro por la noche me tienes contigo.

—Te echo de menos —le digo triste.

—Y yo, no sabes las ganas que tengo de abrazarte y de besarte. De comerte a besos, empezar por esa carita que tienes e ir bajando lentamente, mientras escucho tus gemidos pidiéndome más. —La cosa se está calentando.

—*Mmm*, no sigas o no sabré comportarme y... no estoy sola —le informo de que tengo compañía.

—Tus padres no creo..., me has dicho que me echas de menos. ¿Josemari? —pregunta cambiando el tono de voz.

—Sí, ha venido a casa a buscar a mi hermano y mi madre ha entendido que venía a por mí y aquí estamos, me va a acompañar a buscar algo para ponerme mañana por la noche.

—Dile de mi parte que como se pase, le rizo el pelo del puñetazo que le meto. —Cómo me pone cuando le brotan los celos.

—Tranquilo, Josemari me cuida —le digo mirándolo, que está muy atento a nuestra conversación.

—Hablamos luego, y recuerda que no puedo vivir sin ti. —Ahora se pone romántico.

—Yo tampoco, me muero porque me hagas eso que me estabas diciendo y que acabemos abrazados sin ropa. —Escucho toser a Josemari

para recordarme que está a mi lado, y que una cosa es ponerme cariñosa con mi novio y otra muy diferente retransmitir en directo las posibles marranadas que haríamos juntos.

Desde que conozco a Torres me he despendolado y ya no me corto a la hora de expresar mis sentimientos delante de mis amigos, y él, en estos momentos, forma parte de mi círculo más cercano de amistades.

Me despido y entramos en el centro comercial.

Acabo de ver un vestido que me gusta mucho, me lo he imaginado puesto y a Torres quitándomelo, y me he vuelto loca. Tiene que ser ese, tiene que ser mío.

—¿Quieres entrar? Será solo un momento. Si tienen mi talla, lo que tarde en ver cómo me queda —le digo a la vez que tiro de su mano hacia la tienda.

Voy directa a la dependienta, le pregunto por el vestido del escaparate y me pide que espere. Mientras, me pongo a ver la ropa de los percheros.

—Mari Puri, mira, este creo que te quedaría genial. —Josemari levanta un vestido negro brillante palabra de honor.

—¿Tú crees? —Arrugo la nariz.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —A punto de vomitar estoy.

—¡Hola, Cayetana! —la saludo con dos besos en el aire a ambos lados de su cara, fingiendo alegría. Como ella.

—¡Hola! Que conste que he entrado porque mi amiga ha visto a *Jousemaeri*, y Piluca me ha dicho: «Chica, ¿ese no es tu futuro *cuñedo*?» y yo pensé en tu hermano y dije: «Anda, pues va a estar *Ivón* y voy a conocer a la chica que le ha robado el corazón», porque deja que te diga, sé de sobra que *Ivón* está con una chica —me dice con los labios apretados y asintiendo como una vieja crítica.

—No sé, no me consta, pero bueno, que si tiene novia, qué más da. —Ya me sale mi Mari Puri de verdad, con ella no puedo ocultarla mucho tiempo—. Guapas, os dejo, que me pruebo el vestido y nos marchamos,

tenemos ganas de estar solos.

—¡Uy!, venga, no queremos molestar. —Se dan la vuelta y salen de la tienda.

Josemari las sigue con la mirada entornada. Cada vez tengo más claro que no soy la única que no la soporta, y esto hace que me sienta bien.

—Aquí tienes, si necesitas otra cosa, no dudes en decírmelo —me comenta la dependienta dándome el vestido que le había pedido.

—Josemari, espera un segundo que me lo pruebe y no te vayas muy lejos, que necesito la opinión de un hombre. —Me meto en el probador.

Me suena el teléfono, termino de colocarme el vestido y saco el móvil de mi bolso. Torres de nuevo. Se me ilumina la cara.

—Dime, cari.

—¿Cómo vas, corazón? Te echo de menos —me dice estas cosas y me deshago.

—¿Sabes algo ya? —le pregunto ansiosa.

—Nada, a la espera sigo. Tú cuenta con que nos vemos el día cuatro. Haré lo imposible por estar antes.

—Hablamos luego, ¿vale? Estoy en el probador con el vestido puesto y a Josemari fuera para dar el visto bueno. —No he terminado de decírselo y sé que la he cagado pero bien.

—Tranquila, no te entretengo más, no sea que tu príncipe desteñido se enfade.

—Espera... —Me ha colgado.

Saco un poco la cabeza por la cortinilla para pedirle su veredicto y oigo que está con alguien al teléfono.

—Sí, no creo que nos quede mucho aquí. —Se pasa la mano por el pelo y mira a los lados como buscando a alguien—. Yo también, de verdad. En cuanto pueda.

—Josemari —lo llamo.

—Estás preciosa, en serio —me dice después de tapar con la mano el teléfono.

Vuelvo a cerrar la cortina y me cambio, cojo el vestido y salgo hacia el mostrador para pagar, él me lo quita, saca su cartera, me mira y me dice que corre de su cuenta, que su «novia» tiene que ir bien guapa, yo me niego, no quiero que me lo pague, no viene a cuento, además, estamos solos y ahora no hay que fingir, pero insiste.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le digo ya en el coche de vuelta a casa.

—Dime.

—¿Tienes novia? Me lo puedes decir, si todo esto te está suponiendo un problema, no es necesario que sigas fingiendo ser mi novio. Torres lo lleva mal, si supiera que tienes a alguien, es posible que se relajara.

—Mari Puri, lo hago encantado. Hay alguien, pero no es nada serio y es algo imposible. Seremos la pareja perfecta a los ojos de tus padres y de Torres, no te preocupes, hablaré con él —me dice tocándome la barbilla.

Al final me va a hacer hasta gracia el chico este.

Entro corriendo en casa, con la mano saludo de paso a mis padres que están en el salón, me excuso diciendo que necesito ir al baño, cosa que no es cierta, pero no tengo ganas de conversar con nadie, necesito llamar a Torres.

—No me cuelgues —le pido todo lo rápido que puedo.

—Mari Puri, ya no estoy enfadado. Quiero que entiendas que me da miedo perderte, lo tenemos todo en contra. Somos de mundos diferentes.

—Hijo, lo dices como si fuéramos de distintos planetas. Sabes que por ti sería capaz de dejarlo todo, solo tienes que pedírmelo. Si hago esto es para que mi familia me deje libertad. En cuanto acaben las vacaciones volveré a casa, y cuando termines de trabajar en Londres, podremos estar juntos.

—Lo dices así, con ese entusiasmo, pero ni tú te lo estás creyendo.

No te voy a pedir que renuncies a tu familia. Pero no puedo dejar de pensar en ti, sé que esto no va a salir bien. Cuando regrese a España, ¿cómo lo haremos?, si aunque vivas a cientos de kilómetros de ellos, siempre están controlando todos tus pasos. No le veo futuro a esto.

—¡Eh!, ¿qué te pasa? Parece que me estés dejando.

—Siento sonar así, estoy triste, de bajón. Quería pasar la Nochevieja contigo, y ha surgido el tema en el trabajo, pero aún así, si hubiera aparecido, tú estarías en una punta y yo en otra, viendo como el *Resabiao* ese te puede tocar.

—*Relamio*. Y nunca me ha tocado, no te flipes y no saques las cosas de quicio. Esto solo hay que hacerlo delante de mi familia, y gracias a que Iván le ha pedido el favor a Josemari, es buen chico, no te enfades con él, además, creo que tiene novia. ¿No es genial?

—¿Pero cómo va a ser genial eso? ¿Y a ella cuándo la ve?, porque se pasa el día entero contigo, con la excusa de que vais a misa a diario, él bien que te acompaña. ¿Es que la tiene escondida en un cajón?...

—Torres, de verdad, no te enfades. Necesito tenerte cerca, que me beses, me abrases y nos durmamos juntos. —Comienzo a llorar sin ser capaz de seguir hablando.

—No quiero que llores, el día cuatro me tienes ahí. Hablaremos tranquilamente, pero no me gusta que ese se haga pasar por tu novio. Creo que lo nuestro no va a funcionar. Tenemos que ser realistas. Te quiero.

—Yo también te quiero. No me cuelgues y lo hablamos —se despide y cuelga.

## Capítulo 22

He decidido que hoy no voy a salir. Me he pasado toda la noche llorando. La conversación que tuve ayer con Torres me ha abierto los ojos. Creo que está en lo cierto, mi familia jamás aprobará nuestra relación, y la farsa con Josemari no la podré mantener por mucho más tiempo, se nos está yendo de las manos de una forma alarmante.

Lo estoy llamando, tiene el teléfono apagado, me tiene preocupada, creo que él ha pensado lo mismo y no sabe cómo dejarme definitivamente.

Vuelvo a llorar, debo de tener los ojos bien hinchados; a ver cómo salgo yo ahora y me pongo delante de mi familia. Acabo de recordar que mis padres se marchaban muy temprano. Una preocupación menos, aunque no sé qué hora es en este momento.

He decidido regresar a la cama, estoy tapada entera, intentaré dormir un poco. Estar pensando en cómo solucionar algo que se me va de las manos sin remedio, y me asalta un enorme dolor de cabeza.

*Toc, toc*

No contesto. Vuelven a tocar y sigo sin responder, no tengo ganas de hablar con nadie y menos que me vean así. Escucho cómo abren la puerta, finjo estar dormida.

Alguien está entrando, vuelvo a oír el sonido de las bisagras, ha debido de salir al creer que estaba dormida. Me muevo.

—¿Estás despierta? —Escucho la voz de mi hermano.

No respondo, no quiero decirle qué me pasa. Se sienta en mi cama.

—¿Qué quieres? —le pregunto bajo las sábanas.

—¿Qué te sucede? ¿Quieres que hablemos?

—No.

—Josemari me ha contado que Torres está molesto.

—¿Molesto? —digo destapándome y mostrando mis lágrimas.

—Estás llorando. ¿Qué ha pasado?

—Sí, lloro sin parar, no sé por qué estoy llorando tanto. Torres tiene razón, no vamos a ninguna parte con esta mierda de fingir que tengo novio y que él es el de Sonia. ¿Luego qué pasará? ¿Qué pensarán de Josemari? Papá querrá matarlo o desheredarme a mí si se entera que lo hemos dejado. Y si descubre quién es mi novio de verdad..., me matará.

—Todo se va a solucionar. No me gusta verte llorar. Conmigo puedes contar, lo sabes ¿verdad? *Shh...* —Intenta consolarme llevándome a su pecho.

—Pero yo quiero estar con Torres, no me imagino sin él. —De tanto que lloro casi no puedo respirar.

—Deja ya de gimotear, levántate, lávate la cara y te vistes. Nos vamos —me dice destapándome.

—No, no quiero, solo quiero desahogarme. Estoy triste —le respondo con las manos sobre la cara.

No me hace ni caso, tira de mí hasta que toco el suelo. Menudo castañazo me he dado. Abre la puerta, sigue arrastrándome, no reacciona a mi voz, le da todo igual, me mete en el baño, cierra la puerta, pasa el pestillo. ¿Qué pretende?

Abre el grifo de la ducha y me dice que esperará fuera, que salga cuando esté lista y que nos iremos a comer por ahí, ya que mis padres se han marchado a casa de mis tíos a celebrar el último día del año. Mi madre se despidió de mí antes de acostarse, se iban a las cinco de la mañana, viven en Madrid, por eso tenían que madrugar tanto. Compruebo la hora, se han ido hace dos.

Entro obligada a la ducha, me dejo caer unas gotas y salgo, vuelvo a ponerme el pijama y abro la puerta.

—¿Estás contento?

—No, aún no. Vístete, nos vamos ya. No quiero verte llorar en todo el día, no me gusta verte triste. Todo tiene solución, hazme caso. Sabes que siempre he admirado tus cojones. No cambies, Mari Puri, vales mucho y llegarás lejos. —Me abraza.

Me separo de él y lo miro asombradísima. «¿Qué le está pasando a mi hermano?». Vale que siempre ha sido con el mejor que me he llevado, pero hasta este punto... No sé qué habrá cambiado en este tiempo para que me hable de esta forma, si solo le falta ponerme un altar. Reconozco que me gusta lo que dice. Me siento reconfortada y parece que he empezado a ver un poco la luz.

Vamos paseando juntos por la calle, iremos solos a comer a un restaurante que le han recomendado en la notaría a Josemari.

Después de casi tres horas de paseo por el parque, esperando que se hiciera la hora de comer, llegamos al sitio.

—¡Buenos días! Seremos dos. Llamé por la mañana, tenemos una reserva —le dice mi hermano al señor que está en un mostrador nada más entrar.

Nos invita a que le acompañemos hasta el reservado, yo los sigo, voy mirando a todas partes. Es un restaurante de lujo, hay gente, aunque no mucha. Tiene un gran ventanal que da al puerto, unas vistas maravillosas. Cómo me gustaría poder comer aquí con Torres. Vuelvo a acordarme de él y mis lágrimas comienzan a aparecer. Mi hermano se gira, me mira y me riñe.

Pasamos al reservado, tomamos asiento, el camarero que nos ha acompañado nos deja solos.

—¿Habías estado antes? Es precioso —le digo mientras me seco las lágrimas.

—No, ya te dije que se lo recomendaron a Josemari en la notaría, y pensé en venir contigo.

—¿Tú crees que me dejará? Anoche sonó tan triste y desanimado.

—Calla ya, mira, si te deja es porque es imbécil.

—Vale, es imbécil, así que es posible que me deje —le respondo con media sonrisa.

Nos toman nota de la bebida, Iván pide vino, este quiere animarme con alcohol, lo estoy viendo venir.

—De verdad que esta noche no quiero ir a la fiesta, prefiero estar sola en casa. Sabiendo que papá y mamá no estarán, me quedaré viendo tranquilamente la tele.

—Sí, venga ya, déjate de tonterías. Vienes de Campello para no pasarla sola y ahora que estás aquí, te voy a dejar...

—Es que no me apetece ver a nadie, quiero tirarme en el sofá con el pijama puesto comiendo helado.

—Sí, disculpe, ¿los servicios? —le pregunta al camarero que nos trae unos panecillos a cada uno—. No te vayas, en seguida vuelvo.

—Tranquilo —le sonrío—. Que no quiera ver a nadie no quiere decir que no tenga hambre.

Me acabo de terminar mi pan y estoy empezando por el suyo, se ha debido de colar por el baño. Comienzo a ponerme nerviosa, no lo puedo llamar porque se ha dejado el teléfono aquí, en la mesa. Los nervios me están recorriendo el cuerpo entero.

Muevo la silla para incorporarme, me levanto, pretendo salir al salón principal para echar un vistazo y ver dónde narices se ha metido Iván.

Antes de darme la vuelta, siento que alguien me toca el hombro, veo el brazo de mi hermano pasar por encima de mí para coger su teléfono. Me vuelvo a sentar.

—Un segundo, Mari Puri —me dice.

—Y ¿qué comemos? —Muerta, me acabo de quedar sin vida.

—¡¡*Aaah!!* —Petrificada en la silla.

—¿No me vas a decir nada?

Parpadeo, cojo aire, noto la respiración agitada, giro la cabeza y en la puerta del reservado, plantados como dos pasmarotes y aguantando la risa, están Iván y Josemari. Frente a mí, en la silla, Torres.

Logro reaccionar. No sé cómo actuar, si levantarme y lanzarme a los brazos de mi chico, girarme y volverme loca pegándoles tortazos a los dos o hacerlo con los tres.

—¡Ay! —Es que soy incapaz de decir nada más. Comienzo a llorar.

Torres se levanta, ve que no reacciono. Les hace una seña a los dos cómplices para que se marchen, porque está claro que esto lo han preparado los tres.

Se acerca a mi silla, se coloca en cuclillas y me coge la mano, la besa, yo sigo llorando de la emoción, no puedo dejar de hacerlo.

—Perdóname. Tenemos que intentarlo, creo que esto vale la pena.

—Idiota. —Le doy un manotazo y sigo llorando.

Me explica que ayer se sintió muy mal por la conversación que tuvimos y que, nada más colgar, recibió la llamada de Josemari; si ahora va a resultar que me aprecia. Le estuvo explicando cuál era la situación real, y esta mañana, le llamó Iván para decirle que no dejaba de llorar. Todo esto, antes de que entrara en mi cuarto. O ha venido a visitarme durante la noche sin que yo lo supiera o han colocado cámaras en mi habitación, porque no me lo explico.

Nos traen una mariscada, nos sentamos cada uno en su sitio y comenzamos a comer. De tanto llorar me siento fatal, me duele el estómago y el pecho, pero intento disfrutar de la comida que ha organizado mi hermano.

Jamás pensé que se involucrara de una manera tan directa en mis cosas. Se lo agradezco hasta el infinito.

Hemos terminado, la comida corre por parte de mi hermano, eso nos ha dicho el camarero cuando le hemos pedido la cuenta, y ahora, nos

vamos a un hotel, estoy que no me lo creo. Todo organizado por Josemari e Iván.

Llegamos, yo estoy preocupada porque no he cogido nada de ropa, por otro lado es normal, porque no me podía imaginar la que se me venía encima. Tenemos hasta mañana para estar solos sin que nadie nos moleste.

—¿Mejor? —me pregunta entrando en la recepción.

—Idiota. —Le doy de nuevo un manotazo, pero con una sonrisa de oreja a oreja.

Nos acercamos al mostrador, entrega un sobre, que entiendo será la reserva, nos piden los DNI. La recepcionista rellena algo en el ordenador, nos alarga una carpeta pequeña y nos informa que dentro van las tarjetas para poder abrir la puerta. Nos indica cómo llegar y nos desea buena estancia. Eso espero yo también.

Subimos al ascensor, él deja su bolsa en el suelo y me mira serio, luego sonrío, me sujeta la barbilla con una mano para levantarme la cabeza, se me acerca y comienza a besarme, yo le correspondo. Este beso de reconciliación me sabe mejor que nunca. Seguimos besándonos y el ascensor se detiene, nos separamos esperando a que se abran las puertas, me apoya sobre su pecho y acaricia mi nuca. Salimos.

Pasamos a la habitación, entro con miedo, pienso en lo que va a suceder esta noche y me asusto, porque ahora mismo siento tanta euforia de felicidad que temo que esto se desvanezca y luego me sienta vacía y rota.

Nos quitamos los abrigos y mete la bolsa en el armario.

Me coge de la muñeca tirando de mí, me invita a sentarme en un pequeño sofá que hay junto al ventanal, frente a la cama.

—¿Quieres que hablemos? —me pregunta mientras me besa.

—Solo necesito que me digas que siempre vamos a estar juntos —le respondo sin apenas separarme de sus labios.

—Mari Puri, yo quiero que esto salga bien. Te quiero y te necesito a

mi lado. Desde que te conozco eres mi primer y último pensamiento en el día. —Cómo me gusta cuando se pone romántico.

—Dime que siempre va a ser así, necesito escuchártelo, aunque no sea cierto.

—Una cosa tienes que tener presente, jamás te he mentado ni lo voy a hacer. —Me separa sujetándome la cara con sus manos y me dice todo esto mientras me mira a los ojos.

Nos abrazamos en silencio, puedo escuchar los latidos acelerados de su corazón que se confunden con los míos.

Seguimos con los besos, introduce su mano por el cuello de mi camisa para posarla en mi hombro y noto que intenta desabrocharme el botón del pantalón con la mano que le queda libre, dejo de acariciarle el cuello para ayudarlo, pero me susurra que continúe tocándolo.

El pantalón se me abre y siento cómo va bajando por mis piernas, me sostiene por la cintura y, sin dejar de besarme, consigue quitármelos. Qué hábil, yo habría sido incapaz de lograrlo. Me lleva hasta la cama y me tumba. Antes de que pueda reaccionar, se coloca entre mis piernas.

Me remuevo en el centro del colchón. Introduce su mano por mi espalda para desabrocharme el sujetador y le dejo hacer mientras le levanto la camiseta por detrás con intención de quitársela.

Ya estamos completamente desnudos. Comienzo a temblar, estoy nerviosa. Tenerlo tan cerca y sin un solo trocito de tela que nos proteja, hace que me estremezca. Creo que ha notado mi nerviosismo.

—Puedo ir más despacito si quieres —me dice con un susurro.

—No quiero, quiero sentirte dentro ya. —Se ríe.

Me encanta la forma en que sus grandes manos recorren mi piel, me muero cuando me besa en el cuello, se me eriza todo el cuerpo. Siento tanto con tan solo un roce suyo... Me pasaría la vida entera haciendo esto una y otra vez, aunque no sería sano.

Cierro los ojos y disfruto de sus besos, de cómo sus labios van humedeciendo mi piel. Se detiene en mis pechos, no sé si seré capaz de

resistir mucho tiempo así. Una de sus manos está en mi espalda, y la otra me sostiene las muñecas por encima de la cabeza impidiendo que pueda tocarlo.

Disfruta paseándose por mi cuerpo con su boca. Ya no son sus labios los que me recorren, en este instante, ha comenzado a hacerlo con la lengua, y me encanta. Me retuerzo, escucho cómo se ríe, ahora mismo, lo tengo rodeando mi ombligo. Inconscientemente, elevo las caderas hacia él, deseando que entienda que donde quiero que llegue es ahí. Las ansias me pueden y se lo pido a gritos, estoy empezando a volverme loca.

Parece que no se da por aludido, mis voces seguro que habrán llegado hasta recepción, pero él sigue y sigue haciéndome rabiar. Sabe que lo deseo ahí abajo, que quiero sentir su boca y la humedad de su lengua entre mis piernas, aunque cada vez que se lo pido se separa un poco y puedo ver cómo levanta lentamente la cabeza, me mira, me guiña el ojo y me pide paciencia. Ya no conozco el significado de esa palabra.

Atrás quedó la Mari Puri resignada y casta, quiero más, lo necesito y esta espera puede conmigo. Por fin accede a mis deseos, jamás pensé que se pudiera sentir tantísimo placer concentrado en un solo punto. Me da que ya no será necesario que siga tocándome, porque lo que estoy sintiendo ahora mismo terminará haciéndome explotar de un momento a otro.

Cierro los ojos, resoplo, ya no sé qué más hacer para aguantar. Me muevo sin parar, mis caderas oscilan de un lado a otro por voluntad propia. Me suelta las muñecas que tenía apoyadas sobre mi pelvis y, de manera inconsciente, lo agarro del pelo. Me llevo rápidamente la mano que me queda libre donde tanto deseaba que llegara hace apenas un instante y donde ya tiene su boca.

Se incorpora separándose de mí, me mira luciendo una gran sonrisa. Veo que sus labios están mojados de mí, me muero por probarlos.

Lo tengo de nuevo encima, boca con boca, mientras lo saboreo, siento que ha llegado el momento que llevo esperando desde que comenzaron esos besos en el pequeño sofá de la habitación del hotel.

Sé que en esta ocasión voy a disfrutar más que mi primera vez,

aunque siga siendo inexperta, la excitación que experimento en este instante me ayuda a olvidarme de que soy una principiante en las artes amatorias. Ahora mismo, me siento una diosa del sexo, quiero más, mi cuerpo pide sentirlo, lo quiero dentro de mí.

Parece que adivine mis pensamientos, pues obedece a cada una de mis órdenes mentales.

Noto cómo entra y sale de mí una y otra vez, cada vez más fuerte y llevando el ritmo justo para que mi cuerpo comience a multiplicar el placer interior. No puedo soportarlo más y noto que toda yo palpito sin poder evitarlo. Lo abrazo bien fuerte contra mí moviendo tan solo las caderas.

Creo estar en el cielo, ha sido un segundo, tal vez dos, pero ha sido el mejor segundo de mi vida.

Es increíble lo que acabo de sentir. Torres también ha dejado de moverse, aprieta los ojos y apoya su cara en mi pecho, solo lo escucho gemir.

Se separa, se gira colocándose boca arriba a mi lado, no me suelta de la mano, la aprieta cada vez con más fuerza.

—Te quiero, Mari Puri. —Para qué más. Soy la mujer más feliz del universo. Ahora ya me puedo morir tranquila.

## Capítulo 23

De vuelta al trabajo, han sido las mejores Navidades de mi vida.

En casa todo sigue igual, y se han quedado pensando que Josemari era mi novio. La idea de fijar fecha para la boda se ha disipado un poco, gracias a la intervención de mis hermanos, ahí los dos han estado acertados. Iván, porque sabe todo lo que hay detrás, y David, porque su novia no quiere que le robe protagonismo, pero el objetivo final era el mismo, no poner fecha al horrible enlace.

Torres al final no se quedó en casa, lo acogió Josemari y, ahora, resulta que se han hecho amigos inseparables los tres. Yo encantada.

Regreso con las pilas cargadas, feliz y contenta de saber que tengo al mejor novio del mundo, que me quiere y que me muero por todo él.

Mi madre me ha dicho que me ve más feliz que nunca, que me quede en casa, que mi tierra me sienta bien, aunque no he podido hacerle ver que estaba equivocada, no en lo de la felicidad, pero sí en el motivo. Mejor que viva en la más absoluta de las ignorancias.

Con mi padre, parece que las cosas empiezan a ir mejor. Estoy más tranquila, sin embargo, no dejo de sentirme mal sabiendo que les hago partícipes de esta gran mentira. Me autoconsuelo con el rollo este de que en el amor y la guerra todo vale, y que lo hago en nombre del primero. No quiero que nada ni nadie me estropee esta felicidad.

Hasta lo noto en la piel que está como más hidratada, por no hablar de la hidratación de otras zonas... Uf, qué ganas de volver a ver a mi amor.

Él se marchó ayer, mi hermano lo acercó al aeropuerto y hoy a mí a la estación, junto con toda mi familia.

Ha sido un poco dramático, todos en el andén diciéndome adiós. Mi madre hasta agitaba un pañuelito, el que usaba de vez en cuando para limpiarse las lágrimas, y mi padre tiraba de mi maleta hacia fuera, no quería que me marchara, me decía que me lo pensara bien, que llamara al colegio y dijera que estaba con gripe, que en casa no me iba a faltar de nada.

De un tirón he logrado arrancarle la maleta y mi hermano me ha ayudado a colocarla en la entrada del vagón. Ha prometido venir a verme en un par de semanas.

Rosamari y Sonia se han colado conmigo dentro, tampoco querían que me fuera o más bien, creo que pretendían venirse conmigo.

Ha sido una despedida llena de lágrimas y abrazos.

Acabo de entrar en casa, dejo la maleta en el cuarto de invitados, ahora mismo, no tengo ganas de ponerme a vaciarla y, si la dejo en el salón, estoy segura de que se quedará ahí incordiando los próximos días.

Me doy una ducha, una vez lista, con el pijama me tumbo en el sofá esperando que se haga la hora de hablar con Torres. Lo echo de menos y mucho, y no han pasado ni tres días como aquel que dice que estoy sin sus besos y sin él.

No puedo evitarlo y... me quedo dormida.

•••

Me acabo de despertar, son las cinco de la madrugada, un poco más y me hago pis encima; anoche cuando llegué caí redonda.

Abro corriendo el ordenador, aparece una llamada de mi chico, ¡qué rabia! Cojo el móvil y veo que también hay un par de mensajes suyos. Menos mal que tuve la precaución de avisarle cuando llegué, me lo hace a mí, y no hay pueblo para esconderse...

Mientras me hago algo para desayunar, aprovecho para enviarle un

mensaje diciéndole que, si tiene cinco minutos para hablar, que me llame; hasta las ocho y media estaré en casa, vivo cerca del colegio, pero no quiero marcharme sin escuchar su voz.

•••

Esto de madrugar lo llevo bastante mal, me voy durmiendo por los rincones, en clase no he parado de bostezar, no he tenido más remedio que mandarles a hacer una redacción contando qué han hecho estas Navidades, porque no podía ni con mi alma. Qué ganas de llegar a casa y acostarme. Así, con sueño, no soy persona.

No dejo de mirar el reloj, parece que se hayan parado las agujas y así el tiempo quedara detenido. Tengo continuamente esa sensación que me crea ansiedad.

Suena el timbre por el hilo inalámbrico y comienza la música avisando que la jornada ha finalizado, no veía el momento. Recojo rápido mis cosas, espero a que salgan todos los niños, cierro el aula y al salir al patio, me tropiezo con Coral.

—¡Feliz año, guapa! Menuda carita que traes —me dice dándome dos besos.

—Igualmente, anoche llegué rendida del viaje, me tumbé en el sofá esperando para hablar con Torres, pero me quedé dormida hasta hoy a las cinco de la mañana y porque necesitaba ir al baño, si no, explotaba, ahí, ya me desvelé —le digo con un bostezo.

—Entonces, ni hablamos de quedar para comer, ¿no? —me dice apenada.

—Otro día, hoy necesito dormir la siesta como el respirar. Si ves a Alba, dile que tenía prisa, me habría gustado saludarla hoy después de tantas vacaciones, pero no hemos coincidido en el patio.

—Descuida, luego le digo, hemos quedado para ir a tomar algo —me dice mientras se aleja hacia la sala de profesores.

Camino dejándome caer prácticamente, solo pienso en mi camita, en ponerme el pijama calentito y acurrucarme dentro. Casi me duermo al visualizarlo.

Me detengo en la panadería para recoger el pan, siempre lo encargo aquí. Mientras espero mi turno, me fijo en un donuts de chocolate casero. Me he obsesionado con él. Ahora, me lo tengo que llevar, bueno, mejor dicho, me lo tengo que comer. Espero que me atiendan, pido, pago y salgo comiéndomelo casi cayéndoseme la baba, en tres bocados me lo he terminado, más bien, lo he engullido. Estaba bien rico.

Llego a casa, dejo el pan en la cocina, pego un trago de agua y me voy al salón, ni ganas de cambiarme de ropa, me recuesto, enciendo la televisión y...

*Ring, ring*

El sonido del teléfono me despierta.

—¿Sí? —respondo sin mirar.

—¿Dormida? ¿Desde ayer? —Es Torres.

—*Noo*, hombre, he ido a trabajar, pero he llegado agotada. Me desperté a las cinco y, ahora, llevo retraso de sueño, estoy agotada. Perdona por dejarte tirado anoche, no me di cuenta de que me había dormido —me excuso.

—Imagino..., tranquila, no pasa nada, aunque me quedé con ganas de escuchar tu voz y de...

—Había pensado que podría ir a verte, ¿te apetece? Nunca he estado en Londres —le digo entusiasmada.

—Me encantaría. ¿Cuándo? —me pregunta también muy contento.

—No sé, tendría que ver fechas. Sé que en febrero tenemos la Semana Blanca, así, podría ir más de un fin de semana, si a ti te parece bien, claro.

—Sería genial, entérate de las fechas y busquemos vuelo.

—Pero yo nunca he viajado sola. ¿Y si me pierdo? —le digo

asustada.

—¿Qué te vas a perder? Pues te pongo una azafata para ti, te colgamos el cartelito con tu foto y tus datos —se parte.

—Tú estás tonto...

—Cuando me quedé en casa de Josemari, me comentó que estaba mirando para venir unos días, bueno, a mi casa no, más bien, que quería visitar Londres. Por lo visto, estuvo viviendo aquí en su último año de carrera. Podrías hablar con tu hermano.

Qué gracia me hace que me proponga él que lo visite aprovechando que Josemari va a viajar allí. Me alegra saber que esos celos extraños que provocaba mi falsa relación quedaron atrás.

Nos despedimos con miles de besos, de te *quieros* y de tonterías varias. Estamos bien empalagosos.

Antes de volver a dormirme, porque yo sigo estando cansada, llamo a mi hermano.

—¡Hola!

—¿Qué tal tu día? —me pregunta Iván.

—Si te digo que genial, te estaría mintiendo. La verdad, una mierdecilla. Me he despertado a las cinco de la mañana, y ya voy arrastrando cansancio.

—Qué mala es la soledad —se ríe—. Seguro que si tuvieras a tu amorcito ahí, estarías bien activa.

—Anda, calla. —Aunque tenemos muchísima complicidad, estos temas me siguen dando reparo hablarlos con él.

—Reconoce que tengo razón.

—Sí, la tienes. No te llamaba para discutir si estaría más activa con mi novio al lado o no. Quería proponerte un viaje.

—Mari Puri, me asustas, ahora lees la mente —me responde sorprendido.

—¿Qué me dices?

—Hoy, no, pero mañana te iba a llamar para decirte que íbamos a Londres, Josemari tiene unos amigos allí y hace tiempo dijo de ir y, al estar también Torres, había pensado en hacerle una visita y él pensó en mí y yo en ti.

—¿En qué fechas? Yo tengo que ver cuándo es la Semana Blanca en el cole.

—Y yo, a ver si te crees que por mi cara bonita me dan libre. En los colegios privados también hay que cumplir con los horarios.

—Supongo que no te pagan por tu careto. —Nos reímos.

Hablo con Alba para preguntarle si ella sabe cuándo volvemos a tener vacaciones, ya me han entrado las ganas locas de saber las fechas. Me envía una foto con los festivos oficiales, sonrío. ¿Cómo no se me había ocurrido mirarlo antes ahí?

Vuelvo a llamar a mi hermano, le digo qué días podría viajar para que él lo arregle en el colegio donde trabaja; al ser privado y estar allí por enchufe, puede pedirse días sin problema, le he comentado que lo hable con Josemari para que pida algunos en la notaría, está de becario, pero tiene que avisar para ausentarse.

A los cinco minutos de colgar, Iván me vuelve a llamar, ya lo ha solucionado a través de César, el pesado amigo de mi padre que me quería dar una plaza de maestra en el colegio donde su mujer es la directora, y se ha pedido esos días para que así, yo pueda viajar con ellos y que no me pase hasta la fecha del vuelo lamentándome. Dice que ya son muchos años siendo mi hermano y me conoce de sobra.

Hemos hablado de no decirle nada a mis padres de mi viaje, él no tiene problema, pero yo no tendré modo de justificar que voy a viajar, porque además, si saben que Josemari va, les parecerá fatal y se imaginarán cosas que no son, bueno, no con él, porque serán con Torres. ¡Ay, que el tiempo se ha parado! Quiero que sea febrero ya.

## Capítulo 24

Y casi mes y medio después de decidir que veníamos a ver a Torres, aquí estamos los tres a punto de embarcar. No me creo que en unas dos horas volveré a estar con mi novio.

Estoy nerviosa, histérica, asustada, angustiada...

Tengo una mezcla de sensaciones muy fuertes. Es la primera vez que voy a volar, vale que lo haré de la mano de mi hermano y mi falso novio al que he empezado a coger cariño, pero aun con ellos, me siento insegura, si al menos conociera al piloto... ¡Valiente tontería! No cambiaría nada, estaría igual de irritable; no me soporto ni yo.

—Mientras esperáis, voy a por un café. ¿Queréis algo? —pregunta Josemari.

—Cógeme a mí una Coca-Cola. A esta... —me señala a mí—, no se te ocurra traerle nada con cafeína, una tila mejor.

—Tranquilo, no quiero nada, si bebo algo, posiblemente corra el riesgo de marearme y echar hasta la primera papilla. —Si es que tengo incluso ganas de llorar.

Cojo aire, lo retengo, lo expulso, sudo, noto como un nudo en el estómago que no se me pasa. Solo me faltaba pillar la gripe y pasarme los cuatro días allí en cama...

Visualizo, sonrío, en cama no me importaría estar, para qué decir lo contrario, me río sola, mi hermano me mira.

—Mari Puri. Haces cosas raras, ¿te encuentras bien? —me pregunta sujetándome del hombro.

—Déjame. —Me suelto de su mano.

—No se te puede decir nada. Bueno, si quieres hablar, ya me dices tú. Das miedo. —Lo miro con cara de pocos amigos.

Josemari acaba de regresar con las bebidas, a mí me ofrece un botellín de agua mineral, lo considerará bebida inofensiva, habrá pensado que algo así no me alterará más en mitad del vuelo.

Abren el embarque y vamos pasando, nos indican nuestros asientos, yo iré en medio de los dos. Menudo viaje les espera.

—¿Habéis apagado el móvil?, no debe haber ningún aparato electrónico que pueda interferir con el avión —les digo mirando a un lado y a otro.

—Relájate, todo controlado, lo pusimos en modo avión. —¿Se está choteando?

—Mejor que lo apaguéis.

—Eso da lo mismo.

—No, a mí no. Prefiero que lo apaguéis los dos.

—Sin rechistar, Josemari —le dice Iván con cara de resignación.

El avión se dispone a despegar. Ya no hay marcha atrás. ¿Quién me mandaría a mí organizar este viaje?, porque no hay duda de que nos encontramos aquí y ahora por mis ganas locas de ver a mi novio y de seguir practicando sexo. Con Elvis no es lo mismo.

Comienza a circular para tomar pista, perfectamente se nota cómo va elevando el morro y siento en mi estómago la misma sensación que cuando subimos en la montaña rusa. Josemari me coge la mano, me la aprieta, no sé quién de los dos tiene más miedo, me giro y veo que tiene los ojos cerrados y la cabeza completamente pegada al respaldo, reza, en voz bajita, pero puedo seguir su cántico tembloroso. Resoplo, vaya compañero me he buscado para volar. Giro al otro lado al notar que Iván me coge la otra mano, la izquierda.

Se apaga la luz del aviso del cinturón. Escucho cómo la gente se lo desabrocha, a mí, como no me molesta, decido seguir llevándolo bien

apretado. La mano derecha creo que me ha quedado inservible, a estas alturas me va a tocar aprender a escribir con la izquierda. Josemari no ha debido de apreciar la fuerza que hacía, igual pensaba que tenía que apretar de forma directamente proporcional a la altura que íbamos cogiendo; conforme subía el avión, él hacía más presión, pero me ha sabido mal moverme.

Cuando dije que me alegraba de viajar de la mano de estos dos, no me refería a perder una de ellas.

Las azafatas preparan un carrito, una se pone en una parte y la compañera en la otra, comienzan a desplazarse por el pequeño pasillo entre los asientos. Van ofreciendo comida y bebida.

Estoy deseando que lleguen a nuestros sitios, con el despegue y lo que llevamos de vuelo, me he mareado y necesito comer algo, me da igual lo que sea, pero algo que llevarme al estómago pediré.

—Una Coca-Cola y... —Iván me mira.

—Yo agua, me muero de sed, y algo de comer, necesito masticar. —  
Se ríe.

Nos dan lo que hemos pedido, acompañado de unos vasitos minúsculos. Abrimos las bandejas que están en la parte trasera del asiento delantero e intentamos calmarnos, al menos, Josemari y yo.

—Relajaos, en serio, disfrutad del vuelo —nos pide mi hermano.

—Me relajaré cuando toquemos tierra —digo resoplando.

—A ver, tocar... tocar..., pero de aterrizar correctamente —apunta Josemari con una sonrisa fingida.

—Claro, claro, me refería a tocar tierra cuando esto aterrice y cojamos nuestras maletas y pueda abrazar a Torres —aclaro.

Vemos como el carrito de comida y bebida pasa de nuevo por nuestro lado empujado por las azafatas, mientras escuchamos que nos volvamos a abrochar los cinturones —yo lo sigo llevando puesto—, y que recojamos las bandejas, pero no nos da tiempo y notamos perfectamente cómo el avión cae, pero sube enseguida. Siento un vuelco en el estómago

indescriptible, Josemari grita, yo aquí me asusto más. Hemos terminados mojados, nos acaban de caer los vasos con la bebida por encima. Iván se parte de risa, no sé dónde narices encuentra la gracia, porque yo estoy al borde de un ataque de nervios.

Intento limpiarme y secarme el pantalón cuando notamos otra vez que caemos y subimos después. Quiero llorar, pero me da vergüenza, me giro para comprobar si Josemari lo está haciendo, sería un consuelo, así lo acompañaría para que no se sintiese solo y de paso podría desahogarme.

Me sujeta de nuevo la mano, el dolor ya no me importa, necesito que las turbulencias paren inmediatamente o me pondré a gritar sin parar, no creo que me importe hacer el ridículo si es porque temo morir estrellada en mitad del océano.

Seguimos el resto del vuelo así, no hay forma de que esto se detenga, las turbulencias. Porque como logre ver por la ventanilla un motor parado o echando humo, sabré que todo ha terminado y que es un castigo por todas las maldades que he hecho en los últimos meses. Por mentirosa y por mala gente, por tener relaciones sexuales con mi novio antes del matrimonio, por engañar a mis padres presentándoles un falso novio... En esta fila del avión viajamos tres mentirosos compulsivos, pero la máxima pecadora soy yo.

Por mi ansia de aniquilar mi preciada virginidad, voy a matar a todo el pasaje. Rezo, intento arrepentirme y orar mentalmente. Si supiera que viaja con nosotros un cura, le pediría por favor que me administrara el sacramento de la Confesión o ya puestos, según evoluciona el vuelo, el de la Extremaunción. Necesito liberarme de mis pecados aunque sea en voz alta y al aire.

—Iván, no soy virgen, he mentido, no pude resistirme, era algo que deseaba con toda mi alma. Creo que por mi culpa vamos a morir todos.  
—Se me va la cabeza y empiezo a confesarme con mi hermano que me mira riéndose.

—Mari Puri, no creo que esto sea necesario —me dice tocándome la mano.

—De verdad, ahora me siento mal, tengo miedo, quiero que

aterricemos ya, pero si no llegamos a hacerlo, no me puedo guardar esto dentro. Necesitaba decírtelo. Y si sobrevives, dile a Torres que ha sido el amor de mi vida —esto ya se lo digo con los ojos llenos de lágrimas.

—Nena, no me asustes, déjate de tonterías. —Sé que intenta consolarme, pero me distrae Josemari. Creo que estamos en «momento confesión».

—Yo también quiero decir algo —dice tembloroso, sin perder la fuerza, él sigue apretando mi mano.

—Por aquí sí que ya no paso. Vale que mi hermana, que es la primera vez que vuela, se ponga en plan ñoño y sienta que necesite sacar lo que lleva dentro, pero a ti no te lo consiento —le dice elevando la voz.

—Que sí, déjame que os diga. Os quiero a los dos, si todo esto acaba aquí, me alegra saber que ha sido en compañía vuestra —nos dice girando la cara hacia nosotros tocándose el pelo. Por fin me libera la mano, compruebo que la tengo prácticamente dormida.

—Venga, yo también os quiero a los dos, pero ahora mismo lo que deseo es mataros. Y ya te vale, alegrarte de pensar que vamos a morir los tres juntos, no nos quieras tanto, amigo. —Iván se sigue riendo. Se lo está tomando a cachondeo.

Josemari pasa por encima de mí su brazo izquierdo y engancha el hombro derecho de mi hermano, su mano derecha la deposita de nuevo en la mía. Aquí vamos los tres cogidos, parece que estemos jugando al *Twister* ese de los círculos que pones una mano en un color y el pie en otro y vas enredándote con el resto de jugadores. Josemari y yo llorando.

No nos hemos dado cuenta que las turbulencias han parado y ya estamos tomando tierra, el avión está aterrizando.

Todo el ridículo para nada, afortunadamente.

Nos desabrochamos los cinturones, la gente se va levantando, los más próximos nos miran, han debido de disfrutar de lo lindo con el numerito de aquí el amigo y el mío propio.

Salimos al pasillo y Josemari abraza bien fuerte a mi hermano. Sé que

Iván regresará en otro vuelo diferente, no creo que le hayan quedado ganas de pasar por lo mismo en tres días.

Yo deseando reencontrarme con Torres, estoy más sensible de lo normal y ahora mismo lo único que quiero es abrazarlo eternamente mientras nos besamos sin parar. Está claro que todo el miedo que he pasado aquí en el vuelo y el arrepentimiento por haberme salido del buen camino, tan solo era producto del pánico del momento, porque únicamente me visualizo con él en la cama.

Vuelvo a ser la pecadora de los últimos meses.

## Capítulo 25

A salvo en casa de Torres. Ha sido un reencuentro precioso.

Nos ha traído un taxi *minicab* que habíamos contratado desde España. Nos esperaba en el aeropuerto de Heathrow y nos ha traído hasta Southfields, un barrio residencial que es donde vive mi chico, en una casa victoriana unifamiliar y preciosa, como las que salen en las películas. La calle entera a ambos lados de las aceras está poblada de las mismas construcciones color terracota con dos plantas y un pequeño jardín cercado.

Ha sido poner un pie fuera del taxi y ya estaba él ahí en la entrada de su casa, no he podido esperar a que sacaran el equipaje del maletero, he ido corriendo a su encuentro, él apoyado en el marco de la puerta, con una camiseta blanca de tirantes, dejando ver sus brazos musculados.

He saltado literalmente encima de él besándole apasionadamente y tres segundos después, me he bajado al escuchar la voz de su madre por detrás. He creído morir.

Ahora ya estamos en el salón de su casa, sentados y relajados. Su madre está preparando algo para cenar. Sí, se le olvidó contarme que vivía con sus padres, nunca habíamos hablado de esto, yo que pensaba que vendría a visitarlo a un pisito de estudiante, pero me ha sorprendido que aquí, en Londres, sigue compartiendo la casa con su familia.

—¿El vuelo bien? —No debería de haber sacado este tema.

—El vuelo, genial. Ha sido «momento confesión». Estos dos me han dicho que me querían. —Iván se ríe.

—Es que hemos pasado mucho miedo. ¿Verdad, Mari Puri? — Josemari intenta justificarse.

—*Puf*, yo creía que no te volvería a ver —le digo nerviosa recordando.

—Nada, una vergüenza. Pero es que los dos iguales —insiste Iván.

Mientras nos reímos contando cómo ha sido nuestro viaje, la señora Torres, que aquí se llama *Mrs. Towers*, va sacando unas pizzas que ha hecho ella; he intentado ayudarla, pero me lo ha prohibido. Dice que soy su invitada y que estaría feo que sirviera la cena. Me sabe mal, pero se lo agradezco porque me siento cohibida sabiendo que ella sabe que soy la novia de su hijo y lo que más me preocupa es que estos días dormiré aquí.

—Necesito ir al baño—le digo muy bajito a Torres.

—Un segundo y te acompaño, así dejas el equipaje. —Se pone en pie.

—Dime mejor dónde está, no creo que pueda esperar.

Se ríe, me coge de la mano y me acompaña hasta una puerta que hay debajo de las escaleras que suben al primer piso. Abre y veo un pequeño aseo. Me da un beso y me dice:

—Me llevo la maleta, cuando termines, sube, primera puerta a la izquierda. —Cierra y me quedo dentro.

Un segundo más y me lo hago encima, tanta agua durante el vuelo, es lo que tiene. Termino, me lavo las manos y la cara, me observo en el espejo que hay sobre el lavabo y sonrío. «Habrá que empezar a disfrutar de las vacaciones», le comunico mentalmente a mi reflejo.

Salgo y subo temerosa a la planta de arriba. Al girar a la izquierda me encuentro con una puerta abierta, hay una cama de matrimonio con un dosel. Torres me pide que pase y cierre.

—Ven —me llama moviendo su dedo índice. Yo le obedezco.

—¿Dónde vas a dormir tú? —le pregunto pegada a su pecho mientras me acaricia la cabeza.

—Aquí. —Me separo y lo miro fijamente.

—¿Y yo? —pregunto levantando las cejas.

—Aquí también. —Se ríe.

—¿Y tu madre? —pregunto sorprendida.

—No, ella dormirá en su cuarto. —Comienza a carcajearse.

—¡Tonto! —Le doy un manotazo—. Me refiero a qué va a pensar tu madre. No podemos dormir juntos.

—Mari Puri, mi madre está curada de espanto.

¿Me enfado?, ¿qué ha querido decir con esto? ¿que no deja de traer mujeres a casa o qué?

—Explícate.

—¿De verdad piensas que mi madre sigue creyendo que su hijo es virgen? Eso ya no se lo cree ningún padre.

—Los míos sí. —Me tapo la cara.

—Tus padres son una especie en peligro de extinción. Tengo veintiséis años, y tú veinticuatro. No hay nada del otro mundo en que durmamos juntos, somos adultos.

—Vale, pero no haremos nada. Si tu madre nos escucha, habré deseado estrellarme en el vuelo. —Se ríe.

Volvemos al salón, mi hermano y Josemari siguen abajo, esta noche la pasarán aquí, mañana, cuando visitemos el centro de Londres, ya se quedarán en casa del compañero de universidad de Josemari.

Su madre se excusa y se retira a su dormitorio, solo espero que no sea la puerta que hay junto al nuestro.

Torres se levanta y abre una especie de bola del mundo, dentro hay botellas con bebida. Coloca en la mesa cuatro vasos anchos bajos, les pone hielo y los llena de *whisky*.

—Yo no quiero. —Pongo la mano sobre mi vaso—. Sigo con el estómago revuelto de las turbulencias.

—Un poquito, al menos, para brindar porque estáis a salvo. —Torres se ríe.

No me opongo, si es por eso, lo hago encantada. Cada uno coge su vaso, lo levantamos y hacemos un brindis, ellos le dan un trago, yo solo me mojo los labios, el olor me ha dado angustia.

Ha llegado la hora de irse a la cama, mañana nos levantaremos temprano, primero hay que acompañar a mi hermano y a Josemari a dejar el equipaje en casa de su compañero y después iremos a hacer turismo.

Yo quería ir a Buckingham Palace a ver el cambio de guardia, pero por lo visto, al ser febrero, no todos los días lo hacen y mañana precisamente no toca. Pero Torres me ha prometido que iremos por la tarde a las cuatro al de Horse Guards Parade, que dice que también es muy bonito.

Parece que es una tradición que se lleva haciendo desde el año 1894, cuando la reina Victoria pilló a unos de sus guardias en mitad del servicio, bebiendo y jugando a las cartas. Como castigo ordenó que a partir del día siguiente, la tropa sería inspeccionada a diario a las cuatro de la tarde durante los próximos cien años. ¡Qué mujer! Y nos quejamos de mi padre.

Y la reina Isabel II, en 1994 cuando el castigo había finalizado, decidió continuar haciendo la ceremonia como tradición. Insiste en que es muy bonita, porque los que terminan la jornada van a caballo y se retiran para dejarlos pernoctar en los establos y los entrantes se colocan en las garitas que están a ambos lados de la entrada y se quedan clavados sin hacer caso a los turistas.

Después de informarnos del itinerario y de alguna que otra curiosidad, cada uno se va a su habitación.

Me cambio de ropa, estaba deseando quitarme los vaqueros. Me pongo el pijama y me meto en la cama.

—¿Piensas dormir así? —me pregunta Torres posando como la señora que duerme en el cuarto de al lado lo trajo al mundo.

—¡Claro! si no, ¿para qué me lo he puesto? ¿Y tú te pondrás algo? —

le pregunto asustada.

—Yo siempre duermo así.

—Ya, pero si tu madre entra, ¿qué harás? —Yo morirme, eso lo tengo claro.

—Mi madre no va a entrar, pero si entrara, no se va a asustar.

—Ya, pero yo sí.

Ni caso me ha hecho, descubre su lado de la cama y se mete dentro. Me pasa una mano por la cintura, se queja porque no quiere sentir mi pijama, intenta meter la mano por la cinturilla del pantalón que me he puesto por encima de la camiseta y se vuelve a quejar. Le aparto la mano, pero él sigue en su empeño.

—Quita, vamos a dormir. —Intento ser fuerte y casta.

—Jo, tengo tantas ganas de hacerte mía...

—¡Ay!, no me digas esas cosas, que no respondo —le digo poniéndome boca arriba.

—Es que quiero que no respondas. No veía el momento de irnos a la cama. Mi madre ya estará en fase *rem*. —Me saca la camiseta de dentro del pantalón.

—*Nooo*, de verdad que no me voy a concentrar sabiendo que tu madre y mi hermano están aquí.

Digo «no», cuando me muero por decir «sí», pero no me meto en el papel. Me da vergüenza pensar que alguien nos pueda escuchar y que piensen que soy una impúdica casquivana, que me diría Rosamari. Esto hace que me empiece a reír a carcajadas. Torres me mira.

—Y ahora, te ríes. ¿Sabes que mi madre podría pensar que lo haces porque acabas de alcanzar el orgasmo...? —Qué tonto, él sí que sabe que en este preciso instante me estoy muriendo de vergüenza.

—Torres, de verdad, no me digas estas cosas, mañana no podré mirarla a la cara.

—Mi madre mañana no estará, tiene que trabajar, aquí los únicos que

tenemos vacaciones somos nosotros. —Se vuelve a tumbar y comienza a acariciarme.

—Vale, pero no lo hacemos. —Dejo que me acaricie con la condición de no pasar a mayores.

Como lo he dicho con la boca pequeña, dejo suelta mi emoción y termino propasándome yo.

Me he venido bien arriba, aunque estoy bien abajo poniendo en práctica ciertas habilidades que hacía tiempo quise aprender con el plátano.

Me río, no puedo evitarlo; quién me ha visto y quién me ve; espero que nadie; esta actitud es exclusiva de nuestra intimidad.

Parece que Torres está disfrutando casi más que yo, baja sus manos hasta mi cabeza, destapa la cama y me sube hacia su boca. Comienza a besarme y con la otra mano me coloca encima de él, yo me dejo guiar, han dejado de importarme los demás inquilinos.

Comienzo a moverme rítmicamente, siento sus manos empujando mis caderas, adelante y atrás, si no fuera por su ayuda, ahora mismo no sería capaz de continuar, casi no me quedan fuerzas.

Me echo hacia delante tapándome la boca, me tumbo sobre él, creo que los dos hemos terminado a la vez.

—Te quiero —le digo mirando al techo, soy incapaz de moverme.

—Y yo. Soy feliz, Mari Puri —me dice a la vez que desliza su brazo bajo mi cuello.

Sé que lo quiero como jamás he querido a nadie, es cierto que es mi primer y único novio, pero es muy fuerte lo que siento por él. Y la cosa cada vez va a más. Me giro con gran esfuerzo y comienzo a comérmelo a besos, se inclina sobre mí, me abre las piernas y comenzamos. Este hombre tiene una capacidad de recuperación sobrehumana. Me encanta.

## Capítulo 26

Aterrizando en Alicante.

Esta vez, el vuelo ha sido tranquilo y sin ningún percance que reseñar. No han habido confesiones ni muestras de histeria. Tan solo me he mareado, aunque desde que llegamos a Londres he estado así. El vuelo de ida me dejó trastocada.

Después de haber recogido el equipaje, salimos a la puerta del aeropuerto a por un taxi, hemos pensado que sería mejor ir directos a mi casa, dejar las maletas allí y ya mañana que mi hermano y Josemari se vuelvan al pueblo. Hasta dentro de dos días, ninguno de los tres tenemos que trabajar.

Aviso a Torres y a las chicas que ya hemos llegado, este fin de semana han prometido venir a verme.

Estoy feliz, es una felicidad indescriptible, pero a la vez siento una gran tristeza y un vacío que no lo lleno con nada. Debo de estar a punto de tener la regla, porque estoy hormonada hasta las cejas. Soy un sube y baja de emociones, lloro por todo y solo me apetece comer dulce.

Vamos a cenar, hemos pedido chino. Tocan al timbre y mi hermano se adelanta a abrir. Recoge el pedido, le paga al repartidor, escucho cómo cierra la puerta y entra al salón.

Josemari abre los botes que nos han puesto para ir colocándolos en los platos que ya están en la mesa. Cada uno se sirve. Cojo el tenedor y lo clavo en mi rollito de primavera, me muero de ganas, con el cuchillo corto un trocito, me lo acerco a la boca y, antes casi de cerrarla, salgo corriendo al baño. ¡Qué asco!

—¿Estás bien? —Escucho a Iván al otro lado de la puerta.

—¡¡*Nooo*!! —le grito llorando.

Toca, la entreabre y pasa. Se acerca a mí, me coloca su mano en la frente y con la otra mano me sostiene el pelo mientras echo hasta las entrañas.

Me arrodillo y me apoyo en el borde del váter, mi hermano me acerca la toalla para que me limpie, aunque no me he manchado; comienzo a llorar otra vez, no puedo evitarlo.

—Venga, tranquila, ya está —me dice para consolarme, pero no encuentro consuelo.

—Déjame. —Es lo único que puedo decirle. Continúo con mi llanto.

—Mari Puri, vamos fuera. ¿Has terminado? —me pregunta ayudándome a levantarme.

—¡Ay! Iván —Me cuelgo de su cuello. Lo abrazo.

Salimos del baño, yo, sin haber dejado de llorar, me siento en el sofá, Josemari me mira mientras sigue cenando.

Hace un momento, cuando tenía la cabeza metida dentro del váter, lo he visto todo claro, ahí en ese preciso instante, todo mi mundo se ha desmoronado. Decir pánico es quedarse corta. Los nervios han ido en aumento provocando que cada vez tuviera más ganas de vomitar, y del esfuerzo mezclado con las lágrimas, he estado a punto de no poder seguir respirando.

Iván me mira preocupado, Josemari, al verme así, se ha levantado y está aquí delante junto con mi hermano. Los dos me miran callados.

—Mari Puri, ¿quieres una manzanilla? —me pregunta Josemari.

—No quiero nada, solo morirme —le digo levantando la cabeza hacia ellos.

—Ahora te sientes fatal, pero mañana estarás mejor. —Iván intenta animarme.

—¿Mañana? Mañana me querré morir también. No lo entiendes,

¿verdad?

Lloro sin poder dejar de hacerlo, pero ya no digo nada más. Me acurruco en el sofá y hasta he dejado de escuchar a Iván hablándome. Me duermo.

•••

Abro los ojos, estoy en mi cama, no recuerdo cómo he llegado. Mi hermano me ha debido de traer. Miro el reloj y veo que son las diez de la mañana. Me incorporo y salgo corriendo al baño, sigo teniendo ganas de vomitar, aunque ahora ya no me queda nada más que echar. Comienzo a llorar.

—Deberías ir al médico, si no quieres, lo llamamos y que venga a casa. Pero así no puedes seguir —me aconseja mi hermano.

—No quiero ver a nadie —le respondo regresando a mi cuarto. Cierro la puerta.

Me suena el teléfono, pero no lo miro, es que no quiero ver ni hablar con nadie.

Sigue sonando, y yo con mi llanto intento pasar del sonido, tan nerviosa me está poniendo, que lo silencio sin mirar quién llamaba.

Iván está muy preocupado por mí, Josemari también, tanto es así que han decidido posponer su vuelta a casa y se quedarán hasta el domingo por la noche conmigo. Yo sigo sin hablar, por lo que ni he tratado de quitarles la idea de la cabeza.

Mi hermano ha llamado a mi colegio para decir que no podré ir, es que no siento fuerzas para levantarme.

Escucho a Iván hablar.

—Nos tiene muy preocupados, desde la noche que regresamos de Londres está así, solo llora y de vez en cuando escuchamos que sale corriendo al baño.

No sé con quién habla, pero sé que es alguien conocido. Lo único que tengo claro es que no lo hace con mis padres, porque ellos no estaban al tanto de que me marchaba de viaje.

—Dile que no quiere comer y que tampoco quiere ir al médico y no ha consentido que llamemos para que venga el de guardia —ahora, habla Josemari.

—¿Lo has oído? Pues nada, ni coge el móvil, esta mañana entré para preguntarle si quería algo y tiene la mirada perdida. Da miedo verla. —Será que intenta salir de mí ser, porque toda yo soy puro miedo en estos momentos—. Irá Josemari. No te preocupes, no, a ellas no las he llamado, aunque pensándolo bien, debería. —Escucho cómo se despide y cuelga.

Creo que hablaba con Torres, no sé para qué lo ha hecho, ni él ni nadie podrá acabar con este sufrimiento. Vuelvo a llorar, sé que nada calmará esta pena interna que tengo. Me siento perdida y no encuentro una salida a lo que sé que me está pasando.

Me encantaría poder cerrar los ojos y desaparecer en este preciso instante, pero sé que es imposible, siento la punta de una daga en mi nuca a punto de atravesarme. Cierro los ojos que me pesan, llevo llorando varios días y casi ni los puedo abrir.

•••

El ruido de la puerta de la calle me ha despertado. Abro lentamente los ojos y ante mí está Torres. Parpadeo y al abrirlos de nuevo sigue ahí, inmóvil, mirándome. No ha sido un sueño. Regresan las lágrimas. Me incorporo, él se sienta en el borde de la cama y con la parte de fuera de su mano me las seca, pero como no puedo parar de llorar le es imposible.

—¿Qué te pasa? Sabes que me puedes contar cualquier cosa...

—¿Qué haces aquí?

—Mari Puri, ¿esto es lo único que vas a decir? Tu hermano me llamó muy preocupado, no saben qué te pasa. Esto no es normal. Cogí el primer vuelo que había disponible. He venido para llevarte al médico —me dice muy serio.

—No pienso volver a salir a la calle. —Me lanzo a su pecho y él me consuela, al menos, lo intenta.

Ni siquiera el tenerlo aquí conmigo y el hecho de que haya venido desde tan lejos me reconforta. Ahora tengo más miedo que días atrás. No me salen las palabras, ni siquiera las necesarias para contarle qué me está sucediendo.

Lloro, y cuanto más intento decirle algo, la pena va en aumento.

—Deja ya de llorar. —Me zarandea—. Dime de una vez qué te pasa.

—No puedo, no lo sé.

—Mentira. Por lo menos, intenta decir qué tienes, qué sientes, no sé... Perdona que te hable así, pero estoy nervioso por verte de esta manera.

—Pena, mucha pena es lo que tengo.

—¿Y de dónde te viene?

—Del interior. —Sueno profunda, pero es de donde sé que me viene.

—Suéltalo sin más. Ni lo pienses, confía en mí.

—¿Dónde están mi hermano y Josemari?

—Han salido cuando he llegado. Preferían dejarnos solos, no hay nadie en casa.

Me paso las manos por la cara, cierro los ojos, cojo todo el aire que soy capaz, lo mantengo en mis pulmones y lentamente lo voy soltando, lo hago un par de veces y me dispongo a explicarle mi terrible problema.

—Torres... —No paso de ahí—. Yo... —Lo intento de nuevo sin conseguirlo.

—Así no vamos bien. Me estoy poniendo muy nervioso.

Cojo aire de nuevo, suspiro, intento decírselo y nuevamente me quedo con la boca abierta, no puedo, de verdad que quiero, pero no lo logro.

—Vete, no quiero ver a nadie, no puedo hablar, no me salen las palabras —le digo llorando.

—¿Y ahora qué estás haciendo? Estás hablando, no lo pienses, en serio, que no lo pienses...

—Cuando llegamos de Londres..., al ir a cenar... Bueno, que no pude, fui al baño y... y una vez allí, estando arrodillada vomitando... —Bonita estampa le estoy narrando—. Pues justo cuando... No puedo, no voy a ser capaz de decirlo.

—Nena. —Me pasa la mano por la cabeza.

Lo abrazo con fuerza, quiero decírselo, pero algo me lo impide, igual creo que si no lo digo en voz alta y no lo escucha nadie, ni tan siquiera yo, se desvanecerá y será como si jamás hubiera sucedido. No se hará realidad, aunque creo que es bien real. No me lo pienso y lo suelto.

—Creo que estoy embarazada. —Me separa rápidamente de su pecho.

—¿Estás segura? —¿Qué tipo de pregunta es esta? He dicho «creo».

—Pensaba que estaba más sensible de lo normal porque ya me tocaba la regla, y las náuseas las achacaba al viaje, pero no, en ese momento caí en que no he tenido la regla desde diciembre.

—A ver, ¿me intentas decir que crees estar embarazada porque has caído dos meses después de haber tenido tu última regla que no la habías tenido desde entonces? ¿Es eso? —Veo que las pilla al vuelo.

—Sí, llámame tonta, dime que he sido una estúpida y una desgraciada. Si se confirman mis sospechas, posiblemente me haya quedado embarazada de la primera vez. —Vuelvo a llorar.

—¿Te has hecho la prueba? Igual estás llorando y solo se trata de un retraso o por las pastillas.

—Un retraso mental es lo que tengo. ¿Cómo se me ocurrió? La obsesión me cegó, no lo pensé, y por eso ahora estoy así.

—Voy a la farmacia a por un test, así salimos de dudas. —Me besa en la frente.

—No me lo pienso hacer, ¿y si sale positivo?

—Pero a ver, ¿y si sale negativo? ¿tú sabes las lágrimas que te estarías ahorrando? —Si intenta animarme de esta manera, va por mal camino.

—¿Qué voy a hacer? —Meto la cabeza debajo de la almohada.

—¿Qué es lo que tú quieres? Dime. Haremos lo que tú decidas. —Me acaricia el pelo.

—Quiero morirme... ¡Ay! Mi padre, ¡ay!, me va a matar, ¿lo sabes? No me volverán a hablar.

—Prométeme que vas a dejar de llorar hasta que te hagas la prueba. Voy en un momento a la farmacia. Ya verás, será un retraso, tonta, o por culpa de las pastillas, hay mujeres a las que les pasa eso, y no se dan ni cuenta de que han tenido la regla.

—Pero ¿de qué pastillas hablas sin parar? Yo no me tomo ninguna pastilla.

—Yo pensaba que tomabas la píldora... —He sentido una punzada seca en el pecho.

—¡Ay, señor! ¿Cómo me voy a tomar la píldora, si te conocí siendo virgen, si has sido mi primer y único novio? No me asustes, ¿hay alguna posibilidad de que pueda estarlo?

—Hasta que no te hagas la prueba, tan solo sabes que tienes un retraso. Aquel día, me dijiste que parásemos en la farmacia para comprarte las pastillas, yo pensé...

—¿Tú? Y tú, ¿por qué piensas? ¡Responde! —Le golpeo el pecho—. Olvidé en Campello mis pastillas, las de la alergia. Por favor, dime que tomaste precauciones —grito fuera de mí.

—Cálmate, es bastante improbable que lo estés, pero no imposible, y más, sabiendo ahora que no tomabas la píldora. —Yo me quiero morir,

pero antes lo mato.

—¿Lo has hablado con alguien?

—¿Pero cómo me preguntas esto? ¿A quién quieres que le cuente que creo que estoy embarazada? Ni me acordé de la regla, solo he pensado en ti, a todas horas, no tenía tiempo de pensar en compresas ni en reglas.

—Ahora vengo. —Se pone en pie y sale de mi cuarto.

Yo sigo llorando, llamadme tonta, pero mi inexperiencia me ha traído a este punto sin retorno. No puede ser posible que esté embarazada, instintivamente me llevo la mano a la barriga. Es imposible, esto no está pasando de verdad.

¿Cómo le voy a decir a la gente que estoy esperando un bebé? Y mi familia, me va a desterrar. Necesito despertarme de esta pesadilla.

Me levanto, paso al baño y me lavo la cara, necesito despejarme, así no puedo pensar, me pongo a temblar imaginando que tengo que hacer pis para hacerme una prueba de embarazo.

¿Mis padres? Lo mejor será desaparecer para siempre, no voy a ser capaz de enfrentarme a ellos.

«¡Josemari!». Lo van a matar sin motivo. Esto es el fin.

Escucho la puerta de nuevo, abro la de mi cuarto y salgo al pasillo, no es Torres, son mi hermano y Josemari, rápidamente me vuelvo para dentro y cierro.

Tocan a la puerta, oigo que alguien la abre, me tiro en la cama y les pido por favor que se marchen. No me hacen caso.

—Ven aquí, no llores más, todo se va a solucionar —me dice mi hermano mientras me abraza cada vez más fuerte.

—No lo entiendes, Iván, esto se ha terminado —digo llorando y siento cómo me cae algo en el hombro.

—*Shh*, eres fuerte, no soporto verte así, estoy contigo.

Me separo y lo miro. No me puedo creer lo que estoy viendo, mi hermano está llorando, no sé por qué lo hace, no entiendo nada.

—¿Por qué lloras tú?

—No quiero verte triste, se me parte... —Me vuelve a pegar a su pecho—. Mari Puri, sabes que puedes contar conmigo.

En la entrada de mi cuarto, veo de refilón a Josemari, está triste, él no llora, al menos, todavía no.

—Josemari, lo siento, de verdad que lo siento, yo no quería que pasara algo así, no lo pensé —me disculpo con él, pero sé que no será suficiente.

Torres entra en mi dormitorio, lleva una bolsita. Me quedo paralizada, ahora entiendo a mi hermano y también la cara de Josemari. Los dos lo saben, y por eso se comportan de esta forma. Miro enfadada a Torres, le arranco la bolsa de la mano y me encierro en el baño.

Estoy apoyada contra la puerta, cierro los ojos e intento respirar lentamente, necesito tranquilizarme. No quiero pensar en nada.

Me siento en el suelo, saco la cajita de dentro de la bolsa y encuentro un paquetito envuelto en un plástico blanco, va acompañado de un prospecto, lo despliego y veo que lleva muchas letras y unos dibujos explicativos de cómo realizar el test. Comienzo a leer, pero se me nubla la vista. Me detengo, observo los dibujitos, quito el envoltorio blanco del test para compararlo con el del papel. Entiendo que hay que impregnarlo de orina, busco esa forma en mi cacharro, le quito el capuchón, estiro y consigo dejar al aire el palito que según dice la explicación, hay que mojarlo de pis. Ahora mismo creo que no tengo ganas, si se pudiera hacer la prueba con lágrimas, lo inundaría seguro.

Leo detenidamente todas las instrucciones que vienen debajo de cada imagen. Me coloco en el váter dispuesta a hacer un esfuerzo.

—Mari Puri. ¿Cómo vas? —Escucho la voz temblorosa de Torres.

—¡Déjame, bocazas, que eres un bocazas! —le chillo.

—No pasa nada, nos lo tenía que contar. Estamos contigo, pase lo que pase —me dice Iván.

—Necesito concentración, no me habléis —respondo nerviosa

sosteniendo el palito entre las piernas.

Consigo mi propósito sin manchar el trocito de plástico transparente donde se supone saldrá el resultado, lo vuelvo a tapar y lo dejo en posición horizontal sobre el mueble del baño. No puedo mirar, soy incapaz de verlo. Puede tardar de uno a tres minutos en salir la marca.

Ponía bien claro que debía aparecer una raya rosa en vertical, aunque no estuviera embarazada, y que si el test era positivo, saldría otra igual que la de control. Dos rayas: positivo, una: negativo. Y que no se tuviera en cuenta el resultado pasados más de diez minutos.

Me tiembla todo, me llevo los nudillos a la boca, y me rebotan una y otra vez porque le voy dando movimiento con mis rodillas que no paran, me he vuelto a poner en el suelo.

Cojo mucho aire, lo expulso con rapidez, de un momento a otro voy a comenzar a hiperventilar. Me agobio tanto que me pongo en pie, sujeto la manivela de la puerta, la agarro bien fuerte, apoyo la frente contra ella, respiro hondo y abro sin pensármelo.

—¿Ya? —me pregunta Torres dando un paso al frente.

—¿Qué ha salido? —me dice mi hermano.

—Ahí lo he dejado —les digo sin apenas mirar. Josemari me abraza.

Me siento rarísima teniendo contacto físico con él, pero se le nota afectado y preocupado por mí. Supongo que habrá pensado qué pasará con mi familia cuando en el caso de que salga positivo crean que me ha dejado embarazada.

—Perdóname, de verdad que yo no quería —le digo sin parar.

—No te preocupes, a mí no me has engañado.

—¡Mierda! —Escucho a mi hermano.

Me siento en el borde de la cama, levanto la vista y veo a Torres que sale con el dichoso palito que abandoné en el baño, tiene la cara desencajada, levanta la cabeza hacia arriba, cierra los ojos, coge aire apretando los labios y aguanta la respiración. Apoya la frente en la pared y yo me derrumbo.

Viene hacia donde estoy.

—Cariño, lo vamos a solucionar —me susurra sosteniéndome la cara mientras se arrodilla junto a mí.

—¿Ha salido? ¿Estoy embarazada? —le digo casi sin ser capaz de pronunciarlo.

—Sí —responde mirando a los otros haciéndoles un gesto para que se marchen y nos dejen solos.

Me abraza y me dice sin parar que me quiere. A mí ya no me salen lágrimas, me he quedado paralizada, tanto que ni soy capaz de tocarlo, me cuelgan los brazos y solo escucho sus palabras.

Noto cómo acerca una de sus manos y la coloca en mi vientre, instintivamente me contraigo. Me coge de las muñecas y me pide que lo mire, pero no puedo.

—Mari Puri, ¿qué quieres hacer? Ya te he dicho que será lo que tú decidas. Te quiero, cariño, no es nada malo. —Lo miro fijamente.

—Tengo miedo. —Es lo único que logro decir.

## Capítulo 27

Toda la noche hemos dormido abrazados.

Hablamos de tantas cosas..., he percibido tanto en sus palabras, que mi miedo se ha disipado por unas horas.

Los dos hemos llorado, hasta nos hemos reído, siento que lo quiero tanto... Y el miedo no se va. Estoy perdida.

Me dice que haremos lo que yo decida, pero es que no encuentro el camino, no concibo deshacerme de él. De todas las posibles opciones, es lo único que no me planteo.

Mi padre ocupa mis pensamientos todo el tiempo, ¿cómo le diré que estoy embarazada? No puedo, no seré capaz.

Lo que más me duele es qué pensarán de «mi novio». Me imagino la escena al llegar a casa y decirles: «Estoy embarazada, y no es de Josemari. Tampoco me voy a casar, y el padre es el novio de Sonia». Si sobreviven al notición, moriré del guantazo que me dará mi padre y, acto seguido, me echará de casa y me repudiará.

La he liado, pero bien, y no sé cómo salir de esta.

Una de las opciones es decirle a mis padres que estoy embarazada y que no me voy a casar con Josemari, sin necesidad de aclararles que no es el padre y cuando llegue el *momento boda*, huir.

La otra idea, que creo que es la que más fuerza coge por mi parte, es contarles que mi reloj biológico se activó de una manera sobrehumana y no me quedó más remedio que acudir a una clínica de fecundación *in vitro* y así poder inseminarme, porque al no estar casada, era la única

opción que contemplaba para convertirme en madre. Si mis padres no estuvieran en contra de estas técnicas, sería la forma más acertada de comunicarles que serán abuelos en breve.

Las chicas ya lo saben, Iván fue el que les dio la noticia, yo sigo siendo incapaz de repetirlo, pero es que hasta mentalmente me bloquea la palabra.

En el trabajo sé que no les importará y no pensarán que soy una fresca y una golfa, de esto estoy muy segura. Creo que me vendría bien hablar con Alba y con Coral, pero por ahora, ya digo que no puedo.

—Mari Puri, deberías comer algo. Hagas lo que hagas y decidas lo que decidas, de momento, deberías cuidarte. —Iván ahora hace de padre y se lo agradezco, pero sé que si pruebo algo vomitaré.

—Si como, lo voy a echar —le digo con cara de pena.

Me pongo en pie y salgo al salón, aquí están los tres hombres de mi vida. ¡Qué gracioso! Me siento con ellos para acompañarlos mientras comen, comienzo a jugar con una galletita salada sin intención de llevármela a la boca, así llevo rato. Voy pensando en otra cosa. Los oigo sin escucharlos.

Tocan al timbre. El sonido me sobresalta. Josemari acude a abrir. Miro a mi hermano, me sonrío.

—Mari Puri. —Acaban de entrar Sonia y Rosamari.

—¡Ay! —no puedo decir nada más.

—¡Que vamos a ser tías! —Me abrazan y lloramos las tres.

—¿Ya habéis pensado cómo lo vamos a hacer? —pregunta Sonia, que siempre necesita tenerlo todo controlado. Es la única cerebral del grupo.

—Yo creo que de momento no es necesario decir nada, no se le nota y además, mis padres apenas vienen por aquí —dice Iván.

—Pero habrá que decirlo. No podrá ocultarlo mucho más tiempo. Todavía no entiendo cómo no se ha dado cuenta antes —dice Sonia—, y tú, hombre de mundo, vaya con tu puntería, inconsciente. —Mira a Torres—. Pero... ¿en qué pensabas? Antes de llover chispea...

—¿Chispea? Pero ¿yo qué iba a saber?, di por hecho que ella tomaba precauciones —responde Torres pasándose las manos por la cara.

—Con Mari Puri no deberías dar nada por hecho —dice Rosamari.

—Además, ¿y si le hubieras pegado algo? —le pregunta Sonia señalándome a mí—. Hasta donde yo sé, los condones se usan también para evitar ETS.

—Sabía perfectamente que no le podía pegar nada, hacía más de seis meses que no había estado con nadie, y al irme a Londres me hice analíticas, me las exigen en el trabajo...

—¿Pero tú de qué trabajas allí? ¿Te piden pruebas de enfermedades de transmisión sexual? ¡Si ahora va a resultar que él también es puto! —Sonia se va encendiendo por momentos.

—¿Qué dices tú de puto? ¿Quién es aquí uno? —pregunta Torres con risa nerviosa mirando a los dos únicos varones de la sala.

—En principio, parecía que Josemari, pero no, él es solo un chico normal —apunta Rosamari la Bocazas.

—¿Me he perdido algo? —pregunta mirando al «falso puto».

—Yo mejor me callo —dice Josemari clavándome la mirada.

—Mejor os calláis todos, que habláis de mí y de mis intimidades como si no estuviera presente o como si fuera tonta. Os agradezco el interés, pero creo que esto no debería tratarse así.

—Perdona, Mari Puri, pero como no dices nada y no hablas... —me contesta Sonia.

—No digo nada porque no puedo. Estoy bloqueada. Tenía miedo de que Torres me dejara al enterarse. —Lo miro—. Sé que cuando mis padres se enteren pondrán el grito en el cielo y la solución de mi padre será obligar a Josemari a casarse conmigo, cosa imposible, y cuando averigüe que él nunca ha sido mi novio, que lo hemos engañado, que él e Iván se han prestado a esta mentira, lo pagaré con ellos. Tías, que es mi padre, que sabéis cómo es... Me he destrozado la vida y a ellos también. ¿Y Torres?, si no le gusta para Sonia, como para gustarle de novio mío o

futuro marido y padre de su primer y único nieto —voy diciendo todo esto y noto cómo me van cayendo las lágrimas—. Y yo lo quiero, no me imagino la vida sin él.

—Yo no veo tanto problema. —Torres se pone en pie y va hablando—. Somos novios, nos queremos, tú tienes tu propio trabajo y yo el mío, económicamente somos independientes. Si tus padres no pueden aceptar que nos queremos y que hemos decidido formar una familia, dos problemas tienen, pero no pienso renunciar a ti. Me importa una mierda lo que tu familia piense, y a ti tampoco debería importarte. Pero ya te dije que aceptaré lo que decidas. Si no quieres presentarme como tu novio, si no les quieres decir que vamos a tener un hijo por ahora, adelante. Seguiré a tu lado. —Se acerca y me da un beso.

Rosamari se levanta y aplaude al discurso de Torres. Todos la miramos.

—¿Y si fingimos una boda? —dice Sonia.

—Claro, y sobornamos al cura, ya sabes que mi padre nunca va a consentir que no se case por la iglesia y además será en la que él elija, si le damos alas, ya sabes dónde vamos a terminar todos —contesta Iván.

—Es sencillo, que no diga que está embarazada, tu padre insiste en que Mari Puri ponga fecha con Josemari, pues que se case con Torres antes y en secreto, como solo se puede casar una vez, cuando lleven los papeles de ellos al registro, allí les dirán que es matrimonio nulo. —Ida de cabeza de Sonia—. Que los lleve el novio, trabaja en una notaría.

—Tú quieres que los dos acabemos en la cárcel —le digo sonriendo.

—Tus padres organizan la boda con el novio de mentira, vamos todos, lo celebramos y cada uno para su casa.

—Esto no es una película, es la vida real, es mi vida —le digo.

—Igual no es tan mala idea —responde Iván mirando a Josemari.

—¿Perdona? —pregunto sorprendida clavándole la mirada.

—¿Pretendes que me case con tu amigo para que tus padres, que son los míos, no me maten? —respondo mirando a Torres que se ríe—. ¿Es

eso?

—¡Qué familia! A ver, si la boda va a ser de mentira y esto te va a ayudar para seguir con tu vida lejos de tu familia y sintiéndote tú tranquila, adelante, pero me parece ridículo. ¿Alguien ha pensado que seguramente el niño salga un pelín morenito? —¡Ay! Madre mía, es verdad.

—¡Dios! Esto no hay por dónde pillarlo. —Me empiezo a partir de risa, pero nerviosa.

Nos miramos todos y comenzamos a reírnos, Torres me atrae hacia él y me besa la cabeza. Esto está siendo surrealista, pero han conseguido que comiera un poquito sin darme cuenta, y hasta he vuelto a sonreír.

Torres me ha explicado que no quiere perderme, que soy adulta, que no tengo quince años y me he quedado embarazada de un desconocido, que él dará la cara por mí y por el niño, y si toda esta situación conlleva que mi padre deje de hablarme, no es mi problema. Que por muy padres míos que sean a estas alturas, no pueden dirigir mi vida ni decidir por mí, son mis padres y deben aceptar las decisiones que tome, tengo un trabajo fijo, que todo lo que tengo me lo he ganado yo y él está enamorado de mí.

Sigo teniendo miedo, pero la charla de hoy ha conseguido que empiece a ver la luz. Estoy cansada de tantas mentiras, no debería alargar lo que sé que sucederá, dejarán de querer tener relación conmigo, pero he de mirar hacia delante.

Me he tumbado. He dormido un poco, necesitaba poder descansar, sobre todo la mente.

Ellos siguen aquí y continúan empeñados en que les diga a mis padres que Josemari y yo vamos a casarnos. Aquí los tengo discutiendo, pero es que el interesado no abre la boca, ni para bien ni para mal.

—¿Mejor? Te preparo algo de merendar, ¿vale? —me dice Rosamari.

—Igual, un trocito de pan tostado —le digo mientras me siento en el sofá junto a Torres.

—Mira lo que hemos pensado. A los dos les parece bien, estábamos

esperando que salieras tú para que decidas —me comenta Sonia. Miedo me da qué es lo que me van a proponer.

—A mí me parece una locura, pero si ellos, que conocen a tu familia, creen que de esta manera conseguiremos estar tranquilos, por mí, adelante —me comunica Torres.

—Verás, no hay que decirles que estás embarazada, solo decirle a papá que al final él y tú... —mira a Josemari—, habéis decidido casaros, pero ya.

—Y papá, que es tonto, no sospechará que es porque he pecado y necesito urgentemente casarme —le digo poniendo los ojos en blanco.

—Lo que piense es lo de menos, lo que bajo ningún concepto se le puede pasar por la cabeza es que el niño es de otro, vamos, de tu novio. Ni él ni mamá sabrán que se trata de Torres.

—Esto una locura y una tontería.

—No. Así ganas tiempo. Finges casarte con Josemari, él se puede venir a vivir aquí, hay una notaría que le ofrece seguir con las prácticas y el mes que viene hay oposiciones, él podrá vivir aquí contigo, si a ti te parece bien —dice esto, mirando a Torres.

—¡Sí, hombre!

—Mari Puri, escucha, no te obceques. Josemari quiere hacer lo mismo que hiciste tú.

—¿El qué? ¿Quedarse *embarazado*? —digo riéndome.

—Aprobar las oposiciones e irse de su casa. Sus padres son como los nuestros, pero a él, lo controlan más que a ti.

—No me lo creo. Si sus padres viven en Madrid —digo atónita.

—Sus padres viven a veinte minutos del pueblo.

—Somos una panda de mentirosos compulsivos —digo nerviosa.

—Calla y escucha. Mira, anunciáis vuestra boda, si no conseguimos anularla, no pasa nada, Torres sabe que al que quieres es a él y, si en algún momento os queréis casar vosotros, os divorciáis.

—Me estoy mareando —digo recostándome en el sofá—. Que me haya enamorado de Torres, que nos hayamos acostado sin estar casados y que me haya desviado un tanto del camino..., no quiere decir que ahora esté de acuerdo en fingir una boda por la Iglesia, ante los ojos de Dios, a él no le puedo mentir. Hay que pensar en otra cosa.

—Mari Puri, podemos casarnos, ahora soy yo el que te pide el favor. Torres está de acuerdo, pregúntaselo a él. —Josemari me deja sin palabras.

—¿Torres?

—Yo no digo nada, lo que tú decidas. A mí me da lo mismo la Iglesia y tu familia. Solo quiero que tú estés bien, que estemos juntos y disfrutemos de nuestro bebé. —Un escalofrío me recorre el cuerpo entero al escuchar esa palabra.

—¿Y cómo va a venirse a vivir Josemari a casa? ¿Aquí?

—Sería tu compañero de piso y, mientras yo siga en Londres, él cuidaría de ti, yo en ese sentido estaría más tranquilo.

—Te escucho y alucino. Pero si queda un mes para que regreses.

—Si me lo pides, me quedo desde mañana mismo, pero si lo hacemos bien y alargo mi estancia allí —abro tanto los ojos que casi se me caen —, regresaré con un título universitario y con la posibilidad de montar un negocio aquí, me quedan un par de asignaturas para terminar la carrera.

—No lo veo, lo siento. Yo esta tontería y tanta mentira no termino de verla. —Miro a las chicas que llevan calladas desde que comenzamos a divagar.

—Piénsatelo —me pide mi hermano.

—David no se lo va a tragar, encima, la bruja de su novia, que me odia, les dejará caer a todos que mi vida es una farsa y con razón. Con lo recto que es mi otro hermano.

—Primero, Cayetana, no tiene por qué saber que tu boda es de mentira y, segundo, por David no te preocupes. —Aquí ya sí que me he quedado fuera de juego.

—Sonia, explícate mejor, chica.

—Prométeme que no te vas a enfadar. —Me pongo nerviosa, lo voy notando—. David no es como pensáis.

Iván y yo nos miramos sin saber a qué se está refiriendo. Yo ya me imagino cualquier cosa. Sonia coge aire, me mira seria y continúa.

—Soy la amante de David. —Me falta el aliento.

—¿Qué?! —preguntamos todos a la vez.

—Pero no una amante de esas que quiere ser la otra, es que no me queda más que serlo sin serlo. —Juraría que está a punto de llorar.

—¿Qué familia! —Torres se empieza a reír.

—¿Desde cuándo eres la amante de mi hermano?

—Hace muchos años que nos besamos, solo eso, un pequeño y casto beso. Yo era muy pequeña, bueno..., dieciséis años. Siempre habéis sabido que me gustaba, en esto no os he engañado —traga saliva y prosigue—, pero él no quiere defraudar a tus padres, y ese matrimonio ya sabéis que lo acordó el «gran General», y si hubiera dicho que se quería casar conmigo, lo habrían impedido. Para tu padre, soy la amiga «loca», inadecuada como nuera.

—Pero ¿cómo te has podido enamorar del imbécil de mi hermano y ocultárnoslo todos estos años?, ¿si incluso has estado con otros chicos!

—Para olvidarme, es mi amor imposible, mi amor platónico, cada noche soñaba con ese beso, y yo misma me convencía de que era imbécil y que no me convenía. Pero el día de tu cumpleaños, cuando regresó de dejar a la *Blandiblu* —nos reímos—, él y yo, después de habernos bebido medio bar, acabamos en un hotel, fue la mejor noche de mi vida, creedme.

—No, si creerte te tenemos que creer, nadie se inventaría que se ha liado con mi hermano siendo como es, de no ser cierto.

—¿Y todo esto a qué ha venido? —interrumpe Torres.

—A que a David le podemos contar todo y contar con él, no dirá nada

por la cuenta que le trae a un mes de su boda.

—Mi hermano no conoce la piedad, le dará lo mismo, lo negará o simplemente le dirá a papá que es muy macho y que necesitaba desahogarse con una cualquiera, disculpa, no lo pienso, pero es lo que dirá él, mientras su novia sigue pura y casta hasta el día de la boda.

—Mari Puri, tu hermano tiene pensado dejarla antes de la boda. De hecho, está de camino.

—¿De camino? ¿Para dejarla, o de camino para mi casa? —pregunto asustada.

—A tu casa. Le dije que vendría a pasar el fin de semana contigo, ya que piensa que estás con gripe, malísima de la muerte en cama; tu madre le dijo que Iván había pedido unos días libres en el trabajo para venir a cuidarte, ella está en Lourdes con la madre de Rosamari y el resto de feligresas devotas.

Yo ya no puedo más, están saliendo todos los secretos de mi familia a la luz, jamás me hubiera podido imaginar que David fuera así, humano, y que alguien lo viera con tan buenos ojos y que cuando hablara de él se le iluminara la mirada. ¿Cómo no he notado antes que Sonia lo quería?

Regresa a mi mente David, saber que está a punto de llegar a casa y todos aquí reunidos conspirando para engañar a mis padres con la *Gran Mentira* y que posiblemente lo hagamos partícipe, me crea pánico. No tengo todas conmigo en que podamos confiar en él, pero por otro lado, pienso que con David habrá que hacer un acto de fe.

Estos locos van a poner mi vida en manos de mi hermano mayor.

## Capítulo 28

Ha sido la tarde más larga de toda mi existencia, no veía el momento de que se hiciera de noche, los segundos se hacían días y las horas han parecido meses.

No hemos aclarado nada de nada, cada uno dice una barbaridad al respecto, sigo sin verlo claro, pero que Torres, que de momento está resultando el más cuerdo de todos nosotros, apoye la loca idea del casamiento con Josemari, me preocupa.

Suena el timbre del portal. Mi estómago ha dado un salto, he visualizado a David y me pasa como con mi padre, que más que respeto, le tengo miedo.

Sonia sale para abrir la puerta, escucho cómo se detiene el ascensor, en el salón todos estamos en silencio, aunque nos llegan los susurros de ellos, no logramos descifrar lo que se están diciendo, pero parece ser cierto todo lo que Sonia nos ha contado.

—Mari Puri, ¿cómo te encuentras? Menuda cara tienes... —Me da dos besos. Se gira y mira a Torres serio.

De repente he caído, para mis padres, Torres es el novio de Sonia, la amante de mi hermano, que entiendo que nadie lo sabía hasta ahora, pero ya no tengo claro si ella le explicó que Torres es su falso novio porque es el mío verdadero y usamos a Josemari como mi prometido de mentira a ojos de mis padres, para que no sospechen que el falso de Sonia es el verdadero mío. No lo entiendo ni yo, que se supone que lo sé todo desde el principio. Solo me faltaba que ahora Rosamari dijera que es la novia secreta de «mi» Josemari, y que fuese ella con quien lo escuché hablar el

día que me acompañó a comprar el traje de Nochevieja que nunca usé.

David se ha sentado a mi lado, yo intento disimular, espero que no note que estoy temblando.

—Y cuéntame, ¿cómo te va todo? ¿Iván te cuida bien? —me pregunta poniéndome la mano en la pierna.

—Sí, se está portando genial. ¿Y tú? ¿Algo que contarnos? —pregunto con toda la mala idea mirando a Sonia.

—¿Hasta dónde les has contado? —le pregunta a su amante.

—Creo que todo, al menos, hasta donde yo sé.

Se gira y me mira, hace lo mismo con Iván. Se queda serio clavándole la mirada a Torres y termina en Josemari.

—¿Sorprendidos? Espero discreción. —Interiormente me carcajeo.

—Me encanta. —Es lo único que digo.

—Pensaba que os parecería mal... Ahora pensaréis que soy lo peor, pero contra el amor no se puede luchar. —Lo escucho y no lo conozco—. He dejado a Cayetana.

—No me lo creo —digo sin pensarlo.

—¿En serio? —le pregunta Sonia desde el lado contrario del salón haciendo palmitas.

—¿Qué le has dicho? Papá lo sabrá ya, ¿no?

—Solo le he dicho que sé que se estaba tirando al profesor de pádel y que, si montaba un numerito de los suyos, todo el club lo iba a saber y no le convenía.

—¡Madre mía con la *Blandiblú!*

—Estoy feliz, menudo peso me he quitado de encima, además, quiero que sepáis que todo este tiempo me he comportado como una auténtico gilipollas porque estaba amargado, no podía estar con la mujer que quería porque para mamá y papá no era lo correcto, pero ya os he dicho que contra el amor no se puede luchar. Ahora solo falta encontrar el valor

suficiente para enfrentarme a ellos. Estaréis alucinando, ¿no?

—Tranquilo, no estarás solo —le dice Iván—. David, no te levantes, verás lo que es alucinar. Te prometo guardar el secreto, en serio, todos los que estamos aquí presentes guardaremos silencio. Pero tenemos algo que contarte —le adelanta Iván.

David se recoloca bien en el sofá, alarga la mano hacia Sonia, que se sienta sobre sus rodillas. Es una imagen que nunca me hubiera imaginado. Mi amiga con mi hermano mayor... Le acaricia el cuello de manera inocente mirando a Torres, yo creo que piensa que hay algo entre ellos.

Imito a mi hermano, pero soy yo la que me siento en las rodillas de mi chico, quiero dejarle claro desde el principio que la única que recibe sus besos soy yo. Lo observo y veo su cara de sorpresa.

«Vete preparando, que lo que vas a escuchar aquí y ahora no te va a dejar indiferente».

—¿Mari Puri y...? —Mira a Torres—. ¿Qué está pasando aquí?

—Tenemos un gran problema, David —le dice Iván—. Vamos a ponerte al día, ya que tú te has sincerado, ahora nos toca a nosotros. A todos.

—¿No habréis matado a nadie?

Todos nos miramos, yo creo que si le confesamos eso, se sentirá mejor que si le soltamos la pura verdad. Cuando se entere de que su hermana pequeña está embarazada de un medio mulato, y que nada de lo que creía es real, se va a quedar en estado de *shock* por mucho tiempo.

Iván me observa y comienza a hablar.

—Mari Puri... la niña... está saliendo con Torres, decidimos inventarnos que Josemari era su novio para que papá no se la llevara de vuelta a casa. —David tose.

—¡Joder con la niña! —dice mi hermano mayor.

—Y... hay más. —Iván mira para el techo, resopla, se pasa las manos por el pelo, se gira hacia mí, me guiña un ojo y lo suelta de golpe—. Está embarazada de más de dos meses.

David se pone en pie desequilibrando a Sonia. Aprieta los puños, me asusto, espero que no intente pegar a Torres. Veo cómo mi amiga le sujeta del brazo, creo que ella teme lo mismo que yo. Permanece quieto sin decir nada.

—David, nos queremos, de verdad que estamos enamorados. Antes dijiste que contra el amor no se podía luchar —intento recordarle sus palabras para ablandar su corazón—. Llevamos tiempo saliendo, no ha sido un rollo de una noche. No puedo vivir sin él, necesito que me apoyéis en esto, no quiero sentirme sola. Ya no soy una niña.

—¿Y qué habéis pensado? —le pregunta a Iván, que parece que sea nuestro portavoz.

—*Puff*, cuando te lo contemos, lo tuyo se va a quedar a la altura del betún. Hemos decidido que le diga a papá que se va a casar con Josemari.

—Debería, pero su novio tendrá algo que decir. ¿O es que no quiere saber nada de la niña?

—No hables de mí como si no estuviera delante, por favor —le digo preocupada.

—Le pregunto entonces a tu novio, al que te ha dejado preñada. ¿Vas a hacerte cargo?

—Por supuesto, haré lo que Mari Puri quiera que haga.

—¿Y qué gana el otro? —Mira a Josemari.

—Fingir por un tiempo, necesita una salida, sus padres son como los nuestros. Quiere hacer lo mismo que ella. —Me mira—. Aprobar las oposiciones de notario y marcharse de su casa con un trabajo seguro. Hemos pensado que se casarán, se vendrá a vivir aquí con Mari Puri y dormirán, por supuesto, en habitaciones separadas.

—Qué lo tenga clarito —apunta Torres riéndose.

—Por ese lado puedes estar tranquilo —interviene Josemari, que como a mí, poco le dejan opinar.

—Esto es una locura —dice David.

—Eso es lo que digo yo —añado.

Rosamari se pone en pie, mira a Sonia y cogen las chaquetas. Por un momento, me había asustado pensando que iba a confesarnos que ella era la novia de Josemari.

—Vamos un momento a por pizzas para la cena, así podéis hablar tranquilamente. —Me lanzan un beso.

Seguimos haciendo propuestas. A mi hermano mayor, la historia de la falsa boda le parece demasiado rebuscada, y no entiende por qué Josemari se sacrificaría tanto. Si en menos de un mes tiene las oposiciones, con esperar a que pasen y consiga un trabajo, se terminó su problema.

Iván insiste en que lo mejor es una boda, y Torres apoya esa idea, cosa que no logro comprender.

—Cariño, mira, para ti es importante dar el sí quiero a la persona de la que estás enamorada, pero solo sería por un tiempo, no pienses en que es pecado ni nada que se le parezca, a estas alturas del partido, todo esto es lo de menos. Antes de que nazca el niño, estaremos juntos, a mí no me hace falta tener ningún papel para saber que nos queremos. —Sigue empeñado en que acepte la propuesta de Iván.

—Está bien, acepto. Me casaré con Josemari.

—Nena, piénsatelo bien —me aconseja David.

—Ya se lo ha pensado —le responde Iván.

David se pone en pie, se acerca hasta mi otro hermano, nos mira a cada uno de nosotros y se queda en silencio.

—Cuéntamelo todo. Creo que tenemos derecho a saber la verdad, y sé que no nos estáis contando vuestras verdaderas intenciones. Si yo me he abierto y me he quitado la máscara, sería justo que los tres hiciéramos lo mismo.

Yo ya me he perdido hace rato, no entiendo a qué se está refiriendo David, ni qué pretende. Si ya sabe que mi novio es Torres, que me ha

dejado embarazada, ahora, ¿qué está buscando...?

—David, no hay nada más, solo quiero que Mari Puri haga lo mejor para ella y para el bebé —se defiende Iván, pero parece que no lo convence.

—Iván, creo que ha llegado el momento de decir la verdad —le dice Torres.

—¿Qué verdad? —pregunto mirando a mi novio y a mi hermano.

Josemari se pone en pie, se acerca a mí, me coge la mano, instintivamente clavo la vista en Torres que se acerca a David. No sé qué ha pasado, algo se me ha ido de las manos. Iván se levanta, se le ve acelerado y preocupado, coge aire mirando hacia arriba, cierra los ojos, se gira, me mira, luego a mi hermano, se sienta, parece que va a decirnos algo importante, pero vuelve a levantarse. Sacude las manos y resopla.

—Josemari es mi pareja —dice eso y se da la vuelta.

—¿Cómo? —pregunto anonadada.

—¡Dios! —Escucho a David.

Me pongo en pie, Josemari me coge la mano. David hace lo mismo y veo a Torres sujetarle del hombro. Me he quedado muerta.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto a mi novio.

—Sí. —Agacha la cabeza asintiendo.

En un segundo lo he comprendido todo. Ahora entiendo muchas cosas. En mi vida me habría imaginado algo así, no me pega nada que a Iván le gusten los hombres.

—¡Pero ¿qué dices?! —

—David, no sé de qué te sorprendes, hace un momento preguntaste cuáles eran nuestras verdaderas intenciones. Ya nos hemos quitado la máscara los tres, lo que tú querías —dice Iván muy afectado.

Me parece que tiene miedo a nuestro rechazo, después de todo lo que ha hecho por mí, no puedo darle la espalda por algo así. Me suelto de Josemari y voy corriendo a sus brazos. Lo miro y le beso en la mejilla.

—Te quiero, ¿lo sabes? Siempre voy a estar a tu lado como tú has estado al mío. —Lo abrazo todo lo fuerte que puedo y lloramos juntos.

Se separa de mí, veo cómo se va desplazando por la pared hasta llegar al suelo. Se ha derrumbado, esconde la cabeza entre sus rodillas. En mi vida lo había visto llorar de esta forma, es como un niño. Se me parte el alma de verlo así. Ha debido de pasarlo realmente mal, y aquí estaba yo lamentándome de mi mala suerte por haberme quedado embarazada, pero de una manera u otra podía mostrar al resto del mundo el amor que siento por mi pareja, lejos de las miradas y las críticas del mundo.

Observo a David, no me lo puedo creer, tiene la cabeza tapada con las manos, creo que también está llorando.

Menudo trío han traído al mundo mis padres. Me acerco a él.

Josemari se aproxima hasta su novio. ¡Qué raro me suena! Se inclina hacia Iván, le pasa la mano por la cabeza y con un gesto avisa a Torres. Los dos se marchan.

Nos han dejado solos, creo que han pensado que necesitamos estar los tres hermanos sin nadie más.

Le tiro a David del brazo y lo llevo hasta donde se encuentra Iván.

—Dile que no pasa nada. Díselo —le ruego a mi hermano mayor—. Necesita escuchar que vamos a estar con él.

—Iván, levanta, tío —Le alarga la mano para ayudarlo a incorporarse.

Se pone en pie y se abrazan, este momento para mí es precioso. Ya no sé si estoy influenciada por las hormonas del embarazo o porque veo que mis hermanos se quieren de verdad y aquí aprecio lo que verdaderamente importa en la vida.

Sé que sin ellos no sería capaz de afrontar esta nueva etapa y, ahora que Iván puede comportarse como es de verdad delante nuestra, los tres vamos a ser los mejores hermanos del mundo.

## Capítulo 29

Después de la tormenta siempre viene la calma, pero en nuestro caso, creo que lo que se avecina es un huracán de categoría cinco.

Camino de casa de mis padres vamos los tres. Más bien, parecemos condenados a muerte, solo nos falta el mono ese naranja horroroso con los grilletes en los tobillos, trasladándonos al centro penitenciario donde nos inyectarán el veneno que acabará con nuestras insignificantes vidas.

Creemos tenerlo todo bien atado para no estropear nuestro plan.

David comenzará hablando y me allanará el camino para que continúe explicando mis intenciones de matrimonio con Josemari. Hemos preferido que no esté presente por ahora, si mi padre acepta, entonces ya vendrá él con los suyos a la pedida de mano.

Yo este plan sigo sin verlo. La verdad es que en este último año he cambiado mucho y veo la vida de otra manera, pero no creo que mi padre sea tan tonto de tragarse esta historia sin pies ni cabeza. Iván no dirá nada de lo suyo, hemos votado y lo creemos innecesario, más que nada, porque entonces estropearía lo de la boda.

Ya hemos llegado. David está aparcando, yo entre las náuseas, el dolor de pechos insoportable que tengo y el miedo de decirle que me quiero casar ya... estoy que no vivo.

Bajamos del coche los tres a la vez, cada uno por una puerta, eso sí, y para cerrarlas también coincidimos, vaya sincronización hemos labrado, nos hemos convertido en uno.

Cogemos el ascensor, mi hermano pulsa el botón y subimos.

—¿Listos? —pregunta David.

—Creo que sí —respondo nerviosa.

—No lo miréis a los ojos, si no, sabrá que tramamos algo —apunta Iván.

Se detiene el ascensor. Cogemos aire y llenamos los pulmones, seguimos sincronizados, nos invade a los tres el mismo miedo.

—¡Dichosos los ojos! —dice mi padre retirándose el periódico de la cara.

—¡Hola, papá! —Me acerco a darle un beso.

—Purificación, hija, en serio, creo que deberías abandonar ese trabajo que está acabando con tu aspecto físico —afirma muy serio mirando por encima de las gafas, apoyadas en mitad de la nariz.

—Papá, acaba de salir de una gripe tremenda. —Iván me defiende.

—Bueno..., decidme. Está claro que venís a contarme algo. No recuerdo cuándo fue la última vez que os vi juntos a los tres por gusto. — ¡Qué listo mi papi! Me tiemblan las piernas.

—Traemos una noticia buena y otra mala. ¿Cuál quieres escuchar primero? —pregunta David.

Se quita las gafas y las deja sobre la mesa auxiliar, aparta el periódico y se cruza de piernas en su gran sillón orejero.

—Soy todo oídos. —Me muero de miedo.

—Voy con la mala. La boda se ha cancelado —dice rotundo David sin andarse con rodeos.

—¿Disculpa? —Papá frunce el ceño.

—Eso, que ya no hay boda, al menos, la mía con Cayetana.

—No.

—¿Cómo qué no? —Pregunta retórica de David. Vamos mal.

—Sí, salvo que la pobre Cayetana haya fallecido, la boda sigue en

pie.

—¡Papá! —le digo en voz alta.

—Ni papá ni leches. —Se pone en pie e instintivamente los tres damos un paso atrás—. ¿Qué le has hecho, desgraciado?

—¿Yo? —pregunta David sorprendido.

—Ha sido ella —salgo al quite—. Papá, resulta que Cayetana tiene un amante.

No he podido evitarlo, la histeria habla por mí.

—¿Cómo va a tener un amante la chica esa? —Supongo que se sorprende porque él verá su inexistente belleza, como yo.

—Sí, los pillé en el vestuario a ella y al profesor de pádel —continúa mi hermano—. Fue humillante, lo he pasado francamente mal, estoy hundido, yo no me puedo casar con alguien así y, sobre todo, sabiendo que no es virgen. ¿Qué clase de mujer quieres que tenga a mi lado? No deseo una madre así para mis hijos.

Ya sale el David que mi padre conoce y que ahora sé que es fingido.

—Visto de esa forma, la cosa cambia, y mucho. Habrá que decirlo —informa papá.

—No quiero ser el hazmerreír del pueblo. Prefiero dejarlo pasar y decir que hemos pospuesto el enlace.

—Lo siento, hijo, siempre pensé que era buena chica y sobre todo, decente. Cuando menos te lo esperas, la gente te da la sorpresa. —Se pasa la mano por la frente—. A ver cómo se lo decimos a tu madre. ¿Y cuál era la buena noticia?, porque espero que esta fuese la mala.

—Sí, sí, ahora viene la buena —responde David, al tiempo que me clava la vista y me da un empujón para que comience a «cantar».

—Papá, es que... Josemari y yo hemos decidido casarnos —lo digo con la boca pequeña.

—¡Hombre! Por fin habéis caído del burro, que se te pasa el arroz, hija, tu madre, a tu edad, ya os tenía a los tres. —¡Ay!, si él supiera... Y

rezo para mis adentros para que no tenga una revelación mariana sobre mi actual estado de buena esperanza.

—Ya, papá. Ha pensado que, aprovechando que David cancela el enlace con Cayetana, por guarra... —eso, Iván, recordando el motivo—, y ya que está todo contratado, pues ellos se casan ese día y así no hay que anular nada.

—¿Tanta prisa? —Ya nos ha pillado, estoy segura, miro al suelo y meto barriga—. Espero que no hayas deshonrado a la familia.

—¡Papá! Se lo propuse yo. —David sale en mi defensa.

—¿Y tú qué dices? —Me taladra con la mirada, creo que quiere averiguar mis pensamientos.

—Pues, a ver, Josemari y yo hemos hablado, y como el mes que viene tendrá las oposiciones y no nos podremos casi ver, de hecho, no nos vemos viviendo cada uno en un pueblo, pues que sería bonito hacerlo ya. Si nos pudiéramos casar el día que tenía reservado David, sería maravilloso. Así podríamos vivir juntos. —Pongo carita de niña buena. Cada vez miento mejor.

—Pero tendrá que venir él con sus padres a decírnoslo, ¿o es que te manda a ti el muy cobarde y no lo vamos a ver hasta el día de la boda? —pregunta levantando una ceja.

—No, para nada. Él quería acompañarme, pero pensamos... —digo mirando a David—, que sería mejor venir nosotros solos primero, ya que íbamos a hablar de algo tan íntimo y delicado como lo suyo... Por supuesto que vendrán a pedir mi mano. Estoy entusiasmada deseando que llegue ese día. —Finjo todo lo que puedo.

Las piernas me mantienen en pie de pura chiripa, y más ahora que estoy viendo acercarse a mi padre. Escucho la respiración acelerada de mis hermanos, los tengo a cada lado como dos centinelas custodiándome. No sé si viene a felicitarme o a pegarme un tortazo porque sabe que le hemos mentado y ha oído mi embarazo; siempre he pensado que mi padre no era humano.

—Ven aquí. —Me atrae hacia él.

Me está abrazando y parece que tiembla, esto creo que ya es imposible, o que mis estertores rebotan en él y los percibo como suyos. Tiene la voz quebrada, posiblemente, se ha emocionado.

Ahora es cuando me siento la peor persona del mundo. Soy mala gente. Pobre hombre, pero agradezco que su olfato de rastreador de mentiras se le esté atrofiando con los años. La última vez que mi padre me abrazó, si no recuerdo mal, fue el día de mi confirmación.

Seré tonta... me he emocionado yo también, y lentamente voy acercando mis manos a su espalda para corresponderle. Le estoy dando palmaditas de manera tímida, pero rítmica.

—Hay que llamar a tu madre. Debe adelantar su vuelta. Allí en Lourdes no nos es útil. —Se separa de mí.

—Déjala que disfrute, la mujer se pasa el año encerrada en casa — dice David.

—Ni lo sueñes, hay que preparar la pedida de mano de nuestra única hija. ¿Tú sabes la alegría que le vas a dar...? —Se pone las manos en las sienes.

—Bueno, quedan dos semanas. Es mirar solo el traje —digo para que se le quite de la cabeza la idea de traerla de vuelta tan pronto.

—¡He dicho que hay que llamarla ya! —Resurge el hombre recto y cabezón que es verdaderamente.

Lo que ha sucedido hace un instante ha sido un espejismo, solo bajó la guardia por unos segundos.

Se gira, coge el teléfono y lo veo marcar un número, supongo que el de mi madre. Me hace un gesto con la mano para que me acerque. Me ofrece el auricular.

—Toma, cuéntale a tu madre la buena nueva. —Tapa el micrófono—. Pero solo la tuya, vayamos por pasos.

—¡Hola, mami! Sí, hemos venido a ver a papá, ya estoy muchísimo mejor, Iván me ha cuidado de maravilla. Sí, sí, tranquila. Nada, que estábamos aquí con papá —trago saliva—, y le he dicho que Josemari y

yo nos casamos, ya sé que no lo esperabais, pero antes de que te pongas a gritar, te diré que es debido a sus oposiciones. No queremos estar más tiempo separados. ¿Cuándo regresas? ¡Ah! genial, pues el domingo iremos a buscarte.

Cuelgo el teléfono y los miro. Les cuento la conversación con mi madre. La verdad es que se ha sorprendido, pero se lo ha tomado genial, ya se está imaginando la pobre mujer con la pamea o, conociéndola como la conozco, con mantilla y peineta.

—Llama a tu prometido y dile que me informe de cuándo pueden venir sus padres para la petición de mano.

—Luego lo llamo. Ahora me voy a ver a Rosamari y a Sonia, que hace mucho que no las veo. —Ya puestos a mentir, que le oculté que estuve con ellas en mi casa el otro día, no lo considero tan grave.

—David, bueno, ¿la golfa esa te devolverá el regalo de su pedida, no?

—Sí, pero de momento, no quiero saber nada de ella. Lo recuperaré. Ahora voy a acercar a Mari Puri a casa de su amiga y así me da el aire, llevo mal lo de Cayetana. —Me guiña el ojo.

—Iván, ¿te dejo en el club de pádel?

Nos marchamos y dejamos a mi padre haciendo unas llamadas.

Qué mal rato he pasado, diría que los tres lo hemos pasado mal por si nos descubría, no por otra cosa.

Me han dejado en casa de Rosamari, concretamente en la esquina, desde que dejó la tienda para sacarse las últimas asignaturas que le quedaban de la carrera, se aburre como una ostra y agradece que la llamemos por teléfono o vengamos a hacerle compañía, ahí no la puedo ayudar mucho, porque ahora vivo fuera.

Llevo todo el camino dándole vueltas a lo de la boda, no sé si será buena idea. Todos están convencidos de que lo mejor es que me case de verdad con Josemari, pero es que a él le parece estupendo y maravilloso. Hasta he pensado que Torres me insiste tanto porque su idea es

abandonarme y no sabe cómo hacerlo y, sabiendo que estaré casada oficialmente con el novio de mi hermano, le hará sentirse un poco mejor cuando me deje.

Todos estos pensamientos no los he compartido con nadie, me da miedo que al pronunciarlos en voz alta se cumplan, porque ahora mismo, todo es tan bonito, surrealista, pero precioso, todo ha sucedido en nombre del amor, y bueno, yo... me siento mal, ya no hablo del malestar físico propio de mi estado, si no del estado mental.

Lo maravillosa que sería mi boda si fuera real, con el amor de mi vida a mi lado, los dos en el Altar, y luego, compartiendo nuestro día a día, viendo crecer a nuestro niño.

Aún no me hago a la idea, es increíble que tenga creciendo en mi interior el milagro de la vida. Me muero de ganas por verle la carita, por acunarlo en mis brazos, comérmelo a besos, a mi chiquitín, al fruto del amor de Torres y mío. Al fin y al cabo, esto es la consecuencia de habernos querido tanto y antes de tiempo.

Ahora sí que estoy más contenta, bueno, mañana tengo mi primera cita con el ginecólogo, otra cosa que me da pavor es que me diga que algo va mal o que todo sea producto de mi imaginación. Estaría gracioso que después de lo que estamos liando, ese fuese el motivo.

Pero no me arrepiento, gracias a esto, mis hermanos y yo ahora estamos más unidos que nunca, rectifico, por fin me ha unido a mi hermano David. Con Iván, poco a poco había conseguido tener una relación maravillosa que jamás hubiese creído posible, pero con David...

Qué gracioso que Sonia, mi gran amiga, vaya a ser mi cuñada oficial, aunque no han hablado de boda, solo de saber que en breve harán pública su relación, me llena si cabe de más alegría.

Camino tan sumergida en mis pensamientos que solo me falta ver cómo me sale humo rosa con corazones por las orejas. Me he pasado el portal de Rosamari.

## Capítulo 30

Estoy a horas de la boda. Como sé que es de mentira en todos los aspectos, me he desvinculado completamente de los preparativos. Aquí estoy haciendo tiempo, mientras escucho histérica a mi pobre madre metiendo prisa a los hombres de la casa.

Hoy era el día de mi hermano David, así que comeremos lo que eligió la «dulce» Cayetana; hasta en mi falsa boda la tendré presente. Las flores que habrán en el altar también son las elegidas por ella y por la madre que la parió.

Todos estamos muy nerviosos, mis padres, porque están convencidos de que me caso por amor con un chico de buena familia, con la que encima han congeniado de maravilla. Lo que me podía faltar, mi padre y mi suegro postizo se han ido ya dos veces juntos de caza, esto no me tranquiliza lo más mínimo, y con buenísima puntería además... Llegaron los dos más orgullosos que nada con todo el cinturón colgando con palomos, casi me desmayo, y Josemari también.

Mi padre, general del Ejército de Tierra ya retirado, y el suyo, almirante, también retirado, pero imponen. Hoy mi boda va a parecer el día de la Hispanidad.

Mi traje de novia es blanco, solo recordaba esto hasta que he tirado de la cremallera para sacarlo de la funda, me lo he probado una vez y ni lo elegí yo, dejé a mi madre que echara a volar su imaginación, y el resultado ha sido montón de tela blanca virginal llena de volantes y tules. Aquí lo tengo colgando de una percha en la ventana de mi cuarto. Creo haber escuchado que los bordados que le han colocado van a juego con la mantilla que me toca llevar por tradición, era de la famosa bisabuela

Purificación, ya van saliendo los culpables de mis orígenes.

Josemari me ha dicho que le han colocado un chaqué y una corbata azul marengo, que yo escucho a la gente nombrarlo mucho y continuo sin saber qué tono de azul es, el gris sí que lo ubico, pero ¿azul? A saber cómo lo han vestido.

Mis hermanos van a juego y, como no podía ser de otra manera, Sonia y Rosamari serán mis damas de honor, la elección del modelito se lo he dejado a ellas.

Torres está invitado a la boda por ser «el novio» misionero de mi amiga, aunque dice que no va a poder venir, que me esperará en el hotel. Si bien no lo demuestra, sé que lo está pasando mal, lo ha intentado disimular todo este tiempo, pero lo conozco tanto que sé que no dice nada por mí, sabe que si me da la más mínima muestra de disconformidad, cancelaré todo, porque yo sigo sin verle sentido a esto.

No puedo describir lo que sentí el otro día en el ginecólogo, aparte de mucha vergüenza porque era mi primera vez. Me dijo que todo estaba bien, el bebé estaba donde debía estar y que iba creciendo. Me ha confirmado que me quedé embarazada el día de mi estreno, y si todo marcha correctamente, este septiembre podremos tener en nuestros brazos al nuevo miembro de la familia. Ni sé en qué momento les comunicaré a mis padres que lo que va a pasar hoy es mentira y que su nieto no es de quien se creen, sino de otro al que no van a aceptar jamás.

Pienso en esto y lloro sin poder evitarlo. Sé que más pronto que tarde todo se irá al traste, hasta me estoy planteando no continuar con la farsa y acabar ahora mismo sacando a la luz mi historia, pero no lo hago por Josemari, que sé que se merece ser feliz y poder salir de casa como hice yo en su día.

Mis hermanos están locos con la idea de que van a ser tíos, y yo ni me creo que pueda estar viviendo este momento y que lo pueda compartir con ellos.

—Mari Puri, ¿cómo vas? ¿Aún estás así? Venga, que una cosa es que la novia se haga esperar, y otra muy distinta es que llegues cuando los invitados lleven cinco horas con la digestión hecha —me dice mi madre

con una mantilla en la mano, que sé de sobra que a continuación se la clavará con una peineta heredada a juego.

—Enseguida, mamá, pensé que sería mejor esperar a mis damas de honor —le respondo algo seria.

—Hija, ven, siéntate. —Da palmaditas al colchón de mi cama—. Sé qué es lo que te está pasando...

—No te entiendo. —Intento poner cara de sorprendida y rezo mentalmente para que no me hable de sexo, a estas alturas del partido, lo que me vaya a contar como que no me será útil y además, no creo que sea momento de crear un vínculo hasta ahora inexistente entre madre e hija y por el que no tengo ningún interés de pasar.

—Esta noche... —¡Ay, madre! Que sí van por ahí los tiros.

—Mamá, un segundo, acabo de recordar que no le dije a Iván que tenía que recoger una cosa para las damas de honor. —Miro mi reloj—. Y ya ves las horas que son.

—Siempre todo corriendo. Da igual que hoy te vayas a convertir en una mujer casada, no cambiarás —sentencia mi madre, pero yo me libro por los pelos de su charla sobre lo que jamás pensé que fuese capaz de mencionarme.

Salgo como alma que lleva el diablo hacia el cuarto de mi hermano, toco y, antes de escuchar nada, abro precipitadamente.

Se está vistiendo. ¡Venga!, hoy va a ser la primera vez en mi vida que intime con la mitad de miembros de mi familia; una cosa es que me lleve bien con mis hermanos y otra bien distinta es que, en el día de mi boda, mi madre quiera darme lecciones de «buena amante» y vea a mi hermano cómo se coloca los calzoncillos. Casi me caigo al suelo. Me giro y pido disculpas, él se ríe, lo verá gracioso y todo.

—Te necesito —le digo mirando hacia el techo esperando a que se cubra del todo.

—¿Qué sucede?

—Mamá, que creo que se piensa que estoy nerviosa por mi noche de

bodas.

—¿Enserio? Me parto.

—Sí, pero pártete luego si quieres, ahora te pido de rodillas, si hace falta, que la distraigas mientras yo me visto, no podré soportar la situación y lo más seguro es que termine perdiendo el conocimiento. — Pongo los ojos en blanco—. Venga, lo dejo en tus manos, no me falles.

Escucho el timbre de la puerta y doy un salto.

—¿Cuándo te he fallado yo, hermanita? —Me abraza.

Salgo hacia mi habitación y veo que entran Rosamari y Sonia. Van preciosas, me he emocionado y todo, empiezo a notar que se me llenan los ojos de lágrimas; no quiero ni pensar si la boda fuera real, con el amor de mi vida y que se cumpliera mi sueño de darle el sí quiero a mi príncipe.

Pasamos a mi cuarto acompañadas de mi madre, sé que ya no podremos hablar ni les podré preguntar por Torres, al menos, de manera abierta, pero mi madre tampoco me hablará de temas incómodos haciendo de Lorena Berdún.

—Señora Roldán, pero qué guapa que va, ¿verdad? —Rosamari se ha metido de lleno en el papel y se lo dice llorando.

—Mi niña, que esta tarde se habrá convertido en una auténtica señora. —Mi madre, que con los dramas no le gana nadie, acompaña a mi amiga en su llanto, y yo, que estoy hormonada hasta las cejas, me uno al club de lágrimas.

Intento meterme yo sola el canchán pomposo que debo llevar debajo del traje, con toda la idea lo elegí ancho por lo que pudiera crecer mi niño. Es lo único que dije con respecto al vestido. Sabiendo que todos cuchichean, no me apetecía que encima, se me notara. Lo hago de espaldas a mi madre.

Ahora toca enfundarme en el traje de novia, bien podrían recitarme eso de «blanca y radiante va la novia». Mi madre llora con más énfasis, y Rosamari también, por un momento dudo si de verdad mi amiga sabe que

esta boda es por lo que es y con quién es...

Sonia mira al techo, entiendo que pidiendo a Dios que le de paciencia, pero cuanto menos se le nombre en la jornada, creo que nos irá mejor a todos. Tiemblo al acordarme de aquello de la ira de Dios.

Misión cumplida, traje colocado, estoy lista, mi madre se sube en un taburete y me pide que me gire, me coloca la mantilla centenaria de la primera Mari Puri de la saga y me la engancha con unos alfileres nacarados.

Salimos al salón. Ahí bien plantados me esperan mis hermanos, David me mira orgulloso y sonríe, Iván se está emocionando, ni idea de cómo me sentiría si fuera él al que le tocara darle el sí quiero a mi pareja. Les sonrío temblorosa y al mover el primer pie, aquí, a mi izquierda, me encuentro con mi padre.

Va vestido de gala, con su traje militar del Ejército, no le falta detalle, creo que nadie se fijará en mí. Con sus insignias, sus divisas y la banda cruzándole el pecho. Irradia una felicidad que jamás pensé que pudiera ser posible en este hombre. Mientras mi madre le ayuda a colocarse la capa, me dice:

—Hija mía, estoy tan orgulloso de ti... —Rompo a llorar sin poder evitarlo. Me siento fatal.

—¡Venga! ¡Venga! Dejémonos de dramas y de sentimentalismos, que el maquillaje me ha quedado precioso y, por muy *water proof* que prometa ser, no me fío yo si está hecho a prueba de inundaciones. — Sonia intenta romper el momento «hoy entrego la flor de mi hija a un hombre que sé que la hará mujer», o eso cree él.

Bajamos a la calle y, en el jardín privado que tenemos en la parte trasera, el fotógrafo que han contratado nos hace dos millones de fotos en menos de diez minutos. Afortunadamente para mí, todas son de pie, nada de dejar volar la imaginación de manera artística para lucir cola toda abierta ampliamente sobre el verde césped, simplemente, con habérmelo propuesto se habría reventado la costura; mi niño pide a gritos comunicar al mundo que está en mi interior y que es un invitado más al enlace de su mamá con su tío político.

Todo el afán de mi madre es decirle al fotógrafo que ahí no, que se mancha el vestido, que se separe de la fuente no se vaya a salpicar, cuidado que no se enganche la mantilla, atención con los tacones no se le parta uno, y así, un sin fin de pegas que yo he agradecido infinitamente sin decírselo.

El posado oficial del *book* ha sido de lo más típico: con el papá de la novia, con los padres, con los hermanos, foto familiar de los cinco, con las damas de honor... Ha hecho todo tipo de combinaciones.

Ya vamos de camino. Cinco minutos nos separan de la Iglesia.

A mi madre le hacía muchísima ilusión que llegara en una calesa tirada por cuatro caballos blancos. Ya no sé si es por aparentar o porque realmente la mujer quería ver realizado uno de sus sueños no cumplidos, pues, no contenta con subirme a mí en una, ella, mis hermanos y las chicas van en otra delante.

El traqueteo de los caballos me ha provocado náuseas y unas ganas locas de hacer pis.

No cabe ni un alfiler en la plaza de la Iglesia, por un lado, los del ejército de Tierra y por el otro, los de la Armada, parece un concurso de méritos, también han venido del Ejército del Aire. Me vuelvo a sentir mal por todos estos invitados a los que les estamos mintiendo. Han venido los hermanos de mi padre, que ocupan media plaza entre hijos, nietos y consortes, que ya todos están casados y van camino del tercer hijo...

Me ayudan a bajar, me da miedo tropezarme y caerme de bruces contra el suelo empedrado delante de todos, aunque si supiera que no nos pasaría nada ni a mí ni al bebé, sería una buena forma de suspender la boda... «Mari Puri, sonríe y olvida estos pensamientos malintencionados».

Todo orgulloso, mi padre me ofrece su brazo derecho, ya que se ha empeñado en llevar el sable y el protocolo militar dice que no puedo ir en el izquierdo. Me sujeto para ir caminando hacia la puerta de la iglesia. Los invitados ya han ido entrando en cuanto vieron que llegaba la calesa. Estoy temblando, y creo que me lo ha notado, porque va pasando su mano por el brazo que me lleva cogido.

Sonia y Rosamari ya están por el pasillo caminando, van guapísimas. Al final, junto al altar me espera Josemari del brazo de su querida e ignorante madre, no porque la mujer sea tonta, que lo desconozco, pero no sabe nada de todo esto, al igual que los míos.

En los bancos de la derecha la gran mayoría va con traje blanco, fajines, bandas y mujeres con pamea y mantillas a partes iguales, entiendo que son los invitados de Josemari y compañeros de su padre de la Armada. En la izquierda, se entremezclan azul, verde y también blanco, estos son los que vienen por mi parte. Hemos debido de dejar vacías todas las bases militares. Si ahora mismo entráramos en guerra, me quedaba sin espectadores.

La marcha nupcial sigue sonando cuando estoy a tan solo un paso de llegar a los bancos que nos han colocado frente al altar. Cayetana eligió «El sueño de una noche de verano» y como no me importó, lo dejé estar.

Josemari le da un beso en la mejilla a la madrina y se acerca hasta a mí.

—¿Nerviosa? —Leo en sus labios.

—Vamos —le susurro.

Comienza la ceremonia, estoy histérica, mi cabeza está en otra parte, concretamente en mi Torres, pobrecillo mío, lo mal que lo estará pasando. Me angustio con la idea de que cuando todo esto acabe, la misa, me refiero, se haya marchado para siempre porque no lo haya podido soportar.

Me giro hacia mis hermanos, que me intentan transmitir tranquilidad, Iván me dice que todo está perfecto, que adelante.

Llevo ya rato pensando en otra cosa, la verdad que ni sé por dónde vamos, hace nada que escuché el Aleluya, así, muy en la lejanía.

—Repito: ¿Han venido aquí libremente sin reservas para darse el uno al otro en matrimonio? —Un murmullo me saca de mis pensamientos.

Levanto la vista y me encuentro con la mirada desafiante del sacerdote, que curiosamente es el tío de Josemari.

—¿Eh? Sí, sí —respondo aturdida y escucho una risilla que me parece que ha salido por boca del novio.

Sigue con la misa y yo con mis cosas. No dejo de mirar a las imágenes que con tanto gusto han colocado en las paredes de la iglesia.

—Yo, José María, te acepto a ti, María Purificación, como mi legítima esposa, prometo amarte y respetarte, de hoy en adelante... —Siento que alguien me sujeta las manos.

Mi mente regresa a la iglesia y veo que ha llegado el momento tan esperado, me giro y ahí, a moco tendido, está mi madre observando muy compungida, mi padre también está emocionado, tiene los ojos llenos de lágrimas, y como mi organismo últimamente suele sensibilizarse con el del resto de los mortales, me uno al drama.

—Te toca. —Escucho a mi futuro marido decirme estas palabras. Allá voy.

—Yo, María Purificación. —Me tiembla la voz tanto que parece que me haya tragado un distorsionador de sonido—. Yo, María Purificación, te acepto a ti, José María, como... —Antes de que pueda seguir con mi momento, un portazo hace que me detenga.

En el mismo instante en que decido girar la cabeza a mi derecha, que era de donde venía el sonido, unos gritos me confirman que todo esto se ha terminado aquí y ahora, y el noventa por ciento de los invitados van armados.

—¡¡Esta boda es una farsa!! —No podía ser otra que Cayetana.

Ovación del público, murmullos, mi padre sale de su asiento, mis hermanos se le adelantan. David se apresura para sujetar a Cayetana que va directa hacia él.

—Este era mi día, y si yo no me caso, no voy a consentir que lo haga nadie más. ¿¡Me habéis escuchado!?! —Como para no hacerlo, guapa.

Todo esto lo dice a pleno pulmón empujando a mi hermano, y lo más curioso es que ha aparecido vestida de novia, se ha enfundado en el inútil traje que le hicieron a medida para su enlace cancelado por fresca y

porque David estaba enamorado desde hace mil años de una de mis mejores amigas. Iván intenta llevársela de la cintura, pero viene con tal subidón de adrenalina que nadie puede con ella. Se ha hecho invencible.

Josemari y yo estamos observando todo desde nuestros bancos.

—¡Cálmate!, no es lugar para montar un número —le dice David.

—¿Que me calme? Todo el mundo se va a enterar de qué clase de familia sois.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Ha llegado el momento, nos va a desenmascarar a todos.

—Cayetana, venga, vamos a la sacristía a hablar, es la boda de mi hermana, no se merece esto, y mis padres tampoco. El problema lo tienes conmigo.

—¡Claro que no se merecen esto! Si ha pecado, no se merece estar ahí frente a Dios. ¡Que lo sé todo! —Necesito huir de aquí.

—Esa, esa de ahí, la de los ojos claros. —Veo que Piluca, la inseparable de la *Blandiblu*, señala a mi querida Sonia.

—Ven aquí, si te vas a quedar con mi prometido, al menos que sea calva. —Salta sobre el recogido tan impecable que le han hecho en la peluquería y por el que estoy segura habrá pagado un riñón.

—Cayetana, cálmate y vayamos a la sacristía. ¡Qué vergüenza! —Mi padre nos mira a los cuatro y nos obliga a acompañarlo.

Dejo mi ramo sobre mi asiento y me mezclo en la fila de condenados siguiendo a mi padre, no sé para qué le hacemos caso, si ahora es cuando deberíamos salir corriendo mientras conservamos las piernas.

—Mantenga la calma. Cayetana, debería dar gracias que mi hijo no haya hecho público su escarceo amoroso con el profesor de pádel y haya manchado su reputación intachable —le dice mi padre tratándola de usted, que así da más miedo.

—¿¿Qué?? Su hijo me abandonó a escasos veinte días porque está enamorado, o al menos, eso dice, de la fresca esta. —Señala a Sonia que ha venido en la fila.

—Eso es imposible —responde mi padre poniéndose la mano casi en la garganta.

—Pues espere, que hay más.

—¡¡Cayetana!! —le gritamos todos.

—Mi amiga Piluca ha escuchado perfectamente que su Mari Puri querida se casa embarazada. Así que no sé por qué va de blanco impoluto si es una zorra.

—¡Eso es mentira, señor Roldán! —informa Sonia.

—¿José María? —le pregunta sujetándole de la pechera.

—Papá, y si es cierto, ¿qué más da?, aquí está dando la cara, y además, está enamorado de ella. —Me señala a mí.

—Entonces, ¿es verdad? Hija mía, ¿estás embarazada? —me pregunta mientras intenta estrangular de una manera muy elegante a Josemari.

—Papá, no la escuches, que alguien la saque de aquí, yo quiero a Josemari y él a mí. No sé de qué habla. —Si se trata de mentir, tendré que interpretar el papel mi vida con la cabeza bien alta y hasta el final. El instinto de supervivencia todavía lo tengo intacto.

—¡Eso sí que es mentira! —¡Ay!, que lo sabe todo...—. Este infeliz es un invertido, y de quien está enamorado es de su hijo. Sí, sí, sorpréndase, pero es que hay más.

Acaba de entrar mi madre, parece ser que a Rosamari le ha sido imposible retenerla más tiempo. También hacen su aparición estelar «mis suegros».

—Lázaro, ¿qué está sucediendo aquí? —No sé para qué pregunta, mejor vivir en la más absoluta ignorancia.

Comienzo a llorar, ya no aguanto más, miro a Josemari, que creo que también llora, y me giro hacia Iván que está al teléfono.

—Papá, no hagas caso a esta loca, solo quiere hacernos daño. David la ha dejado plantada e intenta vengarse inventándose historias. Josemari y yo nos queremos —le digo llorando.

—¿Tú qué vas a quererle?, si te has quedado preñada del *negro*. Piluca lo ha escuchado todo, tu hermano el Marica hablaba con el salvaje ese de que después de la boda irías al hotel y te encontrarías con él, y que ellos dos habían reservado la suite contigo, además, David se marcharía de viaje de novios con vosotros cuatro. ¿Me vas a decir que todo esto me lo he inventado?

Hombre..., habría que tener muchísima imaginación para ser capaz de inventarse una historia así y saber hilarla de esta manera magistral, pero hay que seguir negándolo.

Antes de poder abrir la boca, veo que mi padre echa mano al sable, el miedo me deja paralizada, siento cómo alguien me coge la mano y tira de mí, escucho a mis hermanos gritarme que huya, que corramos. Torres nos espera en la calle. Me dejo arrastrar, soy incapaz de pensar por mí misma.

—Me vais a matar entre todos. No voy a consentir un hijo maricón en la familia. —¿Qué antiguo es mi padre!

—Lázaro, cálmate, te va a dar algo —le llora mi madre.

—¿Que me calme?! ¡Ay! ¡Ay! —Es lo único que logro escuchar.

Mientras corro, me giro y compruebo que los padres y hermanos de Josemari nos persiguen. Me coloco la mano en el vientre y salimos al exterior.

Ahí, justo en la plaza, al lado de la calesa, está Torres con el motor en marcha y la puerta trasera del coche abierta, Josemari me lanza dentro, aún no he rozado el asiento y noto que cae conmigo. Torres se incorpora a la carretera con la puerta abierta.

Estamos huyendo como en una película, y he de decir que la situación me agrada.

# Capítulo 31

## DOS AÑOS DESPUÉS

Llegamos a creer que había una orden de busca y captura sobre los siete, a Rosamari la incluyeron en la lista de personas *non gratas*, por empatía, entendí.

Echo la vista atrás y no me arrepiento de nada, bueno, en realidad, tan solo de no haber tenido el valor suficiente para comunicarles que estaba embarazada de mi novio, que estábamos locamente enamorados y que el hecho de que él no fuera como mi familia, no iba a impedir que quisiera compartir mi vida con él.

Nos hubiéramos ahorrado el circo que fue el día de mi boda, pero el hacerlo también fue por Josemari.

Ahora que ya han pasado dos años, sé que la angina de pecho que sufrió mi padre en la sacristía le habría dado igualmente, quizás no en la iglesia, pero sí el día que hubiese visto la carita de su primer nieto. El cardiólogo confirmó que sufría una cardiopatía congénita, y cualquier sobresalto lo habría llevado de cabeza al hospital.

Lo que escuché mientras huíamos de las garras de Cayetana, era el pobre hombre quejándose, mis hermanos me contaron que se desplomó. Por una parte, agradezco no haber estado presente, me habría muerto allí mismo.

Aunque le tenga más pavor que respeto, yo lo quiero y no le deseo

ningún mal, es mi padre, y siempre he soñado con que nuestra relación fuera como la del resto de chicas que vuelan lejos del nido porque van a comenzar una nueva etapa en su vida, llena de ilusión, pero también de miedo a lo desconocido y a lo que se van a encontrar. Y en aquel momento pensaba lo mismo, no quería que le pasara nada malo por mi culpa o más bien por mi decisión.

Tuvo que venir una ambulancia para atenderlo y a mi madre también, por no hablar del padre de Josemari, que fue el que peor parado salió aquel día. En cuanto escuchó la historia real, se echó a la carretera fuera de sí hecho un basilisco para darnos alcance mientras nos dábamos a la fuga con Torres al volante, y lo atropelló la UVI móvil que venía a atender a mi padre. Nadie entiende todavía que no fuera capaz de escuchar las sirenas y de ver las luces.

En fin, que todo fue un caos. Una desgracia tras otra, aunque a la semana ya estaban todos fuera de peligro y dispuestos a matarnos.

Me contaron que todos gritaban y lloraban, fue un drama. Cayetana cogió el sable de mi padre aprovechando la confusión y amenazaba en el altar con atravesarse con él si no la escuchaban, aunque nadie le hizo caso porque salieron a atender al almirante. Tristemente, no cumplió su amenaza, lo siento, está feo, pero ella quiso acabar con mi vida tal cual la tenía organizada y con la de mi amiga Sonia.

Esa misma noche, la de mi no boda, cambiamos de planes, en cuanto supimos que mi padre estaba bien y lo dejaban en observación, y que el padre de Josemari había salido de quirófano y estaba estable y ninguna de sus vidas corría peligro, cogimos un vuelo a Nápoles. Nos escondimos unos días en casa de la hermana de Torres, María. ¡Qué mujer más asombrosa! Nos acogió a todos sin ninguna pega y sin preguntar nada nos abrió las puertas de su casa.

A día de hoy estamos instalados en un adosado que compramos Torres y yo, ahora somos marido y mujer, y soy la mujer más feliz de la faz de la Tierra, he formado la familia más maravillosa que podría haber soñado. Ya tengo mi plaza fija definitiva, elegí El Campello, creo que no me arrepentiré nunca. Con este pueblo creé un vínculo que no puedo

negar, aquí se forjó mi gran historia de amor.

Iván y Josemari se dieron el sí quiero en Londres un año después de mi boda real, les hacía ilusión y allá que nos fuimos todos.

Una ceremonia muy emotiva, cargada de mucha magia. María, la hermana de Torres, la que vivía en Nápoles y David fueron los testigos del enlace. Ahora Iván y Josemari se han instalado en el piso que tenía alquilado cuando saqué la oposición, y allí continúan. Llevan una vida completamente normal y están integrados en el pueblo. Iván ha conseguido plaza de profesor de historia en el instituto, está de interino, pero le obligo a estudiar porque en breve habrá oposiciones y es posible que apruebe. Josemari ha entrado a trabajar como notario, también aquí en el pueblo, consiguió su plaza y le va genial, ya no se repeina y viste como un chico normal de su edad.

Y mañana nos vamos de bodorrio, David y Sonia se darán el sí quiero en la playa, los dos querían una boda junto al mar y ya lo tenemos todo organizado. Ellos se han marchado a vivir a Barcelona donde Sonia ha conseguido un puesto en una empresa y David da clases en un centro de idiomas.

Rosamari se ha montado una tienda de ropa infantil, también en Campello, y nos vemos a diario. Está loca con mi chiquitín, se muere por él, creo que elegimos a la mejor para ser su madrina. No tuve dudas, ya que Sonia sería en breve su tía, Rosamari formaría parte de la familia junto a Josemari, su padrino y tío.

Yo como ya he dicho, me convertí en la esposa de Torres. Continúo con mi vida, con la que elegí, ahora tan solo vamos a misa los domingos, pero lo hago porque me siento bien haciéndolo, sin presión.

La noche que me puse de parto fue todo muy..., pues muy yo, rompí aguas en el bar de Noni, en el *No ni ná*, y me llevaron en una caravana de esas de perritos calientes que estaba aparcada frente al *pub*, era de su marido Javier, fue el único vehículo disponible que encontraron y en el que podíamos viajar todos juntos acompañándome en el trance.

En cuanto llegamos al hospital, Daniel, que es como se llama mi primer hijo, ya tenía la cabeza fuera, en dos empujones lo eché al mundo

y me lo colocaron rápidamente encima. No pudimos llegar al paritorio, ahora soy famosa en el hospital.

El nombre es por su padre, aunque parezca increíble, jamás me planteé cómo se llamaba mi novio, unos días antes de la boda, me enteré que era Daniel, pero en inglés, y me encantó para nuestro niño, que ha heredado el pelo de su abuelo paterno y los ojos maravillosos de su papá, las tres generaciones de Towers tienen un trocito de cielo en su mirada.

Con mis padres, la relación ha ido mejorando poco a poco, y espero algún día poder decir con la cabeza bien alta que somos una familia unida con sus cosas buenas y malas, pero familia al fin y al cabo. Y sé que vamos por muy buen camino.

Cuando nació el niño les enviamos una foto como el que no quiere la cosa..., mi madre me iba pidiendo más, pero no hubo ni una llamada ni una visita, nada.

Un día abrimos la puerta de casa y allí, en la verja del jardín, estaban los dos esperando a que saliéramos a la calle.

Me llevé una impresión muy grande, mi pobre padre estaba muy desmejorado, y en mi madre se podía vislumbrar el sufrimiento que transmitía su mirada.

Nada más verlo, sentí que me temblaban las piernas, mi corazón comenzó a acelerarse y no supe cómo reaccionar.

Torres me cogió del brazo y me ayudó a llegar a la puerta del jardín. Salí con muchísimo miedo y emocionada, sabía que si estaban allí no sería para echarme la bronca, sino porque habrían recapacitado o al menos querían intentar un acercamiento.

Mi padre se lanzó a mis brazos y lloramos, no podría decir el tiempo que estuvimos así, pero solo decía: «Mari Puri, ¿sabrás perdonarme? Necesito a mis tres hijos junto a mí». En ese momento se me partió el alma, un hombre tan frío y recto, esa imagen de ser indestructible e impenetrable que siempre he tenido presente, ahora estaba mostrando su lado más humano, era vulnerable y débil.

Mi madre también lloró, lloramos todos, Torres también se emocionó al ver las muestras de cariño y sinceridad de aquel momento, sobre todo, cuando mi padre lo abrazó y le pidió disculpas también a él.

El famoso general no dudó ni un momento en coger a su nieto en brazos y acunarlo, aún recuerdo esa mirada tierna, era la primera vez en toda mi vida que veía a mi padre tan frágil. Me encantó, no puedo decir otra cosa, esa imagen la llevaré grabada en mi retina para el resto de mi vida.

De lo único que sí me arrepiento es de haber perdido la oportunidad de que mi padre haya podido disfrutar desde el principio ejerciendo de abuelo, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

La maternidad, y sobre todo, Daniel, me han hecho ser mejor persona. Cuando tengo a mi niño en brazos, le veo la carita y me sonrío, siento que lo quiero con toda mi alma y que sin él mi vida dejaría de tener sentido. No puedo entender cómo mis padres llegaron a renunciar a lo más grande que hay porque no siguiéramos sus creencias o porque los defraudáramos. Torres me dice que no mire atrás y que lo importante realmente es la situación familiar de ahora, que cada vez es mejor.

De entrada, mañana mi padre asistirá como invitado a la boda de David, y yo, hasta que no lo vea no me lo creeré, pero no iré de uniforme, acudirá como el resto de invitados, con ropa ibicenca. Mi madre, que será la madrina, también irá con todos nosotros.

Estoy feliz y espero que este estado me dure para siempre.

eres, escucharte decir que te encantó, fue lo más.